LA PUERTA DEL CAOS 3 – LA VENGADORA
LOUISE COOPER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Jane Johnson,
con mi agradecimiento por tanta ayuda,
entusiasmo y amistad.

Librodot

CAPITULO 1

Era tarde, pero la veintena de personas que todavía permanecían en el comedor no tenían ganas de abandonarlo. El fuego que ardía en la gran chimenea había sido avivado de nuevo, las cortinas estaban echadas para protegerse del duro clima invernal y era mucho más agradable seguir allí sentados, pasando el tiempo en buena compañía y con unas cuantas botellas de vino, que afrontar los pasillos helados y poco iluminados del Castillo para irse a dormir.

La mayoría de los presentes eran adeptos superiores del Círculo, entre ellos el Sumo Iniciado Tirand Lin, pero cuando se formó un amplio semicírculo de sillas en torno a la chimenea, a una distancia respetuosa del enorme calor del fuego, también se unieron al grupo dos no iniciados. Shaill Falada, Matriarca de la Hermandad, estaba cómodamente amodorrada. La luz del fuego suavizaba las arrugas de preocupación que le surcaban el rostro, y su piel, cuyo moreno meridional contrastaba con la tez más pálida de los moradores del Castillo, mostraba una viveza cálida y rubicunda. Frente a la Matriarca, y al lado del Sumo Iniciado, se hallaba sentado un hombre alto, de rostro serio y austero, bastante más joven de lo que a primera vista podría desprenderse de su blanca cabellera. A todos los efectos, no era más que un marinero naufragado en la Península de la Estrella durante una galerna y que ahora se encontraba en el Castillo recuperándose; sólo tres personas del grupo conocían su verdadera identidad, y habían prometido obedecer su orden de no revelar la verdad a sus colegas. Ailind, señor del Orden y hermano de Aeoris, tenía sus motivos para querer mantener en secreto su presencia en el mundo de los mortales, y, aunque había cultivado la amistad de los adeptos, también se había cuidado de no ejercer su influencia, al menos en público.

Los criados se habían llevado los restos de la cena, y la charla del grupo había ido tocando una serie de tópicos sin importancia. En los últimos días, habían tenido poco tiempo, y menos ganas, para el ocio, y aquellas reuniones nocturnas se habían convertido en un pequeño y precioso oasis de relativa paz. Ello no quería decir que la crisis que amenazaba al mundo pudiera ser olvidada o dejada de lado ni siquiera durante aquel breve lapso, ni mucho menos, porque poca duda quedaba de que Ygorla, la usurpadora y autoproclamada emperatriz, mantenía un dominio sobre la tierra que ningún poder mortal podía quebrar. Pero el Castillo de la Península de la Estrella era el único bastión que Ygorla y su demoníaco padre no podían invadir a voluntad. Aquí, el Círculo, y quienes con él se habían refugiado, estaba seguro, y hasta el momento su labor había consistido en mantener esa seguridad y en proteger de los ataques de Ygorla a los principales protagonistas de la lucha contra ésta. La forzosa inactividad no agradaba a la mayoría de los adeptos; los más impetuosos habrían preferido entablar combate, físico o mágico, con la hechicera, mientras que aun aquellos más prudentes se mostraban inquietos por el hecho de que hasta el momento su estrategia parecía consistir en poco más que un intercambio de cartas cuidadosamente redactadas entre el Círculo y la usurpadora. Sólo durante aquellos breves interludios, como el ojo en calma en el corazón de una tormenta, hacían un

Librodot

esfuerzo para sacudir sus frustraciones y sus dudas, y aparentar durante un rato que la vida volvía a la normalidad.

Sin embargo, el interludio no podía durar. Incluso en aquellas reuniones, siempre había alguien que, deliberadamente o no, introducía la nota amarga, el súbito recordatorio de que la fría realidad se encontraba detrás de una palabra dicha al tuntún. El culpable en esta ocasión fue Sen Briaray Olvit, un adepto superior que tenía reputación de hablar primero y pensar después y que era uno de los tres presentes que compartía el secreto de Ailind. Hablaban de vinos, discutiendo los méritos de las viñas de Han y Perspectiva, cuando Sen, con una mueca, dijo:

—Estamos suponiendo, por supuesto, que el asunto de nuestras preferencias no se va a convertir en algo puramente teórico antes de la próxima vendimia. Quizá, cuando todo esto haya terminado, ni en Han ni en Perspectiva, ni en ningún otro lugar, quede un viñedo en pie.

Tirand miró a Sen con amargura. Sabía que el recordatorio de su difícil situación debía aflorar, pero había abrigado la esperanza de que, al menos aquella noche, tendrían un respiro más prolongado. Pensó en intentar reconducir la conversación hacia un tema más agradable, pero, antes de que dijera nada, alguien más siguió el hilo de lo dicho por Sen.

—Tienes algo de razón en eso, Sen, y tiene consecuencias mucho mayores. El vino es un lujo sin el cual es fácil sobrevivir; pero ¿qué ocurre con las necesidades más fundamentales, los alimentos básicos? ¿Alguien ha calculado cuánto tiempo podremos seguir sin recibir suministros?

Todos miraron a Tirand. El Sumo Iniciado suspiró para sus adentros. No quería centrar su atención en asuntos tan tristes, pero el deber era lo primero. Y la pregunta era válida y debían habérsela planteado anteriormente.

—Todo depende de cuánto se alargue esta crisis —repuso—. Afortunadamente, todas las caravanas con los diezmos de las provincias llegaron antes de que fuéramos asediados, por lo que nuestros suministros de invierno están al nivel acostumbrado. Claro que, en una situación normal, recibiríamos los nuevos diezmos en la primavera, tan pronto como el tiempo mejore lo suficiente para que los desfiladeros sean transitables. Pero este año..., como dices, no podemos estar seguros de nada. Tal vez no haya caravanas; tal vez no haya provisiones para las provincias, mucho menos para nosotros. Tienes razón; es algo que no habíamos tenido en cuenta previamente, y es una seria omisión.

—¿Crees que deberíamos establecer un racionamiento, Tirand? —intervino una mujer mayor.

—No puedo decirlo con seguridad hasta que no conozcamos el estado preciso de nuestros almacenes. Pero creo que, como mínimo, haríamos bien en considerar la posibilidad.

En el extremo más alejado de la chimenea, la Matriarca dejó su copa de vino.

—En eso podemos ayudaros mis hermanas y yo, Tirand —dijo—. Hace años, cuando estaba en Wishet, tuvimos una estación de inundaciones desastrosas que tú no recordarás porque eres demasiado joven, y hubo racionamiento en la provincia durante casi medio año después de la catástrofe. Lo que entonces aprendí puede resultar útil ahora, y será una pequeña compensación por haberos cargado con bocas extra que alimentar.

Tirand le sonrió.

—No nos has cargado, Shaill, ¡y espero que lo sepas tan bien como nosotros!

—Eres muy caballeroso, querido, pero no acallarás mi conciencia, ni mis pesadillas. Sufro por haber venido a refugiarme aquí, mientras que la hermana Fiora y las otras superioras se quedaron en Chaun Meridional. Si me confías la tarea de hacer inventario de los suministros del Castillo y de preparar un plan de emergencia, por fin tendré la sensación de que al menos estoy contribuyendo con algo práctico y útil. —Hizo una pausa un instante, reflexionando, y luego añadió—: Podría pedir la ayuda de Calvi. Creo que le iría bien tener que hacer algo positivo, por muy rutinaria que sea la labor.

—Eso me recuerda algo —acotó Sen—. ¿Dónde está nuestro Alto Margrave esta noche? No lo vi durante la cena, y no es de los que se saltan una comida.

Tirand contempló la sala. Sen tenía razón: Calvi Alacar, hermano y sucesor a su pesar del asesinado Blis, no se encontraba con los allí reunidos; de hecho, Tirand no recordaba haberlo visto desde primera hora de la tarde.

—Espero que no haya sido víctima de la epidemia de resfriados invernales que azota el Castillo —dijo la Matriarca—. Esta mañana me pareció que no tenía buen aspecto. Quería mencionárselo a Sanquar, pero se me...

Se paró en mitad de la frase cuando, de manera tan súbita que todos se sobresaltaron, las puertas al otro extremo de la sala se abrieron de par en par. Tirand se volvió en su silla, con expresión sorprendida y furiosa.

—¿Qué ocurre en el nombre de...?

Pero, al ver las dos figuras que habían entrado en la sala, tampoco él acabó la frase. A una la conocía demasiado bien: su hermana, Karuth Piadar, con quien en aquellos momentos apenas se hablaba. La otra... Los ojos del Sumo Iniciado se fijaron en el hombre alto y de cabellos negros que acompañaba a Karuth, y sintió un frío estremecimiento. No podía explicarlo —aquel hombre era un completo desconocido, por lo que no había motivos para alarmarse— pero había algo en él, algo en aquel rostro aquilino, tranquilo, algo en la intensidad de la mirada de los verdes ojos de felino, que llenó de miedo el corazón de Tirand. Y Karuth... Sus mejillas, normalmente pálidas, estaban arreboladas, y tenía un aspecto desafiante, casi triunfante...

Entonces, a su espalda, Ailind del Orden lanzó un duro juramento, que rápidamente reprimió.

El hombre del pelo negro sonrió.

—Ah, veo que me reconoces, viejo amigo, a pesar del tiempo que ha transcurrido —Habló en voz baja, pero su voz llegó perfectamente al otro lado de la sala. Después avanzó con la gracia de un felino, dirigiéndose hacia ellos. Tirand vio que el rostro de Ailind enrojecía de ira. Sorprendido, miró al señor del Orden en silenciosa súplica, pero Ailind no le hizo el menor caso y mantuvo la mirada clavada en la figura que se aproximaba. Confuso y de pronto inseguro de sí mismo, Tirand se puso en pie lentamente. El desconocido se detuvo a tres pasos de él, hizo una inclinación de cabeza y dijo:

—Buenas noches, Sumo Iniciado. Mis saludos a ti y al Círculo. —Los rápidos ojos verdes se fijaron en la Matriarca, y el recién llegado hizo una reverencia más cortés—. Señora.

—Señor... —Los ojos de la Matriarca mostraban curiosidad—. Me temo que tenéis una ventaja sobre mí. ¿Os conozco?

Él sonrió apenas.

—Creo que sabéis de mí, señora, aunque nunca nos hayamos encontrado.

Si Tirand hubiera estado observando a Ailind, habría visto que el dios permanecía inmóvil, rígido, con expresión desencajada y tensa. Pero Tirand estaba demasiado absorto en las reacciones gemelas que surgían en su mente. Tenía miedo de aquel desconocido; y al mismo tiempo tenía la impresión de que, sutilmente, aquel hombre se burlaba de él.

Antes de que Shaill volviera a hablar, su voz se escuchó con dureza.

—¿Quién sois? —inquirió en tono agresivo—. ¿Qué os trae por aquí?

De nuevo aquella gélida sonrisa; una sonrisa, observó Tirand, de completa seguridad. El hombre del pelo negro hizo un gesto descuidado en dirección a Ailind.

—Pregúntaselo a tu amigo y mentor, que se esconde detrás de ti como una serpiente detrás de un matojo —replicó tajantemente—. Me conoce muy bien.

El rostro de Tirand enrojeció.

—¿Sabéis quién...? —Entonces, de repente, se dio cuenta de lo que estaba a punto de decir, y reprimió las furiosas palabras. Pero el desconocido terminó la frase por él.

—¿Que si sé quién es esa criatura? Sí, Sumo Iniciado, lo sé. Aunque no creo que puedan decir lo mismo la mayoría de los aquí presentes. ¿Me equivoco?

El rubor de Tirand se hizo todavía más intenso.

—¡Maldita sea vuestra insolencia! ¿Quién sois para entrar en esta sala sin permiso, para...?

Los ojos del desconocido cambiaron. Tan sólo Tirand percibió el impacto completo del cambio, puesto que la mirada verde estaba fija en él, y lo hizo callar cuando se dio cuenta de que, fuera quien fuese, aquel ser no era humano.

—Soy Tarod —repuso con suavidad el extraño de cabellos negros—, hermano de Yandros del Caos. Y no me hace falta la invitación de un pelele del Orden para entrar en la sala que nuestros siervos construyeron hace un eón.

Del grupo surgieron murmullos, exclamaciones de asombro, suspiros. Sen y otros dos se pusieron de pie; la Matriarca se aferró a los brazos de su silla hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Tirand comenzó a temblar.

—Eso... —dijo con voz tensa— es imposible...

La mirada de Tarod se tornó maliciosa.

—¿Imposible, Sumo Iniciado?

—¡Sois..., sois un fraude, un farsante!

Tarod suspiró.

—Como quieras. —Chasqueó los dedos en dirección al otro extremo de la sala, y, a todo lo largo de ésta, las antorchas, una por una, se fueron apagando en sus soportes. Sólo quedó la luz del fuego, y, ante su rojizo resplandor, Tarod recorrió con la mirada el semicírculo de rostros asombrados que lo rodeaba.

—Nada más que un pequeño truco de farsante, Sumo Iniciado —declaró con ironía—. Supongo que cualquier novicio de primer grado podría hacerlo en un abrir y cerrar de ojos. —Tirand no contestó, y Tarod volvió a chasquear los dedos, esta vez en dirección a la chimenea. El fuego se apagó, y la sala se sumió en una total oscuridad, a excepción de una fina franja de luz que se colaba por debajo de las puertas, procedente del pasillo. Alguien apenas reprimió un grito, y una silla cayó con ruido estrepitoso. Entonces Tarod miró las vigas del techo, envueltas en sombras, y al hacerlo pareció que el techo se desvaneciera y la sala quedó descubierta bajo el cielo.

Esta vez el grito fue de verdad, y otra voz exclamó aterrorizada:

—¡Dioses, no, no! —El Warp que Tarod había invocado y hecho venir desde el norte aullaba directamente sobre sus cabezas. Protegidos por la brillante y cálida seguridad de la sala, por sus gruesos muros y cortinas echadas, los adeptos no habían percibido la proximidad de la tormenta, y, cuando el sonido y la visión de ésta cayeron sobre ellos, fueron presas del pánico. La terrible voz del Warp, como el griterío de un millar de almas en pena, golpeó sus sentidos; el chillido agudo y ululante del huracán que se escuchaba con la tormenta y por encima de ésta hacía temblar los cimientos del Castillo. El cielo se veía surcado por relámpagos de color carmesí, esmeralda y plata, y su resplandor convertía la sala, y a sus acobardados y agazapados ocupantes, en un torbellino de escenas fantasmagóricas. Y, en lo más alto de los atormentados cielos, las grandes bandas de color oscuro giraban despacio, inexorablemente a través del mundo.

De pronto, desde algún lugar cerca de la chimenea vacía, una voz surgió atronadora:

—¡Detén esto!

Ailind se había puesto en pie; los ojos eran de un color oro ardiente y brillaban de odio. Tarod lo miró por encima de una docena de formas agachadas, y sus ojos también se entrecerraron. Luego alzó la mirada... y el Warp dejó de existir. Los relámpagos y la mortecina rueda de color desaparecieron; las voces ululantes quedaron en nada. Las estrellas brillaban frías en un cielo despejado, y, en el extremo oriental de la sala, el débil resplandor de la primera luna al surgir tiñó la parte superior de la pared sin techo.

Poco a poco se fueron apagando los lamentos y las oraciones, cuando los miembros del grupo se fueron dando cuenta de que la tormenta sobrenatural había desaparecido. El fuego volvió a cobrar vida, y luego lo hicieron las antorchas; y, cuando Tirand y unos pocos más se atrevieron a alzar las cabezas, vieron que el techo de la estancia estaba intacto y que la escena volvía a ser normal.

Muy despacio, Tirand se levantó. Miró a Tarod una vez, con una mirada cargada de asombro, miedo y odio; luego se volvió para ayudar a la Matriarca, cuya amplia túnica entorpecía sus intentos por levantarse. Los demás también iban recuperando la compostura; Sen, ayudado por dos más, enderezaba las sillas esparcidas y tumbadas, mientras que otros, al descubrir que sus piernas todavía no eran capaces de sostenerlos, permanecían sentados, temblorosos y callados, intentando recuperar un cierto aire digno.

Detrás de Tarod se movió otra persona, y Karuth, que había permanecido agazapada junto a una de las largas mesas, tapada la cara con

Librodot

las manos, se levantó. Había esperado algo como aquello, pero lo repentino y violento de la demostración del señor del Caos la había cogido desprevenida. Tarod le dirigió una mirada y sonrió. Ella vaciló apenas un instante, y enseguida le devolvió la sonrisa, al tiempo que se apartaba de los ojos la larga y oscura cabellera y parpadeaba ante la luz renovada. Tirand estaba demasiado preocupado para observar la mirada que ella y Tarod intercambiaron, pero no así Ailind. El rostro del señor del Orden se iluminó al comprender y, apartando a un lado a un adepto que sin darse cuenta le cerraba el camino, dio un paso hacia ella.

—Tú —dijo. Tirand, al escucharlo, se giró con rapidez; pero, antes de que Ailind pudiera decir nada más, Tarod se interpuso en su camino.

—Sumo Iniciado... —Sus ojos eran fríos como las profundidades del mar y dio la espalda a Ailind para centrar la atención en Tirand—. ¿He demostrado quién soy de manera satisfactoria?

La Matriarca, que había vuelto a sentarse, emitió un sonido ahogado que igual podía haber sido un sollozo que una risa casi histérica.

—¿Demostrado? —repitió—. Dioses, ¡oh, dioses!

Tarod miró en su dirección y su actitud cambió.

—Señora —dijo—, debo pediros perdón por haberme manifestado de manera tan enfática. No deseo mal a ninguno de los mortales aquí presentes —puso el más débil de los énfasis en la palabra «mortal»—, pero es esencial que ninguno dude de mi verdadera naturaleza. Lamento haberos inquietado.

Shaill tragó saliva.

—Yo... acepto vuestras disculpas, mi señor —contestó con cuidadosa pero insegura formalidad—. Y confío en que, a cambio, vos... comprenderéis por qué en este momento no me levanto y me inclino ante vos, como dictaría el protocolo.

Tarod sonrió. Le gustaba Shaill, y admiraba su resistencia a dejarse intimidar.

—No necesito muestras de respeto, señora. Cortesía y franqueza —lanzó una dura mirada en dirección a Tirand— son suficientes. —Alzó la cabeza y los contempló a todos—. Ahora que vuestras dudas sobre mí han sido satisfechas, quizá podríamos centrarnos en el asunto de la franqueza de alguien más, o, más bien, de su falta de franqueza. —Se volvió de repente y, cuando sus ojos verdes se encontraron con los de Ailind, su voz adquirió un tono de envenenado desafío—. Es hora de que acabe tu charada. O bien cuentas a nuestros amigos mortales la verdad sobre ti y tu propósito en este lugar o lo haré yo. Tú eliges.

Ailind le devolvió la mirada. Tirand, que observaba a ambos, abrió la boca para hablar, pero lo pensó mejor. Su rostro estaba pálido. En silencio, Sen Briaray Olvit se colocó a su lado y le puso una mano en el hombro, aunque tampoco él dijo nada.

—¿Bien? —urgió Tarod con aspereza—. Estamos esperando.

Ailind se estremeció, y los que estaban más cerca de él sintieron la onda psíquica de su furia. Aunque estaban desconcertados por el repentino desafío, aparentemente sin razón, del señor del Caos al marinero de cabellos blancos, el repentino cambio fue una advertencia, un primer atisbo de que Ailind podía no ser lo que parecía, y un adepto, intuyendo algo parecido a la verdad, jadeó, reprimió un grito y cogió del brazo a su vecino más cercano. Tarod y Ailind seguían frente a frente, y los miembros del grupo

Librodot

retrocedieron un tanto al darse cuenta todos de la carga de poder descarnado que se estaba acumulando entre las dos figuras inmóviles. Aquel poder, asfixiante, salvaje, letal, era tan extraño, tan inhumano, que ni siquiera reconocía la existencia de los presentes. Las mentes de ambos adversarios habían saltado del mundo de los mortales a otra dimensión inimaginable, y cualquier mortal lo bastante estúpido como para interponerse entre ellos sería barrido y convertido en polvo.

Más tarde, nadie sabría decir con exactitud cuánto tiempo se prolongó el silencioso desafío. A algunos les pareció cuestión de segundos; para otros fue como si hubiera transcurrido una vida humana entera mientras los dos enemigos se enfrentaban en un conflicto sin palabras, sin movimientos, pero de todos modos aterrador. A pesar de que la luz de las antorchas y del fuego no estaba atenuada, parecía no tener fuerza; enormes sombras se cernían sobre la estancia, adquiriendo formas que recordaban a las más terribles pesadillas, y las imaginaciones febriles captaron los horribles ecos de risas inhumanas y monstruosos susurros. Hubo un momento en que un viento intenso recorrió la sala, agitando los rizos de cabello negro de Tarod y la lisa cabellera blanca de Ailind, haciendo que los humanos presentes se helaran hasta los tuétanos, para luego desaparecer de golpe. El silencio, como una mano de acero, se había adueñado de la estancia. Entonces, de manera tan gradual que al principio pareció a los observadores humanos que se trataba de un sueño, una luz comenzó a cobrar vida por encima del corazón de Tarod. Fría, blanca, aturdidora, se convirtió en un resplandor y cuajó en siete rayos de cegadora brillantez que comenzaron a latir con ritmo lento pero perfecto. Ailind sonrió. Era el primer cambio de expresión que se advertía en su rostro, y su sonrisa parecía una mezcla de desprecio, orgullo y resignación. Entonces una segunda luz comenzó a brillar sobre su corazón. Firme y completamente simétrica, brillaba con el insoportable color dorado de un sol desconocido y trazó el perfil de un relámpago, helado, tranquilo y eterno: el antiquísimo símbolo del Orden encarnado. Sin saber lo que hacía, sin advertir siquiera que su mano se movía, Tirand tocó la insignia que llevaba en el hombro, la antigua insignia que en tiempos había ostentado su predecesor, muerto hacía mucho tiempo, Keridil Toln, en los días en que el Orden gobernaba el mundo mortal sin oposición, y su garganta se cerró hasta que apenas pudo respirar. De pronto, todo acabó. Los límites de ese instante no fueron muy precisos, pero en el transcurso de tres latidos de corazón humano la batalla psíquica terminó y el retorno a la normalidad fue completo. Un leño se movió en el fuego, con un fuerte crujido, y lanzó brillantes chispas; quebró el silencio, y los observadores sacudieron la cabeza como gente que saliera de un sueño inducido por drogas. Las antorchas ardían en todo el salón, con su brillo recuperado; no había sombras monstruosas arrastrándose por las paredes. Y Tarod y Ailind no parecían nada más que dos hombres mortales, uno frente a otro, con la luz del fuego danzando sobre sus inmóviles siluetas.

Tarod fue el primero en hablar. Hizo una seca inclinación de cabeza ante Ailind y, con un aire de indiferencia que no consiguió ocultar del todo la ira que sentía, dijo:

—Te saludo, primo. Parece ser que estamos igualados.

Los ojos de color oro leonado de Ailind mostraron disgusto sin ningún disimulo.

—Tal y como dices, Caos. Quizá no podíamos esperar otra cosa.

Nadie más se atrevió a decir palabra. Tirand respiraba con dificultad; Sen, que seguía junto a él, estaba lívido. La Matriarca tenía la cabeza inclinada, como si rezara, y Karuth, sola y distanciada del grupo reunido junto al fuego, contemplaba la escena en silencio, con el rostro inexpresivo.

—De manera que —dijo Tarod—, si es que no lo han adivinado ya, cosa que parece probable, creo que ha llegado el momento de que uno de nosotros revele a nuestros amigos mortales unos cuantos hechos fríos. ¿Saldrán de tus labios o de los míos?

Ailind se encogió de hombros, mostrando desinterés, y el señor del Caos miró los tensos rostros de los habitantes del Castillo. Su mirada se posó por último en Tirand y allí la dejó.

—¿O quizás el Sumo Iniciado desearía contar la historia con sus propias palabras? —añadió Tarod en voz baja—. Sabes lo que quiero decir, ¿verdad, Tirand? Tú y dos más de los presentes en esta sala sabéis qué clase de ser acogéis bajo vuestro techo. No se trata de un pobre marinero náufrago, rescatado de una tormenta invernal, sino un señor del Orden, un hermano de Aeoris, quien te obligó a jurar que mantendrías el secreto so pena de caer en desgracia ante él, y quien te sedujo con promesas de un regreso a las viejas costumbres por las que tu corazón suspira en privado. ¿No es así?

Tirand se ruborizó intensamente.

—Deformáis la verdad...

—No; digo la verdad. Es una costumbre desagradable, pero el Caos a menudo decide permitírsela, en contra de las expectativas humanas. Así es nuestra naturaleza, Sumo Iniciado, como sabrías si hubieras estudiado el catecismo con un poco más de imparcialidad. Ahora, vuelvo a preguntarte, como también le pregunto a la Matriarca y al adepto que se encuentra a tu lado y que te ofrece su apoyo moral: ¿reconocéis que es verdad lo que digo?

Todas las miradas del grupo se clavaron en Tirand, que de pronto se sintió como un joven estudiante llevado a comparecer ante su maestro por algún acto vergonzoso. Entonces, inmediatamente a continuación de aquella sensación, llegó la ira; la ira justificada, no sólo por él, sino en nombre de todo el Círculo. ¡Era el Sumo Iniciado! Había renunciado a toda lealtad que hubiera podido profesar antes al Caos, y en aquella renuncia había sido apoyado por el Consejo de Adeptos y por los otros dos miembros del triunvirato gobernante. Y ahora tenía delante a un señor del Caos que lo acusaba de engañar a sus compañeros adeptos... pero ¿con qué derecho? Había cumplido con su deber para con el Círculo y para con su conciencia. Su lealtad era hacia Ailind y los señores del Orden. Ellos eran sus dioses, sus únicos dioses.

Ailind habló, con tranquilidad, pero enfáticamente.

—Nada tienes que temer del Caos, Tirand. No importa qué quiera hacerte creer Tarod: no tiene poder sobre ti. Estás bajo mi protección. —Hizo un gesto descuidado, casi despectivo hacia los adeptos que observaban—. Responde a su pregunta. Para mí carece de importancia.

El señor del Orden sonreía, y Tirand se enfrentó a la fría mirada de Tarod con una repentina seguridad que no surgía totalmente de él.

—Sí —dijo con claridad—. Es verdad. Y eso no cambia nada.

Se levantó una ola de susurros cuando sus compañeros lo escucharon.

Entonces la anciana se levantó bruscamente de la silla. Su rostro estaba pálido.

—Tirand..., ¿nos estás diciendo que..., que todo este tiempo hemos tenido entre nosotros a un señor del Orden, y que has mantenido su presencia en secreto?

Tarod la miró.

—Eso es precisamente lo que os está diciendo el Sumo Iniciado, señora. Siguiendo órdenes de este ser en quien el Círculo fue lo bastante estúpido como para depositar su confianza, él, y unos cuantos más, os han engañado.

Un hombre moreno y fornido tomó la palabra. Miró al Sumo Iniciado, luego a Tarod y finalmente a Ailind y, con un esfuerzo, se dirigió directamente al señor del Orden.

—¿Es verdad, señor? ¿Sois...? —Tragó saliva—. ¿Sois uno de nuestros siete dioses?

Al inclinar la cabeza, la expresión de Ailind resultó indescifrable.

—Lo soy.

—¡Dioses! —Entonces, al darse cuenta de lo que acababa de decir, el adepto se puso colorado—. Perdonadme, no quería ser irrespetuoso, No...

Tarod interrumpió sus titubeos con una seca sonrisa.

—Ahorraos vuestra vergüenza, adepto. Vuestro juramento es un cumplido.

El hombre recuperó el dominio de sí mismo y asintió. Luego, todavía no del todo seguro en su actitud, se volvió hacia el Sumo Iniciado.

—¿Por qué mantuviste esto en secreto, Tirand? ¿Por qué no nos lo dijiste? Todo el tiempo, sin saberlo...

Desde algo más lejos, una nueva voz dijo:

—No tenía elección. Ninguno de nosotros la tenía.

Se habían olvidado de Karuth. Se acercó al fuego, y la postura de Tirand se hizo de pronto más rígida al ver el brillo acerado de su mirada. Karuth no le hizo caso y miró directamente al desconcertado adepto.

—No voy a negar mi participación —declaró—. Yo también guardé el secreto. —Lanzó una rápida mirada en dirección a Ailind, que podría haber contenido un cierto desprecio, aunque bajo la incierta luz era imposible asegurarlo—. Mi hermano no es más culpable que cualquiera de nosotros. Como he dicho, no podíamos elegir.

La anciana habló de nuevo.

—¿Cuántos más había, Karuth? ¿Quién más lo sabe?

Karuth vaciló, y Tarod habló en su lugar.

—Otros cuatro, señora. La Matriarca, aunque me apene decirlo; vuestro Alto Margrave, este buen adepto —señaló a Sen, quien no pudo sostener su mirada— y otro miembro superior de vuestro Consejo que no está presente en esta reunión. Por razones que sólo él sabe, vuestro dios decidió ocultar su presencia al resto de sus fieles. —Sus felinos ojos se endurecieron repentinamente—. Debéis dar las gracias al adepto médico Karuth Piadar por el hecho de que haya sido desenmascarado. Sólo ella tuvo el valor necesario para desafiar las prohibiciones que a todos os fueron impuestas e invocar al Caos para... digamos que para recuperar el equilibrio.

Tirand apretó las mandíbulas y miró a Tarod. Por un instante, su mirada pareció perdida, como si fuera víctima de una conmoción. Luego, como si no existieran ni el señor del Caos, ni Ailind ni ninguno de los

adeptos presentes, se encaró lentamente con su hermana.

—¡Desde este momento ya no eres un adepto! —exclamó, con voz temblorosa de furia—. Declaro sobre ti el anatema. Te expulso del Círculo... ¡y ojalá las presentes circunstancias no me impidieran desterrarte de este Castillo para que te pudrieras en la oscuridad!

Las palabras de Tirand hicieron aflorar de nuevo todas las quejas, los resentimientos y la amargura de la vieja pelea entre los dos, y las mejillas de Karuth se encendieron. No pudo controlar su lengua y ni siquiera lo intentó, sino que replicó con un veneno equiparable al de Tirand.

—Puedes ser el pelele de Ailind, ¡pero Ailind ya no goza de total libertad aquí! —contestó con furia—. Y te recuerdo que el Círculo no consiste únicamente en su Sumo Iniciado. Tu palabra no es ley inmutable, hermano, ¡y tu anatema no me impresiona!

—¡No te atrevas a llamarme hermano! —explotó Tirand—. ¡No tengo hermana! ¿Me entiendes? ¡La furcia mentirosa que tengo ante mis ojos no es de mi sangre!

Se produjo un silencio momentáneo y tenso. Como dos gatos enzarzados en una pelea, Tirand y Karuth estaban frente a frente, sin hacer caso de quienes los contemplaban asombrados. Nadie más habló, ninguno hizo el menor gesto para intervenir. Aquello se había convertido de repente en una feroz pelea personal, y, aunque todo el Círculo pudiera saber de la desavenencia entre el Sumo Iniciado y su hermana, ver un alarde público tan vergonzoso era algo muy distinto. Entonces, con gesto violento, Karuth se llevó la mano al hombro. Se escuchó el ruido de la tela al desgarrarse cuando se arrancó del vestido la insignia de oro de adepto. La apretó en el puño y su voz cortó la atmósfera como si fuera una daga afilada.

—Nos entendemos, Tirand Lin. Escupo sobre el Círculo... ¡Y escupo al cobarde servil que se hace llamar su líder!

Arrojó la insignia contra Tirand, y lo alcanzó por encima del ojo derecho; Tirand se llevó una mano al rostro a la vez que lanzaba un grito de indignación, y tanto Tarod como Ailind se adelantaron al mismo tiempo...

—¡Karuth! ¡Tirand! —La Matriarca Shaill empujó hacia atrás su silla y se puso en pie. Se adelantó, sin hacer caso de los dos dioses, y se interpuso entre hermano y hermana.

—¡Esto es vergonzoso! —Shaill mostraba verdadera ira en tan raras ocasiones que su furia resultó por ello mucho más sorprendente, y dejó a todos parados en seco. La Matriarca lanzó a Tirand y a Karuth una dura mirada—. ¡Incluso un par de mocosos se portarían mejor! ¡Esto no puede tolerarse!

Hubo una larga pausa. Por fin, Tirand bajó la vista y musitó algo que podía ser una disculpa. Karuth intentó aguantar la mirada de Shaill pero no fue capaz, y acabó clavando la vista en el suelo. Shaill siguió mirándolos con fijeza hasta estar segura de que ninguno de los dos iba a lanzarse a un nuevo ataque, y entonces se permitió relajar su postura un tanto.

—Creo que todos hemos tenido bastante por esta noche —declaró. Su voz no era del todo firme, pero su mirada seguía conservando la misma dureza cuando recorrió el grupo de personas reunidas, esperando a ver si alguien se atrevía a llevarle la contraria. Nadie lo hizo—. Sugiero de todo corazón, con el mayor respeto para ambos, mis señores —hizo una rígida reverencia, primero a Ailind y luego a Tarod—, que sería lo más prudente

retirarse ahora a descansar, con la poca elegancia que nos quede, antes de que este asunto se nos escape totalmente de las manos. —Aspiró el aire con los dientes apretados—. Nada más diremos de esta desgraciada escena, sino que disculparemos a la médico adepto Karuth y al Sumo Iniciado, confiando en que una noche de sueño les dará motivos para sentirse justamente avergonzados. —Hizo otra pausa antes de proseguir—: De hecho, a todos nos iría bien una buena noche de sueño. Asuntos muy graves han salido a la luz durante esta velada. Estaremos mucho mejor preparados para afrontarlos, cosa que desgraciadamente parece que debemos hacer, con las cabezas descansadas y despejadas.

Dirigió a todos una última mirada, cediendo un poco solamente al encontrarse con las miradas de Tarod y de Ailind; luego se dio la vuelta y, con gran dignidad, echó a andar hacia las puertas. A medio camino, se detuvo y miró hacia atrás.

—Si en medio de esta crisis mortal no sabemos hacer nada más que hundirnos al nivel de pendencias y rabietas —dijo—, entonces, no importa cuáles sean nuestras lealtades, me temo que poca esperanza nos queda.

Librodot

CAPITULO 2

El Sumo Iniciado se dirigió hacia su dormitorio en el piso superior del Castillo; cualquier adepto con capacidad extrasensorial se habría apartado apresuradamente de su camino como si huyera de un Warp. Aparentemente, Tirand mantenía una pétrea inmovilidad en su rostro, pero en los ojos llameaban las emociones que se agitaban en sus entrañas hasta el punto de sentir que la única esperanza de alivio sería explotar físicamente.

Pero no deseaba el alivio. Deseaba vengarse. Vengarse de Karuth por su descarado desafío tanto a él como a Ailind; vengarse por hacerle perder los estribos y obligarlo a sufrir acto seguido la humillación de la reprimenda de Shaill. Y, sobre todo, vengarse del Caos, arquitecto de todo aquel horrible desastre. Unos minutos antes, cuando la reunión se disolvió y, en una atmósfera de extrema tensión, cada uno se marchó por su lado, intentó hablar con Ailind. Pero el dios no se mostró dispuesto a escuchar; observaba a la criatura del Caos como un gato observa a una serpiente, y despidió a Tirand con un seco «Por la mañana, Sumo Iniciado» antes de alejarse. Tirand nunca había tenido facilidad para odiar, pero en aquel momento odiaba al Caos con cada partícula de sentimiento que su alma era capaz de arrancar de sus profundidades. Y su hermana, aquella perra mentirosa, descreída y traicionera que era su hermana, que había conspirado con ellos, se había asociado con ellos, y se había dispuesto a echarlo todo a perder…

Aquella parte de sí mismo que todavía se aferraba mínimamente a la racionalidad sabía que estaba exagerando su reacción, pero a Tirand no le importaba. Nunca en toda su vida se había sentido tan furioso como para sentir el impulso de matar, pero en aquel momento habría asesinado a Karuth sin ningún remordimiento.

Su dormitorio se encontraba en el siguiente pasillo. Se acercaba a la intersección, sin importarle si el ruido de sus pasos molestaba, cuando una de las puertas que daban al pasillo se abrió con un chirrido de sus goznes. Tirand no le habría hecho caso —en su actual estado de ánimo no creía poder hablar educadamente con nadie— pero una voz, ansiosa y no del todo firme, pronunció su nombre.

—¡Tirand! —Era Calvi Alacar, el Alto Margrave. Tirand se detuvo, reprimió la tenebrosa necesidad de contestar de mala manera y se volvió.

Calvi estaba en la puerta de su dormitorio. Todavía iba vestido, pero había cogido una manta de su cama y se la había echado por encima. Su juvenil rostro mostraba un color enfermizo, tenía el pelo rubio húmedo de sudor y parecía estar temblando.

—Tirand… —Tras echar un rápido vistazo al pasillo para asegurarse de que no había nadie más, Calvi se acercó con pasos presurosos al Sumo Iniciado, y casi tropezó con el borde de la manta que rozaba el suelo—. Tirand, ¡tengo que hablar contigo! Es acerca de Karuth… Ella… Oh, dioses, no sé por dónde empezar. ¡Estaba tan asustado! No me atreví a bajar; he estado en mi cuarto, intentando pensar, intentando…

La voz de Tirand lo interrumpió bruscamente en mitad de la frase.

—¿Karuth? ¿Qué le pasa?

—Ella… Ocurrió en el Salón de Mármol; ya sé que no debería haber

entrado allí, pero sabía que algo andaba mal, de manera que... —Sus palabras se perdieron cuando vio la expresión del Sumo Iniciado.

—¿Sabes lo que ha hecho? —inquirió Tirand con aspereza.

El rostro de Calvi se volvió todavía más pálido.

—Entonces el emisario del Caos...

—Está en el Castillo y se ha dado a conocer ante mí, sí —contestó el Sumo Iniciado, frunciendo el entrecejo—. ¿Cómo lo descubriste?

El joven cerró un instante los ojos, como si intentara borrar un recuerdo desagradable.

—Yo estaba allí. Intenté detenerla pero no me hizo caso. La vi realizar el ritual; lo vi aparecer a él... —Se llevó un puño a la boca—. Dioses, Tirand, ¡nunca en toda mi vida había pasado tanto miedo!

El pozo de razón de Tirand casi se había secado pero le quedaba la suficiente racionalidad para salir a la superficie y frenar el impulso de maldecir a Calvi por estúpido y pusilánime. No habría podido impedir que Karuth llevara a cabo sus propósitos. Conociendo a su hermana, Tirand dudaba que nada la hubiera detenido, a excepción de recurrir a la fuerza bruta, y Calvi no tenía ni el temperamento ni la capacidad física para eso. Imaginaba cuál había sido el planteamiento de Calvi: una dulce llamada a la razón. E imaginaba la respuesta de Karuth.

Calvi dijo en tono vacilante:

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Hacer? —La risa seca y sin ningún humor de Tirand hizo temblar brevemente una antorcha cercana—. Por lo visto, no podemos hacer nada. Ni el Sumo Iniciado, ni el Alto Margrave ni la Matriarca ni el poder combinado del Círculo pueden influir en la situación lo más mínimo.

—Pero nuestro señor Ailind...

—Ni siquiera nuestro señor Ailind tiene control sobre el Caos en este mundo. El hermano de Yandros está aquí, y nadie puede hacerlo volver al lugar de donde ha venido. Argumenta —la boca de Tirand se torció en un gesto furioso— que Karuth tenía tanto derecho a invocarlo como yo y el Concilio de Adeptos a invocar a los señores del Orden.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Calvi impetuosamente.

—Claro que no; es una ruptura descarada de todas las leyes del Círculo. Pero, como parece que Karuth Piadar se considera exenta de su juramento de obediencia, ha despreciado la ley y, claro, el Caos está más que contento de encubrirla. —Se estremeció—. Me da miedo pensar en la catástrofe que su emisario pueda provocar. No cabe duda de que querrá sabotear los planes de nuestro señor Ailind para combatir a la usurpadora y que instigará alguna oscura trama inventada por el Caos. Y no tenemos el poder para impedir que haga lo que quiera.

Calvi sacudió la cabeza.

—¡Me cuesta creer que Karuth pudiera cometer semejante acto de traición! Desobedecer al Círculo es una cosa, pero atreverse a desafiar a nuestro señor Ailind...

—No pretendo comprender sus motivos —lo interrumpió Tirand sombríamente—, y ya no me interesan. En lo que a mí concierne, Karuth ya no es un adepto del Círculo y tampoco es mi hermana.

Calvi abrió mucho los ojos, asombrado.

—¿La has expulsado? —preguntó desolado.

Tirand no quería discutir aquel tema; sus sentimientos acerca de la pelea en público seguían demasiado encrespados y demasiado ambiguos para sentirse cómodo.

—Su futuro aquí es asunto del Consejo de Adeptos —repuso con rigidez, evadiendo dar una respuesta directa.

Calvi estudió un momento su rostro, y pensó mejor lo que iba a decir. Bajó la mirada.

—Dioses —dijo con aire infeliz—, qué tremendo desastre.

Tirand lo miró con amargura.

—Dudo que alguna vez hayas dado tanto en el clavo, amigo mío. Pero, nos guste o no, lo hecho, hecho está y debemos aceptarlo lo mejor que podamos. —Hizo una pausa—. Tengo la intención de convocar un pleno del Consejo mañana por la mañana. Ocurra lo que ocurra, ahora es esencial que presentemos un frente unido de lealtad al señor del Orden y contra las maquinaciones del Caos, y necesitaré el apoyo del triunvirato. ¿Puedo contar contigo, Calvi?

El joven se ruborizó.

—¡Pues claro!

—¿Incluso si Karuth y yo nos enfrentamos en todos los aspectos? No es mi intención ofenderte, pero sé que siempre la has admirado, y no quiero que te encuentres en una posición comprometida.

—No. —El rubor de Calvi se hizo más intenso y se extendió a su cuello—. No, Tirand, no hay posibilidad de ambigüedad —contestó, sosteniendo la mirada del Sumo Iniciado, aunque con cierto esfuerzo—. No puedo dejar de querer a Karuth; el afecto no se extingue así como así, como quien apaga una vela. Pero la admiración y el respeto... bueno, eso es otra cuestión, ¿no crees? Cuenta con mi apoyo. —Hizo una mueca—. Por poco que valga.

—Vale mucho —aseguró Tirand.

—En cuanto a eso... —Calvi intentó reír, pero no lo consiguió—. Bueno, ya veremos, ¿no crees? —Encogió los hombros, tapados por la manta—. Será mejor que te deje dormir un poco.

Tirand asintió.

—Te veré a la hora del desayuno —repuso. Sabía que no le apetecería desayunar, pero debían mantenerse las apariencias.

—Yo... ah... creo que quizá no pueda... —Calvi trató de expresar con un gesto lo que quería decir; luego miró a Tirand con una mezcla de vergüenza y sentimiento de culpa—. Creo que preferiré quedarme en mi habitación hasta la hora de la reunión.

Tirand se preguntó sombríamente a qué habría sido sometido Calvi en el Salón de Mármol para que su valor hubiera disminuido hasta aquel nivel. Pero no hizo comentario alguno.

—Como quieras —se limitó a decir—. Buenas noches, entonces.

—Sí. O, si no es una buena noche, rezaré para que al menos sea una noche tranquila.

Mientras se alejaba por el pasillo, Tirand reflexionó acerca del rubor que había marcado el rostro de Calvi cuando se planteó la cuestión de la lealtad. ¿Calvi y Karuth? No, imposible. Se habría dado cuenta de haber existido algo entre ellos; habría escuchado algún rumor, por pequeño que fuera. Además, Calvi era diez años más joven que Karuth y ella..., ni siquiera ella sería tan

estúpida para meterse en semejante lío.

Calvi, sin embargo... El Sumo Iniciado frunció el entrecejo. La línea divisoria entre la admiración y el enamoramiento podía ser precariamente fina, y Calvi siempre había sido impresionable. Si albergaba esperanzas, deseos no cumplidos, aquello podría representar una complicación añadida, algo que Tirand no deseaba en absoluto.

Se paró y miró hacia atrás. Calvi había desaparecido y su puerta estaba cerrada. De pronto, la ira de Tirand, que se había aplacado un tanto mientras hablaban, regresó. Pero esta vez tenía el suficiente dominio de sí mismo para mantenerla a un nivel manejable y desechar la idea de regresar a la habitación de Calvi para abordarlo con el problema. Ya tenía bastante de que preocuparse. Más que suficiente.

Un portazo un minuto más tarde fue la única exteriorización de cómo se sentía el Sumo Iniciado, cuando llegó al refugio de su dormitorio.

Iluminado sólo por el mortecino resplandor del fuego, el comedor, enorme y vacío, producía una sensación débilmente hostil. A medida que el fuego se iba extinguiendo, la temperatura descendía con rapidez. Karuth se estremeció y se ciñó el chal en torno a los hombros mientras esperaba respetuosamente a que Tarod saliera antes que ella.

El señor del Caos no parecía tener ninguna prisa por salir. Estaba cerca de la chimenea, contemplando las altas ventanas, el entablado de la pared, las largas hileras de mesas y bancos, la galería con cortinas por encima de la chimenea. No veía su expresión, pero tenía el aspecto de alguien que, al regresar a casa tras una prolongada ausencia, se toma su tiempo para contemplar de nuevo el entorno conocido y disfrutar de él. Karuth sabía que, cien años antes, Tarod se había encarnado en forma humana y había crecido en el Castillo como iniciado del Círculo. La narración de cómo aquel joven adepto había revelado al fin su verdadera naturaleza y había empleado sus asombrosos poderes para hacer regresar del exilio al Caos y establecer la nueva era del Equilibrio pertenecía ya a la historia, y a Karuth le producía un extraño escalofrío pensar que aquella figura del lejano pasado y el dios a quien había invocado esta noche eran uno solo. Intentó imaginar a Tarod en aquellos días lejanos, de niño, de adolescente, de joven, estableciendo amistades y rivalidades, sobresaliendo en ciertas asignaturas, pero fracasando en otras; viviendo, de hecho, una vida que tenía muchos paralelismos con su propia experiencia juvenil. Pero le falló la imaginación, y dejó de lado aquellos pensamientos con un estremecimiento.

Él parecía perdido todavía en sus ensoñaciones, sin advertir la presencia de Karuth. Se preguntó si no estaría entrometiéndose, pero, aunque la prudencia le decía que debería marcharse, otro impulso más fuerte la obligaba a quedarse. Paradójicamente, se sentía más segura en su presencia que a solas, a pesar de todo lo ocurrido. O quizá, pensó, si era sincera consigo misma, precisamente por todo lo que había ocurrido; porque, pasara lo que pasara, después de los acontecimientos de aquella noche, sabía que sería una paria a los ojos del Círculo, y por lo tanto una paria a los ojos de todos los habitantes del Castillo. No esperaba menos; de hecho, antes de realizar el ritual que había abierto la Puerta del Caos, una parte de su ser había encontrado un perverso placer ante aquella perspectiva. Pero, mientras que la expectativa dramática y llena de orgullo de verse sometida a

ese papel había encerrado cierto atractivo, la dura realidad estaba resultando un asunto completamente distinto. No había contado con la terrible sensación de pérdida e inseguridad ocasionada al encontrarse de pronto expulsada de la única sociedad que conocía. Tampoco había contado con el miedo que venía justo detrás del aislamiento. No era un miedo lógico; no se trataba, por ejemplo, del miedo a la hoja de un cuchillo en un pasillo a oscuras de noche, o al veneno en una copa de vino, pues aquélla era una época civilizada. Era el miedo informe pero devastador de saber que no tenía ningún amigo.

O casi ninguno. Tarod había conocido en tiempos el amargo aguijón de ser un exiliado, y Karuth se atrevía a creer que los recuerdos de su experiencia despertaban en él compasión y afinidad por sus apuros. Pero eso, aun si fuera verdad, nada garantizaba.

¿Se aventuraría a comprobarlo? Aquél era otro motivo para permanecer en la sala, aunque estaba inextricablemente ligado a otros, y a la sencilla necesidad de no quedarse sola. Pero ahora no estaba segura de tener el valor para abordar el tema con Tarod.

Estaba tan preocupada por sus pensamientos que no se dio cuenta de que él la observaba, por lo que dio un respingo cuando pronunció de pronto su nombre.

—Karuth. —Sus verdes ojos parecían la mirada de un gato en la semipenumbra—. Creí que te habías marchado con los demás.

Parpadeó rápidamente, intentando recuperar la compostura.

—No, mi señor. Yo... —El gusano de la autocompasión se agitó—. Sospecho que los demás no recibirían mi compañía con agrado.

Tarod no hizo ningún comentario, pero ella sintió que su pequeña demostración de amargura ni lo impresionaba ni lo emocionaba. Él se acercó y le tocó la mejilla con la palma de la mano.

—Tienes frío.

—No; de verdad, estoy bien. —Se apartó, agradecida por el contacto, pero al mismo tiempo recelosa—. Gracias... —Tragó saliva, con la sensación de que algo quería atascarse en su garganta.

—De todas formas, deberías acostarte. Nada más hay que hacer esta noche.

Karuth asintió sin mucho convencimiento; luego lo miró.

—¿Y vos, mi señor? No hemos preparado habitaciones para vos... Si me decís qué necesitáis, yo...

La hizo callar con un movimiento de la cabeza.

—No hace falta. Yo me acomodaré.—Esbozó una sonrisa ligeramente malévola—. No soy Ailind; no requeriré alojamiento espléndido ni doce criados corriendo detrás de mí para recordar a todo el mundo que estoy aquí. —Le cogió el brazo en un gesto ceremonioso pero amigable y la condujo hacia las puertas de doble hoja—. Vete a la cama, Karuth, e intenta dormir. Aunque ahora te parezca improbable, con la luz del día verás tus dudas con otra perspectiva.

Estuvo a punto de decir «No tengo dudas», pero se contuvo, al comprender que él había juzgado sus sentimientos mejor de lo que podría hacerlo ella. Sabía que se la estaba quitando de encima de forma amable y no quería discutir con él, pero sabía también que aquella noche le costaría conciliar el sueño, si es que conseguía dormir. Y había otra cuestión, todavía

Librodot

sin resolver…

Llegaron ante la puerta. Tarod la abrió; luego se detuvo y soltó una risa divertida y suave.

Ante la puerta del comedor, silenciosos en el suelo, esperando, estaban los gatos. Debían de ser entre quince y veinte de todos los colores, tamaños y edades, y todos y cada uno miraban alertas, casi extáticos, a la cara del señor del Caos. Uno, el gato gris que en el pasado se había pegado a Karuth tan a menudo, abrió la boca y emitió un maullido que sonó como una bienvenida.

—Vaya, vaya —dijo Tarod, y su voz mostraba auténtico placer—. Había olvidado que el Caos tiene estos buenos amigos entre los habitantes del Castillo.

Los gatos se acercaron, ronroneando, y se frotaron contra sus piernas y contra la falda de Karuth. Tarod se agachó y los acarició uno por uno; luego miró sonriendo a Karuth.

—Hubo una ocasión en la que tuve buenos motivos para sentirme agradecido a uno de sus antepasados —comentó—. Una criatura muy parecida a este pequeño animal gris, ahora que lo pienso.

Karuth sintió, aunque débilmente, un aura de calor y placer que emanaba de las mentes telepáticas de los gatos. Su estado de ánimo le dio confianza, al igual que su inesperado efecto sobre Tarod, quien con aquella muestra de afecto parecía de repente más asequible.

Karuth habló antes de que la abandonara el valor.

—Mi señor, quería pediros algo.

Los ojos verdes brillaron con despreocupado interés.

—Ah, ya me parecía. ¿Qué te inquieta?

Se sintió estúpida; de nuevo él había adivinado sus pensamientos, y no debía haber esperado menos. Cogió aliento y entrelazó con fuerza las manos.

—Se trata de Strann, mi señor.

—¿Strann? —El tono de voz y la expresión de Tarod no permitían el menor atisbo de su reacción interior—. ¿Qué le ocurre?

—Yo… —Y pensó: *No des rodeos; di la verdad*—. Temo por él. —Se pasó la lengua por los labios, que de repente sentía incómodamente secos—. Sé que cometió una equivocación, y que en cierto sentido fracasó en la misión que Yan…, que vuestro her…, que nuestro señor Yandros le impuso; pero creo que es un aliado sincero, y sin la protección del Caos puede estar en peligro si el Sumo Iniciado o… o cualquier otro fuera a… —Se dio cuenta de que estaba balbuceando, poniéndose en ridículo, y dejó la frase a medio acabar.

Tarod acarició una última vez al gato gris con la yema de un dedo y se enderezó.

—¿Crees que Ailind puede desquitarse con Strann ya que no puede hacerlo contigo?

Había expresado sus sentimientos con tal exactitud que sus mejillas se encendieron.

—Sí—dijo.

—¿Dónde está Strann?

—En una habitación del ala principal. Sigue prisionero, por mucho que las apariencias sugieran otra cosa. Y hay otra cuestión…

Tarod le lanzó una inquisitiva mirada, y, aunque no tenía intención de

decir nada más en principio, Karuth se encontró contándole la historia de la mano derecha destrozada de Strann: la broma particular de Ygorla para asegurarse de que su enviado le permanecía fiel.

—Sin la música no tiene nada —terminó de decir con aire desgraciado—. Y ella le dijo que era la única capaz de deshacer la brujería y devolverle la mano entera.

Tarod la miró con expresión extraña.

—Eres un médico muy cualificado, Karuth. ¿Qué tienes que decir de eso?

Ella clavó la vista en el suelo.

—No hay capacidad humana que pueda reparar el daño que le ha hecho, mi señor. Es... monstruoso.

Él permaneció callado tanto tiempo que Karuth comenzó a sentirse incómoda y, cuando se atrevió a mirar otra vez, vio que su expresión era sombría y que en sus ojos había un brillo peligroso y pensativo. Insegura del terreno que pisaba, intentó encontrar una forma de romper el silencio, pero él se le adelantó.

—Llévame a la habitación de Strann —le dijo.

El tono de voz era brusco y no admitía preguntas. Karuth hizo una leve reverencia, sin animarse a decir nada, sin animarse a creer que él estuviera dispuesto a atender su súplica. Miró el pasillo, no vio a nadie, y sin decir palabra se volvió para guiarlo hacia la escalera principal. Detrás de ellos, como una corriente de agua o un hilo de humo bajo, los gatos los seguían en silenciosa procesión.

En las horas transcurridas desde que Karuth había abandonado su habitación, a Strann no le había resultado fácil encontrar formas de distraerse. Le habían dado de comer, lo que al menos era algo que agradecer, y había intentado ocupar su tiempo prolongando al máximo la comida; pero al final, habiendo comido sólo la mitad de los platos y con el resto de los alimentos fríos y nada apetecibles aunque hubiera tenido hambre, abandonó el esfuerzo.

En cierto modo, reflexionó, su falta de apetito era probablemente una bendición, puesto que, de ese modo, el papel que Karuth le había indicado que interpretara resultaba mucho más convincente: un hombre que se recuperaba de la fiebre, ya fuera de peligro pero todavía convaleciente y débil. Ambos sabían que la breve enfermedad que había padecido no había sido una afección natural sino un complot por parte del Caos, una manera de llegar a Karuth a través de él, pero era esencial que nadie sospechara algo extraño. Para ello, Strann había soportado con paciencia y en silencio un detenido examen por parte de Sanquar, el segundo médico del Castillo, ayudante de Karuth, y esperaba haber resultado convincente en su fingimiento; desde luego había resultado lo bastante convincente para evitar que le formulara preguntas potencialmente peligrosas. Sanquar se marchó por fin, y poco después oyó que sus dos guardianes también se alejaban por el pasillo, seguramente pensando que estaba bastante seguro como para dejarlo solo durante la noche. En cuanto dejó de oír sus pasos, intentó abrir la puerta, pero, naturalmente, estaba cerrada con llave. Ahora, sin nada más que distrajera su atención, era presa de todos los pensamientos y preocupaciones que había intentado mantener a raya.

Sabía que Karuth tenía una misión que cumplir, y sospechaba que era

Librodot

una tarea impuesta por Yandros, el principal señor del Caos, aunque Karuth no había querido confirmárselo. Estaría más seguro si no sabía nada, había dicho ella, y, aunque pudiera ser verdad, a Strann no le gustaba eso, y menos aún cuando su mente daba vueltas a lo poco que ella le había contado. Un emisario del Orden en el Castillo... Y los dioses del Orden sabían el propósito que lo había llevado allí y conocían los detalles del mensaje que portaba. Por los Siete Infiernos, pensó Strann con amargura, había caído en la trampa con todo el equipo. Revelar la naturaleza de los apuros de Yandros y anunciar con total descuido el hecho de que la gema del alma de un dios del Caos había sido robada, con uno de los señores del Orden sentado a menos de tres pasos, escuchando cada una de sus palabras... Un perro descerebrado no lo habría hecho peor. Ahora, en una apuesta de última hora para reparar el mal que él había causado, Karuth se exponía a un peligro mortal. Ella había intentado quitarle importancia, pero Strann no era tonto; sabía la naturaleza del riesgo al que se enfrentaba ella, aunque sólo pudiera suponer los detalles. Y si algo le ocurría por culpa de su estupidez...

Con un gesto furioso, Strann apartó la ropa de cama, se levantó y comenzó a pasear por la habitación como un león enjaulado. Al diablo con aparentar que no podía levantarse de la cama; si permanecía en ella un instante más, comenzaría a desgarrar las colgaduras o cogería los potes y las pociones que el maldito médico había dejado en la mesa y los tiraría por la habitación, o gritaría para conseguir que los guardianes regresaran corriendo del cómodo refugio que se hubieran buscado. Se acercó a la ventana, descorrió las cortinas y se asomó. Nada; el patio estaba desierto, coloreado en tonos plateados y negros con la nieve y los contornos de las antiguas murallas de piedra. Aquél era un lugar estremecedor y opresivo, pensó. Era difícil pensar que alguien con algo de calor en el alma pudiera considerarlo su hogar, y menos una mujer como Karuth. Entonces, al pensar en Karuth, volvió a aflorar a la superficie el miedo enfermizo; dejó caer la cortina y volvió tenso al centro de la habitación.

Habían dejado dos velas encendidas, sujetas en candelabros de pared, que proporcionaban la luz justa para ver. Con su mano intacta, Strann buscó en los grandes bolsillos de su chaqueta y sacó los diversos objetos que allí encontró. Un puñado de monedas. Dos puntas de plumilla rotas. Un trozo de pergamino; tenía algo escrito pero la tinta se había corrido y era ilegible. Una piedrecilla de cuarzo, de cantos afilados; una especie de amuleto, aunque últimamente poca suerte le había traído. Dos cuerdas de repuesto para su manzón... Las guardó de nuevo con rapidez, reprimiendo la ansiedad que le provocaban. Una baraja de cartas vieja, manchada, y un dado con un canto tan gastado que ya no podía rodar imparcialmente. Sopesó el dado y acabó por desecharlo en favor de las cartas. La baraja no estaba completa, pero podía jugar uno de los juegos más sencillos, el Azar de la Cosecha por ejemplo, apostando contra sí mismo y haciendo una apuesta adicional sobre qué bando ganaría. Cualquier cosa, cualquiera, con tal de que las horas pasaran y que no pensara más que en asuntos triviales.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, dividió su pequeña reserva de monedas en dos montones y, torpemente, con una mano comenzó a barajar y repartir las cartas.

Cuando empezaba a jugar la tercera mano, advirtió que le era

prácticamente imposible concentrarse en el juego. A pesar de sus esfuerzos por dejarlo de lado, el miedo estaba apoderándose de él. Tenía miedo por su persona y su precario futuro, pero el miedo mayor —y, siendo poco dado a engañarse sobre sí mismo, fue lo suficientemente sincero para reconocer que era una sorpresa— era por Karuth.

¿Dónde estaría ahora? ¿Qué estaría haciendo? Y, lo que era más importante, ¿estaba a salvo? Lo peor era no saber nada, y no poder hacer nada para ayudarla, sobre todo porque, de no haber sido por él, todo aquel feo asunto jamás habría ocurrido. Si al menos pudiera salir de aquella habitación. Si al menos…

La cerradura de su puerta emitió un chasquido, y la mente de Strann se quedó helada. El corazón le dio un doloroso vuelco y alzó la mirada a tiempo para ver cómo se abría la puerta. Alguien, poco más que una silueta a la luz de las velas y de la iluminación igualmente tenue del pasillo, apareció en el umbral. Una voz conocida dijo:

—¿Strann?

—¡Karuth! —Strann soltó las cartas y se puso en pie de un salto—. ¿Va todo bien? ¿Qué has estado…? —Entonces se tragó el resto de la frase, al ver al hombre alto que había entrado en la habitación tras ella.

A la escasa luz, Tarod no era claramente visible, pero el instinto hizo sonar la alarma en la psique de Strann y permaneció inmóvil, con una mirada intensa y recelosa en los ojos garzos. El señor del Caos no dijo nada, pero hizo un ligero gesto en dirección a los candelabros de la pared, y la docena de velas que no estaban encendidas cobraron vida. La habitación se iluminó y Strann vio su rostro por vez primera.

—Uhhh… —Strann no necesitó mirar a Karuth en busca de una confirmación; el parecido con Yandros bastaba para revelarle la verdad y retrocedió un paso, vacilante—. Mi… —A duras penas consiguió que la lengua le obedeciera—. Mi señor…

—Siéntate, Strann. —Tarod cerró la puerta—. Y no salgas corriendo por miedo a que haya venido para castigarte por tu estupidez. Tu nexo con mi hermano nos dio el medio de llegar a Karuth, de manera que al final fuiste de alguna utilidad. Digamos que un hecho anuló al otro y que puedes considerarte absuelto.

Strann lo miró como hipnotizado, se abrió paso hasta la cama y se dejó caer sobre ella. Intentó hacer una pregunta, pero la coherencia estaba fuera de su alcance.

—¿Qué…? Es decir, no entiendo cómo…

—Realicé un rito, Strann —explicó Karuth en voz baja—, que abrió el camino entre nuestro mundo y el dominio del Caos. Ésa fue la misión que nuestro señor Yandros me pidió que realizara cuando me habló a través de ti. —Hizo una pausa—. Me pareció mejor no decírtelo hasta que lo hubiera hecho.

Al darse cuenta, aunque fuera sólo un atisbo, del peligro que debía de haber corrido Karuth, Strann sintió que el rostro se le perlaba de sudor frío. Por un breve instante, se preguntó si no estaba volviendo a tener alucinaciones, pero desechó rápidamente la idea. Aquél no era un sueño febril; era tan real como su encuentro con Yandros en la Isla de Verano.

Todavía estaba intentando dominar su mente y su voz cuando Karuth atravesó la habitación y le cogió la mano.

—Strann, esta noche se han producido grandes cambios en el Castillo. Mi hermano sabe que nuestro señor del Caos está aquí, y sabe también que fui yo quien abrió la puerta al Caos.

Tarod intervino.

—Para ser más exactos, Ailind del Orden también lo sabe. No puede vengarse de Karuth porque está bajo mi protección y no tiene poder sobre mí. Pero tú podrías ser un asunto totalmente distinto.

Strann miró asustado al señor del Caos.

—¿Como blanco de su ira? Pero si...

—Nunca cometas el error de subestimar a una criatura como Ailind —dijo Tarod con brusquedad—. No hay mortal que pueda compararse a los señores del Orden en lo que se refiere a rencor y mezquindad, y, si Ailind cree que puede hacer daño a Karuth atacándote a ti, lo hará. Por lo tanto, creo que será lo mejor que extienda mi protección para que te incluya a ti además de a ella.

Strann sintió que el sudor frío desaparecía, reemplazado por una oleada de calor y alivio. Karuth sostenía todavía su mano; le apretó los dedos, y él le devolvió el apretón con todas sus fuerzas.

—Gracias, mi señor —consiguió decir al fin—. No puedo expresar con palabras mi agradecimiento.

—No es una cuestión de gratitud, Strann. Sencillamente, al Caos no le interesa poner en peligro a uno de los pocos aliados que tiene. Si te consideras en deuda con alguien, que sea con Karuth, que defendió tu causa. —Entonces miró a Karuth—. Es tarde. Saca a Strann de esta habitación y encuéntrale otro alojamiento para el resto de la noche.

Ella asintió, demasiado agradecida para poder hablar. Strann se levantó de la cama, mientras se preguntaba si sus piernas podrían sostenerlo o si se derrumbaría; pero, cuando Karuth comenzaba a acompañarlo hacia la puerta, Tarod dijo de pronto:

—Esperad... sólo un momento.

Se detuvieron. Tarod cruzó la habitación y Karuth se apartó respetuosamente cuando se paró ante Strann.

—Tu mano. —Tarod miró el guantelete que ocultaba el muñón destrozado de Strann, y de pronto su voz adquirió un tono extrañamente amable—. Quítate el guante, Strann. Déjame verla.

Strann se puso tenso y su mirada escrutó el rostro del señor del Caos, como si estuviera casi convencido de que aquello era el preludio de algo desagradable. Los verdes ojos de Tarod no se movieron, y, tras un instante, Strann bajó la mirada y se quitó el guante muy despacio. Incluso a aquellas alturas, todavía tenía que hacer un esfuerzo para no espantarse al ver lo que quedaba al descubierto.

Tarod tocó el muñón con un largo dedo índice. Su mirada volvió a adquirir una expresión pensativa, como le había ocurrido minutos antes en el comedor, y el dios sintió un rápido centelleo de ira. La mano de Strann le traía viejos recuerdos de sus apuros en aquel mundo, y de un momento en que él había sufrido un tormento similar. Ahora carecía de sentido, pero, si quería, podía recordar aún la agonía producida por los huesos al romperse y la rabia y el desconcierto ante una traición monstruosa.

Reprimió aquellos pensamientos y habló, sin que su tono de voz revelara nada.

—¿Fue la hechicera quien te hizo esto?

Strann hizo un gesto afirmativo, sin atreverse a confiar en su voz.

—¿Como garantía de tu fidelidad?

Strann se humedeció los labios.

—Eso fue lo que dijo.

—Entiendo.

Tarod extendió los dedos y cubrió el muñón. Strann sintió algo —no era dolor, aunque se le parecía: calor y frío y algo más que no conseguía identificar— que sacudía los nervios que deberían estar muertos. Luego Tarod retiró los dedos.

Strann miró... y la impresión fue como un puñetazo, como si el cuarto, el Castillo, el macizo, el mundo entero, se hubieran vuelto del revés.

Su mano volvía a estar entera.

Tarod sonrió amablemente a Karuth; casi con tristeza, pensó ella.

—Os deseo una buena noche —dijo, y salió de la habitación.

Aturdida y en silencio, Karuth contempló la puerta que se cerraba tras él. No podía expresar lo que sentía; no encontraba palabras, ni siquiera conseguía ordenar sus confusos pensamientos. De pronto, su parálisis cedió; se volvió a Strann, con el rostro radiante..., y se paró en seco.

Strann se cubría los ojos con la mano, la mano restaurada, y los mechones enredados de su cabello castaño claro ocultaban el resto de su cara. No emitía sonido alguno, pero sus hombros temblaban, y Karuth volvió a desviar la mirada, dándose cuenta de que él no quería que lo viera así, aunque no pudiera evitar saber lo que ocurría.

No estaba acostumbrada a aquello, se dijo; se apretó los ojos con un pulgar y un índice, y parpadeó con rapidez. Había visto a Tirand, sí, muchas veces, cuando era un crío, y más recientemente, cuando murió su padre... pero fue distinto. Era su hermano y era más joven que ella, por lo que no sintió vergüenza y supo qué hacer. Pero ahora se sentía perdida. Era extraño. A lo largo de sus años practicando la medicina había presenciado decenas de nacimientos y muertes, había tratado el dolor, el miedo y la pena; había visto casi todos los aspectos imaginables de la condición humana, desde los más amables a los más crueles. Pero en todos aquellos años, creía que nunca se había sentido tan impotente como en aquel instante, o tan emocionada por algo tan sencillo como la visión de un hombre llorando.

CAPITULO 3

Strann pasó el resto de la noche en la habitación de Karuth. Sin hacer caso de la vocecita interior que la acusaba de engañarse a sí misma, Karuth se dijo, sencillamente, que era la solución más lógica al problema inmediato de encontrarle un nuevo alojamiento seguro, y Strann, aunque aparentó cierto apocamiento, se dejó convencer con facilidad.

Ninguno de los dos mencionó la reacción de Strann ante la curación de su mano. El colapso había sido breve, pero, cuando Strann recobró la compostura, ambos pusieron cuidado en comportarse como si nada extraño hubiera sucedido. Sin embargo, el incidente sí que sirvió para que se desvaneciera parte de la cautela de ambos, y su recuerdo, compartido aunque no expresado en palabras, los unió de una manera que habría sido imposible en otro caso. Cerrada con llave la puerta de la habitación de Karuth, con las velas encendidas y el fuego reavivado y calentando la habitación, comenzaron a sentirse menos cohibidos y se acomodaron en cauta pero cálida compañía. Karuth puso a calentar vino con especias en el trípode de la chimenea, y, cuando la bebida estuvo lista, la sirvió y se sentaron juntos en la alfombra para calentarse pies y manos con el fuego.

Ambos necesitaban hablar, pero parecía que, por alguna razón, era imposible entablar conversación.

Hablar de temas triviales tras los acontecimientos de aquella noche y todo lo que presagiaban habría sido tremendamente incongruente, pero aquellos sucesos eran demasiado recientes y trascendentales; necesitaban un respiro, una oportunidad para que las tensiones de los últimos días cedieran un tanto y les dejaran espacio para respirar. Pero no encontraban un tópico que estuviera entre ambos extremos y por eso, mientras bebían el vino y contemplaban las llamas, permanecían callados. El silencio continuó y al cabo de un rato se hizo incómodo; a pesar del vino, la tensión entre los dos había comenzado a crecer otra vez y ninguno sabía cómo aliviarla. Strann, por su parte, se enfrentaba a un dilema. No conocía a Karuth lo bastante bien para estar seguro de si su sugerencia de que pasara la noche con ella obedecía sencillamente a la conveniencia o a algo más, y lo preocupaba ofenderla haciendo suposiciones. Nunca antes había tenido aquel problema, porque, entre el tipo de mujeres con las que se había relacionado a lo largo de su despreocupada vida de vagabundo, esa cuestión ni se planteaba. Pero no podía comparar a Karuth con viejos amores como Yya, la ramera de taberna, y ni siquiera con la ansiosa y atolondrada Kiszi, hija de un rico comerciante de Shu-Nhadek, del mismo modo que no podía imaginarse a sí mismo como Sumo Iniciado. Karuth pertenecía a un mundo totalmente distinto; no sólo era de alta cuna, sino que era una dama en todo el sentido de la palabra. Sus sentimientos personales por ella eran algo completamente distinto; por el momento no se atrevía a pensar en ellos, y no sabía muy bien qué hacer o qué decir.

Fue Karuth quien por fin rompió el silencio, al dejar la copa, ponerse en pie y acercarse a donde reposaba su manzón cerca de la cama. Sacó el instrumento de su estuche y lo contempló pensativa durante unos instantes. Luego regresó junto al fuego y ofreció la manzón.

—Toca para mí, Strann —pidió en voz baja.

Él miró el instrumento y luego la miró a ella. Por primera vez desde su llegada al Castillo, Karuth vio un rastro de la antigua sonrisa de Strann, y supo que su intuición había sido acertada. A Strann no se le habría pasado por la cabeza ni siquiera pedir permiso para sostener el preciado instrumento de otro músico, pero la oportunidad de tocar otra vez era lo que más deseaba en el mundo. Era el puente que ambos habían estado buscando, el territorio común que consolidaría su incipiente relación. Él también lo sabía. Ese conocimiento se reflejó en su sonrisa, y estaba agradecido.

—Tocaré para ti gustosamente, señora, —aceptó Strann—. Pero con una condición: que tú también toques para mí.

Ella se echó a reír, y su voz sonó ligeramente aflautada.

—No. No me atrevería.

Strann cogió la manzón y la apoyó sobre sus rodillas.

—Creo recordar —dijo, manteniendo el tono de voz deliberadamente ligero, casi despreocupado— cierta ocasión en la Isla de Verano, en tiempos más felices, cuando alguien, no diré nombres, te censuró por tu reticencia. Fue una pura impertinencia, pero tuvo el efecto deseado. Tenía la esperanza de que recordaras la lección —y tocó en el instrumento una frase breve y compleja.

Cuando el sonido se extinguió, Karuth lo miró a la cara.

—El lenguaje de las manos... —dijo—. Strann, si fuera una mujer desconfiada, sospecharía que intentas inducirme a capitular.

Strann sonrió. Había tocado las notas según el código del Gremio de Maestros Músicos. El lenguaje de las manos, como se lo llamaba, era un sofisticado lenguaje musical, pero el mensaje de Strann había sido sencillo y directo al grano: «¿Me negarás el placer que me pides que yo te regale?».

De pronto, Karuth se echó a reír.

—Muy bien —concedió—. No te lo negaré. ¡Aunque te digo ya que obtendré mucho más placer de tu interpretación que tú de la mía!

—Eso es cuestión de opiniones. Y gustos.

Ella lo miró llanamente.

—No intentes embaucarme con halagos. Y afina la quinta cuerda, que está baja. —Entonces los últimos vestigios de tensión se vinieron abajo, y Karuth se sentó en la alfombra a su lado—. Oh... Strann, tonto. Toca para mí.

Las manos de Strann acariciaron la madera pulida, se cerraron sobre las cuerdas. No dijo nada más, sino que comenzó a tocar una lenta y antigua tonada. La luz del fuego brillaba sobre él creando cálidos destellos en su pelo, dejando en la sombra los planos y ángulos de su rostro, mientras que, con los ojos cerrados, se olvidaba de todo y se perdía en la interpretación. Karuth escuchaba, embelesada, y en la habitación iluminada por las velas la magia de la música comenzó a apoderarse de ambos, a unirlos en la calidez, la intimidad y la paz.

Durmieron las últimas horas antes del amanecer. Strann improvisó una cama junto al fuego, con las alfombras y las mantas que Karuth sacó de su baúl de ropa, y se dieron las buenas noches con un apretón de manos y un beso casto, casi infantil. A Strann aquello lo emocionó de manera extraña, al tiempo que se sentía sorprendido por su propia reticencia, que desde luego

Librodot

no encajaba con su temperamento normal. Descubrió que lo preocupaba enormemente no correr el riesgo de ofender a Karuth haciendo suposiciones; fueran cuales fueran sus deseos, la buena disposición de ella —su amistad en el verdadero sentido de la palabra— era demasiado importante, se dio cuenta, para ponerla en peligro. Y, a pesar de todo, se sentía feliz, extraña y particularmente feliz. Quizá, pensó, con una chispa del humor irónico que había permanecido aletargado durante sus recientes pruebas, a medida que pasaban los años se iba haciendo más romántico de lo que en un principio había creído posible.

En la cama, resguardada por las pesadas colgaduras, Karuth contempló el resplandor decreciente del fuego que se reflejaba en la pared opuesta. No podía ver el cuerpo yacente de Strann desde donde se encontraba, pero había escuchado que su respiración se hacía más lenta hasta alcanzar un ritmo ligero y firme, y adivinó que se había dormido.

Karuth también estaba cansada, pero sospechaba que el sueño no le vendría con tanta facilidad. A solas de verdad, y sin necesidad de mantener una máscara pública, sentía unas tremendas ganas de reírse de su comportamiento con Strann aquella noche. Qué chiquilla había sido. Qué chiquilla tan tonta y mojigata; sí, mojigata era la palabra. ¿Qué había sido de la experiencia e independencia de las que tanto se jactaba? Más bien se había comportado como una nerviosa virgen de dieciséis años que como una mujer de mundo ya entrada en la treintena, desgarrada entre la esperanza y el miedo, entre el anhelo y la perturbación, entre el deseo y...

Bueno, se preguntó, entre el deseo ¿y qué? No era su contrario, eso era seguro. Por muy improbable que pareciera como amante, con su apariencia de espantapájaros y su irónico ingenio que lo mismo aplicaba a él mismo que a cualquier otro, sí que encontraba atractivo a Strann; de hecho, más atractivo de lo que estaba dispuesta a reconocer incluso para sus adentros. Y a la vez era lo bastante consciente de sus propias cualidades como para saber que Strann, también, se sentía atraído hacia ella. Pero, aquella noche, ninguno de los dos se había sentido preparado para dar el primer paso crucial que rompiera esa última barrera, y Karuth no entendía por qué. No habría significado ninguna vergüenza, ni motivo para posteriores recriminaciones; ambos eran lo bastante mayores para elegir sus placeres, y las costumbres actuales no miraban con malos ojos semejantes relaciones. Pero, por alguna razón, lo lógico, lo que era de esperar, no había sucedido. De hecho, pensó, era como si ambos se hubieran propuesto evitarlo.

Giró sobre sí misma, tapándose más con la ropa de cama, y reprimió el súbito impulso de soltar una risita como no había experimentado desde que era adolescente. Ella y Strann comportándose como crios en un juego de adultos, precavidos y contenidos, sin atreverse a sobrepasar ni una sola vez las fronteras del decoro. Virginales. Era ridículo. Pero aquella noche se encontraba extrañamente satisfecha de que la cosa hubiera terminado así. A pesar del placer, no habría deseado que fuera de otro modo, al menos no por el momento. No pensaba en Strann como en un amante, sino como algo más; mucho más de lo que podía expresarse o conseguirse con la mera satisfacción física. Y la halagaba saber que él parecía compartir esos sentimientos y corresponder a ellos. Le daba una sensación de seguridad... y eso, pensó Karuth cuando el sueño la venció por fin, era más preciado que el oro, puesto que sellaba una amistad verdadera y duradera.

Librodot

El Consejo de Adeptos se reunió a la mañana siguiente, una hora después del amanecer. Las circunstancias obligaron a Tirand a admitir que a la reunión pudiera asistir todo el Círculo, ya fueran o no miembros del Consejo, y estaba claro que los rumores habían corrido a toda velocidad en el Castillo durante la noche, porque, cuando el triunvirato, flanqueado por los consejeros más veteranos, ocupó sus asientos en el estrado, la sala estaba llena a rebosar.

Ailind, al parecer, había aceptado el hecho de que su identidad ya no podía mantenerse en secreto, y ocupó el sillón central que le habían reservado entre Tirand y el Alto Margrave. Se había despojado de los aderezos de su papel asumido y ahora iba totalmente vestido con ropajes blancos ribeteados en oro, una capa blanca sobre los hombros y una fina diadema de oro que recogía sus largos cabellos blancos. Sus ojos, cuando contempló la sala, brillaban como topacios.

Tarod, quizás adrede, llegó tarde. Se produjo cierta agitación cuando se abrieron las puertas ante él, pero no se fijó en el mar de caras nerviosas que se volvieron para observarlo mientras se encaminaba hacia el estrado por el pasillo central. En agudo contraste con Ailind, vestía de negro sin adornos, aunque su capa, tal vez como burla, era del color verde que identificaba a un adepto del séptimo rango: el rango que había tenido durante su encarnación como mortal. Sin ningún aderezo, sin diadema que ciñera la maraña de sus negros cabellos, tenía un aspecto desgreñado y peligroso, e incluso a Tirand le falló la determinación cuando se encontró con la verde mirada del señor del Caos, que así lo saludó brevemente antes de tomar asiento en el extremo de la mesa del estrado, a marcada distancia de los adeptos de mayor rango.

Karuth, sentada cerca del fondo de la sala, sintió que la atmósfera se agriaba debido a la tensión. La noticia de la llegada del emisario del Caos había tardado tan sólo unas horas en difundirse, pero, incluso en aquel corto período de tiempo, sabía muy bien que los rumores se habían mezclado con los hechos en medida suficiente para complicar tremendamente la historia e hincharla con medias verdades y exageraciones. Los adeptos sabían qué había hecho Tarod para probar su identidad, y aquella historia ya se había convertido en un relato de terror y confusión. También sabían quién, de entre todos ellos, había realizado el rito que permitió al Caos entrar en el Castillo y echar a perder los planes del Sumo Iniciado; y, si Karuth se había sentido una exiliada después de la diatriba de su hermano la noche anterior, eso no era nada comparado con la atmósfera que la había recibido en la luz gélida de la mañana. Miradas frías, gente que le daba la espalda, una muralla implacable de hostilidad. Hoy era una paria; y eso le hacía reconocer la enormidad de lo que había hecho.

Intentó captar la atención de Tarod cuando éste pasó a su lado, pero él no le prestó atención. Cuando por fin se acabaron los murmullos y los movimientos, Tirand se puso en pie.

—Amigos míos. —Su voz sonaba tensa, con un timbre extraño. Karuth lo miró a la cara y supo que no había dormido—. He convocado esta reunión por razones que creo que ya conoce la mayoría de los presentes en esta sala. —Dirigió una mirada a Ailind—. Anoche, yo y algunos de mis colegas nos vimos... obligados... —titubeó—, obligados a...

La Matriarca le apretó el brazo en un gesto que quería transmitirle

Librodot

apoyo y confianza. Tirand se aclaró la garganta y comenzó de nuevo.

—Anoche se produjeron circunstancias que no habíamos previsto y que nos han planteado un problema..., un nuevo problema.

—Sumo Iniciado. —La voz de Tarod interrumpió secamente los balbuceos de Tirand, y el señor del Caos se inclinó hacia adelante—. Sugiero que nos saltemos estas agudezas y que vayamos al grano sin rodeos tediosos. No me cabe duda de que la mayoría de los adeptos presentes conoce mi identidad y la de nuestro amigo de cabellos blancos que se sienta a tu lado. Pero, para quienes todavía no lo saben, o que no creen en lo que han oído, permíteme que aclare el asunto de una vez por todas. —Barrió con su brillante mirada esmeralda a los presentes—. Soy Tarod del Caos, hermano de Yandros; y éste que se presentó como marinero, y que hasta el momento se ha mostrado reacio a revelar su verdadera identidad, es Ailind, hermano de Aeoris y emisario del Orden. —Miró de nuevo a Tirand, y sus ojos adquirieron un brillo malévolo—. Y eso, Sumo Iniciado, es el núcleo del problema que, al parecer, tanto te cuesta explicar.

La sala permaneció en silencio. Tirand miró con aire mísero a Tarod y luego a Ailind, para después clavar la vista en la mesa.

—Sí —dijo al fin, con voz apenas audible—. Sí, ése es el núcleo del problema.

—Sumo Iniciado, permíteme que tome la palabra. —Ailind se levantó y, poniendo una mano en el hombro de Tirand, hizo que se sentara, con amabilidad pero con firmeza. Lanzó una mirada de desprecio a Tarod, quien también lo miró con irónico interés, y luego se volvió hacia el público.

—Adeptos del Círculo, soy, como ya habéis escuchado, Ailind, hermano de Aeoris; y por lo tanto os hablo con la plena aprobación de los poderes del Orden. —Hizo una pausa para permitir que la importancia de esa afirmación causara su efecto, antes de proseguir—: No hace mucho tiempo, por petición, no sólo del Sumo Iniciado, sino de todos vuestros gobernantes, renunciasteis a vuestra lealtad al Caos para poneros únicamente en manos de quienes durante siglos, hasta que al mundo le fue impuesta la farsa del Equilibrio, habían sido vuestros únicos dioses. Nos llamasteis pidiendo ayuda en tiempo de crisis; respondimos. Pero ahora uno de vosotros, adeptos, ha desafiado al Círculo al que debe obediencia y ha invocado a los demonios del Caos para que se entrometan en los asuntos humanos. No importa lo que los rumores digan: la verdad es sencilla. Un emisario del Caos ha llegado sin invitación y en contradicción directa con la voluntad de vuestros dioses y vuestros gobernantes. Yandros ha roto el pacto que hizo con vuestros antepasados, y al hacerlo os ha traicionado a todos.

Tarod se echó a reír. El sonido fue tan inesperado que hizo callar a Ailind, y todas las miradas se volvieron hacia la figura alta y de cabellos negros sentada al extremo de la mesa.

—Ailind, tú y los de tu clase nunca cambiáis. —Tarod se levantó, y la capa verde se agitó con violencia a su alrededor—. Te pavoneas, fanfarroneas y sueltas sermones; pero, entre todas esas bonitas palabras, pasas por alto el único punto esencial de este asunto: se me invocó, y aquí estoy. Y no tienes el poder de hacer que me marche.

Los ojos de Ailind relampaguearon.

—¿Se te invocó? —replicó con desprecio—. ¿Con el permiso de quién? El Círculo ha dictado anatema sobre ti y tus hermanos demonios y tu presencia

Librodot

en este mundo es un insulto a la ley del Equilibrio.

Tarod sonrió maliciosamente.

—El Caos no necesita el permiso del Círculo, amigo mío. La voluntad de un adepto superior es suficiente para satisfacer la ley que nosotros hicimos.

A Ailind no se le escapó el ligero énfasis en el «nosotros», pero devolvió la sonrisa con un gélido movimiento de sus labios.

—¿Una traidora y una blasfema? Karuth Piadar ya no es adepto superior del Círculo, ¡y vivirá para lamentar el día en que desafió a sus legítimos dioses!

Tarod permaneció inmóvil durante un instante; luego, con tal rapidez que las mentes y ojos mortales no pudieron asimilarlo, su mano izquierda culebreó y, con un gigantesco resplandor luminoso, una espada de doble filo de fuego carmesí, que doblaba en longitud la estatura de un hombre, golpeó la mesa a lo largo. Se oyó el ruido de la madera aplastada y cortada, una consejera soltó un chillido, y Calvi Alacar se echó hacia atrás con tal brusquedad que casi tiró a su vecino.

Tarod se quedó quieto, con la mirada clavada en el rostro de Ailind, la expresión mortífera. La espada latía en su mano, derramando una radiación rojo sangre sobre su muñeca. Toda la hoja se había hundido en la mesa, y, allí donde había golpeado, la madera comenzaba a ennegrecerse y reducirse a cenizas.

—Te lo advertiré una vez, Ailind del Orden —dijo el señor del Caos; habló con suavidad cargada de veneno, pero todos en la sala escucharon sus palabras—. No tolero que se amenace a mis siervos, y no permitiré intentos de venganza. Si tienes una chispa de sabiduría, ¡sabrás y aceptarás, antes de que sea demasiado tarde, que no eres el amo aquí!

Los ojos de Ailind se convirtieron en oro fundido. Alzó su mano derecha, con los dedos encogidos; pero, antes de que pudiera desquitarse, se oyó una voz gritar:

—¡Señores! Señores, ¡os lo suplico, tened piedad de nosotros!

Shaill Falada se había puesto en pie. Su rostro estaba tan blanco como su túnica de la Hermandad; pero no vaciló cuando miró, primero a uno y luego a otro, a ambos antagonistas.

—Señores, ¡de nuevo he de suplicar una pizca de cordura en medio de la confusión! —dijo—. Vuestros conflictos no nos atañen, y se me había hecho creer que el propósito de esta reunión era encontrar una solución a nuestras diferencias, no hacerlas más profundas. —Miró a Calvi, a quien habían ayudado a sentarse de nuevo pero que seguía temblando violentamente—. El Alto Margrave está muy angustiado, y he de confesar que yo no estoy mucho mejor. Por favor, ¿no podemos calmarnos?

Con una débil y seca sonrisa, Ailind bajó la mano. Tarod contempló un instante la espada, y luego aflojó un poco la mano. La espada se desvaneció, y el señor del Caos hizo una reverencia a la Matriarca.

—Por segunda vez, señora, te pido disculpas. Tienes razón; por este camino no encontraremos soluciones. —Se enderezó y su mirada esmeralda se dirigió a Ailind—. Al menos, creo que mi primo del Orden reconocerá que compartimos un propósito común, el propósito que nos trajo aquí a ambos. Aunque —y su tono de voz se hizo furioso— habría sido mejor para todos si los entrometidos siervos del Orden se hubieran dedicado a sus asuntos y hubieran dejado al Caos tratar con su problema a su manera.

Los ojos de Ailind relampaguearon de nuevo peligrosamente, y Shaill dijo en una súplica desesperada:

—Señores...

Tarod alzó ambas manos con las palmas hacia afuera en un gesto de asentimiento.

—De nuevo, Matriarca, te pido perdón. —Sonrió con ironía—. Y te agradezco la intervención.

La sonrisa de respuesta de Shaill fue reservada.

—Espero, señor, que no haréis suposiciones por ello. No soy de ninguna manera la campeona del Caos, y esta situación me gusta tan poco como a los demás. Sin embargo, es evidente que no se puede hacer nada para cambiarla. Para mí está claro que vos y monseñor Ailind estáis igualados; no debería sorprendernos porque, al fin y al cabo, ésa es la base del Equilibrio. Y, como decís, al menos tenéis un propósito en común: destruir a la usurpadora que nos amenaza a todos. —Sus ojos se velaron de repente con un dolor irritado y repentino—. Comparto ese propósito, señores. Mi predecesora, Ria Morys, también era mi querida amiga; y, si el pequeño monstruo de maligno corazón que la asesinó puede ser castigado, no discutiré si es el poder del Caos o el del Orden el más adecuado para conseguirlo. Todo lo que pido... —vaciló, se miró las manos que tenía entrelazadas firmemente, y luego alzó de nuevo la vista—, todo lo que pido, señores, es que nos digáis cómo debe hacerse. Porque me parece que hasta ahora no hemos oído ni una sola palabra por parte de nadie acerca de eso.

Se produjo el silencio cuando la Matriarca se sentó. Tarod y Ailind intercambiaron una prolongada mirada, y fue Tarod quien habló primero.

—Bueno, amigo mío, creo que la Matriarca nos ha puesto en nuestro sitio.

Ailind dirigió a Shaill una mirada que sugería que su temeridad no sería olvidada.

—¿Querrías quizás entonces responder a su pregunta e informarnos a todos acerca de tus intenciones? Creo que debemos saber la verdad, Caos —declaró, con un único destello de sus ambarinos ojos—. Toda la verdad.

Tarod se dijo que no tenía sentido mentir. Los señores del Orden conocían perfectamente los apuros del Caos y, aunque intentara evitar el tema, Ailind se aseguraría de que el Círculo no permaneciera en la ignorancia por mucho más tiempo. Y utilizaría lo que sabía en la medida en que le fuera posible.

Los verdes ojos del Caos recorrieron la sala con rapidez, y se posaron en el rostro de Karuth. Strann no estaba con ella. No era sorprendente, y tal vez en aquel momento era lo mejor para el bardo. Volvió de nuevo a mirar a Ailind y dijo con un tono de estudiada indiferencia:

—Claro. Toda la verdad.

Una multitud silenciosa y pensativa abandonó la gran sala unas dos horas más tarde. Mientras avanzaba con el gentío, lentamente, en dirección a las puertas de doble hoja, Karuth se acordó, sin venir a cuento, de algunos de los Ritos Superiores que había presenciado desde que había alcanzado los niveles superiores del Círculo; había el mismo aire solemne, la misma sensación de acontecimiento asombroso con una cierta decepción ahora que el suceso había pasado, y una reticencia subconsciente a regresar a los

Librodot

asuntos corrientes de la vida cotidiana.

Aunque, se recordó, no podía decirse que la vida en el Castillo fuera a ser cotidiana a partir de aquel momento. Los dos seres que ahora contemplaban la salida de su público desde el estrado habían puesto fin a cualquier esperanza que ella o cualquier otro de los presentes en la sala hubiera podido tener de encontrar una solución rápida y sencilla a sus problemas. Aquella revelación había significado un duro golpe para la autoconfianza de Karuth, quien había supuesto —no, más que eso: había creído con firmeza— que el Caos tendría los medios para derrotar a la hechicera Ygorla y a su padre demonio, allí donde otros poderes habían fracasado. Pero las palabras de Tarod ante la asamblea habían hecho pedazos aquella preciada ilusión.

El señor del Caos había esgrimido una brutal franqueza ante el silencioso auditorio. Para sorpresa y disgusto de Ailind y Tirand, no intentó disfrazar la verdad del dilema que afrontaban él y sus hermanos, ni minimizó su importancia. Contó el complot que el demonio Narid-na-Gost había llevado a cabo para robar la gema del alma de un señor del Caos, y cómo había huido, con la gema en su poder, para unirse a su hija en el mundo de los mortales, donde juntos se habían embarcado en su plan para usurpar el trono del Alto Margrave en la Isla de Verano y a partir de allí llegar a gobernar el mundo. Y, sencilla y llanamente, Tarod le había dicho a la asamblea que el Caos nada podía hacer para detenerlos.

Al escuchar aquello se produjo un tumulto. Cuando por fin se aplacó el furor, Tarod explicó el carácter del engaño de Narid-na-Gost. Efectivamente, el Caos estaba sometido a chantaje. Mientras la gema del alma de su hermano estuviera en manos de la usurpadora, Yandros no podía hacer nada contra Ygorla y su padre, porque, si lo hacía, destruirían la piedra, y con ella a su hermano. Aunque eso significaría el final de sus ambiciones, Yandros no estaba dispuesto a pagar semejante precio por su caída.

Ailind escuchó todo aquello en silencio, aparentando de vez en cuando un bostezo para ocultar una pequeña sonrisa. Sin embargo, la sonrisa desapareció cuando Tarod dijo que el Orden, a su vez, era tan impotente como el Caos para hacer algo contra el enemigo común. Narid-na-Gost, dijo, era un ser puro del Caos, e Ygorla, aunque medio humana, compartía ese linaje. El Orden no tenía poder alguno sobre los habitantes del Caos; eso, les recordó irónicamente Tarod a sus oyentes, ya se había demostrado aquí, en el Castillo. Por mucho que Ailind quisiera hacer creer otra cosa a sus seguidores, ni él ni su gran hermano Aeoris podían influir en los usurpadores o siquiera tocarlos. Y todos podían estar seguros de que Ygorla y Narid-na-Gost lo sabían.

No existía, dijo Tarod, una solución inmediata o clara para el punto muerto en el que todos se hallaban. Pero, ahora que el Caos había sido invocado y había ocupado su lugar en el escenario de aquel drama, se producirían algunos cambios. Sabía que el Orden ya había dado el primer paso de una estrategia propia, al invitar a la usurpadora a visitar el Castillo. El Caos no tenía poder para impedirlo, ni deseos de hacerlo, pero Tarod haría sus propios preparativos para recibir a Ygorla. El Caos y el Orden sí que compartían un objetivo común, como ya había indicado la Matriarca. Pero los métodos para conseguir dicho objetivo serían diferentes, y era decisión de cada adepto seguir los dictados de su conciencia y escoger un

camino acorde con ella.

Cuando por fin alcanzó la puerta y disminuyó la presión de los cuerpos al irse dispersando la multitud por el pasillo, Karuth escrutó con disimulo los rostros que tenía a su alrededor, pero no pudo inferir mucho de lo que veía. Los adeptos estaban todavía demasiado impresionados para reaccionar con coherencia ante lo que habían escuchado, y, hasta que se desvaneciera el aturdimiento que seguía a la impresión, habría una tregua. Pero, pasada esa tregua, ¿qué ocurriría? ¿Cómo responderían? ¿Y dónde se encontraría ella, una vez declaradas las lealtades de sus iguales?

Miró por encima del hombro, pero desde aquel ángulo no veía si quedaba alguien en el estrado en el otro extremo de la sala del consejo. El triunvirato estaba saliendo; entrevió los rizados cabellos de Tirand y la blanca túnica de la Matriarca cerca de las puertas, pero ni Tarod ni Ailind habían aparecido todavía. Por un momento, Karuth sintió el impulso de hablar con Shaill, pero desistió enseguida. Tenía que atender a su trabajo, y por el momento era mejor concentrarse en eso que atormentarse con evasivas.

Alguien le dio un empujón e inició una disculpa, pero, cuando vio quién era, se alejó deprisa sin acabar la frase. Karuth se quedó unos instantes viendo la espalda que se alejaba; luego suspiró y se dirigió hacia la enfermería.

Los últimos rezagados alcanzaron las puertas y salieron. Tarod, que había estado pasando el dedo despreocupadamente sobre una mancha de la mesa, se levantó. Cuando bajaba del estrado y comenzaba a alejarse, se oyó la dura voz de Ailind.

—Caos.

Tarod se detuvo y se volvió. Ailind estaba de pie, junto al sillón vacío del Sumo Iniciado. Estaban solos en la sala, pero sus presencias parecían abarrotar la espaciosa estancia.

—Antes de que cada uno se marche por su lado —declaró Ailind con frialdad— quiero advertirte una cosa. Si abrigas la esperanza de hacerte con el mando aquí, te aconsejo fervientemente que lo olvides. No tengo intención de permanecer impasible mientras corrompes al Círculo para que apoye tu causa, ni tengo la intención de permitirte interferir de ninguna manera con nuestras estrategias. Quizá no sea capaz de revocar la traición que te trajo aquí, pero, de la misma manera que no tengo poder sobre ti, tú no lo tienes sobre mí. ¿He hablado claro?

Tarod sonrió.

—Muy claro. Y reconozco y acepto que, mientras estemos los dos en el mundo de los mortales, nuestras fuerzas están igualadas, por lo que tiene poco sentido que perdamos el tiempo rivalizando por ser el primero. —Hizo una pausa, y la sonrisa se tornó más desagradable—. Sin embargo, también sé muy bien que tú y Aeoris querríais más que nada en el mundo ver destruida la gema del alma de mi hermano y con ello que el Equilibrio se inclinara a vuestro favor, y te aseguro que utilizaré todos los medios a mi disposición para que vuestro deseo no se haga realidad.

Ailind lo miró pensativo.

—Muy bien —repuso al fin—, creo que nos entendemos.

Los ojos de Tarod lanzaron un malicioso destello.

—Oh, sí, amigo mío, creo que siempre lo hemos hecho.

Librodot

Se dirigió hacia las puertas, mientras el señor del Orden lo contemplaba con un rostro que era tan inescrutable como las estatuas sagradas del Salón de Mármol.

Librodot

CAPITULO 4

Al salir por la puerta principal, Tarod se dio cuenta de que era el centro de atención, tanto abierta como disimulada; descendió los escalones y cruzó el patio cubierto de nieve en dirección a la biblioteca. El día era tan gris que en muchas de las ventanas del Castillo ya brillaban luces, y a la visión sobrenatural del señor del Caos no se le escaparon las sombras reveladoras de figuras que observaban desde varias troneras. Había también varias personas en el patio, la mayoría criados realizando faenas o estudiantes que afrontaban el frío para estirar las piernas; al pasar él se paraban, y sus miradas lo seguían en silencio, aunque ésa era la única señal de reconocimiento. Tarod no hizo caso del escrutinio, pero tampoco fue del todo indiferente a él. De hecho, lo divertía en más de un sentido porque le traía recuerdos de otra época —otra era para los baremos de aquel mundo— cuando también había sido el centro de atención del Castillo. Además, existían paralelismos en el motivo de la curiosidad. De nuevo, el Caos era motivo de miedo y desconfianza para el Círculo, como lo había sido antes del Equilibrio, durante los siglos en que los dioses del Orden gobernaban sin oposición. De nuevo era el único avatar del Caos en el mundo de los mortales y de nuevo se enfrentaba al Sumo Iniciado. Resultaba irónico cómo se repetía la historia; aunque Tarod se recordó que cualquier comparación entre Tirand y el antiguo enemigo del Caos, Keridil Toln, era injusta. Prácticamente, lo único que tenían en común, pensó, era que ambos poseían una inflexible tozudez. Sin embargo, Keridil podía templar su tozudez con una pizca de sabiduría, o al menos de pragmatismo, y también poseía la suficiente seguridad en sí mismo como para saber y admitir que su juicio no era infalible; una cualidad que, desde luego, Tirand no parecía compartir.

Bueno, pensó Tarod, que así fuera. Esta vez no existían los viejos lazos de la amistad que había forjado con Keridil y que habían complicado el asunto, por lo que podía prescindir de consideraciones acerca de la seguridad o el futuro de Tirand Lin. Si el Sumo Iniciado había decidido enfrentarse al Caos, el Caos reaccionaría de manera adecuada, y Tirand no podía esperar cuartel si el asunto llegaba a un enfrentamiento abierto. Yandros se había burlado a menudo de Tarod diciendo que, al probar la vida de los mortales un siglo antes, se había llenado de comprensión de la naturaleza humana y compasión por ella. Verdad o no —y Tarod no creía ni por un instante que lo fuera— no iba a permitir que ese tipo de consideraciones entorpecieran ahora su camino.

Llegó a la pequeña puerta que conducía a los sótanos de la biblioteca y comenzó a bajar por la escalera de caracol. Cada piedra del Castillo le resultaba familiar, y cada pequeño detalle le servía para agudizar aún más los recuerdos: un escalón traicioneramente gastado y mellado que cien años después todavía no había sido reparado; una sección de la pared por donde siempre se colaba la humedad, desprendiendo un olor a moho; otro lugar (sus dedos pasaron por encima del contorno) donde un estudiante muerto hacía mucho tiempo grabó sus iniciales en un gesto de desafío. Cosas triviales, ecos de antiguas vidas, tiempos pasados... Una sonrisa rápida e irónica apareció en la boca de Tarod al darse cuenta de que corría peligro de

Librodot

caer víctima del sentimentalismo. Yandros lo habría encontrado divertido. Su sonrisa cesó bruscamente al acercarse al final de la escalera y aparecer ante su vista la puerta de la biblioteca. Los recuerdos eran un lujo que podría permitirse en otra ocasión; tenía una labor mucho más inmediata de la que ocuparse.

En su franco discurso a los adeptos reunidos en la sala del Consejo, Tarod había omitido de forma deliberada un hecho importante. Le había contado al Círculo los planes que la usurpadora y su progenitor habían pergeñado para dominar su mundo, pero el Caos sabía que Narid-na-Gost no se contentaría con controlar únicamente el mundo de los mortales. Tenía mayores ambiciones; y la llave más poderosa para alcanzar dichas ambiciones se encontraba aquí, en los cimientos del Castillo.

Tarod y sus hermanos se daban perfecta cuenta de que muchas de las peculiares propiedades del Castillo eran un libro cerrado para los hombres y mujeres del Círculo. Algunas, como el Laberinto, no habían caído en desuso hasta años recientes, pero, incluso así, el lapso de tiempo había sido lo suficientemente largo para que se degradaran o fueran olvidadas. Otras llevaban inactivas mucho más tiempo, desde una época muy anterior a la formación del Círculo, de la Hermandad o de los Margraviatos, cuando el Caos había reinado sin trabas en el mundo mortal y otra raza de magos, con poderes inimaginables para el Círculo, habían hecho de la Península de la Estrella su fortaleza. Aquellos antiguos adeptos habían muerto hacía mucho tiempo, y su tipo de magia había desaparecido con el regreso de los seguidores del Orden al mundo; sus conocimientos y capacidades habían sido borrados de los anales de la historia, y con ellos se enterraron muchos secretos del Castillo. Pero ayer, por vez primera en muchos siglos, uno de los más importantes de dichos secretos había sido despertado de su largo letargo: la Puerta del Caos funcionaba de nuevo, y aquélla era el arma definitiva que Narid-na-Gost ansiaba controlar.

A Tarod no le cabía duda de que el demonio conocía la Puerta y sus propiedades. Narid-na-Gost era del Caos, y, aunque la Puerta había permanecido cerrada durante edades incontables, su existencia y su funcionamiento no habían sido olvidados en el dominio de los dioses. Sus poderes eran mucho más complejos e importantes de lo que Tarod le había dicho a Karuth, por lo que, si el control de dichos poderes cayera en manos de Narid-na-Gost, significaría el desastre, no sólo para el mundo de los mortales sino también para los señores del Caos. Pero ahora Narid-na-Gost no era la única amenaza potencial. Aunque el principal propósito de la Puerta era proporcionar un portal entre el mundo del Caos y el mundo de los hombres, también podía utilizarse para llegar a otros dominios; y, ahora que de nuevo estaba en funcionamiento tras siglos de letargo, existían muchas probabilidades de que el Círculo, con la activa connivencia de Ailind, intentara utilizarla para sus propios fines. Tarod tenía el propósito de impedir que sucediera semejante cosa.

La biblioteca se encontraba desierta, como ya sabía. Las antorchas estaban apagadas en sus soportes y el techo abovedado mostraba una negrura total, pero Tarod no necesitaba luz y se abrió paso hasta la puerta baja, casi escondida entre las estanterías, que llevaba al Salón de Mármol. De nuevo la sensación de familiaridad se apoderó de él cuando echó a andar por el estrecho pasillo que descendía, y por fin el suave resplandor gris

Librodot

plateado de la puerta del Salón comenzó a filtrarse por el pasillo. Pero entonces, de pronto, algo se interpuso, interrumpiendo su ensoñación y poniéndolo alerta.

Alguien había llegado al Salón antes que él. No era Ailind, pues habría notado la presencia del señor del Orden mucho antes. Pero había alguien... Al acercarse a la puerta de plata, Tarod aminoró el paso y concentró su atención hasta reconocer al intruso. Sonrió. Claro, era lógico. Hasta podía creer que el Sumo Iniciado había actuado por propia voluntad y no siguiendo los deseos de su amo...

La puerta se abrió ante Tarod sin hacer ruido, y entró en el Salón de Mármol. Incluso a través de las neblinas cambiantes de colores pastel, vio a Tirand enseguida. El Sumo Iniciado se encontraba al borde del círculo negro, en el centro del suelo de mosaico, contemplándolo, como si quisiera arrancarle sus secretos. Su figura, encorvada y tensa, era la imagen de una sombría y casi desesperada concentración, y Tarod, por un instante, estuvo a punto de compadecerse de él, porque, desde luego, no podía culpar a Tirand por su diligencia y devoción por lo que creía era su deber. Sin embargo, el sentimiento se fue tan rápido como había venido, y el señor del Caos dejó que sus pasos se hicieran audibles mientras atravesaba el mosaico en dirección al joven.

Tirand alzó la cabeza con rapidez y se dio la vuelta. Su boca se abrió para lanzar una reprimenda a quienquiera que hubiera cometido la temeridad de interrumpirlo; entonces vio quién era el intruso.

Tarod hizo un gesto de saludo.

—Sumo Iniciado, veo que perder el tiempo no es lo tuyo.

El miedo, el resentimiento y la inseguridad se mezclaron en la expresión de Tirand, pero uniéndolo todo había un algo de desafío.

—Creo, mi señor Tarod, que sería indigno de mi cargo si siguiera otro curso —respondió con rígida formalidad. Su mirada se posó un instante en la puerta; Tarod sabía lo que estaba pensando e hizo un gesto de indiferencia.

—Puedes quedarte o marcharte, Tirand, como quieras. Tienes perfecto derecho a estar aquí, y tu presencia no afecta en modo alguno lo que tengo que hacer. —Se acercó también al borde del círculo negro, y sus ojos lanzaron un destello de malicioso humor—. Aunque debo confesar que no alcanzo a ver qué esperas aprender si te limitas únicamente a contemplar la Puerta. ¿O tenías pensada otra cosa?

Tirand se ruborizó y no respondió. Tarod paseó lentamente alrededor del perímetro del círculo.

—Si tú y Ailind albergáis esperanzas de usar la Puerta para ventaja del Orden, os aconsejo fervientemente que lo olvidéis —le advirtió—. Imagino que no tengo que recordarte que ésta es una fuerza poderosa, y que entrometerse sin entender sus propiedades podría tener desgraciadas consecuencias.

El Sumo Iniciado se puso todavía más colorado.

—El Círculo no necesita ninguno de los artefactos del Caos —dijo a la defensiva.

—Me alegra saberlo —repuso Tarod con tono sarcástico—. Y doy por supuesto que el desagrado que te producimos te impedirá dar rienda suelta a tu curiosidad en el futuro. —Hizo una pausa—. No tengo nada personal

Librodot

contra ti, Tirand, por mucho que tus amos quieran hacerte creer otra cosa. Para ser franco, me eres indiferente, y probablemente eso está bien. Pero te advierto, por tu propio interés, que no intentes vencerme y no intentes imponer tu voluntad y tus prejuicios a aquellos que no compartan tu distorsionada visión del Caos.

Tirand lo miró.

—Haré lo que considere mi deber, mi señor Tarod. Ni más ni menos.

De nuevo aquella vena tozuda, pensó Tarod.

—Estoy seguro de que así será —dijo en voz alta—. Sólo pon cuidado en saber hasta dónde llega tu jurisdicción. Y no olvides que, al menos en un aspecto, luchamos en el mismo bando, te guste o no. Creo que eres lo bastante inteligente para tener eso en cuenta en los días venideros. No me falles.

Tirand siguió mirándolo durante unos segundos. Luego hizo una brusca reverencia, giró sobre los talones y salió del Salón.

Tarod lo observó hasta que la puerta de plata se cerró en silencio tras el Sumo Iniciado; luego suspiró y volvió a fijar su atención en el círculo negro. Las comparaciones eran injustas, pero de nuevo no podía evitar trazar paralelismos entre Tirand y Keridil Toln y encontraba que Tirand, tristemente, no estaba a la altura. Keridil nunca había sido amigo del Caos pero, cuando se estableció el Equilibrio, juró defender el derecho de sus semejantes a elegir sus lealtades siguiendo los dictados de sus conciencias. Había mantenido aquel juramento durante sesenta años, y su sucesor, Chiro Piadar Lin, había seguido fielmente su ejemplo. Pero Tirand... ¿Era necedad, se preguntó Tarod, o ciega arrogancia lo que lo hacía ir en contra de precedentes establecidos por hombres mejores e intentar que el mundo diera un vuelco? Tirand no era un idealista en el sentido clásico de la palabra. No tenía una misión, ni una meta brillante, ni la chispa ardiente del verdadero reformista. De hecho, si hubiera poseído esas cualidades, el Caos habría estado mucho mejor dispuesto hacia él. Era, sencillamente, un hombre parcial, y los acontecimientos recientes habían alimentado su parcialidad hasta el punto de que se había engañado creyendo que la suya era la única sabiduría y que dicha sabiduría debía ser impuesta al mundo, tanto si el mundo lo quería como si no.

Y, detrás de los prejuicios de Tirand, se encontraba la mano exangüe y opresiva de Aeoris del Orden...

Tarod se sintió inundado por una ola de desprecio, y por un instante un aura oscura cobró vida alrededor de su cuerpo, antes de que la controlara.

Aeoris, siempre Aeoris. Nunca había aceptado la derrota del Orden durante los turbulentos tiempos del siglo pasado, y, desde el día de la gran batalla entre los dioses, había esperado, como una serpiente aletargada pero vigilante, una oportunidad para atacar al Caos y recuperar su antigua ascendencia sobre el mundo de los mortales. Aeoris quería todo o nada; para él no podía haber medias tintas, y a sus ojos la guerra no había terminado, ni mucho menos, y no terminaría hasta que uno u otro bando fuera totalmente aplastado. Ahora que el Caos se veía comprometido por la traición de una de sus propias creaciones, había aprovechado la oportunidad para influir en el Círculo mediante su débil e inexperto líder y sembrar las semillas de una estrategia destinada a terminar con el Equilibrio sin remedio. No podía culparse a Tirand. Sus únicos defectos verdaderos eran

Librodot

su credulidad y la falta de seguridad en sí mismo, que lo hacían estar demasiado dispuesto a capitular ante un poder mayor. Si el Sumo Iniciado supiera la verdad, pensó con malignidad Tarod, su punto de vista podría cambiar. A los señores del Orden no les importaban los estragos que Ygorla y su progenitor causaran en el mundo de los mortales; sólo querían utilizar la situación contra su antiguo enemigo, el Caos. Pero intentar convencer de eso a Tirand sería inútil. Ailind, y a través de él Aeoris, ya se había ganado la inquebrantable confianza del Sumo Iniciado, y, dadas las restricciones del pacto creado por el Caos, Tarod nada podía hacer para cambiar las cosas.

Miró de nuevo en dirección a la puerta de plata, y su mente registró el hecho de que Tirand había dejado la biblioteca y se encaminaba a sus aposentos. Volvió su atención al círculo, concentró su voluntad y alzó la mano izquierda, con la palma hacia afuera. Las pálidas neblinas del Salón se estremecieron. Una columna de oscuridad se materializó sobre el círculo, y dentro de la oscuridad, apenas visible, apareció el contorno espectral de una gran puerta negra. El portal continuaba abierto, desde que Karuth había realizado el Parlamento de la Vía que lo había arrancado del letargo; y, más allá de su masa oscura, colores y formas innombrables se movían en el vacío interdimensional. De nuevo, Tarod hizo un gesto con la mano izquierda, describiendo un arco en el aire. Un halo gélido y verduzco comenzó a brillar en torno a la puerta, con diminutos puntos de luz chispeante semejantes a fragmentos de mica en la roca. Se produjo una distorsión de la perspectiva, como si un reflejo en aguas tranquilas se hubiera agitado de pronto, y el aire cercano a la columna se estremeció brevemente, sugiriendo que algo había emitido una nota muy por debajo del espectro audible. Cuando cesó el estremecimiento, la perspectiva volvió a estabilizarse y, en el interior de la columna, la puerta estaba cerrada.

La imagen se fue desvaneciendo lentamente hasta que tanto ella como el halo pálido ya no fueron visibles. Satisfecho, Tarod bajó la mano, y la columna de oscuridad desapareció también, dejando sólo el círculo, ahora inactivo, en el mosaico del suelo circundante. La verdad era, como sabía Tarod, que cerrar la Puerta del Caos tenía poco valor práctico como medida de precaución, porque cualquiera que quisiera tantear los secretos de la Puerta no tenía más que repetir el ritual de Karuth del día anterior para volver a activarla. Sin embargo, a pesar de la incursión de Tirand al Salón, Tarod creía que no se realizaría ningún intento serio de usar la Puerta, y el nexo que ahora había establecido con ella le garantizaba que advertiría inmediatamente cualquier intento de manipularla. Por ahora, al menos hasta la llegada de la usurpadora y su progenitor, eso sería suficiente.

Miró pensativo durante largo rato el Salón, viendo en sus dimensiones más de lo que cualquier ojo mortal podría ver. Luego dio la espalda al círculo negro en el suelo de mosaico y a las siete estatuas de los dioses, que se alzaban en las pálidas neblinas en movimiento, y se dirigió hacia la puerta de plata.

—Lo siento, Karuth. —Sanquar, su ayudante y segundo médico del Castillo, vio la expresión de rígido control de Karuth, y su tono sonó desesperado—. Ojalá no hubiera tenido que decírtelo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? —Se mordió el labio inferior con una mezcla de vergüenza y compasión—. Fueron sólo algunos. No todos. No todos, ni mucho menos.

Librodot

Karuth supo que probablemente mentía o como mínimo exageraba, en un esfuerzo por hacer más llevadera la noticia, y sacudió la cabeza.

—Está bien, Sanquar; no hace falta que me lo digas con amabilidad o que finjas que sólo se trata de unos cuantos casos aislados. Enseguida me habría enterado por las malas; es mejor que tú me lo digas a que quede yo como una estúpida. —Dejó con cuidado su bolsa de médico sobre la mesa, y resistió el impulso de mandar al diablo el dominio de sí misma y arrojarla al otro lado de la habitación—. No estaría bien, ¿verdad?, que preguntara quiénes fueron los que más se opusieron.

Las mejillas de Sanquar enrojecieron y no fue capaz de mirarla a los ojos. Para no herir sus sentimientos, Karuth cambió de tema.

—Sólo siento que eso signifique más trabajo para ti.

—Me las apañaré —aseguró Sanquar, esbozando una sonrisa poco convincente—. Hay una sanadora superior en el grupo de la Hermandad, la hermana Alyssi. Estoy seguro de que podré contar con su ayuda si llega el caso.

—Sí. Sí, hazlo si lo necesitas —repuso Karuth; echó un vistazo a la enfermería—. No me cabe duda de que encontraré cosas de sobra que hacer aquí; y, si alguien decide de pronto que su necesidad de atención médica es más urgente que su desagrado hacia mí, estaré disponible.

Sanquar hizo una dolorida mueca al escuchar su tono de voz iracundo.

—No es tan malo, Karuth.

—¿No? —Karuth se miró el chal y advirtió, sorprendida y con disgusto, que sin darse cuenta había estado deshilachando la orla; a sus pies se veían esparcidos los hilillos—. No —añadió con tensión—. Bueno tal vez lo sea y tal vez no. No lo sé, y de todos modos la culpa es sólo mía, ¿no es así?

Sanquar no había estado en el Consejo aquella mañana, pero los detalles de la reunión eran ya conocidos por todos, y sabía lo que había sido revelado.

—No estoy de acuerdo —dijo—. Conociéndote, no me cabe duda de que hiciste lo que hiciste por una buena razón. Además... —Vaciló, y su voz se tornó nerviosa—. Cuando pase la primera impresión y la gente tenga tiempo para pensar con más claridad, quizá descubras que hay más simpatía hacia tu punto de vista de lo que supones.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

Sanquar pareció ponerse a la defensiva.

—No soy un adepto del Círculo, por lo que no me corresponde predecir o suponer nada. Pero hay algunos individuos que no deben de sentirse nada felices por el secreto que parece haber rodeado todo lo que ha hecho el señor del Orden desde su llegada aquí, incluyendo el hecho de que ni siquiera estaba dispuesto a revelar su identidad más que a unos pocos elegidos.

Karuth se sintió sorprendida. Sanquar rara vez expresaba una opinión con vehemencia, y menos una opinión controvertida, y oírlo hablar de aquella manera la cogió por sorpresa. Él vio su expresión, y una pequeña sonrisa le surcó el rostro.

—No te sorprendas tanto, Karuth. Puedes acusarme de parcialidad, y no lo discutiría; pero sigo creyendo que encontrarás que no soy el único que piensa así.

—Yo... —Titubeó—. No sabía que fueras parcial, Sanquar. No sabía que

sintieras afinidad con el Caos.

—¿Con el Caos? —Ahora fue Sanquar quien se sorprendió; luego volvió a sonreír, esta vez casi burlándose de sí mismo—. No quería decir eso. Nunca he tenido afinidades específicas en lo que se refiere a los dioses, ni he pensado detenidamente en ello. Mi parcialidad es a tu favor. Pero, vamos, hace tiempo que lo sabes. —Bajó la mirada, se giró para coger su bolsa de médico y añadió, en tono ligero y sin darle importancia—: Será mejor que comience mi ronda, o no habré acabado antes de que oscurezca. Te veré más tarde.

Salió, y Karuth se puso a ordenar la enfermería. La última observación de Sanquar la había emocionado, y al mismo tiempo la había hecho sentirse culpable porque, como él había confesado, ella sabía desde hacía muchos años que él la amaba. Siempre había reprimido sus sentimientos, consciente de que no eran correspondidos, pero esos sentimientos, y la fidelidad que originaban, seguían siendo tan fuertes como siempre. La conciencia de Karuth nunca había estado totalmente tranquila con respecto al amor no correspondido de Sanquar, pero se recordó, como había hecho muchas veces antes, que no podía sentirse responsable de los problemas de Sanquar; y menos ahora, cuando, para sumar a todos los conflictos que la asediaban, tenía una nueva complicación que afrontar en la persona de Strann.

En la fría luz del nuevo día, y con la perspectiva de la reunión del Consejo amenazándola, no había tenido tiempo para reflexionar acerca de las posibles consecuencias de la reaparición de Strann en su vida. Lo había dejado durmiendo en su improvisada cama en el suelo de la habitación, y acontecimientos más urgentes habían eclipsado los pensamientos de las horas que habían pasado juntos y de adonde podía llegar su creciente amistad. Pero ahora los pensamientos volvieron y se dio cuenta de que —quizás a sabiendas, quizá no; no lo conocía lo suficiente para estar segura— Strann la había cogido por sorpresa y había ocupado un lugar en sus afectos. En la boda del difunto Alto Margrave, que parecía un acontecimiento muy lejano, aunque habían transcurrido menos de dos años, Strann había roto flagrantemente todas las reglas del protocolo para presentarse ante ella y convencerla de que tocara un dúo con él. Y, a pesar de la desaprobación de su hermano, le había gustado enseguida. Podía ser un oportunista descarado, podía haberla utilizado como medio de llamar la atención de un potencial mecenas, pero sus maquinaciones la habían hecho disfrutar tanto como a él, y Strann había sido lo bastante sincero para no disimular sus motivos con halagos o con lisonjas, como habrían hecho otros. Entonces, Karuth sospechó que podían tener en común algo más que la música. Ahora, después de unas horas tranquilas en las que habían llegado a conocerse un poco mejor, estaba segura de ello, y eso era lo que la había cogido desprevenida.

Habían transcurrido varios años durante los cuales Karuth sólo se había permitido tener aventuras muy ocasionales. Tras la repentina e inesperada muerte de su padre, creyó que lo primero debía ser ayudar a que Tirand afrontara la carga de sus responsabilidades; y, aunque Tirand ya no necesitaba ni deseaba su apoyo, se había acostumbrado a evitar las relaciones serias. Pero ahora tenía la sospecha de que sus sentimientos estaban cambiando. No sabía qué sentía Strann o qué pensaba de ella, y por nada en el mundo se lo preguntaría. Pero lo que había comenzado como una

Librodot

sensación de camaradería frente a la adversidad, y el deseo de ayudar a un viejo amigo en apuros, se estaba convirtiendo, al menos por su parte, en algo más fuerte.

Su mente dio vueltas y más vueltas a los intranquilos pensamientos mientras sus manos trabajaban mecánicamente para reordenar algunos suministros que no estaban en donde ella quería que se guardaran. Cuando llamaron suavemente a la puerta, pasaron unos instantes antes de que reaccionara y, recogiéndose con premura el pelo, contestara:

—Adelante.

Se abrió la puerta y entró Strann. Karuth sintió que sus mejillas enrojecían, convencida irracionalmente por un instante de que sus íntimos pensamientos estaban escritos con letras de fuego en su rostro y que él los leería. El momento pasó con bastante rapidez, pero debió de parecer preocupada, porque Strann vaciló.

—Lo siento. No quería molestarte.

—No. No, está bien —repuso ella, obligándose a relajarse—. Entra, por favor. La verdad, me alegro de verte. Me alegra ver a alguien dispuesto a hablar conmigo.

Él cerró la puerta, y una breve mirada calculadora de sus ojos garzos le dijo mucho más de lo que Karuth hubiera deseado.

—¿Qué es lo que va mal? —preguntó en voz baja.

—Oh... —Karuth sacudió la cabeza, intentando parecer despreocupada—. Nada. O nada que importe o que no debiera esperar. —Indicó la enfermería vacía con un gesto expresivo—. Parece ser que mis pacientes, o una gran mayoría de ellos, prefieren recibir los cuidados de mi ayudante, en vez de tener trato alguno con la paria del Círculo.

—Ah. —Strann se encaminó lentamente hacia la chimenea—. Entiendo. ¿Entonces la reunión no fue bien para ti? —Vio la respuesta en su cara y asintió—. No puedo decir que me sorprenda. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Quieres contármelo?

Para su disgusto, Karuth se dio cuenta de que sí que quería hablar y que Strann era posiblemente la única persona que conocía a quien estaba dispuesta a confiar su infelicidad y su miedo. Aun así, sentía una restricción: tenía la sensación de que, si se descargaba con él, estaría poniendo a prueba una relación que todavía era demasiado insegura. Sin saber qué hacer, vaciló, hasta que Strann dijo:

—No olvides que tengo contigo más de una deuda. Te prometo que esto no será mucho para pagarla.

Lo miró, vio la malicia en sus ojos, y se dio cuenta de que él sabía con exactitud lo que pensaba y que se burlaba. Relajó bruscamente los hombros y soltó una risita que recordó bastante a su vieja personalidad de siempre.

—Strann, deberías haber sido un adepto del Círculo, no un bardo. ¡Podrías enseñar un par de cosas a las videntes de la Hermandad!

—No tengo poderes extrasensoriales. Quizá soy observador; y me gusta pensar que estoy empezando a conocerte mejor de lo que crees. —Buscó una silla que no estuviera ocupada por los restos de su interrumpida reorganización y se sentó—. Vamos. Cuéntaselo todo a tu buen amigo Strann.

Su actitud dio confianza a Karuth, que le obedeció. Sin darse cuenta, empleó el estilo de contar historias de los bardos, tal y como lo inculcaba la

Librodot

Academia del Gremio de Músicos, que le había enseñado a combinar la claridad con la exactitud, economizando palabras. Strann la escuchó sin interrumpirla, mientras ella le narraba todos los detalles importantes de la reunión matutina en la Sala del Consejo y lo que sucedió después. Cuando terminó, él se apoyó en el respaldo de la silla y soltó un largo silbido entre los dientes.

—Por los catorce dioses —dijo—. Sinceramente, no pensaba que el Sumo Iniciado fuera tan estúpido. —Entonces vio su expresión—. Lo siento, Karuth; sé que es tu hermano y tal vez que no te guste que lo diga, pero no voy a mentir, ni siquiera por ti. Es un estúpido. ¿Es que no quiere ver vencida a Ygorla? Porque, si es así, entonces al ponerse tozudamente del lado de Ailind y al negarse a querer escuchar nada de lo que pueda tener que decir el Caos, ¡está siguiendo el juego de ella!

—Tirand no lo ve así —replicó Karuth.

—No, no lo ve, porque Ailind y sus propios prejuicios lo han cegado y le impiden ver la verdad. Lo sabes, pero no estás dispuesta a aceptar la situación; de otro modo, no habrías corrido el riesgo de defender la causa del Caos cuando todo está en tu contra. Admítelo, Karuth. Si no crees que tu hermano se ha dejado llevar por la parcialidad, ¿por qué no te contentaste con mostrarte de acuerdo con él e inclinar la cabeza ante la voluntad del Orden?

—Está bien —dijo Karuth—. Lo admitiré. Pero no significa ninguna diferencia, Strann, ¿o sí? Tirand no me escuchará y, estando de acuerdo con él el Alto Margrave y la Matriarca, no tengo esperanza de cambiar la opinión del Consejo de Adeptos.

—Quizá no por el momento. Pero, cuando la gente haya tenido tiempo de reflexionar acerca de lo que está ocurriendo y, lo que es más importante, acerca de lo que podría ocurrir, eso podría empezar a cambiar.

Karuth frunció el entrecejo al recordar la ácida observación de Sanquar acerca del secreto, la desconfianza y las lealtades inciertas. Pero, antes de que pudiera decir nada, Strann prosiguió:

—Karuth, sientes una afinidad natural con el Caos; igual que yo, aunque sólo ahora comienzo a darme cuenta de ello, y me niego a creer que seas el único adepto en todo el Círculo que tenga esos sentimientos. Es imposible desde un punto de vista lógico, o toda la estructura del Equilibrio se habría derrumbado hace años y nuestros únicos dioses serían los dioses del Orden. Los últimos acontecimientos han hecho tambalearse la fe de la gente en el Caos, pero la llegada de nuestro señor Tarod cambiará eso con toda seguridad. La gente se dará cuenta, si es que no han empezado a hacerlo ya, de que los señores del Caos están con nosotros en su deseo de ver destruida a Ygorla. Tendrán que creerlo; las evidencias son indiscutibles. Y, cuando lo hagan, podrían también empezar a preguntarse qué se esconde detrás de las maquinaciones del Orden, y qué es lo que quiere conseguir realmente.

Oyó que Karuth aspiraba aire involuntariamente y con rapidez, y vio que de repente sus grises ojos se volvían tan cautelosos como los de un animal salvaje. Ella dijo con cuidado:

—Tú... ¿crees que tienen... un plan de mayor alcance?

—No es que lo crea, lo sé. Yandros estuvo tan cerca de mí como tú lo estás ahora y me dijo la verdad. Oh, sí, los señores del Orden quieren ver

Librodot

muerta a Ygorla, pero aun más que eso quieren apoderarse de la gema del alma robada. Y, si lo consiguen, entonces tú, yo y todos los demás en este ignorante mundo deberemos prepararnos para la destrucción del Equilibrio y todo lo que ello implica.

Karuth recordó lo que le había dicho Tarod: un regreso a las viejas costumbres que habían asolado el mundo antes de la época del Cambio; el gobierno supremo del Orden, sin nada que se le opusiera; el Caos paralizado, desterrado, su influencia borrada del mundo…

—Nunca he sido un hombre religioso, Karuth —dijo Strann en voz baja—, pero como bardo he aprendido las viejas historias, y quizá debido a mi profesión he indagado en nuestra historia más que la mayoría. ¿Puedes imaginar lo que sería vivir en un régimen que te prohibiera pronunciar el nombre del Caos por ser blasfemia? ¿Te imaginas en el lugar de los inocentes que eran lapidados en ejecuciones públicas porque se pensaba, sólo «se pensaba», que el color de su pelo los marcaba como marionetas de Yandros? ¿Eres capaz de pensar, eres capaz de concebir, lo que debe de haber sido la vida en un mundo donde las únicas leyes eran aquellas hechas por Ailind y sus hermanos? —Encorvó los hombros—. Yo no puedo. O, mejor, sí que puedo, pero no quiero hacerlo.

Karuth había estudiado lo suficiente la historia reciente del mundo para reconocer y entender a qué se refería Strann, pero meneó la cabeza.

—Strann, ¡no era así! Sólo en los últimos tiempos, antes de la batalla entre los dioses…

—Cuando el Orden tenía el poder supremo pero temía que su supremacía iba a ser desafiada. Sí, lo sé. Pero, si ahora se desequilibra la balanza, ¿crees que Aeoris repetirá el error que cometió hace un siglo? No lo hará. ¡Aplastará a cualquiera que se atreva a pensar en oponérsele y desterrará sus almas a los Siete Infiernos! —La voz de Strann se endureció—. Ya ha empezado, Karuth. Tú misma me lo dijiste: los edictos de Ailind, las órdenes de Ailind, lo que te hizo cuando intentaste desafiarlo, y la advertencia que te dio. Recuerda eso, e imagina lo que te habría ocurrido si hubieras fracasado en tu intento de invocar al Caos.

Tenía razón. Desde la apertura de la Puerta del Caos y la llegada de Tarod al Castillo, Karuth había estado protegida de la influencia de Ailind, y había sido demasiado fácil olvidar la naturaleza del riesgo que había corrido. Otros, sin embargo, podían no tener tanta suerte.

—Pero ¿se dará cuenta la gente de lo que está sucediendo? —replicó—. ¿Verán el peligro… e, incluso si lo ven, estarán dispuestos a defender al Caos contra Ailind y contra el triunvirato? Porque de eso se tratará.

Hubo un silencio. Karuth escuchó pasos corriendo en algún lugar de las entrañas del Castillo: un criado con un encargo urgente, quizás, o un estudiante que llegaba tarde a una conferencia. La normalidad se imponía, a pesar de todo lo que había ocurrido desde la noche anterior. Ni siquiera la presencia de los dioses entre ellos había interrumpido del todo el aspecto cotidiano de la vida. Al menos, todavía no…

—No puedo responder esa pregunta, Karuth —dijo Strann—. Ni creo que pueda hacerlo nadie. Pero, y sólo hablo en mi nombre, si hay algo que pueda hacer, alguna manera de influir en los acontecimientos, aunque sea muy poco, lo intentaré. —Le cogió los dedos, y ella vio que lo hacía con la mano derecha, la mano que Tarod había curado—. Como ya he dicho, no soy

Librodot

un hombre religioso. Pero la idea de vivir en un mundo gobernado únicamente por los dioses del Orden me da escalofríos. No se parece al miedo que me da Ygorla; eso es algo totalmente distinto, algo mil veces peor, que ni siquiera podría comenzar a describir. Pero aun así es miedo. Creo en el Equilibrio y no quiero perderlo por nada del mundo. —Soltó la mano de Karuth y estudió durante unos instantes la suya, curada; luego añadió con una chispa de humor sombrío—: Además, estoy muy en deuda con el Caos, y probablemente no sería inteligente olvidarlo. De forma que, si hemos de llegar a eso, si debe tratarse de elegir entre el Orden y el Caos, entonces mi lealtad está asegurada. —De pronto su sonrisa desapareció y algo parecido al temor asomó en sus ojos—. Cuando pienso en la alternativa, Karuth, sé en lo más hondo de mi ser que es la única opción cuerda.

Las ventanas de los aposentos de Ailind en el ala este del Castillo daban al patio, una vista llamativa de blanco y negro contrastados tras una nueva nevada nocturna. Desde que había regresado de la sala del Consejo, el señor del Orden había observado ociosamente las idas y venidas de los habitantes del Castillo, pero ahora dio un paso atrás y sus ojos se volvieron a centrar en el vidrio de la ventana y no en lo que había detrás.

En voz baja, con respeto, Ailind dijo:

—Hermano mío...

La ventana se volvió de color oro opaco, y la luz fluyó de ella; luego la superficie se vio sacudida por una serie de ondas y una figura con cabellos tan blancos como los de Ailind, y con ojos sin pupilas que eran como esferas doradas en su aristocrático rostro, apareció en la abertura con forma de arco. Aeoris, señor supremo del Orden, miró desde su dimensión, y su voz, ligera y meliflua, creó ecos susurrantes en la habitación.

—Ah, Ailind. ¿Tienes nuevas noticias para mí?

—Nada de importancia inmediata, hermano mío. —Ailind sonrió con reserva—. Nuestro primo del Caos ha sido tan imprudente que le ha contado la verdad al Círculo acerca del dilema del Caos, pero me inclino a pensar que encontrará menos comprensión hacia su causa de lo que espera.

Aeoris asintió.

—Más o menos lo que suponía. ¿Y cómo marchan tus planes?

Esta vez, la sonrisa de Ailind se hizo más amplia.

—El Sumo Iniciado todavía no ha recibido respuesta de la Isla de Verano, pero tengo pocas dudas de que la usurpadora aceptará su invitación. Cuando llegue, creo que he encontrado el bocado ideal para montar nuestra trampa. Uno que su vanidad no podrá resistir.

Los ojos de Aeoris se entrecerraron un tanto mientras leía lo que había en la mente de su hermano. Luego soltó una risa breve y suave.

—Ya veo. Es un plan muy astuto, y lo apruebo plenamente. Harás bien, creo, en provocar a tu víctima un poco antes de que la usurpadora llegue al Castillo, para asegurarte de que el terreno esté preparado y fértil.

—¿Aunque eso signifique correr el riesgo de indisponernos con otros?

—No hay peligro en ello —le aseguró Aeoris—. ¿A quién acudirían? ¿Al Caos? ¡Me cuesta creerlo! No; puedes conseguir tu objetivo sin poner en peligro la fe que los adeptos han depositado en nosotros. Su desconfianza hacia el Caos es demasiado profunda y, aun cuando algunos tengan sus dudas, no será suficiente para que Tarod lo aproveche.

Librodot

Ailind hizo un gesto de asentimiento.

—Hablando de Tarod otra vez..., está tomando medidas para proteger el portal en el Salón de Mármol.

Aeoris se encogió de hombros.

—Que lo haga si eso lo divierte y le impide entrometerse en nuestros asuntos. Por el momento no nos interesa la Puerta del Caos; nuestras preocupaciones son más inmediatas. Lo que me lleva a un último asunto, Ailind: el Sumo Iniciado. Tras las revelaciones de esta mañana, ¿crees que contará todavía con el apoyo personal de los adeptos?

—Creo que sí, o al menos con el apoyo de la gran mayoría. Habrá algunos resentidos por el hecho de que no les dijera nada de mi presencia hasta que el Caos lo obligó, pero eso no contará nada frente a otras consideraciones. —Ailind frunció el labio—. La perfidia de Karuth Piadar ha generado bastante comprensión hacia Tirand, comprensión que de otro modo no habría tenido. Si alguien más se pone en su contra y se pasa al Caos, es muy posible que sirva para hacer más intensa esa comprensión. Y, en cuanto a Tirand, no tengo dudas: es leal y seguirá siendo leal.

Aeoris pareció satisfecho.

—Entonces es posible que Karuth, sin saberlo, nos haya hecho un favor. Qué ironía tan divertida... Bueno, hasta ahora estoy muy satisfecho. Infórmame en cuanto se produzcan nuevos acontecimientos, Ailind. Yo seguiré vigilando en busca de señales de actividad en el reino del Caos, y ya veremos qué pasa cuando la usurpadora llegue al Castillo.

Ailind hizo una reverencia respetuosa.

—Hermano mío.

Aeoris inclinó la cabeza. Su imagen desapareció de la ventana, y el dorado resplandor se desvaneció dejando sólo la fría y mortecina luz del invierno que inundó la habitación.

Librodot

CAPITULO 5

—Todo está dispuesto. —La joven que se paseaba por el estrado, contemplando satisfecha la sala de audiencias vacía, agitó la cabellera negra como el azabache, con destellos de azul acero, que cayó sobre su perfecta figura. La energía, apenas reprimida, emanaba de ella como una ola de poder psíquico, y se volvió para coger su capa favorita de pieles grises plateadas de donde la había arrojado con descuido, sobre el asiento del gran trono—. Sólo cuatro días. Piénsalo: ¡sólo cuatro días y estaré allí!

Desde el lugar que ocupaba a la sombra de una columna de mármol, Narid-na-Gost observó a su hija con intranquilos ojos de color carmesí. No era frecuente que se aventurara hasta las estancias públicas del palacio de la Isla de Verano; prefería evitar todo contacto con la corte de Ygorla y permanecer encerrado en la aguilera que se había creado en la más alta de las torres. Pero, siendo inminente su partida, aunque a regañadientes, había abandonado por fin su refugio para preparar el largo viaje que les esperaba.

Ygorla se echó la capa sobre los hombros. Inmediatamente, dos enormes y lustrosas figuras negras, medio felino y medio sabueso, se pusieron en pie en las sombras detrás del trono, emitiendo roncos sonidos ansiosos. Ella les hizo un elegante gesto con la mano.

—No, mis mascotas, vosotros no. Os quedaréis aquí ¡y os ocuparéis de que nadie piense en rebelarse durante mi ausencia! —Cuando los monstruos se calmaron, giró sobre sus talones; los ojos azules, enmarcados en un rostro exquisito y en forma de corazón, se concentraron penetrantes en la encorvada forma de su progenitor—. Estás muy callado, padre. ¿No tienes nada que decir?

El demonio se encogió de hombros.

—¿Qué queda por decir que tú no hayas repetido ya una docena de veces? —Su voz sonaba enojada—. Tu excitación es suficiente para ambos. ¿Para qué debería afanarme yo?

Sabía el motivo de su malhumor y se echó a reír.

—¿Todavía tienes dudas, querido padre? Verás las cosas de manera muy distinta cuando lleguemos a la Península de la Estrella, te lo aseguro. Además... —bajó del estrado y paseó tranquilamente hacia él— pareces haber olvidado que tienes tanto que ganar como yo de esta aventura nuestra. Más, si cabe.

No era la primera vez que Narid-na-Gost captaba un atisbo de resentimiento en su tono de voz. No, más que un atisbo, porque recientemente ya no disimulaba tanto su actitud hacia él, y se daba cuenta de que su antiguo ascendiente sobre ella estaba desapareciendo rápidamente. Durante siete años había sido su maestro y su único tutor. Ella lo había respetado y admirado, se había sentido impresionada por su poder y había obedecido cada una de sus palabras. Incluso en los primeros días de su reinado en la Isla de Verano le había rendido el respeto debido y, lo más importante, había estado dispuesta a escucharlo y hacerle caso. Pero, a medida que fue saboreando el poder conseguido y que comenzó a disfrutarlo, la seguridad en sí misma sobrepasó rápidamente cualquier noción de respeto. El demonio no había esperado menos; al fin y al cabo era

Librodot

una criatura de creación suya, y tenerla siempre subordinada a su voluntad no habría servido para los planes que tenía para ambos. Sin embargo, al comenzar a desaparecer su deferencia hacia él, también lo había hecho su respeto. La seguridad se había convertido en arrogancia y, ahora que tenía poder propio, ya no temía la censura de Narid-na-Gost; ni siquiera le daba miedo enfrentarse abiertamente con él. Habían discutido larga y duramente acerca de su plan para desfilar triunfalmente hacia el norte atravesando la tierra en dirección a la Península de la Estrella, y a la postre había sido Narid-na-Gost quien había cedido. Para su disgusto, el demonio había acabado por comprender que no tenía otra elección que capitular, puesto que la actitud de Ygorla había sido clara: iría, con él o sin él, pero iría de todas maneras. Y él no tenía poder para detenerla.

Así que, a pesar de las reticencias de Narid-na-Gost, ahora todo estaba dispuesto, y la negra nave de Ygorla con su tripulación de cadáveres animados zarparía con la marea de la mañana. El demonio no ansiaba aquella perspectiva, aunque nada lo hubiera hecho quedarse atrás, porque no importaba qué le dijera a Ygorla: la atracción de la fortaleza y los medios que le ofrecía para alcanzar la codiciada Puerta del Caos eran demasiado fuertes. Pero se había producido una nueva discusión entre padre e hija sobre la forma en que debía realizarse el viaje a través de las provincias. Narid-na-Gost se mostraba favorable a un viaje secreto, rápido y discreto que cubriera la distancia hasta la Península de la Estrella en el menor tiempo posible, pero Ygorla no quería ni oír hablar de eso. ¿Qué sentido tenía, había preguntado con aspereza, ser la emperatriz del mundo entero si no podía hacer gala de su soberanía ante el mundo? Quería que sus subditos la vieran; lo que es más, quería que se humillaran ante ella, que la adoraran, que sintieran y comprendieran el terrorífico poder que tenía en sus manos. Y no se contentaría con nada menos que con toda la pompa y esplendor. Al anochecer del presente día, tocarían tierra en Shu-Nhadek, capital de la provincia de Shu, y desde allí serían transportados por tierra, utilizando medios creados por Ygorla, y que se había negado a revelar, entre una procesión de esclavos elementales y humanos. Desde Shu hasta la Tierra Alta del Oeste la gente conocería a su emperatriz, decía Ygorla con júbilo, y aprenderían el verdadero significado de la palabra miedo.

Narid-na-Gost sabía que nada de lo que dijera o hiciera haría cambiar de opinión a su hija. Con razón o sin ella, ahora tenía las de ganar, y el demonio empezaba a darse cuenta de que quizás había cometido un grave error. La observó bajar de un salto el estrado, con la capa plateada flotando alrededor de sus hombros; sus felinos sabuesos ronronearon de aprobación al lado del trono. En la garganta de Ygorla brillaba algo, algo que permanecía casi escondido por los pliegues de sus ropajes de pieles pero que mostraba un atisbo de profunda e intensa luz azul: la gema del alma de un señor del Caos, la gema por la cual Narid-na-Gost había arriesgado su propia existencia para robarla, y que era el talismán de la seguridad de ambos y la piedra angular de su poder. Ygorla la había sacado de su cofrecillo protector y ahora la llevaba colgada del cuello con una cadena dorada, una muestra descarada del desprecio que sentía por cualquier otro poder que quisiera oponérsele. Él le había advertido repetidas veces que no lanzara un desafío tan descarado, argumentando que, aunque habían ganado la primera batalla, la guerra seguía sin decidirse, y que subestimar a Yandros podía ser

Librodot

un error mortal. Ygorla se le rió en las barbas y lo llamó cobarde y estúpido, y así terminó el asunto, porque, una vez más, no tenía el poder para discutir con ella. Y en eso, pensó, residía el núcleo de todo. Había ido demasiado lejos; ella estaba fuera de su control y al tener ahora en su poder la gema robada, tenía tanto las llaves de su ambición como de su seguridad. Durante siete años, ella lo había necesitado más que él a ella. Pero ahora se habían cambiado las tornas, y Narid-na-Gost sabía que su futuro estaba en manos de Ygorla. Se preguntó cuánto tiempo transcurriría antes de que ella también se diera cuenta de la verdad.

No dijo nada cuando Ygorla pasó a su lado en dirección a las puertas de doble hoja en el extremo de la sala. Las puertas se abrieron al acercarse ella —los guardianes demonios estaban perfectamente sintonizados con la voluntad de su dueña— y salió al pasillo.

—Mi litera está preparada —dijo con tono cortante, mirando por encima del hombro a su progenitor—. Voy al puerto para asegurarme de que las órdenes para nuestra partida hayan sido cumplidas debidamente. Zarpamos dentro de una hora, padre. No llegues tarde a bordo. —Luego se giró de nuevo, con un remolino de su cabellera y su capa, y los guardianes retrocedieron un paso respetuosamente mientras cruzaba las puertas principales del palacio.

Desde el principio Ygorla había encontrado sumamente irritante la falta de entusiasmo de Narid-na-Gost ante aquella empresa. Esperaba que él compartiera su ávido deleite ante las perspectivas que ofrecía, que se regocijara en ello, que lo aprovechara al máximo, pero en vez de eso se había visto obligada a escuchar sus quejas, sus críticas sin motivo y sus argumentos de que intentaba hacer demasiadas cosas, demasiado pronto. La noche anterior, en otra de sus peleas, Ygorla había perdido definitivamente los estribos y había bajado de la torre para dirigirse a la sala de audiencias y desahogar su rabia en la desprevenida e impotente corte. Once de sus esclavos humanos padecieron muertes horribles antes de que su furia bajara a un nivel de contención al menos menos mortífera e impredecible, y por fin les había gritado al resto de sus acobardados siervos que salieran, que se marcharan, que la dejaran, y se había quedado sentada contemplando cómo sus felinos sabuesos devoraban los cadáveres, mientras ella planeaba la venganza contra su padre.

Pero la venganza no se había materializado. En vez de eso, de manera típicamente caprichosa, Ygorla decidió de repente no hacer caso de las cobardes quejas de Narid-na-Gost y comportarse como si la última pelea, y todas las demás para el caso, no hubiera ocurrido. Su enfado se apaciguó con su muestra de salvajismo y su sentido del humor volvió con las aterrorizadas reacciones de su corte, y no vio razón para permitir que la amargura de su padre le estropeara el placer que sentía ante la perspectiva de su viaje a la Península de la Estrella y lo que ocurriría después.

Por ello, se había levantado de buen humor para recibir el día de su partida, y, al acercarse a la gran entrada flanqueada por columnas, desechó todos los pensamientos sobre Narid-na-Gost y sus quejas y se concentró con ansia en lo que tenía por delante. Un disgusto nublaba su horizonte, pero era un detalle sin importancia y tan sólo la molestaba superficialmente. Había tenido la esperanza de conjurar un Warp para que la acompañara durante su viaje. Habría sido el toque final perfecto ir montada en su ca-

Librodot

rruaje con el coro de sonidos ululantes resonando a su alrededor como almas condenadas de criaturas inhumanas y las grandes franjas de colores surcando el cielo sobre su cabeza para anunciar su llegada a un acobardado populacho. Pero sus intentos de invocar un Warp habían fracasado, y, tras destruir gran número de elementales en su búsqueda del secreto, reconoció por fin que no podía hacerlo. O, al menos, todavía no. Con el tiempo, pensó. Con el tiempo, y con el control de la Puerta del Caos, y con el dominio sobre otros mundos además de éste, sería un asunto muy distinto.

Salió a la fresca mañana, a la luz del sol que parecía metálica y antinatural, debido a la sombría radiación que caía sobre el palacio. Más sirvientes demoníacos permanecían alineados en la terraza, formando su escolta de honor; tras ellos, hileras de paniaguados la adulaban, haciendo reverencias o aguardando, tal y como se les había dicho, aclamándola al pasar. Su litera, lujosamente adornada, a lomos de cuatro horribles caballos blancos mutantes, estaba lista, con las cortinas de terciopelo azul zafiro recogidas. Ygorla aspiró hondo, absorbiendo la atmósfera, sin importarle lo más mínimo que su esplendor fuera un montaje, alimentado por el terror y no por la alegría. Miró a la estrella de siete puntas, el emblema del Caos del cual se había burlado al engañar con él al mundo, que latía sombríamente sobre las torres del palacio como un presagio. *Cuatro días,* —pensó—. *Sólo cuatro días más. Y entonces, Tirand Lin, ¡veremos si tú y tus hombres del Círculo sois hombres con tripas u hombres de paja!*

Al entrar Tarod en el comedor, se escuchó un ruido general de bancos arrastrados y pies en movimiento cuando la gente se puso en pie apresuradamente, en los sitios que ocupaban en las largas mesas. El señor del Caos paseó la mirada por los rostros de los adeptos reunidos para la cena; luego anduvo por el pasillo central en dirección a la chimenea, donde se encontraba sentado Tirand con la Matriarca y con Sen Briaray Olvit.

Tirand se puso en pie al darse cuenta de que era el centro de la atención de Tarod. Su rostro tenía una expresión tensa y agotada, y en sus ojos se advertía una precavida hostilidad. La Matriarca había insistido en llenar su plato de comida, pero casi toda permanecía sin tocar y ya fría; sólo su copa de vino había sido vaciada y vuelta a llenar varias veces. Tarod vio la comida intacta, la botella al lado y, para su propia sorpresa, sintió un leve destello de compasión; pero enseguida éste fue borrado por consideraciones más urgentes. Hizo un breve gesto de cortesía en dirección a Sen y Shaill y habló directamente a Tirand.

—Sumo Iniciado, creo que deberías saber que la usurpadora ha abandonado la Isla de Verano y se dirige hacia el norte.

Los nudillos de Tirand, que con las manos cogía el borde de la mesa, se pusieron blancos.

—Hacia el norte... ¿Viene hacia aquí?

—Sí. No hace falta que preguntes cómo lo sé o si estoy seguro; dalo por hecho.

Tirand estuvo a punto de decir «Dioses...» pero se contuvo rápidamente; ahora nadie utilizaba el viejo juramento, si es que lo recordaban a tiempo. Se humedeció los labios y sostuvo con esfuerzo la mirada de Tarod.

—¿Sabéis cuánto puede tardar en llegar?

—Supongo que cuatro días más o menos. Podría viajar más deprisa si

Librodot

así lo quisiera, pero parece ansiosa por aprovechar al máximo su primera salida al continente.

Tirand frunció el entrecejo.

—Pero no hemos recibido ningún mensaje, ninguna declaración...

—Yo no hubiera esperado otra cosa. Para expresarlo con suavidad, diré que es caprichosa. Es probable que algún tipo de mensajero se presente la víspera de su llegada.

—Sí —asintió Tirand. Sus ojos perdieron concentración y por un instante pareció mental y físicamente paralizado. Después, bruscamente, se enderezó con rigidez—. ¡Debo decírselo a nuestro señor Ailind!

Los labios de Tarod se curvaron en una cínica expresión.

—Creo que descubrirás que ya lo sabe, Sumo Iniciado, pero que ha considerado que no valía la pena informarte. —Hizo una pausa y, transcurridos unos instantes, al ver que Tirand no decía nada, añadió—: Te dejo para que hagas lo que creas conveniente. ¡Oh! Si ves que Ailind no se muestra muy dispuesto a tenerte mejor informado a partir de ahora, tu hermana sabrá casi con toda seguridad dónde encontrarme.

Tirand alzó la cabeza con brusquedad ante aquella última observación, pero Tarod ya se estaba alejando. El Sumo Iniciado cogió su copa y la vació de un trago; luego hizo una rápida reverencia a la Matriarca.

—Por favor, perdonad que os deje tan de repente, Shaill. Debo encontrar enseguida a nuestro señor Ailind... Estoy seguro de que lo comprendéis.

Shaill le lanzó una mirada que, de haber estado Tirand menos preocupado, podría haberlo sorprendido.

—Claro, ve, Tirand, si eso quieres. Pero ¿tiene realmente tanto sentido?

—¿Sentido? —Tirand la miró, asombrado. Sen, que había estado girando un tenedor entre su pulgar e índice, intercambió una mirada con Shaill y movió la cabeza de manera casi imperceptible. La Matriarca lo entendió y dijo:

—No, no tiene importancia. Ve, sí. Me interesará saber qué tiene que decirte el señor Ailind.

El Sumo Iniciado se marchó apresuradamente. Cuando estuvo a una distancia en la que no podía oírlos, Shaill lanzó un profundo suspiro.

—Es joven y sin experiencia, Matriarca —dijo Sen en voz baja.

Ella asintió.

—Lo sé, lo sé. Pero no es sólo eso, ¿verdad?

—Dejadlo en paz un poco más. Debe aceptar esta situación a su manera, igual que hemos de hacerlo todos.

Un destello de humor apareció en la expresión de Shaill, que lo miró penetrantemente.

—¿Qué es esto? ¿El fogoso Sen Briaray Olvit aconsejando precaución? ¡Debes de estar haciéndote viejo, amigo mío!

—Es posible. O quizás estoy aprendiendo algunas lecciones que debería haber descubierto en mi perdida juventud —contestó Sen—. Sea como sea, no creo aconsejable fomentar la disensión.

La Matriarca alzó los ojos para contemplar la escena. Tirand ya había salido por las grandes puertas, pero vio que Tarod seguía en la sala. Los comensales lo observaban mientras avanzaba entre las mesas, y, cuando Shaill vio la mezcla de expresiones en sus rostros, sus sospechas y temores se confirmaron. Entonces comprendió adonde iba Tarod. No había advertido

Librodot

antes un pequeño grupo junto a la ventana, y en particular la presencia de cierto individuo la sorprendió. *De manera* —pensó— *que las corrientes cruzadas han comenzado a fluir, y con más fuerza de lo que esperaba...*

Se puso en pie.

—Sen, ¿me perdonarás si te abandono durante unos minutos? Quiero hablar con alguien.

Sen sonrió.

—Desde luego. ¡Siempre y cuando, claro está, que no se trate de una excusa para escapar de mi compañía! —Ella no respondió al chiste, y Sen frunció el entrecejo—. Shaill... —Entonces se dio cuenta de pronto de lo que ella estaba pensando—. Shaill, seguid mi consejo y dejadlo estar.

Shaill lo miró con expresión seria.

—Me gustaría mucho hacer eso. Sen, pero no creo que pueda. No todo va bien. Y creo que no puedo dejarlo estar por más tiempo.

—Strann. Me sorprende verte aquí.

Strann alzó la vista al oír su nombre y palideció.

—Mi señor... —Torpemente se levantó y volcó una jarra. El vino se derramó sobre la mesa, cayó por el borde, y empapó la falda de Karuth antes de que ésta pudiera evitarlo. Tarod contempló los cuatro rostros afligidos y, sin hacer caso del charco que se estaba formando en el suelo, se sentó en un extremo del banco. Inmediatamente, los dos compañeros de Strann y de Karuth —una mujer cuya capa marrón indicaba que era una adepto de tercer nivel y un hombre algunos años más joven— comenzaron a apartarse de la mesa. Sus ojos, advirtió Tarod, mostraban asombro y miedo, pero bajo esas dos emociones había una tercera: reverencia. El señor del Caos les sonrió.

—No os marchéis por mí —les dijo—. Como ya sabe Karuth, no tengo tiempo para formalidades.

El hombre tragó saliva.

—Gracias, mi señor —repuso—, pero no deseamos entrometernos. Sencillamente, estábamos pasando el rato. Con vuestro permiso os desearemos a todos buenas noches y nos iremos. —Miró a Strann y a Karuth—. Gracias por vuestra compañía.

Cogió del brazo a la mujer y ambos se alejaron. Tarod los siguió con la mirada durante unos instantes; luego sus oscuras cejas se enarcaron casi imperceptiblemente.

—Resulta un cambio agradable encontrarse con alguien que tiene un cierto grado de serenidad —comentó—. ¿Quién es?

—Se llama Neryon Vargo —contestó Karuth—. Se graduó como maestro hace unos cuantos años y ha permanecido aquí como tutor.

—Y, si no se anda con un poco más de cuidado —intervino de repente Strann—, ¡corre el riesgo de convertirse en el difunto Neryon Vargo dentro de pocos días!

—¡Strann! —siseó Karuth, y Tarod fijó su inquietante mirada de ojos verdes en el músico. Advirtió enseguida que Strann estaba borracho, lo bastante borracho para perder algunas de sus inhibiciones y con ello decir lo que pensaba incluso delante de un dios.

—¿Qué quieres decir con eso, Strann *Narrador de Historias?* —inquirió.

El uso deliberado de su antiguo título, aunque no fuera oficial, paró en

seco a Strann. Miró a Tarod a los ojos, y se sentó de golpe.

—Perdonadme —se disculpó, controlando la voz con cierta dificultad—. He hablado fuera de lugar.

—Eso no es nada nuevo, por lo que sé de ti. Dime qué querías decir, Strann.

Strann se apoyó en la mesa y entonces se dio cuenta de que había puesto los antebrazos justo sobre el vino derramado. Maldijo por lo bajo, pero la metedura de pata sirvió para despejar el atontamiento del alcohol y cuando, después de escurrir el vino de sus mangas, miró de nuevo a Tarod a los ojos, su expresión y su mente eran más claras.

—Posiblemente estoy exagerando la amenaza, mi señor, pero tengo la desagradable sensación de que dentro de poco habrá problemas en el Castillo —dijo..

—Entiendo. —La expresión de Tarod no se alteró—. ¿Y cómo serán esos problemas, según tú?

Strann mostró una expresión desgraciada.

—Es difícil encontrar la mejor manera de decirlo, pero... bueno, quizá Neryon Vargo y su amiga adepto hayan sido los primeros en hablar con nosotros, pero no son los únicos. Tanto Karuth como yo estamos encontrándonos con gestos amigables. Quieren que yo les cante canciones y les cuente historias, y quieren hacerle a Karuth un montón de preguntas. No abiertamente, desde luego; todavía son muy cautelosos. Al fin y al cabo, sólo han transcurrido tres días desde... bueno, desde...

—¿Desde que mi llegada les dio la libertad para escoger a quién adoraban?

—Eso, sí... pero hay más. Ahora que la gente ha tenido algo de tiempo para pensar con claridad, cada vez son más los que empiezan a sentir que fueron engañados por Ailind, y que se resienten por ello. No confían en él, y... ya he dicho esto antes delante de Karuth, por lo que lo diré otra vez... no confían en quienes lo apoyan, incluido el Sumo Iniciado. Creen que el Caos ha actuado de manera más honorable que el Orden, y están dispuestos a decirlo.

Dos jóvenes pasaron junto a su mesa en aquel instante. Tenían el aspecto de haber bebido demasiado vino, y uno se apoyaba pesadamente sobre el hombro del otro, mientras se dirigían hacia las puertas con paso vacilante. Estaban demasiado ocupados con el problema de mantenerse en pie, de forma que ni siquiera advirtieron la presencia de Tarod. Karuth los vio pasar tambaleándose; luego se inclinó hacia adelante y habló ansiosamente, sin abandonar el tono quedo de voz.

—Ha habido peleas entre los estudiantes, mi señor Tarod. Se están formando facciones, y un par de los choques han sido ya lo suficientemente importantes como para hacer necesarias medidas disciplinarias. Hasta el momento sólo han sido palabras duras y algún puñetazo, pero, si los ánimos siguen soliviantándose, pronto podría ser peor.

Tarod asintió. Karuth y Strann no hacían más que confirmar las señales que había advertido durante los dos últimos días. La mayoría del Círculo seguía apoyando a Tirand, y los adeptos más conservadores seguirían haciéndolo, aunque sólo fuera porque creían que el deber los obligaba a tomar partido por su Sumo Iniciado y sostener sus decisiones como un asunto de principio. Pero las voces disidentes crecían en número y

en volumen, y, a medida que la gente se iba dando cuenta de que los poderes del Orden y del Caos estaban igualados dentro del Castillo y que ninguno llevaba ventaja, las hostilidades entre ambos bandos comenzaban a mostrarse más públicamente. Tarod había escuchado discusiones entre criados, estudiantes y adeptos, había sentido cómo se iba cargando la atmósfera dentro de los muros del Castillo, haciéndose más tensa con cada hora que transcurría, y no pudo evitar un suspiro ante la estupidez de los mortales. ¿Es que no tenían bastante con la amenaza que representaba la usurpadora? ¿Debían buscar también motivos para pelearse entre ellos, en vez de intentar resolver sus diferencias o al menos aprender a aceptarlas y sobrellevarlas?

—Strann ya predijo esto —dijo Karuth—. Pero nunca imaginamos que ocurriría con tanta rapidez, o que las opiniones y actitudes de la gente se volverían tan enconadas.

—La tensión está en la raíz de todo —añadió sombríamente Strann—. El estar a la espera de alguna palabra del sur, o de noticias de cualquiera de las provincias está atacando los nervios de la gente. Es como un gas peligroso que se estuviera concentrando en una mina; si no encuentra salida por donde escapar, entonces, antes de que pase mucho tiempo, bastará con una chispa para provocar una explosión.

—Lo has expresado con exactitud y sucintamente, Strann —dijo Tarod—. Es una lástima que no puedas usar tu elocuencia para convencer a unos cuantos de los no convertidos.

Desde el otro lado de la mesa, Strann lo miró con ironía.

—Estoy apurando mi suerte ya por el solo hecho de mostrar mi cara en esta sala, mi señor. Únicamente el saber que estoy bajo vuestra protección me permite esta clase de libertad pública; si intentara tomarme alguna libertad más, muy pronto me echarían con cajas destempladas. —Frunció el entrecejo—. Eso es lo que más me irrita. Deberían darse cuenta de que estas disputas los distraen de la verdadera amenaza, ¡y deberían ver el riesgo que corren al permitir que esto siga así!

—No cuentes demasiado con eso —repuso Tarod—. Recuerda que para ellos Ygorla todavía representa poco más que un nombre. Pueden haber sido receptores de unas cuantas pequeñas demostraciones desagradables de su poder, pero todavía no lo han experimentado de primera mano. En eso, Strann, les llevas ventaja, o quizá debería decir desventaja.

A Strann lo sorprendió ver comprensión y compasión en los verdes ojos de Tarod y su rostro enrojeció ligeramente.

—Bueno, sí..., supongo que es cierto... aunque, incluso si lograra convencerlos para que me escucharan, dudo que un relato de mis experiencias los hiciera cambiar. Como decís, para ellos Ygorla es todavía algo demasiado remoto.

—Si al menos... —empezó a decir Karuth, pero se vio interrumpida por un súbito ruido procedente del exterior de la sala, un ruido audible aun por encima del murmullo general de las conversaciones y el entrechocar de platos y cubiertos: un golpe, como si algo o alguien hubiera caído pesadamente, seguido por voces que gritaban. El instinto médico ante los problemas se apoderó de ella, y ya estaba poniéndose en pie cuando un grito en el que se mezclaban la desesperación y la ira justificada llegó a través de las puertas entreabiertas.

—¡Basta ya! ¡Wilden, suelta eso y deja de comportarte como un loco estúpido!

—Oh, no... —Karuth salió de detrás de la mesa, sin hacer caso de Strann, que intentó retenerla. Otros en el comedor también lo habían advertido; varios hombres se dirigían a las puertas, y la Matriarca, a medio camino de la mesa en la que se hallaban Tarod y sus acompañantes, se paró en seco.

De pronto, desde fuera, se escuchó un gemido de dolor, y un rostro con los ojos desorbitados se asomó a la puerta.

—Por todos los dioses, ¿dónde está el Sumo Iniciado? Y un médico, ¡rápido, rápido!

Strann gritó una advertencia:

—¡Karuth!

—¡Espera aquí! —se limitó a contestar ella, y echó a correr. Shaill se unió a ella, y juntas salieron corriendo detrás de los tres hombres.

Al salir del comedor, Karuth se paró y lanzó un juramento de horror. En el suelo del amplio pasillo, un joven estaba de rodillas, tosiendo, con las manos cogidas al estómago mientras la sangre escapaba en un torrente brillante entre sus dedos. Se estaba formando rápidamente una mancha carmesí en el suelo que casi llegaba a los pies de otro joven que con la boca abierta y el pecho subiendo y bajando por la agitada respiración, esgrimía un cuchillo de hoja tremendamente larga en una mano. Ya se había reunido una pequeña multitud, incluyendo a dos mayordomos del Castillo. Uno hizo ademán de acercársele, pero el joven lanzó un tajo salvaje que obligó al mayordomo a retroceder.

—¡No! —La rabia y el alcohol entorpecían el habla del joven—. Dejadlo que muera, ¡dejadlo que se desangre y pierda su asquerosa vida! —Trastabilleó, y otro descontrolado tajo de la hoja por poco alcanzó a dos adeptos desprevenidos—. Es una basura; ¡es un mentiroso, un traidor! —Borracho, dirigió una mirada despreciativa al gentío que lo rodeaba—. Igual que todos vosotros..., todos adulando y halagando a esa basura que se hace llamar señor del Orden. ¡Yo os enseñaré! Yo os enseñaré... —Hizo un esfuerzo para coger la empuñadura del cuchillo con ambas manos, no lo consiguió y dio unos cuantos pasos vacilantes antes de lograr recuperar el equilibrio. Balanceándose, alzó la hoja por encima de su cabeza—. ¡Caos! ¡Yandros del Caos!

Shaill aferró con fuerza el brazo de Karuth.

—Dulces dioses, Karuth, ¡está tan borracho que está fuera de sí! —Miró con rapidez por encima del hombro, y alzó la voz—. ¡Que alguien vaya corriendo a buscar al Sumo Iniciado! ¡Deprisa!

Karuth pensó que, aunque encontraran a Tirand a tiempo, era poco probable que pudiera hacer algo. Había reconocido ya al joven borracho del cuchillo; era uno de los dos que habían pasado dando tumbos delante de su mesa tan sólo hacía unos minutos. Wilden Kens, así se llamaba; estudiante de segundo curso, un idealista fogoso y arrogante, demasiado joven para haber aprendido a beber. No podía imaginar cómo, en nombre de los Siete Infiernos, se le había permitido ir por ahí con aquel cuchillo. Aunque no supiera esgrimirlo, en su presente estado era un mortífero adversario; hasta los espadachines más expertos del Castillo podrían resultar muertos si intentaban reducirlo. Y había que sacar de allí deprisa a su víctima, o se

Librodot

desangraría hasta morir.

Karuth se soltó de Shaill, se abrió paso entre un mayordomo y un adepto, demasiado sorprendidos para poder detenerla a tiempo, y salió al círculo formado por los espectadores.

—¡Wilden Kens!

El joven parpadeó, vaciló, y luego la reconoció. En su rostro apareció una enorme y tonta sonrisa de orgullo.

—Da... dama Karuth... —Hipó en la segunda sílaba de su nombre—. ¿Veis lo que he hecho? Dijo que éramos demonios. «Todos los seguidores del Caos son demonios, y Karuth Piadar es una prostituta», dijo, y... y... ya veis, yo os defendí, ¡defendí vuestro honor! —Movió el cuchillo, obligándola a retroceder—. ¡Yandros! ¡Yandros!

—Suelta ese cuchillo, Wilden —La voz de Karuth sonaba controlada, pero una negra furia pugnaba por salir a la superficie—. Suéltalo, ahora.

Él sacudió la cabeza tozudamente.

—N... no. Él tiene que morir. Debe hacerlo.

—Wilden, no te lo repetiré. —Lentamente, Karuth se le acercó, con los ojos fijos en la mano que sostenía el cuchillo y un brazo extendido—. Obedéceme, Wilden. Ya te has metido en un buen lío; no empeores las cosas.

Ahora había ya una multitud considerable en el pasillo, a medida que más y más gente salía del comedor para investigar todo aquel barullo. Strann se había abierto paso entre la gente con un juicioso uso de los codos y los tacones; cuando vio a Karuth acercarse a Wilden, sola y sin protección, lo que había comenzado como una sensación de inquietud se desbordó en pánico.

—¡Karuth! —gritó—. ¡Karuth, no intentes agarrarlo! —Comenzó a empujar con todas sus fuerzas, en un intento de pasar entre los apretados cuerpos que se interponían y alcanzarla; pero, antes de que pudiera dar un paso, alguien se acercó por detrás de él. La multitud se apartó como si fueran tallos de maíz ante la guadaña del cosechador, y Tarod entró en el círculo con unos ojos que eran como la muerte y un aura negra ardiendo en torno a su figura. Hizo un único gesto, y el cuchillo que sostenía Wilden se puso al rojo, luego al rojo blanco, antes de desintegrarse en una lluvia de fragmentos fundidos. Mientras Wilden gritaba, cerrando los dedos quemados, Tarod alargó su brazo izquierdo y le propinó un bofetón poderoso pero totalmente físico con el dorso de la mano, que hizo que el joven saliera dando vueltas y fuera a caer al suelo.

—¡Niño estúpido, ignorante y sin cerebro! —La voz del señor del Caos resonó en el pasillo con tal veneno que los que la escucharon se encogieron—. ¿Es que tienes menos inteligencia que un gusano?

Wilden Kens comenzó a llorar; entonces su estómago se encogió y vomitó sobre las losas del suelo los resultados de lo que había bebido aquella velada. Tarod lo miró un instante más mientras el aura negra se desvanecía; luego se apartó con un gesto de desprecio.

Y se encontró de cara con Ailind, Tirand y Sanquar.

Por pura casualidad, todos habían llegado a la vez. En la agitación primera de la urgencia, poca gente advirtió que Karuth se encontraba en el comedor, de forma que, al pedir un médico, un mensajero salió corriendo hacia la enfermería, donde por fortuna Sanquar se hallaba atendiendo a un paciente de última hora. A Tirand lo encontraron en los aposentos de Ailind,

en el ala este, y el señor del Orden acompañó al Sumo Iniciado cuando éste se dirigió a toda prisa hacia el comedor. Se encontraron con una multitud que parecía congelada en un retablo, debido a la violenta intervención de Tarod, y al menos para Tirand y Sanquar, la escena tuvo un impacto significativo e inmediato, porque Strann había alcanzado por fin a Karuth y la abrazaba estrechamente, en un gesto al que el alivio añadía una dimensión extra. Sanquar miró a Strann con amarga comprensión. Tirand con odio. Entonces el Sumo Iniciado dijo en tono brusco:

—En nombre de todos los demonios creados, ¿qué ha ocurrido aquí?

La pregunta formulada con violencia rompió el hechizo, y Karuth dejó a Strann para ir corriendo junto al estudiante herido, que se había derrumbado boca abajo.

—¡Sanquar! —Alzó con una mano el cuerpo del joven, mientras pasaba la otra por debajo del torso—. Es una herida de cuchillo en el estómago; ¡se está desangrando! Trae tu bolsa...

Sus palabras se cortaron. No había herida. La sangre seguía formando un pegajoso charco en el suelo, pero sus dedos, al explorar, sólo encontraron el tejido intacto de la camisa del joven, sin el menor rastro de un corte. Confusa y aturdida, alzó la vista. Tarod le sonrió y se encogió de hombros.

—Es una víctima inocente. ¿Por qué habría de sufrir por la estupidez de un loco? Ahora dormirá unas cuantas horas, y mañana estará como nuevo.

Un tumulto de voces comenzó a extenderse cuando varios testigos intentaron que su versión de lo ocurrido se escuchara por encima de las demás. Bajo la dirección de Sanquar, se llevaron al joven dormido para acostarlo, y un mayordomo y dos adeptos se hicieron cargo de Wilden Kens, que, bajo los efectos combinados de su borrachera y el ataque de Tarod, apenas mantenía la conciencia. Mientras los criados se ponían a limpiar el suelo, Tirand gritó pidiendo silencio. Cuando se apagaron las voces, paseó la vista por la multitud, y volvió a pedir que le contaran todo lo sucedido.

La verdad se parecía mucho a lo que Strann y Karuth habían sospechado. Al salir del comedor tras pasar la velada bebiendo, Wilden Kens, llevado a un estado de agresiva fanfarronería, se enzarzó en una pelea con un compañero de estudios al que encontró en el pasillo y de quien sabía que era un creyente del Orden. Lo que comenzó como un duelo verbal se convirtió bien pronto en violencia física, y Wilden sacó el cuchillo y apuñaló a su contrincante, con toda la intención, como corroboraron tres testigos distintos, de matarlo.

Tarod y Ailind se mantenían a distancia de aquel tumulto, y Tirand se vio en apuros para mantener el orden cuando todos quisieron intervenir ofreciendo detalles, observaciones y opiniones. Pronto quedó claro que, aunque todos condenaban el comportamiento de Wilden Kens, algunos comprendían muy bien su actitud. Poco a poco, la discusión se fue volviendo acalorada. Karuth sintió que una mano se cerraba sobre su brazo y, al volverse, vio a Strann a su lado.

—Vámonos —dijo Strann en voz baja—. No podemos hacer nada más, y yo, al menos, no quiero verme envuelto en otra pelea.

Karuth supo que tenía razón; sumar su voz a las que ahora pugnaban por ser escuchadas tan sólo complicaría más las cosas. Dejó que Strann la condujera de vuelta al comedor. Tarod los vio marchar, pero no hizo ningún comentario ni intentó detenerlos.

Librodot

En el comedor, ahora vacío, regresaron a su mesa, y Strann llenó de nuevo sus copas de vino. Karuth escuchó durante unos instantes la algarabía de voces; luego sus grises ojos se encontraron con los de Strann, que mostraban dolor.

—¿Es que no se dan cuenta, Strann? ¿No se dan cuenta de que no hacen más que seguir allí donde lo dejó Wilden?

Strann no quería volver sobre el tema y, además, le bastaba con mirarla a la cara para saber que la pregunta no necesitaba respuesta. Cogió su copa.

—Voy a emborracharme —dijo llanamente—. Y te sugiero fervientemente que hagas lo mismo.

Karuth titubeó.

—Sí —asintió al fin—. Sí, creo que tienes razón, Strann. Por el momento, es la única opción que parece tener algún sentido.

Librodot

CAPITULO 6

Cayó otra nevada antes de la medianoche, pero tres horas más tarde el cielo volvía a estar despejado y la segunda luna flotaba baja y plomiza en el cielo. En el Castillo reinaba el silencio; las lámparas y antorchas estaban apagadas y todos los habitantes humanos, si no dormían, al menos se encontraban en sus lechos. Al salir por la puerta de la más septentrional de las cuatro enormes torres, donde había escogido tener sus aposentos, Tarod se detuvo un instante para sondear la atmósfera que subyacía a la escena aparentemente tranquila. Como ya esperaba, la tensión era como una presencia física en el aire, algo sofocante, sombrío y ominoso. Si los sueños y deseos humanos pudieran adoptar una forma física, pensó el señor del Caos, entonces aquella noche el Castillo habría estado habitado por una hueste de demonios sin parangón con nada que jamás hubiera creado su reino.

Unos pocos minutos antes, a solas en uno de los helados cuartos de lo más alto de la torre, largo tiempo abandonados, había concentrado su voluntad y su, poder para hablar con Yandros a través de las dimensiones. No necesitaba la aprobación de su hermano para lo que tenía intención de hacer, pero pensó que no estaría de más mantener a Yandros informado de lo que se preparaba. De hecho, Yandros ya había percibido cómo estaban las cosas en el Castillo; pero él a su vez tenía noticias que dar a Tarod, relativas a Ygorla.

—Ya se ha abierto camino como una guadaña a través de la provincia de Perspectiva, y le entró el capricho de dar un rodeo y entrar en Chaun Meridional —le había comunicado el principal de los señores del Caos.

Tarod entrecerró los ojos.

—¿La Residencia de la Matriarca?

—Sí. No hizo demasiado daño, teniendo en cuenta el odio que siente por su antiguo hogar, pero infligió unos cuantos castigos ejemplares y ahora lleva consigo varios rehenes. —Los ojos de Yandros cambiaron de color, pasando del plata al negro—. Dejo a tu discreción que se lo digas o no a Shaill Falada.

Tarod asintió.

—¿Y ahora?

—Se encuentra en la provincia de Chaun, pero avanza en dirección este, hacia Han. Está claro que piensa aprovechar al máximo su desfile real. —Yandros hizo una pausa y luego añadió—. Si llevas a cabo tu plan, sugiero como posibilidad la capital, Hannik. Está densamente poblada, así que imagino que Ygorla no podrá resistir la tentación de hacer una demostración impresionante allí.

—Sí —se mostró de acuerdo Tarod, con una expresión pensativa en sus verdes ojos—. Sí, creo que tienes razón. Gracias, hermano.

No le importó el intenso frío nocturno al cruzar el patio y entrar en el Castillo por la puerta principal. El pestillo y los goznes crujieron de manera abominable, lo que le despertó aún más recuerdos, y, como surgido de la nada, apareció un gato, que corrió hacia él y ronroneó fuertemente mientras se frotaba contra sus piernas. Tarod sonrió y se llevó un dedo a los labios, como si hiciera partícipe al gato de una conspiración privada y secreta. Al

Librodot

recibir una amable orden mental, el animal se alejó de vuelta a la oscuridad y a sus arcanos merodeos, y los pasos de Tarod resonaron cuando cruzó el enorme y desierto salón de la entrada en dirección a la elegante escalera con sus balaustradas talladas. Había muchos fantasmas en aquel antiguo lugar, pensó. Era fácil imaginar que rostros de personas largo tiempo muertas tomaban forma en las sombras, o escuchar las voces de habitantes del pasado, a los que se concedía un breve y susurrante retorno a la vida al atribuirles los ruidos nocturnos de un edificio antiguo que nunca estaba totalmente silencioso. El aire frío que se colaba por debajo de una puerta podía interpretarse como un suspiro o como el suave roce de una falda o una capa. Una ráfaga en un pasillo, que hiciera temblar una antorcha apagada en su soporte, podía imitar el ruido de copas sobre una bandeja o el golpeteo del tacón de una bota sobre la piedra. Tarod sonrió ante sus fantasías y comenzó a subir la escalera; entonces, a medio camino, se detuvo y miró hacia arriba.

Ailind estaba en el gran rellano por encima de él. Sin testigos humanos, había dejado a un lado los pequeños disfraces que usaba para mantener una apariencia de humanidad. Un aura tenue y pálida latía alrededor de su delgado cuerpo, y sus ojos, sin iris ni pupila, brillaban en la oscuridad como oro fundido.

—He estado esperándote —dijo.

Tarod inclinó la cabeza y se permitió un atisbo de sonrisa.

—Eso pensaba. ¿Dónde hablaremos? El comedor me parece un sitio tan bueno como cualquier otro.

—Como quieras. —Ailind se acercó al arranque de la escalera y juntos bajaron y cruzaron el suelo enlosado. En el comedor, el fuego estaba apagado, y las hileras de mesas y bancos proyectaban duras sombras angulares en la penumbra. Se acercaron al hogar, y a un gesto de Tarod una brillante llamarada cobró vida en la chimenea. Ailind la contempló durante unos instantes; luego se volvió para mirar a la cara a su contrario y adversario.

—Sin duda, a ambos nos mortifica reconocerlo —dijo—, pero en esto, si no en nada más, creo que tenemos una causa común que nos obliga a dejar de lado nuestras diferencias.

Tarod acercó un banco al fuego y se sentó.

—Tus pensamientos reflejan los míos, Ailind. —Su mirada de color esmeralda se fijó penetrante en el señor del Orden—. Hay que hacer algo. Y, después de lo que he visto esta noche, estoy convencido de que ninguno de nuestros amigos humanos puede reunir la autoridad para controlar este problema. Debemos ocuparnos de este asunto.

Ailind asintió.

—Me disgusta decirlo de los servidores del Orden, pero están demostrando ser tan estúpidos como los seguidores del Caos. —Tarod no hizo caso de la pulla, y el señor del Orden continuó—: Seré franco contigo. Este comportamiento infantil de los habitantes del Castillo no puede continuar, por dos razones. La primera es que resulta bastante ridículo que los adeptos peleen entre sí en un momento en que como mínimo deberían aparentar unidad ante la amenaza de la usurpadora. Cuanto más divididos parezcan, más débiles serán a ojos de Ygorla; y eso no nos interesa ni a nosotros ni a ellos.

Tarod mostró su aprobación con un gesto, pero no dijo nada.

—Segundo —prosiguió Ailind—, estoy seguro de que sirve tan poco a tus propósitos como a los míos que estas facciones en conflicto nos distraigan constantemente. Ambos tenemos asuntos más urgentes que nos preocupan y no podemos dedicarnos a pacificar o castigar a mortales ciegos y estúpidos. A menos que se haga algo para resolver la situación, los únicos vencedores de este conflicto serán la usurpadora y su demonio progenitor. No deseamos que eso suceda, al igual que vosotros. Nosotros también queremos ver la destrucción de Ygorla, porque a largo plazo su supervivencia sirve tan poco a nuestros intereses como a los vuestros. Pero estas despreciables rivalidades amenazan con ponernos a ambos en peligro. —Alzó la vista—. Necesitan una lección. Una lección breve, dura, pero eficaz que les demuestre cuáles son las verdaderas prioridades.

El rostro de Tarod no mostró ningún cambio, pero las palabras de Ailind confirmaban las sospechas que él y Yandros compartían desde hacía algún tiempo. No era sorprendente que Ailind tuviera pensamientos similares a los suyos, pero el hecho de que hubiera decidido pasar a la acción sólo podía significar una cosa: el Orden tenía una estrategia planeada.

Sin duda, Ailind no lo admitiría, ni siquiera ahora, pero resultaba evidente; porque nada lo hubiera convencido para tragarse su orgullo y proponer una alianza a menos que tuviera un motivo preciso y urgente.

Sonrió, aunque con cierta ironía.

—Te he subestimado, Ailind —dijo—. Parece ser que por una vez estás dispuesto a poner el sentido común por delante de tus amados principios. Me pregunto: ¿qué ha podido hacerte cambiar así de opinión?

Ailind no picó, pero las comisuras de su boca temblaron.

—Ninguno de los dos puede prestar demasiada atención a los principios en las presentes circunstancias. Nos guste o no, por el momento nuestra actitud debe ser puramente pragmática, y el pragmatismo tiene sus necesidades. Tanto vuestros seguidores como los nuestros deben recibir la lección; si una facción se viera implicada sin la otra, eso sólo serviría para que las diferencias se hicieran más profundas y las cosas fueran a peor. Ninguno de los dos puede influir sobre los seguidores del otro, de manera que, por muy lamentable que sea, debemos cooperar.

Y cooperar —pensó Tarod— *para servir al retorcido plan que tú y Aeoris habréis pergeñado para conseguir vuestros propios fines.* Pero se guardó sus pensamientos. Ailind no era tonto; debía darse cuenta de que Tarod sabía que existía un motivo ulterior, por lo que no tenía sentido decirlo en voz alta. Aquel acto era tanto en beneficio del Caos como del Orden; porque, si no se cortaba de raíz el conflicto entre los adeptos, pronto se producirían más derramamientos de sangre, y eso no le haría bien a nadie.

Se encontró con la inhumana y dorada mirada de Ailind y dijo, casi con aire descuidado:

—Muy bien. Parece que estamos de acuerdo... y tengo una propuesta. —Ailind pareció sorprendido, y Tarod sonrió—. Dejemos de aparentar que ninguno de los dos esperaba esta reunión, Ailind. Le he estado dando vueltas al problema tanto tiempo como tú, y creo que tengo una solución adecuada. La forma más eficaz de hacer que nuestros amigos mortales recuperen la cordura sería mostrarles directamente a qué clase de adversario

Librodot

tendrán que enfrentarse dentro de poco. Y el modo más sencillo y mejor de hacerlo es utilizando el Laberinto.

El Laberinto era uno de los muchos artefactos del Castillo que Yandros llamaba cínicamente «juguetes perdidos del Círculo». Se encontraba fuera de sus murallas, en la extensión de hierba que cubría el macizo de granito sobre el que se alzaba el Castillo. A todas luces, no era más que un rectángulo de hierba de un verdor y frescura inusuales; de hecho, poseía unas propiedades que los adeptos, en los pacíficos años transcurridos desde los días de juventud de Keridil Toln, habían olvidado cómo usar. Aunque el Laberinto era una creación del Caos, los señores del Orden lo conocían bien, y Ailind pareció divertido.

—Ah, sí —dijo—. Fue motivo de muchas especulaciones y esfuerzos hace poco tiempo, ¿no es cierto? Me parece recordar que algunos adeptos intentaron recuperar sus secretos.

—Lo intentaron, y fracasaron. —Los ojos de Tarod lanzaron un destello—. Han pasado menos de cien años desde que se usaba con normalidad, pero en ese tiempo no sólo han perdido la capacidad de hacerlo funcionar, sino que incluso han perdido todos los documentos referentes a sus funciones.

—Quizás aprendan dos lecciones por el precio de una —observó Ailind—. Muy bien, estoy de acuerdo con tu sugerencia, y recomiendo que escojamos un pequeño grupo compuesto por nuestros seguidores de mayor nivel. Si podemos hacer que comprendan la verdadera naturaleza del peligro, serán capaces de reunir suficiente influencia entre todos ellos para acabar con estas disputas destructivas y mezquinas.

Tarad asintió y sonrió con sombrío humor.

—Éste es un día extraño, Ailind. El Caos y el Orden colaborando.

Ailind se encogió de hombros.

—Como ya he señalado, el pragmatismo impone sus necesidades. A largo plazo, claro, no cambia nada.

—Claro. Si lo hiciera, no seríamos lo que somos.

Intercambiaron una mirada en la que incontables siglos de rivalidad que ninguna mente humana podía esperar comprender quedaron momentánea y devastadoramente encerrados. Entonces, bruscamente, Tarod se puso en pie.

—Haremos que se reúnan aquí. Sugiero mañana por la noche, dos horas antes de que se ponga la segunda luna. El resto de los habitantes estará dormido, de forma que no nos molestará ninguna intromisión.

Ailind calculó mentalmente.

—Para esa hora la usurpadora estará atravesando Hannik... Sí, es una buena elección. Muy bien. —Él también se puso en pie y lanzó una mirada al fuego, que despidió una llamarada y se apagó—. Entonces hasta mañana. Y esperemos que esto produzca el efecto deseado.

Tarod salió del comedor antes que Ailind, y éste permaneció durante algunos minutos junto al fuego apagado, reflexionando acerca de los resultados del encuentro. Su rostro era inescrutable, pero estaba ciertamente satisfecho. Ni por un momento se le había ocurrido que Tarod subestimara sus motivos para sugerir aquella inverosímil alianza; pero lo complacía el hecho de que el señor del Caos no hubiera adivinado su tercer motivo, no expresado, para poner fin a la particular guerra de los adeptos.

Librodot

Que en el Castillo hubiera facciones fuertemente enfrentadas no se adecuaba a la estrategia del Orden, ya que facciones diferenciadas significaban una gama más amplia de opciones para cualquier individuo que se volviera desafecto para con la causa del Orden. Un individuo así sería el cebo de la trampa que Ailind y Aeoris pensaban tender a Ygorla; y Ailind no quería correr el riesgo de empujar el cebo a los acogedores brazos de los seguidores del Caos. Aquella nueva situación, pensó, cuando se combinara con los estímulos adecuados, serviría perfectamente a su plan...

Los dos señores contaban con sus métodos para alcanzar las mentes de sus siervos humanos, de manera que, en mitad de la siguiente noche, siete personas con ojos legañosos se sorprendieron al verse empujadas a abandonar sus lechos y bajar al comedor. La elección del número siete era una coincidencia, aunque resultaba apropiada en cierto modo. Tarod y Ailind habían acordado que los tres miembros del triunvirato debían ser lógicamente incluidos, pero también se mostraron de acuerdo en que la Matriarca, con su enfoque de sentido común y su rechazo cada vez más decidido a tomar partido por un bando u otro, resultaba neutral. Los seguidores del Orden estaban representados por Tirand, Calvi Alacar y Gant Faran Trynn, un miembro superior del Consejo de Adeptos, maestro con una temida reputación de estricto entre los alumnos. Los elegidos por Tarod eran Karuth, Strann y —para sorpresa de Ailind— Sen Briaray Olvit. Sen ciertamente no destacaba como seguidor del Caos, pero era la clase de hombre capaz de reconocer la verdad cuando se encontraba con ella y capaz de reconocer sus errores; y eso, dijo Tarod arrogantemente, serviría a los propósitos del Caos mucho mejor que la ciega obediencia. No había sido un buen día para el grupo allí reunido. La pelea del día anterior había tenido repercusiones que Tirand vio con rapidez que escapaban a su control. Al parecer, nadie era capaz de ponerse de acuerdo sobre el castigo que debía imponerse a Wilden Kens, y las opiniones encontradas que habían llevado a más discusiones tras el incidente se estaban enconando cada vez más. Ciertos elementos jóvenes y estúpidos se habían inspirado en el ataque de Wilden para dedicarse a llevar a cabo venganzas propias, y, aunque ninguna de las escaramuzas resultó seria, Karuth había estado ocupada curando magulladuras, golpes, ojos morados e incluso un brazo roto porque uno de los niños del Castillo había empujado a otro por una escalera. Los otros miembros del grupo habían tratado de hacer valer su influencia de alguna manera, pero los intentos de hacer recuperar la razón tuvieron escaso efecto, y cada vez se hacía menos caso de las órdenes directas. Así que fue un grupo cansado y desanimado el que respondió a la llamada y se encontró con que los dos dioses estaban esperándolos.

De la manera más breve posible, Ailind les explicó lo que él y Tarod se proponían hacer. Iban a ver de cerca los estragos que Ygorla estaba causando en el mundo mientras viajaba en dirección a la Península de la Estrella, y lo iban a hacer mediante una visita a la provincia de Han utilizando el Laberinto.

Tarod no supo si sentir tristeza o diversión ante la mezcla de asombro y disgusto que vio en los rostros de los adeptos, y con un mínimo rastro de ironía en la voz les explicó el secreto perdido que en vano habían intentado poner al descubierto. El Laberinto, dijo, era un portal; a diferencia de la

Librodot

Puerta del Caos, no era una vía de comunicación entre mundos sino un medio de efectuar pequeños ajustes de espacio y tiempo. En el pasado se había utilizado para situar al Castillo ligeramente desfasado con respecto a las dimensiones normales del mundo, de forma que resultara inaccesible para quienes no supieran atravesar las complejidades del Laberinto. Entrando en el Laberinto guiados por él y por Ailind, podrían ser testigos de lo que en aquel momento sucedía en la ciudad de Hannik. Y lo que vieran, y las noticias que trajeran a sus compañeros, pondría fin de una vez por todas a la mezquina locura que en el presente afectaba al Castillo, tal como lo deseaban ferviente y firmemente los dos dioses.

Los siete mortales escucharon la orden en aturdido silencio. Todos habían abrigado secretas esperanzas de que uno u otro de los dioses intervendría para acabar con los crecientes problemas, pero ninguno había esperado algo semejante; y desde luego no habían esperado ver a Tarod y a Ailind unidos en sus intenciones.

Calvi, con los ojos pesados por la falta de sueño, se atrevió a hacer una pregunta. Se la hizo a Ailind, poniendo especial cuidado en evitar la mirada de Tarod.

—Perdonadme, mi señor, pero debo preguntar: ¿correremos algún peligro?

Ailind enarcó sus pálidas cejas, y su expresión se tornó fría.

—¿Eres un cobarde, Alto Margrave?

Calvi enrojeció, y la Matriarca dijo con cierta brusquedad:

—El Alto Margrave tan sólo ha expresado lo que todos pensamos, mi señor Ailind; pero, a diferencia del resto, no le da vergüenza admitir la verdad. Eso, en mi opinión, es lo contrario a la cobardía.

—Y para responder a tu pregunta, Calvi, no, no existe peligro. —Los ojos de color esmeralda de Tarod se centraron en el joven, quien se vio obligado, muy a su pesar, a devolverle la mirada—. Como he explicado, al usar el Laberinto, nos colocaremos ligeramente separados de la realidad de Hannik. Te parecerá que estamos allí, pero estaremos resguardados y por lo tanto a salvo.

Calvi asintió y luego clavó la vista en el suelo. Tenía un aspecto abatido, como si se encontrara atrapado entre dos enemigos igualmente desagradables, y Strann se preguntó, frunciendo el entrecejo, qué había motivado aquella actitud despectiva y arrogante en Ailind, hacia alguien que era, al fin y al cabo, uno de sus más fieles servidores. Nadie más dijo nada, por lo que Tarod sugirió que, sin perder más tiempo, los siete fueran a ponerse ropas más prácticas y que volvieran a reunirse en el patio. Strann tenía ahora habitación propia, un cuarto pequeño pero bastante acogedor en el mismo pasillo donde se encontraban los aposentos de Karuth, y, cuando salieron juntos del comedor, la cogió del brazo y le susurró al oído:

—¿No has encontrado nada extraño en la forma de comportarse de Ailind con el Alto Margrave?

—¿Extraño? —Karuth lo miró—. No. No hubiera esperado otra cosa de él. Los señores del Orden son fríos como pescados, Strann, y no tienen ninguna consideración con las debilidades humanas.

—De todas formas, ¿no te parece que ha sido un poco... exagerado?

Ella se encogió de hombros.

—Para la norma de Ailind, no. Pobre Calvi... Me alegro de que Shaill lo

Librodot

defendiera. Me habría gustado decir algo, pero no creo que hubiera sido bien recibido.

—Desde luego —asintió Strann—. Tarod lo tiene aterrorizado, ¿no es cierto?

—Y con razón, Strann. —Karuth recordó el primer encuentro de Calvi con Tarod, en el Salón de Mármol, la noche en que ella había llevado a cabo el ritual que había traído al Caos al mundo de los mortales. Calvi había querido intervenir, había intentado protestar ante la presencia de Tarod, y Tarod había acabado perdiendo la paciencia. Karuth nunca sabría qué clase de visión había conjurado en la mente de Calvi, pero aquello había desatado el temor del Alto Margrave, y en igual medida su odio.

Strann, que no conocía los detalles del incidente, dijo:

—Quizá la tenga; no lo sé. De todos modos, me parece que Ailind tiene el propósito de indisponerse con él. Y en las presentes circunstancias eso no tiene mucho sentido.

Casi habían llegado al final de la escalera, y Karuth se detuvo, para dirigirle una mirada inquisitiva.

—¿Qué quieres decir, Strann? —inquirió, con el tono de voz repentinamente alerta—. ¿Qué plan estás concibiendo del que no me has dicho nada?

—No estoy planeando nada —repuso Strann. Su voz, advirtió Karuth, sonaba extraña; había una tensión inexistente un momento antes—. Pero comienzo a preguntarme... y no es más que una intuición, nada más concreto que eso... si no habrá alguien que sí lo está haciendo.

La nieve, la escarcha, y la segunda luna ya baja en el cielo habían convertido la noche en plata. Karuth no fue la única que soltó un suspiro involuntario y pasmado cuando, al salir el grupo por las gigantescas puertas del Castillo, la resplandeciente vista del macizo y la península se extendió ante ellos. Muy abajo, el omnipresente sonido de la marea rugiendo contra las grandes masas de tierra sonaba claro como el cristal en la quietud, pero el mar era un espejo enorme, oscuro y resplandeciente bajo la luz de la luna y de las estrellas, mientras que el cielo constituía un telón de fondo de un negro profundo y aterciopelado.

Karuth sintió que una de las manos de Strann, enfundadas en guantes, se cerraba con fuerza sobre las suyas, mientras que la otra se deslizaba por sus hombros para mantenerla caliente; pero los dos estaban demasiado absortos por la vista nocturna para notar las miradas —rápida e iracunda la de Tirand, resentida la de Calvi— o la ligera sonrisa de Tarod al verlos acercarse todavía más. Ailind ya se les había adelantado. Como su contrario del Caos, no le importaba nada el intenso frío y llevaba ropas muy ligeras, y ahora los esperaba en el lugar donde, en medio de la hierba helada y crujiente, se veía con claridad un rectángulo más oscuro recortado en la explanada.

Al acercarse al Laberinto, Karuth sonrió con ironía.

—Cuando pienso en la cantidad de horas que Arcoro Raeklen Vir y yo pasamos investigando entre los archivos antiguos buscando claves para esto —dijo—, me da vergüenza decir que soy una maga.

Strann enarcó una ceja inquisitiva.

—¿Arcoro qué?

Librodot

A ella la sorprendió darse cuenta de que se sentía halagada ante la idea de que él pudiera sentir celos.

—Un adepto superior a quien se le ocurrió la idea al mismo tiempo que a mí —contestó; luego su rostro se ensombreció—. Fue uno de los que partió hacia el sur para intentar ayudar a los Margraves en la resistencia contra Ygorla. Desde que se fueron no hemos tenido noticias de ninguno de ellos.

Strann le apretó los dedos.

—Ojalá haga Yandros que pronto estén de regreso en casa sanos y salvos.

No se había percatado de que Tarod podía oírlo, y dio un respingo cuando la voz del señor del Caos le llegó con suavidad desde unos cuantos pasos de distancia.

—Yandros lo haría, Strann, si para él fuera posible. —Se aproximó a ellos y posó suavemente una mano en el brazo de Karuth—. Estamos listos. No será una experiencia agradable, y tal vez algunos se encuentren menos preparados de lo que pensaban. Haz lo que puedas para ayudarlos.

Se alejó para unirse a Ailind, y Karuth lo siguió con la vista. El brazo le cosquilleaba allí donde la habían tocado sus dedos, y sintió una peculiar emoción en su interior, algo entre el miedo y el placer, junto al reconocimiento asombrado de que el señor del Caos le había hecho un gran cumplido. ¿Quiénes, se preguntó, serían los eslabones débiles? Calvi, desde luego, y quizá también Shaill; a pesar de toda su sabiduría y fuerza mundanas, la Matriarca poseía una rara compasión que podía hacerla vulnerable. ¿Y Tirand? Lo miró, de pie, tenso y en actitud un poco desafiante junto a Ailind, como si estuviera decidido a demostrar al mundo su inquebrantable fidelidad. Sí, Tirand era vulnerable. Mucho más de lo que quería hacer creer; más, quizá, de lo que él mismo creía. Karuth no sabía qué hacer para ayudarlo. Pero mujer prevenida valía por dos; al menos lo intentaría si surgía la necesidad.

Ailind se hizo a un lado cuando Tarod se acercó al Laberinto. El señor del Caos no hizo ningún aspaviento, sino que dijo una única palabra en un idioma que había desaparecido del mundo de los mortales hacía un milenio y entró en el rectángulo de hierba oscura. Tirand miró a Ailind como pidiendo permiso; el señor del Orden asintió, y el Sumo Iniciado siguió los pasos de Tarod.

Ambos desaparecieron. Alguien —Karuth sospechó que había sido Calvi, aunque no estaba segura— emitió una pequeña exclamación de asombro, reprimida rápidamente. Sen, con un característico encogimiento de hombros, y lanzando una mirada cargada de ironía por encima del hombro, fue el siguiente, y Gant Faran Trynn fue tras él, con la misma tranquilidad con que entraba en su clase. Los otros —Karuth, Strann, Shaill y Calvi— avanzaron tras ellos y, sin detenerse a pensar, sin atreverse a considerar por un momento qué podía estar aguardándolos, entraron juntos en el rectángulo, seguidos a poca distancia por Ailind.

Ni siquiera las habilidades de bardo de Strann habrían bastado para describir la sensación que se apoderó de todos cuando entraron en el Laberinto. A Karuth le pareció que se movía en siete direcciones distintas a la vez, no todas ellas físicas; los rostros de sus compañeros parecían bailar y oscilar al azar a su alrededor, y sus expresiones de asombro casi resultaban cómicas. Luz brillante, oscura negrura, ruido y silencio, y algo que no era

Librodot

nada de eso y todo a la vez se apoderó de sus sentidos y se sintió consciente, viva, de una manera que nunca antes había experimentado. Desde muy, muy lejos, parecía que la voz de Tirand gritaba: «¡Manteneos juntos! ¡Manteneos juntos!», pero las palabras carecían de sentido y sólo le daban ganas de reír. Entonces, repentinamente, llegó la sensación de atravesar un vórtice enorme y al mismo tiempo claustrofóbico. Lo que la rodeaba se invirtió, volvió a invertirse, y el mundo regresó a la normalidad.

Pero no era el mundo del macizo del Castillo; no se trataba de la belleza tranquila, helada, clara e inmóvil de la Península de la Estrella. Lo primero que hizo que los atolondrados sentidos de Karuth regresaran bruscamente a la realidad fue un olor a humo, acre e infame, que mancillaba el aire nocturno. Luego escuchó el ruido. Tenía dos ingredientes principales. El primero era un sonido horriblemente rítmico, extraño y sobrenatural, como el lento chasquido de aire desplazado en el momento en que muchas alas gigantescas batieran en la noche en terrible unísono. Y el segundo era el griterío agudo, desesperado de una gran multitud, que lanzaba vítores, alabanzas y exclamaciones como si les fuera el alma en ello.

Karuth sintió el contacto físico e inconfundible de unas manos que la sostenían y enderezaban cuando estuvo a punto de perder el equilibrio y caer. El cabello de Strann le rozó el rostro y sintió su aliento en la oreja; con un último tirón la transición quedó acabada, y se encontró de pie, apretujada entre sus compañeros sobre el sólido pavimento de una amplia plaza de ciudad. Caía una fina lluvia, pero no era suficiente para apagar las antorchas que formaban una gran avenida llameante que convertía la noche en una horrible parodia del día. Tampoco podía la lluvia tocar las otras luces, el torbellino deslumbrante de salvajes colores que giraba y danzaba y abrasaba y ardía en el cielo, por encima de la procesión que se dirigía hacia la plaza siguiendo la avenida principal de Hannik.

Karuth vio las diez retorcidas monstruosidades, enjaezadas a pares, que volaban lentamente y con terrible elegancia sobre la calle. Vio el enorme carruaje negro y descubierto, sin ruedas, que iba tras ellas, a metro y medio del suelo, rodeado por una hueste enloquecedora de formas y siluetas imposibles, y escuchó sus ululantes gritos que se elevaban como los aullidos de los condenados por encima de los vítores de la multitud. Balanceándose y avanzando tras el carruaje iban dos carretas con pesados cortinajes negros, empujados por criaturas que pertenecían al reino de las pesadillas. Y, alineadas en la plaza y en la avenida, vio a personas, incontables personas, empapadas por la lluvia, temblando, estremeciéndose, horrorizadas, que caían de rodillas y alzaban los brazos en súplicas histéricas, mientras rendían el homenaje del terror total e impotente al poder sobrenatural que las había esclavizado.

Entonces, como si sus sentidos hubieran sido repentina y sorprendentemente agudizados, y la comprensión se hubiera apoderado de ella, los ojos de Karuth enfocaron con terrible claridad. Veintiún años retrocedieron como si nunca hubieran existido, y, con la completa y desoladora certeza del reconocimiento, su desorbitada mirada se centró en el rostro hermoso, mortífero, que reía de la niña que ella había ayudado a traer al mundo: la hija del Caos y terrible emperatriz, Ygorla.

Librodot

CAPITULO 7

La gente de Hannik había sido advertida de su llegada. Al caer la noche, una bandada de heraldos demoníacos llegó volando desde el sur y, mientras sobrevolaban la ciudad, un rostro enorme, membranoso e informe cobró vida en medio de ellos y anunció la inminente llegada de la Margravina de los Dominios Mortales. Minutos después, una horda de diminutos elementales con voces chillonas, garras como alfileres y colas con púas que producían un doloroso picotazo, cayó en enjambre sobre todos y cada uno de los edificios, y sacó a sus habitantes a las calles para que dieran la bienvenida a Ygorla.

El Margrave de Han fue tan estúpido que agrupó a su milicia e intentó ofrecer resistencia. Su casa fue la primera en ser incendiada y ahora la enorme hoguera, alimentada por chillones elementales de fuego, despedía un atroz resplandor en el límite oriental de la ciudad, como un sangriento amanecer artificial. La hueste de Ygorla tardó menos de cinco minutos en acabar con la resistencia de la milicia, breve y valerosa, pero inútil. Ahora, bestias negras con dientes afilados como cuchillas, primos gigantescos de las «mascotas» que merodeaban por el palacio de la Isla de Verano, babeaban y gruñían sobre los restos de los guerreros, mientras que el Margrave, cargado de cadenas con pinchos, era mostrado por las calles, montado sobre un horror jorobado de ocho piernas que no cesaba de soltar risitas, para demostrar a los ciudadanos el precio de su osadía. Tras él avanzaba a trompicones toda su casa; la Margravina, sus tres hijas y un hijo que no tendría más de cinco o seis años, y toda la servidumbre. Algunos lloraban desconsolados, otros guardaban un glacial silencio. A todos les habían arrancado los ojos.

Tras aquellas lastimosas víctimas, moviéndose bajo las sombras de las alas de las bestias voladoras, como polluelos bajo la protección de una gallina monstruosa, avanzaban más ciudadanos. Parecían haber sido arrancados de entre la multitud para aumentar el séquito de Ygorla, y, a medida que avanzaba la procesión, Karuth vio siluetas inhumanas que aparecían aquí y allá entre los espectadores, cogían hombres, mujeres y niños, al parecer al azar, y los obligaban a unirse al grotesco desfile. Mientras avanzaban por la calle principal, como una marea lenta y devastadora, alguien cogió a Karuth del brazo, y ella alzó la vista, con el rostro rígido, para encontrarse con la mirada de Tarod.

—Retrocede —le dijo en voz baja— Sube los escalones del edificio que tienes a tu espalda. Verás mejor.

Era imposible decir si el señor del Caos se sentía conmovido o indiferente ante lo que veía. La expresión de Ailind era igualmente inescrutable, mientras conducía a sus seguidores por los amplios escalones de una casa imponente cuya fachada daba a la plaza, seguramente el hogar de uno de los muchos ricos vinateros de Hannik. Bajo el pórtico de la casa se vieron a resguardo de la llovizna, y la altura de los escalones los apartó del tumulto en el pavimento. Ahora que su visión no se veía entorpecida por cabezas que se movían o por el ondear de las antorchas, la horrible enormidad de la escena sacudió a Karuth como si se tratara de un golpe físico. Sus compañeros también reaccionaron; oyó a Sen Briaray Olvit

Librodot

blasfemar con violencia y repetidamente en voz baja, mientras que Calvi se tapaba los ojos y la Matriarca no cesaba de repetir: «Oh, pobres almas..., pobres almas indefensas...». Cuando Karuth miró de reojo a Strann, le pareció como si su rostro estuviera tallado en madera blanca; tan sólo sus ojos, centrados con terrible intensidad en la calle, se veían vivos, ardiendo con emoción reprimida.

De pronto, Tirand giró sobre sí mismo. Su rostro mostraba una palidez mortal, y le tembló la voz al musitar con desesperación:

—¡Tenemos que hacer algo! ¡No podemos quedarnos aquí y dejar que esto continúe!

Tarod meneó la cabeza y Ailind sujetó al Sumo Iniciado, que parecía a punto de alejarse del grupo para perderse entre la multitud.

—¡No, Tirand! —dijo con aspereza el señor del Orden—. No podemos hacer nada. Quédate aquí.

Tarod miró a Tirand con un atisbo de compasión.

—Por una vez estoy de acuerdo con mi primo, Sumo Iniciado. Cualquier gesto heroico sería completamente inútil. Además, estas gentes ni siquiera advierten nuestra presencia. Recuerda: nuestra realidad está ligeramente desfasada con respecto a la suya. Estamos aquí para observar, nada más.

Tirand miró a uno, luego a otro, con el rostro desencajado. Durante unos instantes pareció que no haría caso de sus advertencias y que seguiría sus impulsos, pero bruscamente la rebeldía cedió al darse cuenta de que tenían razón. Karuth no pudo menos que compadecerlo. Ella también se veía asaltada por la frustración y la ira, con el añadido del sentimiento de culpa ante su propia pasividad. Pero ella, como los demás, nada dijo, y todos siguieron mirando mientras Ygorla y su séquito se acercaban cada vez más.

Los vítores de la multitud alcanzaron el paroxismo cuando la procesión entró en la plaza. Todos parecían querer sobrepasar a su vecino gritando elogios a la emperatriz, y hasta los niños que eran demasiado pequeños para comprender lo que pasaba eran exortados por sus padres a unirse al griterío. Ahora se veía muy bien a Ygorla, una figura pequeña, solitaria, pero imponente en el sitial de alto respaldo del carruaje, envuelta en pieles plateadas, y con suficientes joyas para comprar media provincia brillando en su cuello, en sus dedos y en la diadema que ceñía su cabellera de negro acerado. Sus ojos brillaban casi tanto como sus gemas, pero con una ávida codicia y una ferocidad que eran en sí mismas demoníacas, y sus sensuales labios esbozaban una sonrisa de temible triunfo. Al mirarla, Strann sintió que el estómago se le encogía, y tuvo que reprimir el impulso de echar a correr para esconderse en el rincón más oscuro del pórtico. Bastó una sola mirada a aquella criatura que había sido su verdugo personal y cuya sádica crueldad había presenciado tan a menudo para acabar con el poco valor que tenía, y el hecho de que estuviera fuera de su alcance, protegido por dos dioses, no significó diferencia alguna. Odiaba a Ygorla con toda su alma, pero también la temía, y el odio no era suficiente para vencer aquella reacción primaria.

Tarod se daba cuenta del desconcierto de Strann, pero por el momento el señor del Caos tenía otras preocupaciones. No lo sorprendía del todo que Narid-na-Gost no estuviera con Ygorla en su carruaje, pero se preguntó dónde, entre todo aquel espectáculo horrible y llamativo, se escondía el demonio. Seguramente estaba agazapado en una de las carretas negras,

Librodot

entre el equipaje de su hija, algo bastante adecuado si lo que había adivinado acerca de Ygorla era verdad. No cabía duda de que estaba allí —Tarod sentía su presencia igual que un gato sentiría la proximidad de un ratón— pero en medio de aquel tumulto resultaba imposible localizarlo. Pero había otra cosa que sí podía ser localizada con total exactitud, y los verdes ojos de Tarod lanzaron fieros destellos al volver a posarse en Ygorla. Lo que buscaba resultaba invisible al ojo, oculto entre los pliegues de su capa de pieles, pero sabía que estaba allí: la joya robada al Caos, la gema del alma de su hermano. Sentía su presencia, sentía su propio ser responder a aquella presencia, y experimentó una oleada de amarga y tensa furia al saber que quedaba fuera de su alcance.

El convoy siguió avanzando hasta que el primero de los horrores voladores llegó a la altura de la fachada donde se encontraba el grupo del Castillo. Entonces Ygorla chasqueó los dedos. El carruaje se paró instantáneamente con suavidad, y ella se puso en pie. A su alrededor, la multitud guardó silencio, y, al cesar sus gritos, una sensación de tensión sofocante invadió la atmósfera. De alguna parte, invisible tras la gran mole de la Sala de Justicia que dominaba la plaza, llegó el sonido del crepitar de las llamas de otro edificio que ardía. De otra dirección, y a mayor distancia, se escuchó una voz humana que gemía con la monotonía estúpida de la total desesperación.

Ygorla giró la cabeza y sus fosas nasales se dilataron cuando escuchó la voz. Volvió a chasquear los dedos, y algo de un color blanco verdoso, sin cabeza visible, se separó de debajo del carruaje, donde había permanecido enganchado, y se alejó flotando en dirección al distante y fúnebre lamento. Instantes después, el sonido cesó. Ygorla asintió, satisfecha, y se volvió para encararse con la muchedumbre.

—¡Pueblo mío! —Ninguno de los humanos presentes, salvo Strann, había escuchado antes su voz. Era tan exquisita como su rostro, pensó Karuth, como plata líquida; pero poseía una empalagosa dulzura que la hizo estremecerse intuitivamente de asco—. ¡Mis queridas y buenas gentes! ¡Estoy satisfecha con la bienvenida que me habéis dado! ¡Habéis demostrado ser siervos leales y obedientes, y os juzgo merecedores de mi gobierno!

La tensión cedió un tanto, aunque nadie se atrevió todavía a emitir sonido alguno. Entonces Ygorla sonrió. La sonrisa era veneno puro y salvaje.

—Sin embargo, en un aspecto, y sólo en uno, no me siento satisfecha. Esta noche, cuando entré en esta ciudad para ofreceros la bendición de mi presencia, hubo algunos... pocos quizá, pero los suficientes para despertar mi ira... que con arrogancia y estupidez quisieron oponerse a su justa emperatriz. La mayoría ya han sufrido el castigo que corresponde a todos los que se niegan a rendirme el debido homenaje. Pero eso no basta.

—Por todos los mundos que nos rodean —susurró ásperamente Sen—, ¿qué clase de monstruo es éste?

Strann podría haberle dado una respuesta, pero no lo hizo; se limitó a abrigarse más con su chaqueta y apretó con más fuerza la mano de Karuth. Ygorla siguió hablando.

—Quiero algo más que un castigo adecuado para los culpables. ¡Quiero la seguridad, de hecho quiero la prueba, de que ningún hombre, mujer, niño o viejo, que ni siquiera el más pequeño de los insectos de la ciudad de Hannik, albergará nunca ni por un instante un solo pensamiento desleal

Librodot

contra su soberana! —Permitió que aquella advertencia surtiera efecto durante unos instantes, y luego prosiguió—: Pero ¿cómo sabré que eso es así? ¿Cómo puedo estar segura? Debéis demostrármelo. ¡Debéis demostrarme sin sombra de duda que las buenas y gallardas gentes de Hannik mantendrán la promesa de lealtad que esta noche hacen a mis pies!

Un confuso ruido de voces comenzó a llenar la plaza, a medida que los más valientes o los más cobardes de entre los ciudadanos —Karuth no supo decidir en su mente de quiénes se trataba— declaraban su fidelidad imperecedera. Pronto otros se les unieron, e Ygorla ladeó la cabeza como un ave, exagerando el gesto de escuchar y sopesar lo que oía. Por fin alzó un brazo en ademán dominante. Los gritos y exhortaciones disminuyeron y se apagaron; cuando de nuevo reinó el silencio, Ygorla movió la cabeza lentamente, con deliberado énfasis.

—Queridos súbditos, me llegáis al corazón. Pero me temo que no es suficiente. Casi, pero no es suficiente. —Se asomó un poco por el borde del carruaje y se dirigió a alguien o a algo que se ocultaba en las sombras—. Traed a los transgresores.

Tras el carruaje se produjo un breve forcejeo, y después apareció el Margrave de Han, todavía cargado de cadenas y a lomos de la aberrante criatura jorobada de ocho patas, conducido por un grupo de criaturas parlanchinas que soltaban risotadas, con un lejano parecido a ratas deformes. Tras él venían su esposa, hijos y siervos, recibiendo empujones y patadas de otros individuos de aquella pequeña horda de horrores; fueron llevados juntos a la plaza, donde toda la multitud pudiera verlos con claridad.

—Este hombre patético y avergonzado —dijo Ygorla con un tono de voz que parecía jarabe de caramelo y que parodiaba la compasión— fue el cabecilla de aquellos que quisieron oponerse a mí, y con él se encuentran las criaturas de su casa, quienes debido a su lealtad hacia él también son culpables de su crimen. Y, además, ¿no es cierto que en el pasado todos vosotros fuisteis leales a este miserable traidor? ¿No era vuestro Margrave, y no bajabais todos la cabeza ante él?

La multitud se agitó inquieta. Ygorla sonrió de nuevo.

—Sí, claro que lo hicisteis. Por lo tanto, también sois culpables. ¿No es eso cierto? Claro que lo es. Pero soy una emperatriz misericordiosa, y estoy dispuesta a no tener resentimientos sino a perdonar. Os perdono a todos, mi bueno y honrado pueblo. ¡Y como muestra de mi munificencia e indulgencia os permitiré convertiros en los instrumentos por medio de los cuales este patético grupo de traidores encontrará su merecido final!

Junto a Tirand, la Matriarca gritó sin querer.

—¡Por todo lo que es sagrado, no pretenderá que...!

Tirand la sujetó por los antebrazos, y la atrajo hacia sí.

—No, Shaill, no lo digas; ¡ni se te ocurra pensarlo! —Miró a Ailind—. Mi señor, no será capaz de una cosa así, ¿verdad?

Ailind se encogió de hombros, y Tarod dijo en voz baja:

—No la conoces, Sumo Iniciado. Para ella esto es un juego totalmente inocuo.

La multitud también había comenzado a entender qué pretendía Ygorla, y los que no, lo hicieron rápidamente cuando formas oscuras y horribles avanzaron entre ellos, repartiendo piedras a puñados. En un pasado no

Librodot

demasiado lejano, la lapidación había sido el método de ejecución establecido en todas las provincias. Tanto los Margraves más ilustrados, como el Círculo y la Hermandad, la habían condenado como costumbre bárbara y había caído en desuso excepto para los crímenes más terribles, pero no estaba totalmente extinguida, y toda ciudad de cierto tamaño seguía conservando su lugar de lapidación, manchado por la horripilante evidencia de antiguos castigos. Ahora, los brillantes ojos azules de Ygorla recorrieron el mar de rostros espantados en la plaza, y su voz resonó una vez más.

—¡Haced bien vuestro trabajo, y, por cada uno de estos gusanos traicioneros que caiga lapidado, tan sólo elegiré a cinco más de entre vosotros para que los acompañen a los Siete Infiernos! Pero, si no conseguís complacerme, si no me convencéis de vuestro amor y fidelidad, entonces, por cada una de estas almas malditas, ¡serán cincuenta los que alimenten a mis mascotas esta noche! ¿Está claro?

Comprendieron, y, primero con lentitud, pero después con creciente ansiedad a medida que la desesperación se imponía a la conciencia y la humanidad, los ciudadanos de Hannik comenzaron a acercarse al indefenso Margrave y a su familia. Tirand suplicó desesperadamente a Ailind.

—¡No puede hablar en serio! ¡No puede hacerlo! La gente... No es posible, no lo harán...

El rostro de Ailind permaneció impasible.

—Cincuenta habitantes de la ciudad por cada uno de los miembros de la familia del Margrave, Tirand —contestó—. Sólo cinco si queda satisfecha con la lapidación. No hay tercera opción. ¿Qué harías tú si fueras uno de ellos?

—Pero el Margrave... Yo lo conozco; todos lo conocemos, ¡es nuestro amigo! Y su esposa es hermana de uno de nuestros adeptos; ¡nació en el Castillo!

Tarod miró por encima de su hombro.

—¡Y ni tú, ni nosotros ni nadie puede hacer nada para salvarla! ¿No lo entiendes, Tirand? ¡Por fin estás viendo la verdadera naturaleza de Ygorla y la amenaza que representa!

Como si hubiera estado en trance y alguien lo hubiera abofeteado brusca y violentamente, Tirand se dio cuenta por primera vez de la realidad de su difícil situación. Bien por el antiguo lazo entre ella y su hermano o porque las duras palabras de Tarod habían producido el mismo efecto en todos, Karuth sintió también que la comprensión la alcanzaba como una ducha de agua fría. Había creído estar perfectamente enterada de la situación; pero, de hecho, hasta aquel instante se había encontrado a un paso del verdadero entendimiento, apartada de él por su propia ignorancia. Ahora aprendía la lección. El Margrave y su familia... que no eran desconocidos sin rostro, ni meras cifras en un escueto mensaje llegado de lejos, sino personas de carne y hueso, amigos, estaban allí indefensos y a punto de morir...

Las lágrimas la cegaron y no vio la primera piedra que surgió de la multitud, lanzada contra los prisioneros de Ygorla. Pero oyó el ruido sordo cuando impactó en el blanco y escuchó el grito angustiado de la hija pequeña del Margrave que, ciega como estaba, intentó liberarse de sus captores y correr junto a su padre. Karuth sintió en el pecho un dolor ardiente y sofocante, que le quitó el aire de los pulmones, haciéndole

imposible aspirar. Se aferró frenéticamente al poco dominio de sí misma que le quedaba, luchando para no gritar, para no lanzar un chillido como el de la hija del Margrave, y se odió a sí misma por su egoísta aflicción cuando eran ellos los que padecían, ellos los que estaban perdidos, ellos los que estaban muriendo...

Entonces, como una tormenta de granizo terrible y mortífera, las piedras comenzaron a volar. Había mujeres que sollozaban entre la multitud, pero, aunque lo hicieran, alzaban los brazos y lanzaban los proyectiles y luego cogían más de las negras formas sombrías que los municionaban. El Margrave estaba atado a su horripilante montura y no podía caer ante los impactos; en vez de eso se agitaba como un pelele, dando sacudidas de aquí para allá, mientras la sangre le corría por el rostro, por los brazos, por el pecho, a medida que las piedras daban en el blanco. La criatura de ocho patas que se encontraba debajo se reía frenéticamente, impasible ante las piedras que rebotaban en su pellejo sin pelo. Entonces cayó la primera mujer. Después el niño pequeño...

—¡No! —La voz de Calvi surgió sin previo aviso, y la impresión atravesó a Karuth como un cuchillo. Se dio la vuelta y vio al joven Alto Margrave que agarraba la capa de Tirand, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

»¡No, no! —farfullaba Calvi—. ¡No puedo, no puedo, no puedo! Deténlo, Tirand... ¡En nombre de los dioses, deténlo, por favor! Sácanos de aquí... ¡si queda misericordia en el mundo, que alguien nos saque de aquí!

Tarod y Ailind intercambiaron una mirada, y Tarod hizo un breve gesto. Pronunció una palabra, de nuevo en aquella lengua extraña, y Karuth tuvo la sensación de que un enorme puño surgía de la piedra bajo sus pies y la lanzaba hacia el cielo. Intentó gritar, pero su voz pareció tener alas y alejarse volando, y se encontró girando y girando, atravesando de nuevo el vórtice que la desintegró y la volvió a juntar, para pasar de nuevo por el ruido y el silencio, el color y la negrura, una voz atronadora que reía...

El gélido viento del norte le azotó el rostro y se encontró sin aliento y temblando en la explanada de hierba del macizo del Castillo.

A su lado se encontraban ocho siluetas, perfiladas contra un mar que resplandecía plateado a la luz de la luna que se ponía. Durante un instante todos permanecieron inmóviles; luego, de pronto, la voz de Calvi rompió el silencio como había hecho unos momentos antes en Hannik.

—¡No puede ser verdad! Decidme, que alguien me diga... ¡que no es verdad!

La Matriarca se acercó para consolar al Alto Margrave, que sollozaba, pero Calvi se apartó de ella. En la penumbra, sus ojos buscaron frenéticamente a Karuth, y corrió hacia ella con los brazos extendidos.

—¡Karuth! ¡Oh, Karuth! ¿Qué vamos a hacer?

La rodeó con sus brazos y se agarró a ella. Karuth estaba horrorizada. No se esperaba algo semejante; no había supuesto que la pérdida de control de Calvi lo empujaría a buscar su abrazo, y entrevió la emoción inconsciente que subyacía a aquel gesto.

—¡Calvi!

Ahora no podía hacer frente a aquello. No quería hacerlo en ningún momento, pero ahora... era una locura, algo patético; era un atrevimiento terrible y una imposición, y la irritó profundamente.

—¡Déjame en paz! —Con toda la fuerza de que fue capaz, lo apartó de sí.

Calvi se quedó mirándola, y su rostro reflejó una confusión que sólo logró que Karuth se mostrara más hostil. Como un animal acorralado, Karuth miró los rostros que la rodeaban, uno por uno, y de pronto tuvo la sensación de que iba a venirse abajo. Lanzó un pequeño gemido, dio la espalda a los demás, se apartó de ellos, y cruzó corriendo la explanada en dirección a las puertas del Castillo.

Strann la alcanzó en el patio. Era un buen corredor, y los otros todavía estaban a cierta distancia cuando cogió a Karuth por el brazo e hizo que ambos se detuvieran peligrosamente sobre las heladas y resbaladizas losas de piedra. La hizo girar para que lo mirara a la cara, pero no dijo nada. Durante unos segundos, Karuth le sostuvo la mirada, intentando interpretar qué veía en sus ojos. Luego se echó a llorar.

—Está bien. Está bien. —Strann la abrazó como lo hubiera hecho con un niño, apretando su rostro contra la chaqueta, rodeándola con los brazos y dándole palmaditas en la espalda.

—Oh, Strann... —la voz de Karuth sonaba apagada por la chaqueta y rota por el llanto—. ¡No puedo verlos ahora!

—No tienes por qué hacerlo. Se han quedado muy atrás, no nos han seguido. Vamos. —Con suavidad deshizo el abrazo y la condujo hacia las puertas principales—. Voy a llevarte a tu habitación, reavivaré el fuego y te iré a buscar una gran botella de vino.

—No quiero vino...

—Sí que quieres. Vamos —dijo, ahora con un tono persuasivo y con una ternura que habría sorprendido a Karuth si la hubiera advertido—. Te cuidaré, Karuth. Yo te cuidaré.

El resto del grupo entró en el patio a tiempo para ver que Strann y Karuth desaparecían por las puertas. Tirand y Shaill se habían hecho cargo de Calvi, ahora silencioso y sumiso tras su arrebato, y cada uno de ellos sacó sus conclusiones. El rostro de Tirand, que ya tenía un aspecto pétreo y decidido porque luchaba para controlar sus emociones, se volvió más desgraciado y sombrío que nunca, y Shaill no se sorprendió. No se le había pasado por alto el precavido pero rápido desarrollo de la relación entre Strann y la hermana del Sumo Iniciado; pero, aunque tenía serias reservas acerca de su conveniencia, no creía que fuera asunto suyo para entrometerse. Además, todos tenían ahora temas mucho más graves de los que ocuparse. Después de aquella noche, pensó desolada, todo lo demás resultaba tan trivial que carecía de sentido.

Sen Briaray Olvit era el último del grupo de humanos, tras la encorvada figura de Gant Faran Trynn. Sabía que Tarod y Ailind caminaban justo detrás de él y deseaba hablar con ellos, pero no estaba seguro de poder decir lo que tenía en la mente sin que se le rompiera la voz, y era lo bastante orgulloso para querer mantener la compostura. Pero por fin, cuando empezaban a subir los escalones, se paró y se dio la vuelta.

—Mis señores..., quisiera haceros una pregunta.

—Hazla. —Tarod le sonrió, aunque no abiertamente.

Sen asintió.

—Me gusta creer que hablo sin prejuicios. Creo, mi señor Tarod, que es por eso por lo que me elegisteis para formar parte de vuestro grupo, aunque sabéis que siento fidelidad por el Orden.

Tarod sonrió otra vez, pero no dijo nada.

—Es sólo que... —Sen vaciló, luego, de pronto, las palabras surgieron como un torrente, y con ellas la amargura, la rabia y la sensación de insoportable impotencia que habían ido creciendo en su interior como un cáncer desde que habían regresado a través del Laberinto—. Mis señores, ¿qué es lo que impulsa a esa mujer monstruosa? Nos decís que es medio humana, pero no es posible que haya un alma humana que haya caído tan bajo como ella esta noche, ¿no es cierto?

Los dos dioses se miraron. Ninguno necesitaba una intuición especial para saber lo que el otro pensaba, y Tarod era consciente de que Ailind habría podido, si hubiera querido, hacerle reproches aludiendo a la ascendencia caótica de Ygorla. Pero la tregua entre ambos seguía en pie, y Ailind enfocó sus peculiares ojos leonados mirando al otro lado del patio vacío.

—Me apena decirlo, adepto Sen, pero has tocado el quid de todo este terrible asunto —repuso con seriedad—. Es precisamente la humanidad de la usurpadora lo que le proporciona la capacidad para semejantes atrocidades. —Su mirada se posó un instante en el rostro de Tarod—. Mi contrario del Caos sabe perfectamente que, sean cuales sean nuestras diferencias, su esencia y la mía son puras, y no están manchadas por la corrupción que aflige a los mortales. Me temo que debes buscar en tu propio linaje si quieres comprender qué motiva a una criatura como Ygorla.

Sen parecía destrozado, y Tarod se apiadó de él.

—No te desanimes tanto ante el duro juicio de mi primo, Sen. Te diré que nosotros, los del Caos, y los señores del Orden también, aunque no quieran reconocerlo, tenemos la capacidad de hacer cosas mucho peores que las que Ygorla pueda ni siquiera soñar, y el hecho de que no nos veamos entorpecidos por ambiciones tan sucias y pequeñas como las que ella alberga debería hacer que esta afirmación resultara tanto más aterradora para los de tu raza. Pero, como dice Ailind, somos la personificación inalterada del Caos y del Orden, y eso significa inalterada por la codicia y la vanidad humanas. En tu presente estado de ánimo, tal vez no te resulte de demasiado consuelo, pero espero que, cuando hayas tenido algo de tiempo para reflexionar, puedas sacar fuerzas del hecho de que odiamos tanto a la usurpadora como vosotros.

Sen se quedó mirándolos. No podía hablar, no sabía qué decir. Pero lo habían impresionado.

—Sí... —consiguió decir por fin—. Sí, mis señores, yo... creo que comienzo a comprenderos. —Tragó saliva; luego hizo una ceremoniosa reverencia ante cada uno de ellos—. Os doy las gracias por vuestra franqueza. Y, aunque el sentimiento difícilmente resulta apropiado en las presentes circunstancias, os deseo una buena noche.

—Lo siento. —Karuth vació de un trago su copa y sonrió insegura a Strann, quien se encontraba junto a la alfombra de la chimenea con la botella en la mano—. Me he comportado de forma abominable esta noche y debería haber tenido más autodominio. ¿Me perdonarás?

Strann sonrió.

—Bebe un poco más de vino.

—No. —Tapó la copa con la mano cuando él hizo ademán de volverla a llenar—. No, no quiero emborracharme. En los últimos tiempos he hecho eso

Librodot

con demasiada frecuencia. Es un signo de debilidad.

—¿Te da miedo ser débil?

Ella lo pensó.

—No. Para ser franca, no creo que lo sea. Pero esta noche parece... No lo sé; siento que sería un insulto a... a ellos... —Su voz se rompió y se llevó los nudillos a la boca.

Strann dejó la botella y se arrodilló junto a ella. La luz de las llamas le iluminaba cálidamente el rostro, suavizando sus rasgos. Los gases atrapados en uno de los troncos recién echados al fuego silbaron de pronto y lanzaron un hogareño chasquido.

—No tengas miedo a derramar lágrimas por ellos —dijo en voz baja—. Tiene que llegar el momento en que dejes la máscara, Karuth. No puedes ser una torre de fuerza constante ante el mundo.

Karuth sonrió; fue una mueca rápida y dolorosa.

—¿Tan transparente resulto?

—No para el mundo, pero sí para mí.

—No sigas. —Con una mano cogió la suya, intentando hacerlo callar. Pero él no quería callar.

—¿Que no diga la verdad? ¿Por qué no habría de hacerlo? Especialmente a ti.

—Strann... —comenzó, pero no consiguió pronunciar las palabras que quería decir. A pesar de sus protestas, él ya la había convencido para que se tomara tres copas de vino, y, aunque desde luego no estaba bebida, sí que estaba achispada, y los duros y terribles perfiles del recuerdo y la emoción se habían suavizado. Intentó retirar la mano, pero él se la cogió y no la soltó.

—No voy a dejarte esta noche, Karuth. Dormiré en el suelo, a los pies de tu cama, como haría un juglar con su amo, o un perro con su dueña, para protegerte de los malos sueños que acechan en tu mente.

Karuth alzó la vista rápidamente.

—¿Amos y dueñas? ¿Tan baja opinión tienes de ti mismo?

—Sí —repuso él con una débil sonrisa.

—Pues no deberías. No deberías. Eres... —No surgían las palabras. Sacudió la cabeza, impotente—. Eres Strann, y creo que eso ya es motivo suficiente para estar orgulloso. Creo que...

—¿Crees qué?

Lo sabía, pero no se sentía capaz de decirlo. No era que la costumbre hubiera desaparecido en los últimos años; nunca lo había sabido porque nunca antes había sido realmente cierto. Y ahora que sí lo era, no encontraba el valor de prestarle fe, expresándolo con palabras.

Creo que te quiero. Una locura, una insensatez. ¿Qué era el amor? ¿Qué significaba? No esto, pensó, confundida. Desde luego, no la seguridad de que aquel tonto, aquel frivolo, caprichoso y nada fiable juglar —su palabra, juglar—, de que aquel bardo, aquel genio, aquel hombre especial y particular, era el único hombre de todos los que había conocido al que realmente amaba. ¿O sí?

De nuevo se llevó la mano a la boca y se echó a reír. Casi, pensó, casi parecía la de siempre.

—Strann, tonto —dijo—. Quédate conmigo. Por favor, quédate conmigo. Y, si dices una palabra más sobre... sobre dormir en el suelo, sobre ser mi perro..., yo te... —le sobrevino otro ataque de risa, y lo reprimió—. ¡Nunca,

nunca te dejaré tocar mi manzón mientras estés entre estas paredes!

No quería dar más explicaciones. Y, cuando Strann alargó el brazo para cogerle la copa de vino y sus manos, ligeras y amables, pero las más sensuales que Karuth había visto jamás, tocaron primero sus hombros, luego sus brazos, luego sus pechos, y sus dedos se cerraron de una forma que provocó una ola de completa y desbordante alegría en ella, Karuth supo que ya no hacía falta decir nada más. Volvió su cara hacia la de Strann, acercó sus labios a los de él y le devolvió el beso con una pasión que jamás supo que podía poseer. Por ahora, sólo por el momento, los horrores de Hannik y la monstruosa amenaza de Ygorla se deslizaron a un abismo y desaparecieron, perdidos, olvidados. Aquello era el presente, aquello era real. Strann era real. Y algo estaba ocurriendo entre ambos que podría curar las heridas y despejar las dudas, y darles a ambos, aunque sólo fuera durante unas breves horas, algo parecido a la plenitud y la paz.

Hubo un momento, un diminuto interludio en aquella dulzura, en que recordó lo que él era y lo que ella era, y el pragmatismo que había gobernado sus vidas durante tanto tiempo.

—No soy una virgen, Strann —dijo—. Ni soy una de esas chicas bonitas de Shu, Wishet o Chaun Meridional que aceptan la vida y el amor tal y como les viene…

—No. —Strann le besó los párpados, y sus dedos le acariciaron suavemente la boca, lo que a Karuth le dio ganas de reír sin saber por qué—. Eres Karuth. Mi Karuth. Siempre, amor. Siempre…

Librodot

CAPITULO 8

La historia con que volvieron los siete humanos al Castillo bastó para silenciar a las facciones en conflicto. Una hora después de que el frío y húmedo amanecer hubiera alcanzado la Península de la Estrella, el Sumo Iniciado convocó una reunión de todos los habitantes, adeptos, legos y criados por igual, y en el enorme espacio del comedor, lleno a rebosar, se contó la horrible experiencia de los siete en Hannik. Tirand, que no había dormido desde su regreso, había sobrepasado el punto de agotamiento para llegar a un estado de energía febril, casi hipnótica. No duraría, pero, mientras lo hiciera, buscaba desesperadamente que no hubiera nadie a quien le quedaran dudas de la enormidad y la inminencia de la amenaza de Ygorla. Las peleas, las revanchas, las animosidades, dijo con una amarga pasión que asombró a sus oyentes, eran una burda broma cuando se las comparaba con la realidad de lo que debían afrontar, y cualquiera que tuviera la arrogancia de creer que sus asuntos personales tenían algún sentido en aquellos momentos no merecía un destino más amable que el sufrido por el Margrave de Han.

—Siete de nosotros hemos visto con nuestros propios ojos la locura que la usurpadora ha desatado en el mundo —concluyó, mientras recorría la asamblea con sus ojos, obsesionados y ojerosos—. Os suplico a todos, a todos vosotros, que toméis nota de la lección que hemos aprendido, porque si las cosas siguen como están, si continúan las peleas y la desunión, entonces no pasará mucho tiempo antes de que este Castillo caiga, como cayó anoche Hannik. Y, si eso ocurre, no os harán falta historias contadas de segunda mano para que os deis cuenta de los horrores que se padecen bajo el yugo de Ygorla.

Las palabras de Tirand, respaldadas por breves pero tremendamente efectivos discursos de Shaill, Sen y Calvi, tuvieron un inmediato efecto calmante. Cuando los habitantes del Castillo salieron de la sala, Tarod y Ailind los observaron; leyeron sus rostros y el estado de ánimo de sus mentes, y comprobaron psíquicamente la nueva atmósfera. La tensión seguía siendo la emoción predominante, pero la naturaleza de dicha tensión había cambiado. Ya se estaban olvidando las peleas y se suavizaban los rencores al irse desvaneciendo las preocupaciones personales ante aquella nueva e impresionante conciencia del enemigo común del Castillo. Tarod sabía que hacía falta tiempo para que el impacto pleno de la revelación calara en las gentes, y que el cambio de actitud no se conseguiría del todo sin contratiempos. Pero creía —no, se corrigió, sabiendo lo que sabía de la naturaleza humana, esperaba— que en dos días, cuando según sus cálculos Ygorla y su séquito llegaran a la Península de la Estrella, el Castillo estaría unido y por lo tanto preparado.

Su mirada se cruzó con la de Ailind, al otro lado de la estancia, durante un momento. La breve alianza entre los dos ya era cosa del pasado. Surgida de la necesidad, había cumplido su cometido y ahora era redundante, y las relaciones entre ambos señores habían vuelto al estado acostumbrado de distanciamiento y desconfianza cargada de desprecio. Por un momento, Tarod estuvo a punto de lamentarlo, porque no cabía duda de que las

Librodot

fuerzas combinadas del Caos y el Orden resultaban formidables, y que, mientras se mantenían en un estado de pugna constante, se malgastaba una enorme cantidad de energía potencial. Eso resultaba doblemente irónico cuando pensaba en la naturaleza del problema que los había obligado a cooperar, pero el pequeño impulso de compañerismo hacia Ailind no duró. Ailind, se recordó Tarod, estaba sujeto a la voluntad de su gran hermano Aeoris, y el objetivo de Aeoris era acabar con las restricciones que le habían sido impuestas con el Equilibrio y recuperar su antigua supremacía sobre el Caos.

Eso llevó a Tarod a especular acerca de cuál sería el siguiente movimiento de Ailind. No se hacía ilusiones en el sentido de que los acontecimientos de la noche anterior hubieran hecho vacilar la lealtad de Tirand Lin para con sus señores del Orden, y el Sumo Iniciado probablemente sería un conspirador dispuesto, si no totalmente informado, en el intento del Orden de arrancar la gema del Caos a Ygorla y utilizarla para sus propios fines. Habría que vigilar a Tirand, pensó Tarod. Era una lástima que él y Karuth siguieran sin apenas dirigirse la palabra, porque la influencia de ella sobre su hermano podría haber resultado útil. Pero existían otros medios y otros caminos. Y una idea en particular, que se le había ocurrido anoche, al ver entrar juntos en el Castillo a Strann y Karuth, podría resultar muy valiosa…

Aunque los acontecimientos de las últimas horas habían acabado con la amenaza de guerra abierta entre los habitantes del Castillo, no podían borrar las profundas divisiones esenciales que existían entre los seguidores del Caos y del Orden. A medida que avanzaba el día, resultó claro que, aunque se habían dejado de lado las diferencias ante el enemigo común, existía poco acuerdo entre los dos bandos en la cuestión de cómo debían combatir la amenaza que Ygorla representaba. Y, en cuanto a los siete que habían acompañado a los dioses en su viaje a la provincia de Han, existían otras dificultades, más personales, con las que tenían que cargar.

El más afectado de todos ellos era Calvi. Cuando todavía le faltaban varios meses para cumplir los 23 años, era, como le dijo la Matriarca a Tirand en privado, demasiado joven e inexperto para el papel que se le había impuesto desde el asesinato de su hermano. Calvi tenía un alma sensible, se emocionaba y se ofendía con facilidad, y, si bien tenía un carácter alegre innato, eso no bastaba para sobreponerse al efecto que en su espíritu había causado cuanto había ocurrido. Shaill decidió que no sería discreto añadir que las penas de Calvi se habían visto empeoradas por el pequeño incidente con Karuth al regresar por el Laberinto. Sabía muy bien que Calvi estaba enamorado de Karuth, que lo había estado desde hacía años. Dudaba que él hubiera llegado a considerar la posibilidad de que pudieran convertirse en amantes, porque no era ese tipo de devoción, pero llevaba largo tiempo albergando un sentido de la posesión hacia ella que iba más allá de la simple amistad. La fidelidad de Karuth al Caos —y en especial a Tarod, por quien Calvi parecía sentir un intenso odio sin razón aparente— ya había expulsado al joven Alto Margrave de lo que a él le parecía su lugar de preferencia en el círculo de Karuth; ahora se enfrentaba con otro rival, mucho más importante en su afecto, en la persona de Strann. Y Calvi era celoso.

Shaill sospechaba que Tirand también era consciente del sentimiento fuera de lugar de Calvi, pero tuvo buen cuidado de no tocar el tema. El

Librodot

Sumo Iniciado no hacía nada por ocultar su desprecio por Strann, y el cariño que por él sentía su hermana lo irritaba claramente. Pero no podía hacer nada. Habiéndola repudiado, tanto como hermano como Sumo Iniciado, ahora no podía abrigar la esperanza de influir en ella, y no era tan estúpido como para intentarlo.

Karuth sabía que era el centro de atención de muchos escrutinios y especulaciones, pero por el momento se negó a pensar en ello. El súbito cambio en su relación con Strann la había dejado sin aliento, confusa, incluso un tanto traumatizada, y necesitaba una oportunidad para asimilar sus sentimientos y también para ganar confianza en los de Strann. Él le había dicho que la amaba, y ella le creía. Pero aun ahora, aun después de la alegría de la primera noche juntos, aun después de que él se mudara de su habitación a los aposentos de ella y que vivieran como pareja, seguía sintiéndose insegura de él e insegura de sí misma. No podía evitar preguntarse si no eran ambos demasiado mundanos, y el esquema de sus vidas particulares demasiado fijo, para que durara aquella felicidad recién descubierta. Pero, fuera cual fuese la verdad, fuera lo que fuese lo que les reservara el futuro, quería aferrarse a aquello, y conservarlo, mientras pudiera.

Aquella noche, Ailind convocó al triunvirato en sus aposentos. Ya era hora, dijo, de hacer los preparativos finales para el recibimiento que el Círculo daría a la usurpadora, y tenía ciertas instrucciones que quería que los tres líderes comunicaran a sus subordinados.

A Tirand no acababa de gustarle la insistencia del señor del Orden en que, aparentemente, se recibiera a Ygorla en el Castillo con los brazos abiertos, y lo que había visto en Hannik no había hecho sino acrecentar sus dudas. Temía que la supuesta trampa, de cuya naturaleza Ailind no había dicho nada todavía, pudiera volverse con demasiada facilidad en su contra y que la situación se tornara ventajosa para Ygorla. Si eso llegara a ocurrir, entonces el Círculo habría entregado el último bastión contra su poder sin ni siquiera una muestra de resistencia. El Sumo Iniciado no era el único en pensar así; muchos adeptos superiores, incluido Sen, compartían sus temores, y hasta Calvi había expuesto su opinión de que el plan suponía un riesgo demasiado grande. Pero a Ailind no le importaban sus opiniones. Había dado unas instrucciones, dijo, y esperaba que se obedecieran. ¿Tenía el Círculo fe en sus dioses o no la tenía?

Tirand se alarmó ante la ominosa pregunta y se apresuró a garantizar a Ailind que su propia fe no había vacilado ni vacilaría jamás. Como Sumo Iniciado, su palabra seguía siendo ley, y se encargaría de que las instrucciones del dios fueran seguidas al pie de la letra. Ahora, sentado incómodamente en el borde de una silla sin almohadillado, en la habitación de Ailind, junto a Shaill y Calvi, escuchó mientras el señor del Orden exponía el curso de la acción que debía seguirse.

Ygorla, tal y como había dicho Tarod, y como el escrutinio de Ailind había confirmado, llegaría a la Península de la Estrella dentro de dos días. Cuando llegara, les dijo Ailind, quería que los tres miembros del triunvirato le dieran la bienvenida con todo el boato que correspondía al título que ella misma se otorgaba; en otras palabras, como si fuera verdaderamente la Alta Margravina.

Al oír aquello, Calvi volvió la cabeza bruscamente y soltó por lo bajo una

blasfemia. Los dorados ojos de Ailind lo miraron con fijeza.

—¿Tienes algo que decir, Calvi?

Encorvado en su silla, con los codos descansando sobre las rodillas, Calvi parecía acosado, triste y enfadado.

—Ella asesinó a mi hermano, quien era el verdadero Alto Margrave, y usurpó su puesto en el trono de la Isla de Verano, ¿y ahora decís que debo doblar mi rodilla ante ella como si fuera su verdadera heredera? —Su voz era grave y dura.

—Sí, eso es lo que digo.

Calvi sacudió la cabeza.

—No lo haré, mi señor. ¡No puedo!

Ailind lo miró ceñudo.

—Entonces, ¿además de débil eres estúpido? —Calvi alzó la cabeza, pero, antes de que pudiera protestar, el dios prosiguió—: ¡No tengo tiempo para los idiotas, Calvi Alacar, ni para los chiquillos arrogantes que se atreven a cuestionar la sabiduría de quienes son mejores que ellos! ¡Estás aquí porque las circunstancias te han colocado en un puesto de responsabilidad, pero esas circunstancias me gustan tan poco como a ti! Ya has demostrado ser una carga más que una ayuda. ¡No pongas más a prueba mi paciencia creyendo ni por un instante que tu rango, totalmente teórico, te concede una autoridad que no estás preparado para ejercer!

Shaill se quedó con la boca abierta ante la completa injusticia de aquella afirmación, y Tirand se mostró visiblemente afectado. Calvi miró al señor del Orden durante unos segundos, el rostro helado. Luego, con un movimiento convulso que hizo resbalar su silla sobre el suelo sin alfombrar, se levantó. Sus mejillas estaban rojas como si la piel se hubiera quemado, pero no dijo nada. Las palabras le fallaron, e, incluso si hubiera sido capaz de expresar sus sentimientos, no se habría atrevido a hacerlo delante de Ailind. Sólo en sus ojos se atisbaba algo de su furia y su humillación; se volvió, caminó a ciegas, con paso inseguro, hacia la puerta y salió de la habitación. Shaill se puso en pie, con intención de ir tras él, pero Ailind intervino secamente.

—Siéntate, Matriarca.

Ella se volvió, con expresión de enfado y asombro.

—Mi señor…

—Señora, siéntate. No conseguirás nada para el chico ni para ti si corres tras él para secarle las lágrimas, y nuestro objetivo se conseguirá más rápidamente y sin dilación sin él que nos estorbe.

La Matriarca lanzó una mirada suplicante a Tirand, pero éste se negó a mirarla a la cara. Con algo más de amabilidad, Ailind añadió:

—Calvi tiene que aprender muchas lecciones y una de ellas es la lección de sus propias limitaciones. No podemos permitirnos un eslabón débil en nuestra cadena, Matriarca. —Sus miradas se encontraron, y el dios sonrió tenuemente—. Mímalo después si tu conciencia así te lo pide, pero por el momento tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos.

Shaill no pudo discutir; no habría sabido por dónde empezar. Volvió a sentarse lentamente y Ailind, que la observaba, sintió cierta satisfacción. No cabía duda de que, terminada aquella reunión, Shaill iría a buscar a Calvi, y sin duda las observaciones que acababa de hacer llegarían a oídos del joven. Eso estaba bien. Parecía que las semillas que había sembrado comenzaban a

Librodot

germinar y a echar raíces...

Calvi no se detuvo hasta que alcanzó el ala norte. Entonces, en un pasillo desierto, iluminado únicamente por dos antorchas, que goteaban en sus soportes debido a una ráfaga de aire perdida, aminoró el paso y se detuvo, se volvió de cara a la pared y apretó el rostro contra la fría piedra. Tenía el pulso desbocado y la rabia era hiel amarga y ardiente que le llenaba el pecho.

¿Por qué lo había tratado el señor Ailind de aquella manera? No era la primera vez que probaba el afilado aguijón de la lengua del dios —de hecho, recordaba ahora que la paciencia de Ailind había ido disminuyendo en los últimos días— pero Calvi nunca hubiera imaginado, nunca, que llegara a aquel extremo.

¿Qué había hecho para merecer tan tremendo desprecio? El resentimiento prendió como si fuera fósforo cuando Calvi dio respuesta a su pregunta. No había hecho nada. Había sido un leal servidor del Orden, había apoyado a Tirand y a Shaill; y, si su fuerza era menor, si le faltaba experiencia, dioses, ¿no había hecho todo lo posible? ¿Qué más podían pedirle sino todo lo que pudiera dar?

¿O era eso?, se preguntó furioso. ¿No era más que un crío a los ojos de Ailind, y por lo tanto inútil, sin valor, alguien de quien era mejor deshacerse? Pero, si era así, ¿por qué toda la charada de contar con él al principio? ¿Por qué no se había limitado el dios, que todo lo sabía y al que nada escapaba, a darle unas palmaditas en la cabeza, darle unos juguetes para distraerse, y enviarlo al parvulario para que se sentara junto a los otros niños?

La reacción, combinada con la furia, lo hizo temblar y sentirse físicamente enfermo. Consciente de que con semejante comportamiento no hacía más que alimentar el fuego que Ailind había iniciado, se apartó de la pared, dio un tirón tremendo a su arrugada túnica de lana y se retiró los cabellos de los ojos.

Y vio los gatos.

Estaban sentados a menos de tres pasos, y lo miraban con aquella intensidad inquietante que sus extraños ojos podían expresar de manera tan única. Eran dos, uno gris y el otro negro azabache con las patas blancas.

Calvi se sintió desconcertado, porque siempre había encontrado que los gatos del Castillo se mostraban indiferentes ante él, y, aparte de algún gesto de afecto ocasional, no solía hacerles caso. Pero ahora no cabía duda de que era él, y sólo él, el objeto de su acusado interés. No poseía los talentos extrasensoriales necesarios para comunicarse con ellos, aunque fuera de manera tosca, como podía hacer cierta gente, pero casi podía creer que aquellos dos le tenían simpatía e intentaban hacérselo saber.

Calvi sorbió por las narices, se limpió las mejillas con el dorso de una mano y se agachó.

—Gatitos, gatitos... —dijo en tono engatusador, a la vez que extendía una mano—. Venid. Venid y hablad conmigo. Los dioses saben que me iría bien tener un amigo en este momento.

El gato negro parpadeó, mientras que el gris sacudió la cabeza como si algo lo hubiera irritado. Entonces, bruscamente, ambos giraron las cabezas como si algo nuevo hubiera captado su atención. Calvi alzó la vista y vio que alguien se acercaba. Por un instante no reconoció al recién llegado, pero

después el cabello largo y rubio, el rostro anguloso, con la nariz prominente, y el hecho de que llevara la manzón de Karuth, todo eso se le hizo evidente a la vez.

Calvi se enderezó, sintiendo que en su interior algo se endurecía como la piedra. Strann se detuvo.

—Alto Margrave... —Parecía desconcertado. Calvi decidió no hacer caso del hecho de que también parecía preocupado—. ¿Estáis bien?

—Yo... —La voz se le truncó y Calvi se maldijo en silencio. Se recobró y dijo con frialdad—: Sí, gracias. ¿Por qué no habría de estarlo?

Una ligera arruga apareció en el rostro de Strann, pero no discutió. Asintió, hizo una pequeña reverencia y tomó un pasillo lateral que llevaba a la escalera principal. Cuando desapareció, los dos gatos se pusieron en pie y se marcharon en silencio tras él. Calvi los siguió con la vista durante unos instantes. Luego, en voz muy baja, dijo algo duro y furioso, que no sirvió para aliviar las emociones que se agitaban en su interior, y echó a andar en dirección contraria.

Cuando salió el sol el día de la esperada llegada de Ygorla, el Castillo estaba listo para recibirla.

Las instrucciones de Ailind se habían cumplido hasta el mínimo detalle. Se habían sacado de los almacenes tapices y estandartes ceremoniales, algunos de los cuales llevaban siglos sin usarse, para decorar la gran sala de la entrada, y se colocaron más en las ventanas del piso superior, engalanando el patio. Se preparó una *suite* de habitaciones para la usurpadora y se las dotó con lo mejor de todo, y en el gran comedor se hicieron preparativos para un baile de celebración como bienvenida a la huésped del Castillo.

Hubo bastante indignación cuando se anunció aquel último designio. Incluso Shaill, con quien se podía contar normalmente para que apoyara a Tirand en público, aunque tuviera sus dudas, se manifestó clamorosamente contra la idea.

—¡Es el insulto supremo! —había dicho—. Ya nos costará bastante aparentar buena disposición, pero que se espere que lo celebremos de esta manera, con bailes, música y frivolidades... ¡eso raya en lo obsceno!

Otras voces se unieron a su protesta, pero al final Tirand —o, para ser más exactos, Ailind— se salió con la suya y comenzaron los preparativos. Se preparó comida procedente de los almacenes del Castillo, medio vacíos por el bloqueo, el comedor se llenó de más estandartes y en la larga galería que recorría la estancia a lo ancho, por encima de la enorme chimenea, se retiraron juiciosamente los retratos de antiguos Sumos Iniciados, Altos Margraves y Matriarcas. Muchos se resintieron ante este gesto en particular, pero de nuevo Ailind se mostró inflexible. Se debía dar la impresión a Ygorla, había dicho, de que el Círculo estaba dispuesto a capitular. La presencia de los retratos hubiera sido demasiado desafiante; debían quitarse.

Tirand supervisó personalmente su retirada y experimentó un ligero escalofrío cuando vio los retratos de su padre, Chiro, y del predecesor de Chiro, Keridil Toln, antes de que fueran envueltos reverentemente en telas engrasadas y sacados del lugar. No pudo dejar de preguntarse qué hubiera dicho Keridil, de haber vivido para presenciar lo que ocurría en su antiguo dominio. Era un alivio saber que había apoyado la causa del Orden con la

Librodot

misma diligencia con que lo estaba haciendo Tirand, pero en algún lugar oculto en la mente de Tirand se agitaba todavía una sombra de duda. Cuando había muerto Keridil, él tenía sólo nueve años, pero recordaba bien al viejo Sumo Iniciado; una personalidad y una influencia tan fuertes no podían dejar de tener su huella en la mente de un niño. Y abrigaba la sensación de que Keridil no habría estado nada satisfecho con la constante negativa de Ailind a explicar todos los detalles de su estrategia.

Lo cierto es que el mismo Tirand estaba lejos de sentirse satisfecho con la reserva del señor del Orden, y doblemente puesto que era consciente de que la insatisfacción crecía entre los adeptos y que incluso alcanzaba a miembros del Consejo. Todavía no habían llegado al punto de la oposición directa, y dudaba que llegaran a eso, al menos no los que eran fieles al Orden. Pero, así como no se les ocurriría ni en sueños cuestionar la sabiduría de su dios, no tendrían la misma actitud hacia el Sumo Iniciado. Su posición corría peligro de convertirse en precaria, y, mientras que Keridil Toln sin duda habría sabido cómo hacer frente a semejante situación, Tirand no lo sabía.

Había un factor, sin embargo, que estaba claro en su mente. Sin importar lo que significara, sin importar qué sacrificios personales pudiera verse obligado a hacer en términos de su posición entre los adeptos, ahora no podía echarse atrás. Había jurado lealtad al Orden, y mantendría ese juramento. Cualquier otra cosa le resultaba impensable. Confiaba en Ailind, tenía la certeza de que su confianza era justificada, y era su deber transmitir eso a sus compañeros de todas las maneras de que fuera capaz.

Ya se habían envuelto las últimas pinturas, y una hilera de criados, estudiantes y jóvenes adeptos se llevaron las últimas cargas camino de los almacenes. Tirand los siguió con la vista durante unos instantes. Luego, lanzando una breve mirada por encima de la balaustrada a los preparativos que se llevaban a cabo de manera eficiente y en silencio en la estancia, abandonó la galería.

El gato gris salió al paso de Karuth y Strann cuando abandonaban el comedor después de desayunar. Corrió hacia Karuth, apretó su dura cabecita contra sus piernas a través de la falda, y luego, con un maullido, centró su atención en Strann y se abrió paso entre sus pies ronroneando ruidosamente.

Strann miró rápidamente a Karuth.

—Quiere que lo sigamos.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Sientes su mente?

—No. No es eso. Lo sé, eso es todo. —Vaciló apenas un instante y enseguida añadió—: Creo que nuestro señor Tarod desea vernos. Y no quiere que nadie más lo sepa.

El gato soltó un peculiar maullido, que con un poco de imaginación podría haber sido interpretado como un enfático acuerdo. Luego trotó unos pasos alejándose de ellos y se sentó mirando hacia la escalera principal. Miró fugazmente al piso superior, estiró una pata trasera y comenzó a lamérsela y asearla con toda atención.

La sospecha cedió paso a la certeza en la mente de Strann.

—Nuestra habitación —dijo y, cogiendo a Karuth de la mano, la guió

Librodot

hacia la escalera.

Ella sonrió al advertir el uso de la palabra «nuestra» y lo siguió.

Al entrar en los aposentos de Karuth, encontraron a Tarod sentado en la cama deshecha. Ambos hicieron una reverencia y Karuth comenzó a disculparse por el estado de desorden de la habitación, pero él desestimó sus disculpas con un gesto y una sonrisa.

—Karuth, ¿tengo que repetirte que no soy Ailind? Sentaos los dos. —Eso hicieron, y él prosiguió—: Es importante que nadie más se entere de esta reunión, porque tengo que pediros algo que por su naturaleza sólo nosotros tres debemos conocer. Como ya sabéis, la usurpadora llegará a la Península de la Estrella hoy, en algún momento antes del anochecer. Cuando llegue, tengo trabajo para ambos... y es una tarea que no os resultará fácil.

—Decidlo, mi señor —repuso Karuth—. Tengo la sensación de haber hecho muy poca cosa en los últimos días; si puedo ser útil ahora...

Los ojos de color esmeralda se fijaron en ella con una súbita intensidad que la hizo callar.

—No te precipites, Karuth. Todavía no has escuchado qué quiero de ti. En cuanto a Strann... —Se volvió hacia el bardo—. Strann, esto no te va a gustar; pero, si estás dispuesto a hacerlo, será un gran servicio al Caos. Quiero que, cuando la usurpadora llegue al Castillo, vuelvas a representar tu antiguo papel de mascota.

El rostro de Strann se quedó muy serio.

—Su mascota...

—Sí. El motivo es claro. Necesito una fuente de información cerca de Ygorla, alguien en quien ella confíe, al menos hasta cierto punto, pero que a la vez sea leal al Caos y que me transmita cualquier información que le llegue y que pueda serme útil. Eres el único mortal que cumple con esas condiciones.

Strann se quedó mirando el suelo.

—Oh, no... —murmuró con una voz ahogada e inquietante—. Oh, no...

Karuth le cogió la mano, pero, antes de que pudiera hablar, Tarod intervino.

—Creo que a estas alturas conoces bastante bien nuestra forma de actuar y que sabes que no te obligaré a hacerlo. Podría —por un instante, sus verdes ojos se volvieron mortíferos—, pero no está en la naturaleza del Caos coaccionar a sus seguidores; eso es algo que queda para Aeoris y sus hermanos. Sin embargo, te recuerdo que, según tus propias palabras, estás en deuda con nosotros. Ahora te pido que pagues esa deuda.

Strann alzó la mirada y se encontró con los fríos ojos del señor del Caos. Y se preguntó como, por todos los mundos de la creación, podía haberse engañado ni por un instante pensando que él, o Karuth, o cualquier otro, podían ser algo más que un peón a los ojos de un ser como Tarod. Había visto la verdad en la Isla de Verano, cuando Yandros había respondido a su inepta pero desesperada invocación, y ahora se lo recordaba otra vez el acero inhumano que veía en los ojos del hermano de Yandros.

Podía negarse, igual que podría haberle dicho que no a Yandros en un principio. Era un hombre libre; podía no hacer caso de la deuda, dar la espalda y decir: «No, no participaré en esto». Pero, si lo hacía, entonces ¿qué? Se ganaría el desprecio de los dioses, aunque eso no debería inquietar a un hombre que no era religioso. El Caos no buscaría venganza. Pero...

Librodot

No se atrevió a mirar a Karuth. Todavía no la conocía lo suficiente para saber qué estaba pensando, pero lo que pensara era importante para él. La amaba. Era un sentimiento extraño e indescriptible, que chocaba tremendamente con todas las despreocupadas costumbres que se habían convertido en sus señas de identidad con el paso de los años, pero era cierto y eso lo tenía atrapado. Quería ser digno de ella. Pero ¿qué valdría más a sus ojos? ¿Hacer lo que Tarod le pedía o negarse a ello por el bien de Karuth?

Volvió a mirar a Tarod. Aquellos ojos verde esmeralda, tan fríos, tan llenos de conocimiento... De manera inconsciente, Strann cerró la mano derecha, y recordó las palabras que le había dicho a Karuth hacía sólo un día o dos. Aunque no le debía nada, el Caos había borrado la crueldad de Ygorla y le había devuelto el sentido de su vida, y sólo por eso ya estaba en deuda con ellos. Por muy estúpido que fuera, por muy tonto que fuera, no podía encogerse de hombros ante tamaña obligación. La forma de hacer justicia del Caos podía ser dura, pero a su manera era justicia. Y eso era muchísimo mejor que las alternativas a las que ahora se enfrentaba.

Se aclaró la garganta. Contrastando con el silencio, el sonido resultó áspero e incongruente. Tarod sonrió tenuemente, y Strann le devolvió la sonrisa, aunque tuvo que hacer un esfuerzo.

—No creo que haga falta que lo diga, mi señor, ¿o sí? Debo de tener una conciencia mucho más desarrollada de lo que jamás pensé... pero sí, haré lo que me pedís. —Hizo una mueca—. O, mejor, lo intentaré. Aunque sólo los dioses saben si tendré éxito.

Tarod se rió con ironía.

—Si los dioses lo supieran, Strann, entonces no tendría por qué pedirte esto. Pero te doy las gracias, como una persona práctica a otra.

De manera tentativa, Strann apretó la mano de Karuth, pero no se produjo ninguna respuesta. Miraba a Tarod y parecía alelada, pero no dijo nada. Al final, cuando Strann ya no pudo resistir más el silencio, dijo:

—Tiene sentido, Karuth. Debes entenderlo. —Karuth siguió sin decir nada, y él añadió—: No correré ningún peligro cierto si ando con mucho ojo, y en eso soy bastante bueno.

Ella sacudió la cabeza violentamente.

—No es eso. Es la idea de... de lo que significará para ti tener que volver a interpretar semejante papel. Después de lo que ella ya te ha hecho... —Su voz se cortó.

Strann se esforzó en sonreír tenuemente.

—Esta vez habrá una gran diferencia. Estaré trabajando activamente en contra suya. Créeme. Eso me proporcionará bastante alivio.

—Pero... —Karuth volvió a sacudir la cabeza. Lo que realmente quería decir era que no podía soportar, de ningún modo, la idea de perder a Strann tan pronto. Habían pasado juntos tan poco tiempo desde el comienzo de su relación, y ahora las circunstancias iban a separarlos una vez más. Pero no podía pronunciar aquellas palabras delante de Tarod. No quería mostrar sin recato sus sentimientos más íntimos delante del señor del Caos. Eran demasiado íntimos.

Pero a Tarod no le hacían falta palabras que le dijeran lo que pensaba, y su expresión se suavizó repentinamente.

—Entiendo tus sentimientos, Karuth —dijo—. Y te compadezco, aunque puede que te resulte difícil creer eso. Recuerda que una vez supe lo que

Librodot

significa ser un humano.

Ella se ruborizó.

—No quería dar a entender...

—Sé que no era tu intención. Pero tenlo en cuenta. Y, aunque la perspectiva no te haga feliz del todo, hay una manera en la que tus dificultades pueden ayudar a nuestra causa.

—No acabo de comprenderos, mi señor.

Tarod alzó sus oscuras cejas.

—Estoy seguro de que no tengo ni que decirte que tu relación con Strann no ha pasado inadvertida en el Castillo. Cuando parezca que él cambia de bando, aquellos que te rodean creerán que te ha abandonado a cambio de los beneficios que obtendrá regresando al servicio de la usurpadora, y que su afecto no era más que un engaño para distraerse hasta la llegada de su verdadera dueña. Creo que despertarás mucha compasión.

Karuth lo miró, entrecerrando los ojos como si sufriera un súbito dolor.

—¿Queréis decir que con la compasión podría llegar también una recuperación del afecto de mi hermano... y también de su confianza?

—Exactamente.

—Entonces ¿también queréis decir que... —vaciló, casi a punto de llorar, pero se recobró con un tremendo esfuerzo— ...que no puedo decirle la verdad a nadie?

La mirada de Tarod era compasiva, pero movió la cabeza.

—No. Ni siquiera puede confiarse en la Matriarca, aunque es una mujer excelente y honorable y sé que ambas sois buenas amigas. Es esencial que nadie más se entere, Karuth; el menor atisbo de engaño podría poner en peligro a Strann.

Tenía razón; sabía que tenía razón y no podía discutir. Pero quedarse tan aislada con su secreto, tan sola... Karuth reprimió las lágrimas que, sin desearlas ni llamarlas, pugnaban por anegarle los ojos; entonces el breve ataque de autocompasión cedió paso al enfado. ¡No tenía ningún derecho a quejarse de su situación! Era Strann quien, con mucho, tendría que afrontar lo peor, Strann era quien debería sacrificar todo el honor, toda la dignidad, toda la estima... y sería la vida de Strann la que estaría en constante peligro. Disgustada consigo misma, volvió a parpadear, rápidamente, y enderezó la espalda.

—Os comprendo, mi señor. —Su voz tenía la rigidez del forzado autocontrol—. Cumpliré con mi papel. Si Strann está dispuesto a hacer lo que le pedís, entonces yo no puedo hacer menos.

Tarod sonrió con suavidad.

—Gracias.

Durante unos segundos reinó el silencio. Luego, Strann se aclaró la garganta.

—Mi señor, según lo que acabáis de decir... —Sus garzos ojos pidieron perdón a Karuth por devolver la discusión a un nivel prosaico en semejante momento—. Si es esencial que todos crean que mi deserción es auténtica, entonces nos enfrentamos a un problema. El señor Ailind sabe la verdad; de hecho, cuando llegué aquí, fue él quien convenció al Sumo Iniciado de que mi historia no era un invento concebido por Ygorla para engañar al Círculo. Cuando parezca que regreso a su lado de buena gana, sabrá que algo va

Librodot

mal.

—Ah, sí... —Tarod no pareció inquietarse—. Entiendo tu punto de vista; pero, para ser sincero, no creo que tengamos que preocuparnos de eso. Aunque Ailind haya leído en tu corazón que tus simpatías esenciales están con nosotros y que no eres un verdadero amigo de la usurpadora, también cree que, por encima de todo, lo que pretendes es conservar la piel al precio que sea. Cuando vea tu aparente cambio de bando, pensará que has llegado a la conclusión de que tienes más probabilidades de conservar la vida bajo la protección de Ygorla que bajo la mía.

Strann no pareció muy convencido.

—¿De veras, mi señor? Si puede leer mi mente...

—No puede, Strann, tenlo por seguro. Como ya sabe Karuth, Ailind no es la divinidad que todo lo sabe, cosa que quiere que crean los mortales, y no puede leer tus pensamientos individuales, de la misma forma que yo tampoco puedo hacerlo, ni podía hacerlo Yandros cuando se encontró contigo en la Isla de Verano. —Sonrió con repentino humor negro—. Si nosotros y nuestros primos del Orden fuéramos capaces de algo más que calibrar las inclinaciones básicas de nuestros seguidores humanos, te aseguro que entonces la vida sería tremendamente aburrida para nosotros, ¡y tremendamente peligrosa para vosotros!

Strann tragó saliva, sin conseguir esbozar una sonrisa, y el señor del Caos prosiguió.

—Como he dicho, Ailind creerá que has decidido unirte al bando que parece tener más probabilidades de ganar esta batalla. El Sumo Iniciado pensará lo mismo, y yo me aseguraré de que se vean alentados en esa creencia. No te harán caso... y no dudo que Ailind encontrará un detalle añadido en mi evidente disgusto ante tu deserción.

—Ya veo —asintió Strann, aliviado—. Entonces será mejor que ponga cuidado en evitar vuestra mirada a partir de ahora, ¿no es cierto, mi señor?

Tarod soltó una risa.

—Más te vale, Strann. —Se puso en pie—. Creo que por el momento no hay nada más que decir. Habrá que planear los detalles de esto, pero tenemos un pequeño respiro. Os dejaré ahora; no me cabe duda de que agradeceréis disfrutar de unas cuantas horas en privado, y ya hablaremos cuando el día esté más avanzado. —Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero se detuvo y los miró. En unos instantes, su estado de ánimo se había ensombrecido, dejando atrás toda ligereza, y, cuando habló, su expresión era seria y un tanto triste—. Lamento que esto sea necesario, y disfruto con ello tan poco como vosotros. Pero puede ser la única esperanza del Caos.

Karuth miró a otro lado, pero Strann sostuvo firmemente la mirada del señor del Caos.

—No estoy en posición de juzgar eso, mi señor Tarod —repuso—. Pero tengo muchas cuentas personales que ajustar con Ygorla. No pretendo ser valiente, ni estar motivado por algo que no sean mis preocupaciones egoístas; pero, si puedo hacer cualquier cosa que ayude a destruirla, ¡entonces, eso será compensación suficiente por todas las humillaciones que me ha infligido!

Librodot

CAPITULO 9

Una hora antes del anochecer, cuando el sol se ponía sobre la espectacular línea costera de la Tierra Alta del Oeste, la señal de alarma que todos habían estado esperando sonó desde la torre del homenaje del Castillo. Las notas metálicas del cuerno, al resonar a través del patio, produjeron un cambio instantáneo en la atmósfera pues acabaron con la elevada tensión de la espera, y el miedo y la alarma dieron paso a una febril actividad. En otras circunstancias, muchos de los habitantes del Castillo podrían haber rezado a los dioses en semejante momento, pero, ahora que los dioses ya estaban entre ellos, no podían contar con semejante consuelo.

Desde su aguilera en lo alto de la torre, Tarod vio emerger la comitiva de Ygorla del desfiladero, en dirección al vertiginoso promontorio. El cielo estaba despejado y el sol arrojaba lanzas de luz de color rojo sangre contra los elevados terraplenes de las montañas, convirtiendo las grandes caras rocosas en murallas de fuego rosado. Los diez monstruos alados con el carruaje negro detrás surgieron lentamente de entre los picos, mientras que a su alrededor, como una oscura tormenta de nieve, revoloteaba una horda de elementales chillones y farfullantes.

La espectacular procesión pasó por la explanada en dirección al estrecho puente de piedra que salvaba el abismo entre el continente y el macizo rocoso del Castillo. Formas resplandecientes se separaron del enjambre de elementales, desplegándose en formación, y como heraldos de Ygorla volaron a toda velocidad hacia el Castillo. Tarod esbozó una débil sonrisa, muy particular, y se apartó de la ventana.

Debían de estar esperándolo en la sala de entrada. A Ailind no le había gustado que su adversario se uniera al comité de bienvenida, pero nada pudo hacer para evitarlo. El señor del Orden había pensado en principio ocultar su presencia a Ygorla, pero Tarod había desechado con desprecio aquella idea. ¿Con qué clase de criatura, preguntó, se creía Ailind que estaba tratando? Ygorla era medio demonio; pensar que no lo detectaría con la misma facilidad con que un perro olfatearía un rastro fresco era tan arrogante como estúpido. Ailind se había visto obligado a ceder, aunque con desgana, y tanto él como Tarod acompañarían al triunvirato cuando saliera a recibir a la usurpadora.

Cuando Tarod se dirigió hacia la puerta y la escalera de caracol que había tras ella, se produjo cierta agitación entre los trastos amontonados en el extremo más alejado de la habitación, y tres pequeñas siluetas se alzaron de donde habían estado durmiendo, en un viejo y destrozado diván. Uno de los gatos maulló e hizo ademán de saltar para seguirlo, pero Tarod alzó un dedo en señal de advertencia.

—No. Quedaos aquí, pequeños. A la usurpadora no le gustáis vosotros ni los de vuestra raza. Será mejor que esperéis.

Los animales volvieron a tumbarse, y Tarod abandonó la habitación. Al cerrarse la puerta tras él, hizo un pequeño gesto con una mano, y el oscuro pozo de escalera pareció invertirse por un instante y se encontró al pie de la torre, con la puerta exterior abierta ante sí. Al salir, los heraldos de Ygorla aparecieron por encima de la gran muralla negra exterior. La luz se

Librodot

desparramó sobre el patio, rivalizando con los últimos rayos del sol poniente, y una melodía dulce y cantarina llenó el aire. Tarod sonrió con cinismo al contemplar el ostentoso despliegue de la usurpadora y se dirigió a las puertas principales.

El mecanismo que movía las grandes puertas del Castillo se puso en funcionamiento con profundos chirridos y ruidos sordos que retumbaron en cada piedra. Cuando las puertas comenzaron a abrirse, una luz carmesí inundó el patio, resaltando las figuras que esperaban más allá de la torre del homenaje, y el cuerno que había anunciado la llegada de Ygorla volvió a sonar para anunciar la salida de sus anfitriones.

Tirand iba vestido con todos los ropajes ceremoniales del Sumo Iniciado, con una diadema dorada en la cabeza y una capa dorada de elevado cuello que le caía desde los hombros a los pies. A su lado caminaba la Matriarca, con el brazo apoyado rígida y formalmente en el del Sumo Iniciado, magníficamente vestida de prístino blanco, oculto su rostro y su expresión tras un velo plateado. A continuación venían Tarod y Ailind, cuyas vestimentas sencillas contrastaban severamente con el esplendor de la pareja; detrás de ellos, en el patio, ocupó su lugar en la escalera una falange de adeptos y hermanas escogidos que formarían una guardia de honor. Calvi, sin embargo, no formaba parte de la comitiva. Tarod se había dado cuenta y tenía sus sospechas acerca del motivo, pero una pregunta casual formulada a la Matriarca había encontrado una respuesta evasiva, y el señor del Caos no se sintió inclinado a ahondar más en el asunto.

Las puertas quedaron abiertas de par en par. Bajo el arco los dos dioses se detuvieron y esperaron, observando a Tirand y a Shaill que salían solemnemente a la explanada del macizo. Cuando la pareja hizo su aparición, el canto de los elementales de Ygorla que revoloteaban subió de tono y de excitación, y, en el mismo momento, la usurpadora y sus seguidores alcanzaron el puente.

La comitiva se detuvo, y por un instante la escena completa quedó congelada como capturada en un instante único y atemporal. Entonces la pequeña y solitaria figura en el carruaje flotante se volvió y alzó un blanco brazo en un gesto imperioso.

Su séquito, desde las cosas deformes que se agitaban alrededor del carruaje a los cantarines voladores que flotaban sobre los muros del Castillo, desapareció. La Matriarca dio un violento respingo, que hizo que Tirand la cogiera y la sujetara, e, incluso desde la distancia que los separaba, el grupo del Castillo escuchó la brillante y quebradiza risa de Ygorla. Lo que quedaba de la procesión volvió a ponerse en movimiento. El carruaje negro avanzó por el puente y tras él, balanceándose de forma precaria por el angosto paso, siguieron dos carretas tapadas con cortinas que habían acompañado a la usurpadora en su horrible avance a través de Hannik.

Cruzaron el puente y el carruaje se detuvo. Los dos grupos estaban separados por menos de treinta metros, y Tirand y la Matriarca comenzaron a avanzar por el césped. Los diez monstruos alados se posaron en el suelo, se agacharon y doblaron sus alas como si fueran gigantescos murciélagos, y el carruaje flotó durante unos instantes antes de posarse con suavidad sobre la hierba.

Desde la torre de homenaje del Castillo llegó de nuevo el sonido de los cuernos tocando una fanfarria. Siguiendo lo acordado de antemano, Tirand

soltó el brazo de la Matriarca y se dirigió solo hacia el carruaje. Los horrores posados en el suelo le sonrieron, mostrándole largas hileras de dientes amarillos; Tirand se esforzó cuanto pudo en no hacerles caso, se detuvo y realizó una reverencia ceremonial.

—Señora. —Había aprendido el arte de la proyección, y su voz llegó clara y con autoridad mientras pronunciaba las palabras que Ailind le había enseñado con todo cuidado—. Nos concedéis un honor inexpresable al condescender a honrarnos con vuestra presencia aquí. Como Sumo Iniciado del Círculo es para mí un deber y un placer daros la bienvenida a la Península de la Estrella y poner a vuestros pies toda la hospitalidad que somos capaces de ofrecer.

Contemplando la solitaria figura de Tirand desde su carruaje, Ygorla sintió un escalofrío de vertiginosa excitación. Aquél era el momento para el cual su viaje y todos sus triunfos no habían sido más que un mero e irrelevante ensayo. Allí estaba el Sumo Iniciado en persona, humillándose ante ella al tiempo que le abría las puertas de su fortaleza. Y detras de él, sin atreverse a acercarse más, estaba la Matriarca de la Hermandad, con todas las insignias ceremoniales que Ygorla recordaba tan bien de su propia infancia en Chaun Meridional. Y el Castillo, decorado como para una gran fiesta y todo en su honor. *Sí,* —pensó—, *oh, sí. Mi rata mascota ha hecho bien su trabajo. Si lo han dejado permanecer con vida, será recompensado por esto...*

Pero ¿dónde estaba el tercer miembro del triunvirato? Sabía que el hermano de Blis Hanmen Alacar estaba en el Castillo y que sin duda seguía gimiendo por la pérdida de su familia. Era muy probable que no hubiera tenido el valor para mostrarse ante ella y eso, también, le agradaba.

Tirand esperaba a que respondiera a su bienvenida. Ella aguardó unos instantes más, lo justo, pensó, para que él se sintiera incómodo e inquieto. Entonces, con un grácil movimiento se puso en pie y apartó su capa de pieles con un gesto dramático.

—¡Mi querido Sumo Iniciado! —Habló como si se dirigiera a un amigo muy querido pero de inferior condición, y en el más dulce de los tonos—. Me siento abrumada por tu bienvenida. Y la Matriarca en persona... ¡Ello me halaga doblemente! —Fingió un momento de vacilación—. Pero ¿no falta alguien? ¿Dónde está el hermano pequeño de mi predecesor, Calvi Alacar?

El rostro de Tirand se volvió inexpresivo.

—Calvi está... ah... indispuesto, señora. Lamenta profundamente no poder estar con nosotros para daros la bienvenida.

Ygorla sonrió agradablemente.

—Estoy segura de ello. Es una pena. Tenía muchas ganas de conocerlo. Ah, bueno, debo soportar mi decepción y refrenar mi ansiedad un poco más.

Y, desde el arco de las puertas del Castillo, una nueva voz dijo:

—Quizá, señora, nosotros podremos compensar en cierta medida la ausencia del Alto Margrave.

Ygorla alzó la cabeza bruscamente y se quedó helada. Tarod salió de las sombras del arco y se acercó por la explanada con tranquilidad y sin prisas. En el mismo instante, la usurpadora sintió un violento estremecimiento psíquico cuando Narid-na-Gost, escondido en la carreta con cortinas, advirtió la presencia del señor del Caos.

Tarod sonrió.

Librodot

—Saludos, emperatriz.

A ella no le pasó inadvertida la callada corriente maligna en su tono de voz, y una ligera sonrisa apareció en su rostro.

—Señor —dijo dulcemente—, creo que no tengo el placer de conoceros.

Sabía lo que era, pero desconocía todavía su nombre. Tarod le devolvió la sonrisa mientras le dirigía una fría mirada de evaluación.

—Soy Tarod, hermano de Yandros —anunció el señor de Caos.

—Ah... ése. Pero, perdonadme si me equivoco, pero creí oír «nosotros».

—Es cierto —contestó Tarod, haciendo un gesto en dirección al Castillo—. Permitid que os presente a mi primo y contrario, Ailind del Orden.

Ailind salió del umbral de la puerta. No habló, no respondió a Tarod, sino que barrió la escena que tenía ante sí con una mirada de disgusto nada disimulado. Por unos instantes, Ygorla lo miró con algo parecido al asombro; luego su sonrisa se hizo más amplia y acabó dejando escapar una carcajada de satisfacción.

—¡Oh, pero si es espléndido! ¡No satisfechos con enviarme al Sumo Iniciado y a la Matriarca para rendirme homenaje, incluso los dioses mismos han venido para saludarme! —Echó hacia atrás su cabellera y la risa surgió de nuevo. No había esperado aquello, pero, tras el fugaz susto inicial, vio de pronto lo que significaba aquella nueva perspectiva. Los señores del Orden y del Caos habían enseñado sus cartas, porque el mero hecho de su presencia en el Castillo demostraba el grado de ansiedad y aprensión que había creado en los dominios más elevados. Con un arrebato de embriagadora euforia se dio cuenta de que los dioses la temían, mientras que ella no tenía nada que temer de ellos. Aquella pálida e insulsa criatura del Orden no tenía poder para tocarla, y Tarod, aunque tuviera dicho poder, no se atrevería a usarlo por miedo a poner en peligro la gema del alma de su hermano. Era invulnerable, y el saberlo la divertía enormemente, puesto que le abría un espectro de posibilidades completamente nuevo. El Caos y el Orden; podía hacer que se enfrentasen, burlarse de ellos, jugar con ellos y disfrutar del espectáculo de verlos bailar al son que ella deseara. ¡Oh, aquello sería una distracción nueva y realmente rara!

Su risa se apagó, pero la sonrisa depredadora seguía en sus labios cuando con aire de realeza se alzó de su asiento y, haciendo caso omiso deliberadamente de Tarod y Ailind, extendió un brazo delgado, vestido de terciopelo, al Sumo Iniciado.

—Tirand, ¿puedo llamarte Tirand? Te doy las gracias por tu bienvenida, y me siento realmente halagada de regresar por fin al lugar de mi nacimiento. —Su mano sin guante se curvó y le hizo un gesto, y las valiosísimas gemas de sus brazaletes y anillos resplandecieron en la luz del sol poniente—. Me satisface permitirte que me acompañes al Castillo.

Tirand lanzó una mirada a Ailind, como pidiendo permiso, y el señor del Orden asintió casi imperceptiblemente. El Sumo Iniciado dio un paso adelante, pero luego titubeó al advertir que los diez horrores alados seguían cerrándole el camino. Uno de ellos abrió sus fauces en un perezoso bostezo y sus ojos parecieron reírse de él.

—Señora —dijo Tirand, intentando no retroceder—, no tenemos establos adecuados para vuestras... para los...

Ygorla enarcó sus cejas perfectas.

—Oh, ¿éstos? —repuso en tono despreocupado—. No son nada. Los

despediré.

Chasqueó los dedos, y las diez criaturas demoníacas se desvanecieron. Fue como ver un pergamino consumido por el fuego; sencillamente se arrugaron, se consumieron y se retorcieron hasta perder sus formas, y se derrumbaron como pequeños montones de ceniza que se mezclaron con la hierba y desaparecieron. Un olor como a carne muy podrida pasó por la nariz del Sumo Iniciado brevemente antes de esfumarse. Ygorla sonrió delicadamente.

—Ya está. Se han ido y puedes olvidarte de ellos. —Hizo un gesto por encima del hombro en dirección a las dos carretas inmóviles y silenciosas detrás del carruaje—. Mis necesidades, como ves, son bastante modestas y sólo tengo estos dos pequeños vehículos que deberán ser guardados entre vuestras murallas. Uno contiene los pocos efectos personales que pueden resultarme necesarios, y el otro... Bueno, querido Tirand, he de confesar que he traído un pequeño regalo para ti. ¡Y espero que lo aceptarás, como prueba de mi estima y de mi buena voluntad!

Tirand estaba desconcertado. La despreocupada destrucción de las bestias ya lo había confundido, y sospechaba que había alguna razón oculta en aquel nuevo gesto. De nuevo miró hacia atrás, con una silenciosa súplica en los ojos, pero Tarod no le hizo caso y Ailind se limitó a morderse los labios en una sutil mueca que implicaba que no quería meterse en aquel asunto.

Sintiendo que no le quedaba otra opción, Tirand inclinó la cabeza.

—Señora, sois demasiado generosa. —Ya no había forma de retrasar más el momento, y, aunque por dentro lo sobrecogía el mero hecho de tocar la piel de aquella mujer, dio un paso adelante. Ygorla cogió con firmeza su mano alzada con sus dedos fuertes y fríos y bajó con ligereza, casi con descuido, del carruaje. Cuando se paró junto a él, Tirand se quedó sorprendido de lo pequeña que era; la corona de su cabeza apenas si sobrepasaba sus hombros, y él no era demasiado alto. Ella lo miró y sus azules ojos parecieron totalmente candorosos.

—Dime, Sumo Iniciado —dijo en tono de conversación normal, que llegó claramente a los demás presentes—, ¿miras siempre a tus amos del Orden, antes de hacer incluso la cosa más nimia?

Tirand se ruborizó irritado y ella se rió.

—Y yo que tenía la impresión de que eras independiente —añadió antes de que Tirand pudiera recobrarse lo suficiente para hablar—. Ah, bien. Ya veremos, ¿no crees? —Inclinó la cabeza con graciosa altivez, primero ante la Matriarca y luego ante Tarod y Ailind, y, sujetando todavía de manera posesiva el brazo de Tirand, cruzó el césped en dirección a las puertas del Castillo.

Karuth todavía no había ocupado su puesto entre los que esperaban en los escalones de la entrada principal. Para su disgusto, Tarod había insistido en que debía tomar parte en la parodia de los rituales de bienvenida; el señor del Caos quería añadir sus observaciones a las propias, de manera que se vio obligada a ir. Pero, con el conocimiento de que pronto iban a separarse royéndole los pensamientos como un depredador hambriento, deseaba desesperadamente no abandonar a Strann hasta el último momento, de manera que permanecieron juntos asomados a su ventana, observando el patio engalanado y esperando en tensión la aparición de la usurpadora.

Llevaban algún rato sin hablar, porque a ninguno se le ocurría nada

Librodot

que decir que no resultara trivial o fútil. En cuanto Karuth se marchara, Strann se cambiaría de ropa, poniéndose los odiados y chillones ropajes que llevaba a su llegada al Castillo, y esperaría la llamada que estaba seguro no tardaría mucho en producirse. Como mínimo, Ygorla tendría la curiosidad de saber qué había sido de él, y Strann había preparado una historia que confiaba en que engañaría tanto a ella como a los habitantes del Castillo y les haría creer que seguía siendo leal a la usurpadora. Pero no quería pensar en eso por el momento. Tan sólo quería sentir el calor de la mujer que tenía junto a sí y el roce de su oscura cabellera contra su mejilla. Y deseaba, aunque sólo fuera durante unos pocos segundos más, cerrar los ojos y creer que aquel interludio no estaba a punto de terminar.

Karuth había llorado antes, pero las lágrimas habían desaparecido, aunque todavía tenía los ojos algo enrojecidos. Se habían dicho muchas cosas el uno al otro durante las últimas horas, tonterías inconsecuentes de enamorados que a duras penas podía recordar, y deseaba decir más, pero no le salían las palabras. De repente, Strann le apretó la mano con más fuerza y vio que la gente se agitaba abajo, mirando en dirección a las puertas.

—Están llegando —susurró Karuth. Sabiendo que debía dominarse antes de que fallara su resolución, se obligó a apartarse de la ventana, rompiendo el contacto con Strann. Sus ojos expresaban todo lo que no era capaz de decir con palabras—. Debo irme...

Strann asintió. Se miraron, quizá durante cinco segundos; luego Karuth le echó los brazos al cuello.

—Oh, Strann...

Él la besó una última vez, con tanta intensidad y pasión que casi acabó con su resolución y luego, incapaz de mirarlo de nuevo a los ojos, Karuth se dio la vuelta y corrió hacia la puerta. Strann permaneció inmóvil, escuchando el sonido de sus pasos que se perdían por el pasillo. Cuando ya no pudo oírlos, giró y, con un rostro tan blanco e inexpresivo como el de un cadáver, comenzó a desvestirse.

Sen Briaray Olvit se apartó para hacerle sitio a Karuth, quien se colocó en línea entre él y la hermana Alyssi de la residencia de Chaun Meridional. Intentando no pensar en Strann, Karuth miró a su alrededor y pensó con ironía que las túnicas blancas de las hermanas, que se mezclaban con los muchos colores de rango de las capas ceremoniales de los adeptos del Círculo, habrían constituido un espléndido espectáculo en otras circunstancias. Pero ahora resultaban una farsa. Y, cuando una nueva fanfarria procedente de la torre del homenaje anunció la entrada de Ygorla, sintió que el estómago se le encogía con un arrebato de amargo odio.

Tirand entró en el patio, su rostro firme y tenso, con la pequeña pero deslumbrante figura de la usurpadora cogida de su brazo. En lenta y señorial procesión, la condujo a través de las losas negras, mientras Shaill, Tarod y Ailind los seguían a unos pasos de distancia. Al llegar a la altura de la fuente central, el Sumo Iniciado hizo un gesto a uno de los adeptos superiores, que era una señal convenida de antemano. El sonido de una bota al golpear el suelo de piedra rompió el silencio, y, siguiendo las instrucciones que habían ensayado bajo la meticulosa mirada de Ailind, los adeptos se adelantaron como una hilera de milicia bien entrenada.

—¡Ygorla! ¡Ygorla! ¡Ygorla! —A cada grito, alzaban al aire los puños según el antiguo saludo. En el rostro de Ygorla apareció una sonrisa de

satisfacción. Cuando se apagaron los últimos ecos del saludo, una hermana pequeña y regordeta se adelantó, hizo una rígida reverencia y se volvió de cara a la línea de mujeres vestidas con túnicas blancas.

Los coros de la Hermandad tenían una fama de antiguo por la belleza de su canto, y la hermana Amobrel Iva de la Tierra Alta del Oeste era reconocida como la mejor directora coral de cuatro provincias. Había logrado un pequeño milagro con la mezcolanza de voces que tenía a su disposición, pero ni su habilidad ni los ánimos forzados de Ailind pudieron disimular un aire tenso y amargo en el himno que las hermanas cantaron en honor de Ygorla. Alertada por su propio adiestramiento musical, que le mostraba los fallos de afinación y fraseo, Karuth se imaginó bastante bien el ambiente en que el improvisado coro debía de haber ensayado su pieza de encargo. Sin embargo, los fallos pasaron inadvertidos a Ygorla. Permaneció sonriente, casi pavoneándose visiblemente mientras saboreaba las palabras de adulación, y, cuando la canción terminó, alzó las manos y aplaudió teatralmente.

—Buenas mujeres, ¡os doy las gracias! —Se dio la vuelta y se dirigió a la Matriarca—. Y os felicito a vos, Matriarca. No me había dado cuenta de que mi llorada tía abuela tuviera una sucesora tan digna.

A Shaill se le volvieron blancos los labios, y por un terrible instante Tirand pensó que sería capaz de escupir a la usurpadora a la cara; pero, con un gran esfuerzo, ella se contuvo y se limitó a inclinar la cabeza.

—Ahora... —Ygorla se separó de Tirand y avanzó con ligereza pero deliberación cruzando el patio. Estaba claro que disfrutaba enormemente, y, cuando se volvió, sus ojos brillaron—, Sumo Iniciado, no quiero tenerte más tiempo en suspenso. Si amablemente me concedes los servicios de algunos de tus fuertes y masculinos adeptos, te ofreceré mi modesto regalo.

Sin un medio de propulsión visible, las dos carretas habían entrado en el patio detrás del pequeño cortejo y ahora permanecían en las sombras, cerca de la puerta. Tarod ya había advertido la presencia de Narid-na-Gost en uno de los compartimientos cerrados, pero por el momento estaba más interesado en la segunda carreta, a la que ahora se dirigían los cuatro adeptos, según las instrucciones de Ygorla.

Tirand observó con cierto nerviosismo cómo los cuatro llegaban a la carreta. No podía ni imaginarse la forma que tendría el «regalo» de Ygorla, y no estaba muy seguro de querer saberlo. Parecía que Shaill compartía sus dudas, porque se le acercó y susurró:

—Tirand, si se trata de alguna artimaña...

—Reza por que no lo sea —replicó en voz baja Tirand—. Pronto lo... —comenzó pero sus palabras se vieron interrumpidas en mitad de la frase.

Los cuatro adeptos habían llegado junto a la carreta. Parecía haber un embalaje de algún tipo bajo las oscuras lonas, y, cuando se preparaban para bajarlo, uno de los hombres apartó los pliegues de la lona. El silencio que se produjo fue tan devastador como lo hubiera sido un griterío; Tirand, Shaill y los cuatro hombres vieron lo que la lona había dejado al descubierto.

No era un embalaje o caja lo que había en la carreta, sino una tosca jaula. Aplastado contra los barrotes, los contemplaba un rostro. Podía haber sido el rostro de un hombre, pero alguna fuerza horrible lo había deformado, retorcido y golpeado hasta hacerle perder cualquier parecido con la humanidad y convertirlo en una gárgola surgida de las más oscuras profundidades de una pesadilla. Su piel —si realmente había una piel bajo la

Librodot

masa de ronchas, verrugas y escamas que la cubrían— latía con un brillo enfermizo e incoloro, y unos cuantos mechones de pelo blanco que parecían tener vida propia surgían del cráneo calvo. La mandíbula inferior de la criatura estaba partida por la mitad, y dos bocas se movían y babeaban. Las lenguas, carmesíes por la misma sangre que manchaba los dientes destrozados, se agitaban como si intentaran hablar. En un terrible instante, el cerebro de Tirand advirtió las otras formas que abarrotaban los asfixiantes confines de la jaula, los rostros destrozados, los miembros deformes, los cuerpos que se retorcían inconscientes e impotentes buscando espacio para respirar.

Entonces vio los ojos de la cosa. Ojos marrones, ojos humanos, llenos de inteligencia y de comprensión, agonía y desesperación. La terrible mirada se clavó en su rostro, y en el mismo instante en que el Sumo Iniciado abrió la boca, sintiendo un horror que no podía expresar, aquella parodia pronunció su nombre.

—Ti... rand... —Era una lastimosa súplica y también un reconocimiento y un saludo. Y, aunque las dos bocas deformes a duras penas podían expresar la única palabra, Tirand reconoció la voz.

—¿Arcoro...? —No podía creerlo, no podía ser. No podía ser él, aquella cosa, aquella farsa inhumana, horrible, que se arrastraba...— Oh, dioses —musitó el Sumo Iniciado y comenzó a retroceder—. Oh, dioses, no, no. ¡¡No!!

Una risa aguda y entusiasta surgió en el patio y resonó en las altas y negras murallas. Tirand giró sobre sí mismo y vio a Ygorla detrás de él. Tenía las manos entrelazadas en un gesto extasiado y sus azules ojos brillaban con horrible deleite.

—¡Ahí tienes, mi queridísimo Sumo Iniciado! ¡Mi pequeño regalo para ti y para el Círculo! ¿No estás tan contento de recibir esta ofrenda como lo estoy yo de hacerla?

Ahora reconoció a otros. No sólo su viejo amigo Arcoro Raeklen Vir, sino los demás, los adeptos y las hermanas y los guerreros adiestrados que habían partido hacia el sur en los primeros días después de la aparición de la usurpadora, aquellos que se habían arriesgado para ofrecer la fortaleza del Círculo en la lucha contra Ygorla. Tirand no sabía cómo los había descubierto, pero lo había hecho, y había usado su poder para torturarlos más allá de cualquier capacidad de resistencia, hasta retorcer sus cuerpos, fundir su carne y convertirlos de seres humanos en monstruos salidos de los Siete Infiernos. Sólo había dejado intactas sus mentes, y ésa era la tortura más vil, porque sabían en qué se habían convertido y aquel conocimiento era el peor de sus sufrimientos.

El Sumo Iniciado miró a Ygorla sin verla. No podía razonar, no podía recuperar la cordura; a lo único que podía aferrarse era al ardiente sentimiento de rabia y odio que lo inundaba como una ola enorme.

—Tú... —Se adelantó, con la mano crispada a un costado, buscando la espada que no tenía—. Tú...

Ygorla retrocedió, y su voz, repentinamente furiosa, cortó el aire como un puño que atravesara un frágil cristal.

—Tócame una sola vez, Tirand Lin, ¡y quedarás como ellos! —Una luz resplandeció ante ella, y se consolidó en una barra vertical de hiriente brillo. Aturdido, Tirand se tambaleó hacia atrás, e Ygorla alargó el brazo para coger la lanza incandescente y sostenerla con aire indiferente en una mano.

—Un ligero roce, Sumo Iniciado, es lo único que hace falta para deformar tu cuerpo sin remedio. ¿Deseas poner a prueba mi poder?

Tirand no fue capaz. Incluso en el paroxismo de su furia, sabía que no serviría de nada; de pronto, se tapó el rostro con las manos y un sonido ahogado, parecido a un sollozo, surgió de su garganta.

Ygorla miró a Tarod y a Ailind. Ninguno de los dos se había movido; ambos la observaban con cautela, y supo que podrían haber intervenido de haberlo querido. El hecho de que hubieran decidido no hacerlo le proporcionó una gran satisfacción. Bajó la cegadora lanza y torció la mano en un gesto descuidado que hizo desaparecer el arma.

—Me resultas un tanto descortés, Sumo Iniciado —dijo con el tono dulce de la victoria total—. Ya ves, te los he devuelto a todos. Todos tus espías, todos tus enviados, todos los hombres y mujeres que enviaste a las provincias para apoyar a los Margraves; y unos cuantos más que puse por añadidura. Pensé que te alegraría darles la bienvenida de vuelta a casa. Pensé que ellos se alegrarían de volver. Pero —frunció los labios expresivamente y se encogió de hombros— parece que te he juzgado equivocadamente. Ah, bueno, así son las cosas, supongo.

La Matriarca lloraba en silencio, angustiada. Ygorla la miró con desagrado.

—Esto me aburre. Creo que entraré en el Castillo para ver qué entretenimientos habéis dispuesto para mi deleite. Y tú, querido Tirand, me acompañarás.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con una maldad que le llegó a Tirand hasta el tuétano. Cuando la usurpadora echó a andar hacia los escalones y las puertas, lo único que fue capaz de hacer fue seguirla con la mirada, paralizado. Ailind se le acercó.

—Debemos seguir interpretando los papeles previstos, Tirand —dijo el señor del Orden en voz baja—. Ve con ella.

—Pero..., pero ellos... —Tirand intentó señalar la jaula, pero no pudo; se sentía impotente.

—Haré lo que pueda hacerse por ellos —contestó Ailind—. Ahora, ve. No me falles o conseguirás que su triunfo sea aún mayor.

Reinaba cierta confusión entre el grupo de bienvenida. Habían presenciado el breve enfrentamiento, pero no estaban suficientemente cerca de la jaula para poder ver su horrible contenido y darse cuenta de qué había provocado la furia del Sumo Iniciado. Pero, mientras Ygorla esperaba y Tirand luchaba por recuperar el dominio de sí mismo, algunos adeptos comenzaron a bajar los escalones, indecisos, y se acercaron lo bastante para ver el horror por sí mismos. Hubo llantos, gritos —Tirand los escuchó como a través de los densos velos de un sueño febril— y entonces alguien, con la voz rota, llamó a Karuth. Ella se acercó, apartando a la gente cada vez más numerosa, y se paró en seco cuando vio la horripilante ofrenda.

—¡Yandros! —Ni siquiera intentó frenar el juramento, y tragó la bilis que amenazaba con subir desde su estómago. Al igual que Tirand, se sintió inundada por la rabia; pero, a diferencia de su hermano, no fue capaz de controlarla. Se volvió, y sus ardientes ojos se encontraron con la fría mirada azul de Ygorla.

—¡Maldita furcia! —Su voz temblaba con una pasión que ni siquiera podía expresar. En toda su vida, jamás había experimentado semejante pena

Librodot

ni semejante ira, y no había palabras adecuadas para reflejar sus emociones—. ¡Larva de los Siete Infiernos, ojalá tu alma se pudra en eterna agonía por lo que has hecho!

La expresión de Ygorla cambió un instante. Su primer instinto fue matar a aquella advenediza instantáneamente, pero, al tiempo que surgía en ella el impulso, sintió que el Caos la protegía. Podría haberse ocupado de eso con facilidad: una mirada a la gema del alma, y Tarod no habría tenido otra opción que retirar el escudo de protección que la rodeaba. Pero ¿qué importaba? Aquella criatura, fuera quien fuese, no era importante. Sería más valiosa como distracción si se le permitía vivir.

Alzó un esbelto brazo y tocó a Karuth en la mejilla. Karuth retrocedió, como si esperara que su piel fuera a arder, y entonces Ygorla, satisfecha de haber dejado las cosas claras, retrocedió.

—Me acordaré de ti —aseguró y, cogiendo a Tirand firmemente por el brazo, lo condujo hacia las puertas.

Librodot

CAPITULO 10

—¡Buscad a Sanquar! ¡En nombre de los dioses, no os quedéis ahí parados; id a buscar a mi ayudante!

El grito de Karuth rompió la parálisis que se había apoderado de todos, y tres personas se dirigieron corriendo a las puertas del Castillo, por donde acababan de desaparecer Ygorla y el Sumo Iniciado. Su acción fue suficiente para provocar una reacción violenta e inmediata de sus compañeros, y un grupo de adeptos se acercó apresuradamente a la jaula. La bajaron y tiraron y forcejearon con los barrotes hasta arrancarlos de sus anclajes de madera; Karuth corrió a unirse a ellos y sumó su fuerza a los intentos de los demás.

Al final consiguieron sacar a los cautivos. Fue entonces cuando la Matriarca se desmayó, derrumbándose de repente y en silencio; un adepto que reaccionó con rapidez pudo sujetarla justo antes de que golpeara contra el suelo. Al contemplar aquellos desechos humanos que con toda suavidad eran sacados de la jaula y tendidos sobre capas apresuradamente extendidas sobre el suelo de piedra, Karuth estuvo también a punto de perder el conocimiento, y sólo la llegada de Sanquar con sus utensilios de médico, y el saber que ahora se necesitaban sus habilidades más que nunca, hicieron que se mantuviera en pie.

La primera víctima a la que atendió, arrodillándose a su lado, fue Arcoro Raeklen Vir. Sabía que era Arcoro, porque sus ojos y la horrible manera en la que intentaba pronunciar su nombre le revelaron la verdad, como le había sucedido a Tirand. Pero todo lo demás, todo, había cambiado de manera tan tremenda que apenas podía convencerse de que en otro tiempo hubiera sido el cuerpo de Arcoro, o el cuerpo de un hombre, y sus pulmones subían y bajaban en el desesperado esfuerzo por mantener el dominio de sí misma mientras intentaba examinarlo. Dioses, ¿dónde estaban sus miembros? ¿Dónde? Y aquel torso, gris, negro y púrpura lleno de lesiones ulcerosas que habían surgido de su interior, y tan agotado, tan marchito como el cadáver de un reptil que hubiera muerto de hambre…

A unos metros de ella, otra de las víctimas gritaba mientras Sanquar intentaba hacer algo por ella. Al carecer de lengua, el sonido resultaba horrible, aunque estaba claro que era una voz de mujer. Karuth hizo ademán de alzar la cabeza, pero desvió la vista enseguida, por miedo a reconocer el torturado rostro de otra amiga. Aun así, atisbó el cuerpo hinchado, abotagado, y los muñones de los brazos que se agitaban como blancos tentáculos leprosos. Entonces, Sanquar dijo, con una voz aguda debido a la impresión y el nerviosismo:

—Dioses, Karuth, oh, dioses. Es la hermana Corelm de Chaun Meridional…

Corelm, una de sus amigas. Corelm, que había sido maestra de Ygorla cuando niña y una de las colegas más íntimas de Ria Morys. Karuth se cubrió el rostro con las manos; de repente, todo el horror se le hizo patente.

—No… Oh, no… Oh, no… —gimió.

—K… Karuthhhh… —Era Arcoro. No tenía brazos para cogerla, ni manos para tocarla, pero la voz seguía siendo la suya, lo mismo que el cerebro en el cráneo deforme. Con un tremendo esfuerzo, Karuth consiguió

Librodot

mirarlo a la cara.

»No p... puedes... —Las bocas gemelas y deformes convertían su dicción en una horrible burla—. No se puede... hacer nada... p... por nosotros... — Hilos de saliva colgaban de su mandíbula partida—. P... ppor ff... ff... — Karuth se dio cuenta, con compasión y asco, de que intentaba decir «por favor», pero que ya no podía articular el sonido de la efe correctamente. Cayó más saliva, teñida de rosa— Dd... ddeja que muramos... Dd... deja que muramos...

Una sombra ocultó la sangrienta luz del atardecer que todavía inundaba el patio, y Tarod se arrodilló junto a Karuth. Ella lo miró con ansiedad y una expresión trágica y desolada.

—¡No puedo curar lo que ella le ha hecho! No puedo hacer nada por ninguno de ellos. Está más allá de mis capacidades, ¡más allá de cualquier capacidad humana! Por favor, mi señor Tarod, ¡por favor, ayudadlos!

Tarod cerró los ojos. Se sentía tan mal como Karuth, aunque sus motivos no eran exactamente los mismos. No era cuestión de la naturaleza de las torturas que Ygorla había infligido con su hechicería. Los cuerpos deformados hasta convertirse en monstruosidades anormales, los miembros encogidos y atrofiados o completamente inexistentes, eran cosas horribles. Todo eso no era nada que no pudiera encontrarse entre los habitantes inferiores del reino del Caos, donde la forma física conocía pocas limitaciones. Pero la naturaleza de la mente que había concebido semejantes tormentos y que los había aplicado sin otra razón ni motivo que el mero placer de hacer sufrir: aquello era un asunto completamente distinto. Aquélla no era, ni sería nunca, la forma de actuar del Caos. Aquélla era la maligna invención de una mente humana.

Sintió la presencia de Ailind y alzó la vista; el señor del Orden se había acercado y contemplaba la escena de Karuth junto al torturado Arcoro. Los ojos de color bronce y de color esmeralda se encontraron; Tarod supo lo que estaba pensando Ailind, y por segunda vez estuvieron de acuerdo.

—Yo tampoco puedo ayudarlos, Karuth —dijo el señor del Caos en voz baja—. Sólo puedo hacer por ellos una cosa, y es liberarlos de este infierno en vida.

Ella se quedó horrorizada.

—¡No! Tenéis el poder. Curasteis a Strann, ¡hicisteis que su mano volviera a estar intacta! ¡Sois el Caos!

—Pero no soy omnipotente. —Puso una mano sobre el brazo de Karuth, consciente de que nunca lograría que lo entendiera del todo—. Curé a Strann, sí. Pero estas pobres criaturas han estado demasiado cerca de la muerte para que mi poder haga que vuelvan a ser lo que fueron. Podría hacer que sus cuerpos volvieran a estar intactos, pero sus mentes han cruzado la frontera que separa la voluntad de vivir de la voluntad de morir. Desean morir, Karuth; es la única esperanza que tienen de encontrar la paz. Puede que yo sea un señor del Caos, pero no poseo el poder necesario sobre la muerte para borrar ese deseo. No puedo quitarles los recuerdos de lo que han padecido.

A Karuth le temblaba el labio inferior.

—¿Hay...? —Su voz se quebró, y luchó por recuperar su control—. ¿Hay algún poder capaz de lograrlo...?

—Sólo Yandros. Y no lo hará, Karuth. Por nuestro hermano, no correrá

el riesgo de intervenir, ni siquiera en esto.

Ella comprendió y supo que debía aceptarlo. Ailind, que hasta entonces no había intervenido, dijo:

—Al igual que Tarod, yo los sanaría si pudiera, médico Karuth. —Parecía haber olvidado, o al menos dejado de lado, la animosidad que sentía hacia ella, y la compasión que denotaba su voz hizo que Karuth lo mirara desconcertada—. Pero esto es obra de la usurpadora, y por tanto escapa a la jurisdicción del Orden. Todo lo que puedo hacer, todo lo que podemos hacer, es ofrecer a sus almas un viaje seguro a nuestros dominios.

Tarod miró abstraído las losas de piedra.

—Los dos tenemos aquí a fieles seguidores, Ailind.

—Sí —asintió el señor del Orden—. Que partan según se lo digan sus lealtades. —Hizo una pausa y miró de nuevo a Arcoro, que parecía haber perdido el conocimiento—. Es un triste día para ambos.

Tarod se puso en pie. Arrastró con él a Karuth, ayudándola a mantenerse firme de forma cortés, pero extrañamente íntima.

—Puedes quedarte si lo deseas, Karuth. Pero quizá sería mejor si te despidieras de ellos ahora.

Las lágrimas surcaron las mejillas de Karuth; las sintió como si fueran ácido.

—No tengo despedidas que hacer, mi señor —replicó, en un tono de voz tan bajo que apenas era audible—. Preferiría recordarlos tal y como..., como...

—Lo entiendo. Ve, entonces. Llévate a los demás y guardad luto a vuestra manera.

Los dos dioses contemplaron al grupo de adeptos mientras éste se alejaba lentamente hacia las puertas principales del Castillo; dos de ellos cargaban con Shaill, que seguía inconsciente. La segunda carreta seguía todavía intacta junto a la primera; la mirada de Tarod se posó en ella brevemente, con un destello de ira, pero lo que detectó en su interior no produjo más que un relámpago de desprecio completo. Las víctimas de Ygorla guardaban silencio, como si supieran qué les esperaba, y en el patio reinaba un incongruente aire de paz que resultaba cruelmente irónico. El señor del Caos miró a su contrario del reino del Orden y dijo:

—Creo que no necesitamos luz para esto —dijo.

Ailind asintió. Despacio, casi con suavidad, las grandes puertas negras se cerraron, dejando fuera la gloria de la puesta de sol, y una penumbra gris descendió como un paño mortuorio. Tarod alzó la mano izquierda, Ailind la derecha. Sus dedos se tocaron y unieron, y un aura oscura resplandeció alrededor de la silueta de Tarod, mientras que una radiación dorada iluminaba la alta silueta de Ailind.

El poder comenzó a elevarse...

La triunfal entrada de Ygorla en el comedor se realizó en completo silencio.

Ninguno de los adeptos de alto rango que la esperaban sabía nada de lo sucedido en el patio, pero la mayoría había captado la corriente psíquica de sufrimiento y horror del Sumo Iniciado, con lo que su recibimiento planeado y ensayado quedó malogrado. La usurpadora, cogida todavía del brazo de Tirand, se detuvo en el umbral, y contempló los adornos, las velas

Librodot

encendidas, las hileras de rostros callados e inquietos. Entonces sonrió.

—¡Bien! —Su voz surgió como el sonido de una cascada en un tranquilo día de verano—. ¡Halagos y más halagos! ¡Tu Círculo está claramente tan asombrado ante mi presencia que les falla la voz!

Los ojos de Tirand eran como brasas infernales que ardían en un rostro completamente falto de expresión. Por un milagro de la voluntad, había recuperado el dominio de sí mismo, pero era un autómata, un muñeco de trapo, incapaz de reaccionar a lo que no fueran los reflejos más esenciales, por miedo a perder el tenue control que tenía sobre sí. Sin embargo, fue rescatado por un miembro superior del Consejo, una adepta de quinto nivel que se encontraba entre la silenciosa multitud. No sabía, ni podía siquiera adivinar, la razón de la parálisis del Sumo Iniciado, pero con gran presencia de ánimo miró a la galería encima de la chimenea e hizo una señal urgente al grupo de músicos allí reunidos, que esperaba su pie. Segundos más tarde, una melodía solemne y grandiosa resonó en toda la sala y, guiando a sus colegas, la consejera se adelantó y se inclinó ceremoniosa ante la usurpadora.

Con la parte de su cerebro que seguía funcionando con racionalidad, Tirand supo que estaría en deuda con la consejera el resto de su vida. Había escuchado el tono peligroso que subyacía en las palabras de Ygorla, por muy aparentemente dulces que hubieran sido, y, aunque ahora sabía de lo que era capaz si decidía sentirse ofendida, no había podido intervenir. Ahora, cuando la música le llegó, pudo conducir a la usurpadora hacia adelante y por fin, realmente por fin, se soltó de ella para dejarla sola en el centro de la sala, recibiendo y disfrutando el homenaje que se le rendía. Los ojos de Ygorla brillaban como gemas, mientras, uno a uno, los adeptos le rendían pleitesía; ella distribuyó halagos como quien arroja pétalos, cogió una mano aquí, tocó una cara allá, radiante en su supremacía mientras los hombres y mujeres del Círculo pronunciaban sus discursos preparados de bienvenida y elogio.

Pero el desfile terminó al cabo y ya no quedó nada más que decir. La música fue desvaneciéndose y terminó; el silencio se impuso una vez más. Entonces Ygorla paseó la vista por la sala y de repente su mirada se volvió tan aguda y avariciosa como la de un ave carroñera.

—Hay un rostro conocido que esperaba ver aquí, pero que extrañamente está ausente —dijo, dirigiéndose directamente a Tirand—. Querido Sumo Iniciado, ¿qué has hecho con mi enviado, Strann el *Narrador de Historias?* Lamentaría mucho escuchar que él, como el Alto Margrave, está indispuesto.

Tirand fue cogido por sorpresa y no supo cómo responderle. Sabía que Strann estaba bajo la protección de Tarod, e incluso Ailind estaba convencido de que el bardo era tan poco amigo de la usurpadora como ellos. Aunque no le gustaba Strann y desconfiaba de él, la antipatía del Sumo Iniciado no llegaba hasta el punto de estar dispuesto a traicionarlo sin más; Tirand, sencillamente, no era de esa clase de personas. Pero ¿qué podía decir?

Ygorla esperaba, con sus perfectas cejas enarcadas en un gesto inquisitivo y desafiante. Tirand, deseando fervientemente que Ailind estuviera allí, logró recuperar la voz.

—Strann es... ah, es nuestro invitado, señora, naturalmente. —*Por los Siete Infiernos,* pensó. *¿Y qué pasará con Karuth? Si esta criatura descubre*

lo que hay entre ellos dos, ¿qué hará?—. Creo que en estos momentos está... quiero decir, creo que podría encontrárselo...

Desde las puertas, llegó una voz conocida.

—¡Mi dulce emperatriz!

Ygorla se volvió, y Tirand giró la cabeza bruscamente.

En silencio, sin que nadie se diera cuenta, Strann había entrado en la sala. Con asombro y disgusto, Tirand observó que iba vestido con los ropajes vulgares y llamativos con los que había llegado al Castillo, acompañados por un sombrero de ala ancha y plumas que le trajo vivos recuerdos de su primer encuentro en la boda del Alto Margrave. Y su expresión presumida, autosatisfecha; todo el aspecto de un intrigante que se había salido con la suya.

Strann avanzó tres pasos en dirección a ellos; luego se quitó el sombrero con una mano e hizo una compleja reverencia que lo llevó a quedar delante de Ygorla, con una rodilla doblada.

—Señora —dijo—, ¡he esperado este momento con una impaciencia que escapa a mis poderes de expresión! Bienvenida. ¡Mil veces bienvenida! —y cogió la mano de Ygorla y la besó con profusión.

Ygorla lo miró durante unos instantes. Luego se rió. Fue una carcajada desenfrenada de regocijo que resonó hasta el techo, y, cuando cedió, Ygorla dio unas palmaditas en la cabeza descubierta de Strann.

—Mi rata, ¡creo que nada logrará jamás que cambies! ¿Qué tal ha sido tu estancia? ¿Te han tratado como corresponde a un enviado de su emperatriz?

Strann ladeó la cabeza. Pugnaba por no fijarse en las caras de asombro que lo rodeaban y por reprimir los recuerdos de otras ocasiones en las que se había comportado de manera semejante en la corte de la Isla de Verano. Era como volver a repetir aquellos horribles días: las miradas de horror, de asco y de traición; el saber que estaba ganándose el odio y el desprecio de quienes deberían haber sido sus amigos y aliados. En su imaginación surgió el rostro de Karuth, pero lo apartó a un lado.

—Tengo pocas quejas, señora —contestó—. Aunque este clima septentrional no acaba de sentarme bien.

Ella soltó una risita.

—Entonces tendrás dulces para entrar en calor y un fuego junto al que sentarte mientras me entretienes con los relatos de tus desgracias. Yo me ocuparé de ello. —Su mirada se clavó con intensidad en Tirand—. Espero, Sumo Iniciado, que mientras me cuenta esas historias no escucharé nada que me desagrade.

Tirand le devolvió la mirada, con el rostro pálido. El comportamiento de Strann lo había desconcertado completamente, y no sabía qué decir. Por fortuna para él, Ygorla estaba perdiendo el interés en aquella escena pública y, antes de que al Sumo Iniciado se le ocurriera algo que decir, le dio la espalda y contempló la sala mientras daba pataditas con un pie.

—Estoy cansada —anunció con altivez—. Veré qué preparativos se han hecho para albergarme y luego descansaré. Rata mía —chasqueó los dedos en dirección a Strann, y su voz se volvió dulce como la miel—, vendrás conmigo, y juntos exploraremos la hospitalidad del Sumo Iniciado. ¿Te gustaría?

—Señora —repuso Strann con tono zalamero, mientras por dentro

Librodot

sentía como si el corazón se le convirtiera en cenizas—, nada me proporcionaría más alegría.

Con rostro inexpresivo, Tarod dejó el patio y entró en el Castillo por las puertas principales. Afuera, Ailind seguía de pie donde tan sólo hacía unos minutos habían yacido los cuerpos de las víctimas de Ygorla. No quedaba nada de ellos, pero era costumbre del Orden mantener vigilia en semejantes circunstancias, y permanecería allí todavía un buen rato.

Al subir los escalones, Tarod sintió la agitación momentánea de algo que cruzaba a toda velocidad el patio, invisible en la creciente oscuridad, y que luego se escurrió como un animal acosado hasta las cercanías de la torre más meridional. Narid-na-Gost, el padre demonio de Ygorla, no sentía ningún deseo de convertirse en blanco de la atención del que otrora fuera su señor, y había aprovechado la primera oportunidad que se le presentó para encontrar un refugio lo más alejado posible de la presencia del señor del Caos. Tarod sintió que la furia hervía en su interior, pero reprimió el deseo de arrancar al demonio de su escondite y aplastar tanto su cuerpo como su esencia en mil pedazos. Sin importar provocaciones ni justificaciones, debía mantener el control sobre aquel impulso, o la causa estaría perdida. Ya llegaría el momento, se dijo, de ajustar cuentas. Y, cuando llegara, Narid-na-Gost lamentaría el día de su creación...

Ygorla y el séquito que obligadamente la acompañaba ya habían hecho su señorial desfile hacia las habitaciones dispuestas para ella, y el salón de entrada estaba desierto. Tras detenerse unos instantes, Tarod se volvió en dirección a la enfermería de Karuth. Cuatro gatos permanecían sentados a la puerta, pero el ramo de tallos que indicaba la presencia del médico no estaba allí. A pesar de ello, Tarod abrió la puerta y entró.

Karuth estaba allí, como él ya sabía, sentada y encorvada en una silla cerca del pequeño fuego, temblando. Ella no alzó la mirada; intuyó quién era su visitante, pero no consiguió mirarlo a la cara.

—Rezo porque hayan encontrado la paz... —dijo con una vocecilla inexpresiva.

—Lo han hecho. Puedo prometerte eso, al menos. —Tarod atravesó la habitación y cogió otra silla—. Comprendo lo duro que te resulta, Karuth —añadió— Ahora debemos trabajar juntos, para que esto acabe lo más pronto posible.

Esta vez sí que alzó la mirada, y con rapidez, cuando se dio cuenta de que él no se refería a su pena por las víctimas mutiladas, sino a otra cosa. Tenía las mejillas húmedas de lágrimas, y, cuando sus miradas se encontraron, un indicio de culpabilidad apareció en sus ojos.

—No debería estar pensando en mí —dijo, a la defensiva y tristemente—. Pero...

—Pero eres humana, y es natural que te afecten más profundamente los asuntos que resultan más próximos a tu corazón.

Karuth asintió.

—Yo... los vi salir del comedor. Strann estaba... Strann estaba con ella, y ella..., ella lo conducía como si fuera un animal de compañía... —Las manos, que tenía entrelazadas en el regazo, comenzaron a temblar—. Tirand me miró. Fue sólo una mirada, pero sé qué estaba pensando. —Hizo una larga pausa antes de proseguir—. No sé si soy lo bastante fuerte para esto, mi señor Tarod. Cuando vi a Strann de aquella manera, yo sentí deseos...,

sentí deseos de matarla, ¡de coger un cuchillo, arrancarle el corazón y bailar sobre su cadáver! ¡Sentí deseos de ver su alma en los infiernos, aunque tuviera que llevarla allí en persona!

Tarod pensó que no se había equivocado al juzgarla; incluso en lo más profundo de su pena, la rabia seguía allí, y eso bastaría para sostenerla. Alargó el brazo y cogió la mano de Karuth.

—Agárrate a eso, Karuth. No lo muestres; nunca lo muestres a nadie más que a mí. Pero, hagas lo que hagas, mantén viva esa llama. Tiene mucho más valor de lo que piensas.

Karuth soltó una breve risa quebrada. Le resultaba extraño, muy extraño, estar sentada en su propia enfermería, mientras un dios le cogía firmemente la mano. No podía ni imaginarse a Ailind rebajándose ni siquiera a tocar a uno de sus seguidores, mucho menos a mostrarles aquella desconcertante mezcla de compasión y afecto, y sintió una respuesta en su interior, una sensación extraña y casi mística, de cálida camaradería que fundía las barreras.

—No creo que pueda apagarla, mi señor —repuso—, aun cuando quisiera hacerlo. Y no quiero hacerlo. No quiero.

Tarod se levantó.

—Entonces te dejaré por ahora. Pronto tendrás otros a tu alrededor. Tranquilízate todo lo que puedas, y prepárate para recibirlos. Pero, si me necesitas, pronuncia mi nombre. Te oiré y te responderé.

—Gracias, mi señor —dijo con agradecimiento; luego, cuando él se dirigía hacia la puerta, añadió—: Mi señor Tarod...

—¿Sí?

—Strann parecía tan..., tan servil. ¿Creéis que estará seguro?

Tarod reflexionó un instante, y sonrió.

—Sí, creo que lo estará. Te diré que, cuanto más servil parezca, más seguro estará. Vale la pena recordarlo.

Karuth consiguió esbozar una tenue sonrisa como respuesta.

—Sí..., sí; conociéndolo, creo que tenéis razón. Lo recordaré.

Mientras Tarod salía de la enfermería de Karuth para regresar a la torre septentrional, Strann caminaba por un alambre que sabía que en cualquier momento podía arrojarlo al abismo. Estaba sentado, con las piernas cruzadas en un cojín de terciopelo a los pies de la gran cama de cuatro postes en la *suite* de aposentos de Ygorla, y observaba con inquietud a la usurpadora, mientras ésta andaba sobre la alfombra en dirección a la ventana.

—Así que —dijo Ygorla con un tono de voz cortante como un vidrio astillado— permitiste que esa criatura que se hace llamar señor del Caos te restaurara la mano sin un solo murmullo de protesta. Permitiste que deshiciera mi obra y con ello fuiste en contra de mi voluntad. No me gusta, rata, ¡no me gusta nada!

A espaldas de Ygorla, Strann abrió y cerró la mano sanada e intentó no pensar en qué haría si, como parecía tremendamente probable en aquel momento, ella decidía a su vez deshacer la obra de Tarod, y al mismo tiempo arruinaba totalmente la otra mano. Había sido un estúpido al no esperar aquello; creía haber cubierto cualquier eventualidad en la historia que había inventado acerca de su estancia aquí, pero se le había escapado aquel detalle

tan evidente. Ahora tenía que pensar, y pensar muy deprisa.

Ygorla llegó junto a la ventana y miró el patio a oscuras.

—Éste es un lugar triste —declaró con desprecio—. No me extraña que los hombres del Círculo resulten tan sosos y sus mujeres tan faltas de espíritu. —Hizo un gesto descuidado con una mano, y un plato con pequeños manjares se elevó de la adornada mesa y flotó por la habitación hasta colocarse a su alcance. Sin mirar qué cogía, tomó uno de ellos y lo masticó—. Hasta su comida sabe como si se hubiera podrido en el lecho marino. ¡Encontraré al cocinero que ha preparado esto y haré que su piel me sirva de cubrecamas esta noche! —Entonces giró sobre sus talones—. ¿Bien? No has respondido a mi pregunta.

Strann esperaba que su momentánea distracción le concedería un respiro, pero había olvidado tanto su tenacidad como su memoria. Sin embargo, aquellos escasos segundos le habían permitido encontrar la respuesta que buscaba. Ciertamente era una estratagema espantosa, y le daba náuseas. Pero, conociendo a Ygorla como la conocía, sospechaba que podía funcionar. Eso, y sólo eso, debía ser el criterio que lo guiara.

Puso su cara más zalamera y miró sus azules ojos ansiosamente.

—Señora, sé que he hecho mal. Lo supe entonces, y lo sé ahora. Pero... —*Tempo, Strann, tempo.* Bajó la cabeza—. La tentación era demasiado grande. Y, al fin y al cabo, no soy más que un hombre mortal.

Aquello llamó la atención a Ygorla, como él esperaba que sucediera. Ladeó la cabeza y lo miró con dureza.

—Explícate.

Strann soltó un suspiro. Había perfeccionado aquel suspiro durante muchos años; contenía la mezcla justa de resignación y pena para suavizar un corazón duro sin alertar a su dueño de que pudiera encerrar motivos ocultos.

—Dulce emperatriz —dijo con tono lastimero—, tengo dos amores en mi vida, y soy lo bastante osado como para suponer que ya lo sabéis. El primero es... Bueno, no me atrevo a decirlo en voz alta. —La miró de nuevo, directa y abiertamente, mintiendo con los ojos—. No pronunciaré en voz alta mis deseos, como sé que debe ser. Pero el segundo es algo que sí puedo expresar. Amo mi música, señora. Porque mediante mi música me atrevo a creer que podría en una mínima medida alcanzar vuestro corazón. Eso fue lo que me ofreció el señor del Caos: la oportunidad de interpretar mi música, y con ello hacer que el tiempo sin vos fuera soportable, preparándome para el día en que podría volver a tocar para vos.

Con aire pensativo, Ygorla cogió otro dulce y se lo comió, aunque por la atención que le prestó podría muy bien haber sido un puñado de hierba. Su rostro adquirió una extraordinaria expresión, de autosatisfacción y desconfianza al mismo tiempo, con la frente arrugada en un gesto que indicaba una profundidad de pensamiento poco usual en ella. —Tienes mucha labia, rata —dijo por fin—. No estoy segura de poder confiar en ti totalmente.

Strann pareció horrorizarse.

—Señora...

—¡Silencio! —Atravesó la habitación y, sujetándole la barbilla con una mano blanca y pequeña, le alzó dolorosamente la cabeza—. No..., no. Hay algo más, ¿verdad? Algo que no me has contado. —Lo estudió con atención

Librodot

durante unos segundos, y luego un mínimo esbozo de sonrisa se dibujó en su rostro—. Rata, ¿qué escondes?, ¿qué has hecho?

Strann envió una silenciosa pero ferviente oración de agradecimiento a Yandros. Había funcionado; que los dioses preservaran su alma, pero había funcionado. Ahora venía la parte más difícil.

—Ah, señora —repuso, y también en su rostro comenzaron a aparecer las señales de una sonrisa—, no puedo engañaros.

—Espero por tu bien que jamás lo intentes. —Sus dedos aumentaron la presión en su barbilla, pero su inicio de sonrisa no desapareció—. Dime la verdad.

—Dulce emperatriz, ¿qué otra cosa puedo hacer? —De repente, Strann adquirió su aspecto más travieso—. El Sumo Iniciado, ¿sabéis?, tiene una hermana...

—Ah. Empiezo a entender. Sigue, rata. Creo que esto podría resultarme divertido.

Sintiéndose a punto de vomitar, Strann fingió una expresión hipócrita.

—La verdad, mi reina, poco tiene digno de elogio, porque tiene mi edad y no es ninguna beldad. Además, cuando un hombre ha contemplado vuestro rostro...

Ella lo interrumpió con un gesto de la mano, pero Strann se dio cuenta de que se sentía halagada.

—Sigue con tu historia antes de que se me acabe la paciencia.

—Bien... Aunque es una persona gris y ha elegido la aburrida profesión de la medicina, la hermana del Sumo Iniciado se cree que es una virtuosa de la música. Y posee una manzón muy buena; un instrumento que, en mi humilde opinión, merece mejor uso que el simple deleite de los caprichos de una aficionada. Admiré ese instrumento, señora. Me avergüenza decirlo, pero lo deseé; porque ansiaba tocar con él vuestra música.

La sonrisa de Ygorla floreció y se hizo tan amplia como la de Strann, si no más.

—¿Así que utilizaste tus artimañas para conseguir los favores de esa incauta mujer?

—Mi emperatriz, ¡expresáis el asunto con más delicadeza de la que yo hubiera sido capaz!

El estallido de risa de Ygorla se escuchó en el pasillo y a bastante distancia de sus aposentos, y asustó a dos adeptos que, por órdenes suyas, esperaban afuera a su disposición. Soltó a Strann con un suave empujón que casi lo hizo caer y volvió junto a la ventana, llena de júbilo.

—¡Oh, esto es divertido! Imaginarte a ti, mi cómica y sucia ratita, ¡manejando a la hermana del Sumo Iniciado como si fuera una furcia barata de taberna! ¡Te recompensaré por esto, mascota mía, porque me has proporcionado más entretenimiento con tu historia que todo lo que he tenido durante mi viaje desde la Isla de Verano! —Entonces, de pronto, se quedó muy quieta—. Espera...

Strann se tensó. Era tan caprichosa, tan impredecible, que por un instante temió lo peor. Pero, cuando se volvió de nuevo, su expresión era maliciosa.

—¿Dices que esta criatura es médico?

—Sí, dulce señora.

—Descríbemela. ¿Es rubia o morena? ¿Gorda o delgada?

El corazón de Strann latió fuertemente, pero no se atrevió a contestar con evasivas.

—Es morena, señora, con el pelo recogido en una trenza. Alta, y con escasa delicadeza; no como debería ser una mujer. Un rostro bastante agradable en su tipo, supongo, aunque de ninguna manera...

—La conozco —lo interrumpió Ygorla cuando el recuerdo de la criatura morena y descarada que había encontrado en el patio encajó repentinamente. Claro, claro. Se llamaba Karuth Piadar. Lo había oído en la Isla de Verano: la única hermana de Tirand Lin, la médico jefe del Castillo y una solterona que ya no tenía remedio. Y Strann la había seducido... Oh, pensó, era divertidísimo. ¿Estaría la imbécil enamorada de su rata? Era posible, o al menos eso creería ella; al fin y al cabo, a su edad, seguramente se aferraría a cualquier oportunidad que se le presentara, por muy improbable y de segunda fila que fuera. Y Strann se había aprovechado de su soledad y su credulidad, todo para conseguir un instrumento musical.

De pronto, Ygorla se alegró de no haber cedido al impulso de destruir a Karuth por el insulto que le había lanzado. Sería mucho mejor, mucho más divertido, mantenerla con vida y sujeta a la indignidad del rechazo. ¡Mucho, muchísimo más divertido!

Rozó levemente la falda de su vestido para que girase en torno a su cuerpo, y volvió con ligereza al lugar donde Strann seguía de rodillas en su cojín.

—Llama a los criados, rata —le ordenó—. Tengo un mensaje para la hermana del Sumo Iniciado, ¡y quiero que se lo entreguen enseguida!

Los dos adeptos acudieron a la llamada de Strann. Éste evitó sus miradas, porque no quería ver la repugnancia que sabía que encontraría en sus ojos, e Ygorla les dirigió la palabra con dulzura.

—Llevad un mensaje a Karuth Piadar. Quiero su manzón para que mi mascota pueda tocar para mí esta noche. Traédmela sin dilación; y al mismo tiempo podéis ofrecerle mi agradecimiento por haber mantenido a salvo a mi pequeño músico hasta que yo llegara. Estoy segura de que ella entenderá a qué me refiero.

Los dos salieron y, cuando la puerta se cerró tras ellos, Ygorla se tumbó en la cama y estiró brazos y piernas como un gato que tomara el sol.

—Strann, todo el mundo escuchará tu música dentro de poco. Yo me ocuparé de ello. Pero esta noche pienso concederte el privilegio de que toques sólo para mí. —De pronto se sentó y en su rostro apareció una sonrisa de depredador, casi cómplice—. Has hecho todo lo que te ordené y más. Estoy satisfecha contigo, mascota mía. Y, ahora que vuelves a estar a mis pies, en el lugar que te corresponde, pienso que debes permanecer ahí, de modo que no te volveré a enviar lejos de mí. ¿Satisface eso tu corazón, rata?

Strann pensó en Karuth; imaginó la cara que pondría cuando los adeptos le comunicaran el mensaje, imaginó lo que diría, lo que sentiría...

—Amada emperatriz —repuso con voz apagada mientras inclinaba la cabeza en una aparente reverencia—, la verdad es que escapa a mi capacidad de expresarlo con palabras.

Librodot

CAPITULO 11

El baile en honor de Ygorla debía celebrarse a la noche siguiente, y en las veinticuatro horas que transcurrieron entre su llegada y el comienzo de la fingida celebración, los habitantes del Castillo se vieron obligados a aceptar de la mejor manera posible la dura realidad de la presencia de la usurpadora.

Ygorla era una invitada exigente. No había traído séquito humano desde la Isla de Verano, por lo que insistió en que se le proporcionara una legión de criados que estuvieran a su disposición a cualquier hora del día. Insistió también en que dichos criados fueran adeptos de alto nivel, y encontró sumamente divertido encargarles las tareas más serviles que su imaginación pudo concebir. Por el momento, parecía decidida a no hacer caso ni del Sumo Iniciado ni de los dos dioses, quizá, tal y como le dijo Ailind a Tirand, creyendo que ellos interpretarían su indiferencia como un insulto premeditado. Tirand se mostró muy agradecido de no ser objeto de sus atenciones; había pasado la noche en vigilia privada, guardando luto por los mutilados adeptos y hermanas cuyo sufrimiento había acabado, y sin tiempo para reponerse no se creía capaz de mantener la compostura, en caso de verse obligado a estar frente a frente otra vez con la usurpadora.

De hecho, la evidente disposición de Ygorla a permanecer en sus apartamentos y no hacer caso a nada ni a nadie que no tuviera relación directa con su propia satisfacción era motivo de desconcierto para el Círculo. Conociendo la razón de su venida al Castillo, los adeptos esperaban un enfrentamiento violento e inmediato, pero, en vez de eso, la usurpadora se comportaba como si su única intención fuera disfrutar de su nuevo entorno y recrearse en la atmósfera que había creado. Aparte de unas cuantas demostraciones de mal genio, breves y relativamente inocuas, no se molestó en ostentar sus poderes, y muchos adeptos superiores sospechaban que esperaba a que sus anfitriones hicieran el primer movimiento. Pero, si aquél era un juego de esperas, sus anfitriones todavía tenían que descubrir sus reglas.

Ailind se mostró inexorable en que no hubiera ningún cambio en la estrategia del Orden. El Círculo debía continuar tratando a Ygorla sólo como una invitada especial. No se lanzarían desafíos, no se haría mención ni de sus ambiciones ni de sus reivindicaciones. Se limitarían a aguardar hasta que la usurpadora se cansara de sus diversiones y dejara bien claras sus intenciones. Aquellos a quienes desagradó aquel edicto —y eran unos cuantos— podrían haber acudido a Tarod en busca de una alternativa, pero, desde el horrible asunto de los prisioneros, Tarod había regresado a la torre septentrional y no se lo veía por el Castillo. Ailind tenía su propio punto de vista acerca de lo que había motivado la brusca retirada del moreno señor, y lo divertía pensar que la defección de Strann, cuya lealtad al Caos se había dado por descontada de manera tan alegre, había desbaratado sus planes. Como le comentó sarcásticamente Ailind al Sumo Iniciado, hasta el propio Tarod tendría que haber supuesto que Strann tenía una única fidelidad: a sí mismo, y a su supervivencia y progreso. Pero eso estaba bien; desde el punto de vista del Orden, eliminaba una posible molestia del campo de juego.

La mañana de la celebración planeada, la agitación y actividad en el

Librodot

comedor y sus alrededores mostraba a las claras la atmósfera de alta tensión que reinaba en cada nivel de la antigua fortaleza. Ygorla no se había dignado hacer acto de presencia, pero en sus apartamentos se escuchaban alternativamente gritos de rabia y risas, y sus criados-adeptos iban y venían cumpliendo sus recados con rostros blanquecinos y bocas de labios apretados.

Poco después de un desayuno escaso y deprimido, el triunvirato se reunió en el estudio de Tirand. Shaill tuvo que utilizar todo su poder de persuasión para convencer a Calvi de que estuviera presente. Desde lo ocurrido con Ailind dos días antes de la llegada de Ygorla, el Alto Margrave apenas había salido de su habitación. Shaill era consciente de que Ailind le había hecho un nuevo desaire al excluirlo deliberadamente del grupo encargado de dar la bienvenida oficial el día anterior, y no sabía qué pensar acerca de los motivos del dios. Calvi necesitaba ahora ayuda y ánimos, no aquel desdén frío y despreciativo, pero Ailind había cortado en seco cualquier intento de la Matriarca de discutir el asunto, y ella sabía que, fueran cuales fuesen sus sentimientos íntimos, no podía esperar ayuda de Tirand. Pero la preocupaba ver hasta qué punto Calvi parecía haber perdido el ánimo, y tenía la esperanza de poder ayudarlo a recuperar algo de confianza.

Poco tenían que decir en la reunión; era una mera formalidad mediante la cual el Sumo Iniciado les transmitía las últimas instrucciones de Ailind para la prueba de aquella noche. Pero, cuando terminaron y Calvi estaba a punto de marcharse, Shaill dijo:

—Tirand..., ¿qué haremos con Karuth?

—¿Karuth? —El Sumo Iniciado la miró con cautela—. No acabo de comprender...

Shaill se dijo que aquello había ido demasiado lejos. Se sentó de nuevo en la silla que acababa de dejar y su tono de voz sonó firme.

—Creo que sí comprendes, Tirand, pero no quieres hablar de ello. Bueno, pues pienso que debes hacerlo. Esta disputa entre Karuth y tú ya dura demasiado. ¿No es hora de salvar el abismo que os separa, y no sería ahora el momento más generoso para hacerlo, por compasión?

Calvi estaba casi junto a la puerta, pero se detuvo y los miró, de repente alerta.

Tirand clavó la vista en su escritorio.

—Te refieres a Strann... —Parecía costarle un gran esfuerzo pronunciar su nombre en voz alta.

Shaill, sin embargo, no tenía esos escrúpulos.

—Sí, me refiero a Strann —respondió—. Ni se me había pasado por la cabeza que esto pudiera ocurrir. Ese golfillo de mal corazón... me hizo creer que el cuento que nos ofreció a todos era verdadero, y ahora esto...

—Nos engañó a todos, Shaill. Yo también creí su historia, aunque no por eso dejó de disgustarme —repuso Tirand con una mueca—. Incluso nuestro señor Ailind pensó que era un peón del Caos, hasta que los acontecimientos se han encargado de demostrar otra cosa.

—En efecto; y ahora parece que tu rechazo intuitivo hacia el personaje resultó ser un juicio más exacto que la lógica de los demás. Pero, Tirand, si nosotros nos sentimos traicionados, ¿qué sentirá la pobre Karuth? Y, por favor, no digas que ella se lo ha buscado y que por lo tanto se lo merece,

Librodot

porque no te creeré ni una palabra. Por muy grandes que sean vuestras desavenencias, sigue siendo tu hermana.

—Me gustaría ayudarla, Shaill, si puedo —intervino Calvi.

—Sé que lo harías, Calvi, pero sigo pensando que Tirand también debería intentarlo.

Tirand alzó la vista por fin. Tenía un aspecto desgraciado.

—Claro que lo siento por Karuth. No sería humano si no lo sintiera. Pero —hizo un gesto de impotencia—, no sé. ¿Cómo voy a comportarme como si la ruptura entre los dos jamás hubiera ocurrido? Después de lo que nos dijimos no puedo acercarme a ella así como así y ofrecerle la mano tendida de la amistad. No es tan fácil, y ella no se fiaría.

—No estés tan seguro de eso —replicó la Matriarca—. Hacen falta algo más que palabras, por muy duras que sean, para borrar treinta años de compañerismo. Tenlo en cuenta mientras piensas en lo que te he dicho. Y recuerda que en estos momentos Karuth necesita desesperadamente un amigo.

Tirand pensó efectivamente en las palabras de Shaill cuando se quedó a solas, y su índole franca le hizo admitir que quería seguir su consejo. No sólo por el bien de Karuth, aunque eso resultaba un incentivo más importante de lo que había esperado, sino también por el suyo, porque sabía en el fondo de su corazón que no había sido feliz de verdad desde el comienzo de la pelea. Quería curar las heridas. Deseaba recuperar la vieja amistad, la vieja camaradería. Y, con el correr del tiempo, comenzaba a pensar que quizás el juicio que había hecho de su hermana había sido excesivamente duro.

Pero ¿cómo dar el primer paso? Aquélla era la barrera insalvable. Temía demasiado que Karuth considerara cualquier intento de reconciliación como motivado únicamente por la compasión o, peor, como un plan para hacerla caer en la trampa ahora que se encontraba debilitada al máximo. Y sabía que, si eso sucedía, no sería capaz de explicárselo a Karuth. Nunca había sido bueno expresando con palabras sus sentimientos. No poseía esa envidiable facilidad que tenían algunos hombres; hombres como Strann, pensó, y en su corazón surgió un tenebroso deseo de buscar al bardo y matarlo. Él estaba en el origen de todo aquello, él y Yandros del Caos, que había tentado a Karuth para que desafiara al Círculo.

—¡Maldición, maldición, maldición! —Tirand intentó sin éxito desahogar sus sentimientos con aquellas palabrotas no demasiado fuertes y golpeó el escritorio con el puño. No sirvió de nada. No podía hacer lo que quería Shaill; por mucho que quisiera hacerlo, allí estaba otra vez la barrera, la sensación de traición y de resentimiento, que ni siquiera su compasión por Karuth en los presentes apuros podría vencer. Si daba cualquier paso hacia ella, esos sentimientos estarían allí, agazapados, esperando para hacerlo tropezar. No se atrevía a correr el riesgo, o podría acabar haciendo que las cosas quedaran infinitamente peor de lo que ya lo estaban.

Se sentó en su sillón, con los hombros hundidos. Las palabras brotaron de sus labios sin freno, y las musitó en el aislamiento silencioso y privado de su habitación.

—Oh, padre..., ¿qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?

—Sigo diciendo que eres una estúpida.

La voz, dura y quejumbrosa, hirió los nervios de Ygorla, quien se

Librodot

encontraba revolviendo sus baúles de ropa, arrojando a un lado vestido tras vestido, y se volvió para encararse con la retorcida y jorobada silueta de su padre.

—Dices, dices. ¡Estoy harta de escuchar lo que dices! Y si piensas un solo instante que voy a permitir que mis placeres se estropeen por escucharte, ¡entonces más vale que pienses mejor!

Narid-na-Gost le lanzó una furiosa mirada y una cínica sonrisa apareció en su rostro, duro e inhumano.

—¿Esa supuesta celebración, entonces, te resulta tan agradable que te proporciona un mal genio feroz y un porte a tono? Me siento impresionado.

Los ojos de Ygorla relampaguearon peligrosamente y abrió la boca para soltar una maldición venenosa y poderosa, pero el demonio alzó un retorcido dedo en gesto de advertencia.

—¡No pruebes tus poderes sobre mí, hija! Todavía no eres mi igual, ¡no importa lo que quieras creer!

Ella se apaciguó, aunque a regañadientes, y el demonio cambió de postura, de forma que pudo ver el patio desde la ventana.

—Corres peligro de excederte, Ygorla —dijo con severidad—. Ésa es la naturaleza de mi preocupación, y ya deberías saberlo. Sólo pienso en tu futuro, nuestro futuro.

Ygorla sacó otro traje del baúl, un modelo vistoso de resplandeciente seda carmesí y negra con encajes de hilo dorado. Lo sostuvo y lo contempló un instante; luego, con gesto malhumorado, lo desgarró en dos mitades que lanzó al otro extremo de la habitación. Pero no se le había escapado la débil nota de apaciguamiento en las palabras del demonio; y, cuando lo miró de nuevo, su expresión, aunque seguía siendo de enfado, era más tranquila.

—Tu preocupación por nuestro futuro no es mayor que la mía, padre —replicó—. Pero soy perfectamente capaz de tener eso en cuenta mientras me divierto, ¡y voy a divertirme! —Hizo un gesto despectivo que abarcó toda la habitación—. ¿Qué tengo que temer de ninguno de los que aquí están? No son nada. ¡Ni siquiera tienen el poder de invocar a un elemental sin tener que recurrir a prolongados rituales que tardan medio día en ser completados! Y los tengo aterrorizados. ¡Hasta su precioso Sumo Iniciado es como una medusa temblorosa cuando se pone delante de mí!

—Quizá. —Narid-na-Gost seguía mirando por la ventana, como si buscara algo, pensó ella—. Pero hay que pensar en alguien más aparte de los habitantes del Castillo.

—¿Tarod y Ailind? —Ygorla se rió estridentemente—. ¡Son la menor de mis preocupaciones! Ese idiota presumido del reino del Orden no tiene poder para tocarme, mientras que nuestro buen amigo del Caos... bueno, padre, ¿qué hará? ¿Qué se atreverá a hacer, como no sea guardar furioso silencio? —Se llevó la mano al cuello y retorció la cadena de la que colgaba la resplandeciente gema del alma azul—. Sólo tengo que mostrarle esto y sonreírle dulcemente y será como masilla en mis manos, ¡porque no tiene otra opción! Y odia su impotencia. ¡Oh, cuánto la odia!

Narid-na-Gost se encogió todavía más en el asiento de la ventana, de manera que más que nunca pareció una mutación de ave rapaz.

—Puedes jactarte de tu dominio, hija, pero recuerda el cuento del cazador que se burlaba con demasiada frecuencia de sus hambrientos sabuesos. Tarod es peligroso. Sigue teniendo diez veces más poder que tú y

Librodot

yo juntos, y, si cometes un error o le proporcionas la más mínima oportunidad, te destruirá.

—¿Y destruir con ello el alma de su hermano? No lo creo. —Un brillo de diversión apareció en los ojos de Ygorla al darse cuenta de lo que verdaderamente se escondía tras las críticas de su progenitor, y, con un tono dulzón que no engañó al demonio ni por un instante, añadió—: Pero quizás en eso reside la diferencia entre nosotros dos, querido padre: que tú estás asustado y yo no.

Un resentimiento furioso llameó en los ojos del demonio.

—¡Él no me asusta! ¡Pero tampoco soy tan estúpido como para pincharlo y ponerlo a prueba constantemente y presumir de mi fuerza delante de sus narices!

—¿Por qué no? Es una buena distracción, y no hay nada absolutamente que él o cualquiera de ellos pueda hacer para responder.—Un trozo de raso en el baúl le llamó la atención súbitamente, y se abalanzó sobre él—. ¡Ah! ¡Esto creo que servirá! Oro, con zafiro azul para mostrar mis ojos de la mejor manera y para resaltar también mi pequeña chuchería. Va que ni pintado para la ocasión.

Al ver que, como de costumbre, sus argumentos y advertencias encontraban oídos sordos, Narid-na-Gost volvió a mirar por la ventana.

—Nuestro motivo para venir a la Península de la Estrella no era que tú te dedicaras a una interminable búsqueda de placeres, sino encontrar la Puerta del Caos y conseguir controlarla —le recordó con malhumor—. La puerta que lleva a mi meta final se encuentra dentro de las murallas de este Castillo, ¡pero tú te dedicas a perder el tiempo con perifollos sin sentido cuando hay trabajo que hacer!

Ygorla se paró para mirarlo de reojo. No se le había pasado por alto el hecho de que había dicho «mi meta final», no «nuestra meta final», pero no hizo ningún comentario. Viendo que ella estaba a punto de dignarse responderle, el demonio prosiguió con creciente rencor:

—¡Ya he pasado tiempo más que suficiente en este mezquino mundo mortal! Ya deberíamos haber presentado nuestro ultimátum a Yandros. Su capitulación ya debería haberse producido, y yo debería estar preparándome para regresar al reino del Caos como su nuevo soberano. La Puerta se encuentra aquí, el camino está preparado, y tenemos la carta del triunfo en nuestras manos, ¡pero seguimos sin hacer nada! Me aburro de esperar, Ygorla. Me aburre esperar que se cumplan nuestras demandas... ¡Y me aburre aguardar a que tú te canses de tus placeres!

—Entonces disfruta conmigo de ellos —sugirió Ygorla con indiferencia. Había sacado el traje y lo estaba alisando, disfrutando de la sensación del excelente tejido bajo sus dedos—. ¿Por qué no habrías de hacerlo? Música, fiestas, bailes... Bueno, baile quizá no. —Volvió la cabeza y lanzó una significativa mirada a su retorcido cuerpo, con sus pies acabados en garras y su prominente joroba—. Pero estoy segura de que encontrarías otras diversiones. Hay aquí mujeres bastante atractivas, y deberían sentirse honradas al recibir tus atenciones.

—¡No tengo ningún interés en despreciables juergas humanas! —replicó con furia el demonio. Ygorla ocultó una sonrisa de triunfo. Su pulla había dado en el blanco. Sabía que, por encima de todo, su progenitor detestaba su grotesca apariencia, que los señores del Caos le habían dado con

Librodot

indiferencia y que, como demonio inferior, no tenía el poder de alterar. De tener ese poder, Narid-na-Gost se habría transformado para adoptar una apariencia que ninguna mujer humana hubiera podido resistir. Ygorla no sabía qué encontraba más divertido, si la idea de lo que él habría hecho si hubiera tenido la oportunidad, o el ver su frustración impotente y furiosa al serle negada dicha oportunidad.

En voz alta, y bastante alegremente, dijo:

—Entonces tú te lo pierdes, padre, porque es una triste vida la del que no disfruta de vez en cuando con una juerga. Y yo, desde luego, pienso sacar el máximo partido de la fiesta de esta noche. —Hizo una pausa y lo miró una vez más, sonriente—. ¿No quieres cambiar de idea? Al fin y al cabo, aquí nadie sabe de tu presencia en el Castillo; aparte claro está de Tarod y Ailind.

Aquella vez también dio en el blanco, y advirtió el ligero estremecimiento antes de que el demonio pudiera controlarlo. Tenía miedo. No de Ailind, pues sabía que no tenía nada que temer de los poderes del Orden. Pero Tarod era otro asunto. Resultaba extraño y fascinante, pensó Ygorla, cómo incluso los perros más osados no conseguían desprenderse nunca del todo del instinto de humillarse ante su antiguo dueño...

No vio la expresión de Narid-na-Gost, pero, cuando éste habló, su voz sonaba fría y hostil.

—Puedes dedicarte a tus juegos infantiles. Yo me mantendré apartado hasta el momento en que considere adecuado mostrarme.

Ygorla se encogió de hombros. Aquello empezaba a cansarla, y se sentía aburrida de meterse con él.

—Entonces muy bien —dijo—. Ve y ocúltate en esa torre que tanto te gusta y espero que la disfrutes. ¡Yo, sin embargo, pienso divertirme!

El demonio se puso en pie.

—Como quieras, hija. ¡Pero te recomiendo que no olvides mi advertencia!

Le dirigió una última mirada, cargada de más significado del que hubieran podido tener nuevas palabras. Un momento después, en la parte salediza de la ventana sólo se veía la cortina, que se agitaba como por una súbita ráfaga de viento; el demonio había desaparecido.

Ygorla contempló brevemente el lugar donde él había estado. Después se encogió de hombros, dio una nueva sacudida al traje dorado y zafiro y chilló a uno de los adeptos que esperaban fuera para que le fuera a buscar de inmediato a tres criadas y a una costurera, si es que quería conservar los ojos.

Cuando Karuth escuchó que no le quedaba otra opción que asistir al baile, tuvo que reprimir el instinto de salir corriendo hacia los establos, ensillar el caballo más veloz que pudiera encontrar, salir al galope del Castillo, cruzar el puente y adentrarse en las montañas. Fue un impulso alocado y de corta vida, pero la sola idea de que tendría que tomar parte en aquella parodia con el rostro tranquilo, y de que incluso se vería obligada a aparentar que disfrutaba con los festejos, le resultaba insoportable. Desde la llegada de la usurpadora había pasado la mayor parte del tiempo en la enfermería, pero sus esfuerzos por cumplir con su trabajo y fingir que nada desfavorable había sucedido le resultaban muy penosos, porque, además de la constante carga de la silenciosa compasión de Sanquar, había tenido que

Librodot

soportar la conmiseración a veces silenciosa, a veces expresada con locuacidad, de sus pacientes. Tarod había acertado al predecir que despertaría compasión después de la desalmada perfidia que Strann había mostrado, y hasta sus antiguos críticos más mojigatos habían intentado consolarla torpemente. Dicha amabilidad la llevó en varias ocasiones a llorar a solas, pero hasta el momento había conseguido mantener una expresión serena en público. Pero aquello supondría una prueba mucho mayor, y no estaba segura de estar lista para superarla.

Pero, lista o no, debería afrontarla. Ygorla había insistido en que todos los iniciados del Círculo, desde los de más alto rango a los de nivel inferior, debían asistir aquella noche, y nadie se atrevió a contradecirla. Así que, con miedo y tristeza, Karuth cerró la enfermería poco después de la puesta del sol y se dirigió a su dormitorio para prepararse. Dos gatos la siguieron, y se colaron en la habitación entre sus piernas cuando entró. Karuth hizo ademán de espantar a los animales para sacarlos, pero se detuvo. No harían ningún mal, y se sintió conmovida por su persistencia. Los gatos, en mayor o menor número, la habían estado siguiendo durante todo el día, y sabía que, a su enigmática manera, intentaban expresar comprensión y apoyo.

Se cambió de ropa y se peinó con la atención metódica pero mecánica de alguien que mantiene un rígido control sobre sus emociones. Inconscientemente decidida a proporcionar un agudo contraste con el ambiente que Ygorla impondría a la velada, escogió un vestido ceñido, casi serio, de color rojo vino, con mangas largas y un alto cuello, adornado únicamente con un cinto de eslabones de plata forjada y la insignia del Gremio que la destacaba como Maestra de las Artes Musicales. Una cinta de plata a juego para recogerse el pelo, y el anillo con la estrella de siete puntas que años atrás le había dado su viejo maestro, Carnon Imbro, y estuvo lista. O tan lista como podía estarlo, pensó mientras contemplaba su reflejo en el cristal pulido.

A lo lejos, procedentes del comedor, escuchó retazos de música. De manera involuntaria, su mirada se posó por un instante en el lugar vacío junto a la pared donde solía descansar su manzón, y una comisura de su boca se torció esbozando una sonrisa totalmente carente de humor. Después, cuando aspiró hondo y se dispuso a salir, alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Quién es? —Por un instante irracional, Karuth se sintió segura de que su visitante sería bien Strann (imposible, se recordó, imposible) o Tirand. Entonces se abrió la puerta.

—Karuth —era la Matriarca—, ¿puedo entrar?

Los hombros de Karuth se hundieron.

—Shaill... sí, entra, por favor. —Su expresión se relajó un tanto al darse cuenta de que quizá, de entre todos los habitantes del Castillo, Shaill era la persona cuya compañía más necesitaba en aquel momento—. Cuánto me alegra verte.

La Matriarca sonrió con comprensión.

—Eso esperaba, querida. Es hora de bajar al comedor, y pensé que te gustaría ir acompañada por alguien.

—Sí. —Karuth se mordió el labio con fuerza cuando la emoción la abrumó; parpadeó rápidamente—. Sí. Gracias.

Shaill se miró de reojo en el espejo de Karuth e hizo una mueca.

Librodot

—Debería adelgazar. Éste es el resultado de demasiada administración y poco trabajo práctico. —Torció la falda entera de su traje de seda blanca, que aquella noche se había puesto en vez de la tradicional túnica de Matriarca; quizá, sospechó Karuth, una forma personal de despreciar a la usurpadora—. Bien, entonces, si estamos todo lo listas que podemos estar, ¿vamos?

Los gatos las siguieron silenciosos cuando las dos mujeres salieron de la habitación y se dirigieron hacia la escalera principal. Coincidieron con otros grupos, todos los cuales se inclinaron ante la Matriarca, aunque no se intercambiaron palabras. A pesar de todos los edictos que habían anunciado que aquello debía considerarse una celebración, la tensión era palpable en el ambiente.

Bajaron la escalera. Cuando llegaron a la planta baja, los gatos se apartaron; no había nada, al parecer, que los hiciera acercarse a Ygorla. Karuth se quedó atrás, dejando que otros adeptos las adelantaran, y, cuando la Matriarca la miró, su rostro estaba tenso y pálido.

—Debemos seguir, querida. —Shaill le cogió la mano y se la apretó—. Sé lo difícil que es para ti, pero hay que afrontarlo y superarlo.

—Lo sé —susurró Karuth. Inspiró aire con rapidez y a fondo—. ¿Sabes dónde..., si..., si nuestro señor Tarod está aquí?

Shaill movió la cabeza.

—No podría asegurarlo. Pero aunque esté, no creo que puedas contar con él. Es probable que haya otros asuntos que lo tengan ocupado esta noche.

Hubo una pausa mientras Karuth se armaba de valor. En su interior, sintió un súbito impulso de confiar en Shaill y contarle la verdad acerca de Strann. Había visto la compasión en los ojos de la Matriarca, aunque no la había expresado directamente, y deseaba que Shaill supiera que la aparente traición de Strann no era cierta. Él estaría aquella noche en la sala, lo sabía con la misma certeza con que sabía su nombre, y a los ojos de todos los habitantes del Castillo sería un mentiroso y un chaquetero que había engañado a la hermana del Sumo Iniciado. Karuth deseaba que alguien más, aparte de ella y de Tarod, supiera que Strann era tan sincero como el sol de la mañana.

Pero era imposible. No se atrevía a confiar ni siquiera en Shaill, quien, cuando todo se había dicho y hecho, se había puesto del lado de Ailind y de Tirand. El secreto debía mantenerse, y ella tenía que afrontar su terrible prueba.

No dijo nada, pero apretó la mano de Shaill a modo de respuesta, indicando que estaba lista, y echaron a andar hacia las puertas de doble hoja del comedor.

CAPITULO 12

Un cálido torbellino de luz, color y música recibió a Karuth y a Shaill cuando las puertas de la sala se abrieron ante ellas. Caminaron cogidas de la mano, y Karuth, aturdida y algo mareada, oyó que sus nombres eran anunciados por encima de los compases de una melodía lenta y ceremoniosa.

Vio a Ygorla enseguida. La usurpadora estaba sentada en el otro extremo de la sala, en un gran sillón colocado sobre un estrado que la situaba ligeramente por encima de las cabezas de la multitud. Bajo el suave resplandor de la luz de las velas y antorchas resultaba una visión totalmente adorable. Su cabello negro, recogido con una redecilla de diminutos diamantes y zafiros, resplandecía con el color de un cielo estrellado, y su piel, blanca y sin mácula, tenía un delicado rubor que la hacía parecer de fina porcelana. El traje de color oro y azul zafiro reflejaba la luz en paños resplandecientes, y en sus orejas, cintura, brazos y dedos resplandecían más joyas.

Y en la cadena dorada, colgada de su cuello, atrayendo la atención como atraería la luz a una luciérnaga, brillaba la gema del alma robada del hermano de Tarod, con una radiación propia, fría, profunda, y completamente propia.

Shaill se detuvo y contempló la joya. Karuth también se quedó inmóvil, pero su mirada estaba fija en otra parte. Porque en un cojín carmesí, a los pies de Ygorla, vestido con un brillante traje de colores y atado a su ama por medio de un enjoyado collar y una fina cadena también enjoyada que la usurpadora sostenía con negligencia en una mano, se encontraba Strann.

Karuth sintió que algo le atenazaba la garganta, cerrando el paso al aire que intentaba aspirar con los pulmones. Alertada por su súbito cambio, Shaill vio entonces lo que Karuth había visto, y apretó con sus dedos el brazo de Karuth.

—¡Ten valor, querida! ¡No le des la satisfacción de que vea tu angustia!

Karuth se mordió la lengua, como había tenido que hacer antes, y de repente sintió que la amenaza del pánico la asaltaba. No podía pasar por aquello. Era pedirle demasiado, esperar demasiado de ella. ¿Y si Strann llamaba su atención? ¿O si se veía obligada a permanecer cara a cara con aquella maligna criatura que hacía ostentación de su poder sobre él, mientras lo tenía sujeto como un perro a un extremo de su correa? Se vería obligada a decir lo que pensaba, no podría controlarse y diría algo que pondría la vida de Strann en peligro...

—Karuth.

La voz la sobresaltó y se volvió con un saltito nervioso. Calvi se le acercó, vestido de verde oscuro y con un aspecto mucho más adulto que la edad que tenía. Tras inclinarse con profundo respeto ante la Matriarca, tendió una mano a Karuth.

—Médico adepto Karuth, ¿me concederéis el honor de escoltaros a la sala? —le preguntó en voz alta y clara.

Karuth miró sus ojos azules, comprendió lo que estaba haciendo y por qué, y sintió una ola de gratitud hacia él. Al solicitarla de manera formal e

Librodot

inmediata, estaba exaltándola pública y deliberadamente. El Alto Margrave y aquella a quien eligiera como pareja ocupaban siempre el lugar predominante en cualquier ceremonia y, por tradición, Calvi debería haber ofrecido su mano a la Matriarca. Pero aquella noche había tirado por la borda la tradición, y con su gesto quería mostrar a toda la concurrencia su respeto por Karuth y su desprecio por cualquiera que quisiera menospreciarla.

La confianza de Karuth, que flaqueaba desesperadamente, se vio de repente reafirmada, y colocó su brazo sobre el de Calvi en la manera establecida.

—Gracias, Alto Margrave —replicó—. Es un honor.

Al adentrarse entre la multitud, Shaill entrevió la capa verde de un adepto de séptimo nivel y, entrecerrando los ojos para ver entre dos mujeres nerviosas que sonreían falsamente, vio a Tirand a unos cuantos metros con un grupo de los consejeros superiores del Círculo. Tirand también había observado el gesto de Calvi, y la Matriarca sintió un momentáneo pesar de que no hubiera sido él quien acudiera a rescatar a Karuth. Verse escoltada por el Alto Margrave ayudaría mucho a reforzar el valor de Karuth, y Shaill admiraba a Calvi por un acto tan adulto y considerado. Pero ser escoltada por su hermano, y con ello ofrecer la tan necesaria oportunidad para cerrar las heridas, podría haber sido mucho mejor. Era una pena que Tirand no hubiera encontrado el coraje para hacer aquel primer gesto tan importante.

Advirtió que, detrás de ella, más personas iban entrando en la sala y que estaba interrumpiendo el paso en las puertas. Hizo ademán de apartarse a un lado, pero se vio interceptada por una figura alta y sombría, que apareció de repente entre la gente.

—Señora Matriarca. —Tarod se inclinó ceremoniosamente sobre su mano en un gesto que había pasado de moda hacía casi cien años—. Mis saludos. Sois la esencia de la nobleza, y una gran lección en contraste con muchos de los que están aquí esta noche.

A pesar de que no podía decir que le agradara el señor del Caos, Shaill no pudo reprimir una pequeña sonrisa ante la naturaleza del cumplido, que le encantó.

—Sois demasiado amable, mi señor.

La Matriarca observó que él no había hecho ninguna concesión ante el acontecimiento y vestía como siempre, de negro y sin adorno alguno. Seguramente habría escogido las mismas ropas para montar a caballo, ir de caza o para trabajar en las minas de la Provincia Vacía, pensó Shaill, y aquel despreocupado —o quizá deliberado— rechazo a la etiqueta lo hizo subir aun más en su estima.

—¿No tenéis pareja? —preguntó Tarod.

Shaill señaló hacia Calvi, quien guiaba firmemente a Karuth hacia un grupo de sus amistades.

—Según el protocolo normal, debería ser la pareja del Alto Margrave esta noche. Sin embargo, me alegra que Calvi haya decidido acudir a rescatar a Karuth y que la haya acogido bajo su protección.

Tarod observó durante unos instantes a la pareja.

—Es un gesto muy considerado —dijo—. El Alto Margrave es generoso y amable, mucho más de lo que podría esperarse a sus años.

—Lo es. —Shaill vaciló, pero luego decidió enviar al diablo la cautela.

Librodot

Los acontecimientos de los últimos días habían traído más de un desengaño, y de repente no vio motivo alguno para no ser sincera, incluso con el ser que, en teoría, se suponía que estaba en contra suya—. Es una desgracia —añadió con acritud— que otros no compartan vuestra sabia opinión.

Percibió el rápido interés en los verdes ojos de Tarod y supo que entendía a qué se refería. De manera que él también había observado la actitud de Ailind hacia Calvi. Interesante. Se preguntó qué conclusión sacaba de ello.

Intentaba encontrar la manera de exponer la pregunta con un mínimo de delicadeza cuando Tarod cambió de tema.

—La criatura del trono comienza a parecer inquieta. Me imagino que no tardará en convocar a unos cuantos elegidos ante su imperial presencia.

Habló con suficiente ligereza, pero el desprecio intrínseco resultó evidente para Shaill. La expresión de la Matriarca se ensombreció.

—Espero por todos los dioses… y perdonadme, mi señor… no ser uno de ellos. Después de lo que le hizo a mis amigas de Chaun Meridional y de otras partes…

—Sí. —La expresión de Tarod se tornó de pronto reflexiva—. Sí… Debí hablar con vos antes, para expresaros mi pena por sus muertes. Pero no parece haber palabras adecuadas, ni siquiera ahora.

Shaill se dio cuenta de que en aquella afirmación había verdadera pena. Se sintió sorprendida y emocionada, y un poco incómoda dijo:

—Y yo debí haberos agradecido por…, por lo que hicisteis por ellos…

Él alzó rápidamente una mano, impidiendo que dijera nada más.

—Por favor, Matriarca. Creo que haríamos bien en correr un velo sobre ese episodio, aunque ninguno de nosotros pueda olvidarlo. —Una nueva y extraña luz brilló en sus ojos, convirtiéndolos en algo tan duro como las esmeraldas que parecían, y con un breve estremecimiento Shaill vio algo de su verdadera naturaleza en aquella mirada—. La usurpadora deberá responder de muchas cosas cuando finalmente caiga en nuestras manos.

La Matriarca reprimió un escalofrío cuando unas imágenes terribles desfilaron por su mente, y se atrevió a formular la pregunta que había tenido en la cabeza desde que había entrado en la sala.

—Esa joya que luce en el cuello ¿es…? —No tuvo valor suficiente para terminar la pregunta.

—Lo es —asintió Tarod, doblando los largos dedos de su mano izquierda—. Me complacería tanto coger esa garganta blanca y cerrar en torno a ella mis dedos y… —Un aura negra vibró en torno a su cuerpo, pero desapareció con la misma rapidez con que se había materializado. Miró a la Matriarca y esbozó una sonrisa fría pero cómplice—. Ya llegará la hora, dama Shaill, ya llegará. Pero por el momento debemos aparentar que disfrutamos y esperar como arañas que aguardan a que la mosca vuele demasiado cerca de nuestra tela. —Extendió un brazo—. ¿Me concederéis el honor de vuestra compañía durante un rato?

No lo esperaba, y se ruborizó confundida. Pero luego pensó: «¿Por qué no?». Al menos le daría a Ailind algo que pensar, y estaba empezando a percatarse de que no sentía hacia el señor del Orden el respeto que su catecismo ordenaba.

Hizo una reverencia ante él, al estilo de la Hermandad, y añadió un ademán que, por sus archivos de historia, sabía que era tan arcaico como el

Librodot

gesto que el dios le había dirigido antes. —Estaré encantada, mi señor Tarod.

Strann observaba disimuladamente a Karuth y sufría. No había necesitado los deliberados susurros que habían llegado a sus oídos, cuando los adeptos habían desfilado uno tras otro ante el asiento de la usurpadora para saludarla, para saber que, a los ojos de todo el Círculo, era algo peor que un excremento. Y el hecho de que Ygorla también hubiera escuchado los descarados insultos y de que la divirtieran enormemente volvía el aguijón todavía más doloroso.

Su mirada se había cruzado con la de Karuth una vez. Cogida del brazo del Alto Margrave, con una copa de vino oscuro en la otra, lo había mirado, y Strann vio la impotente angustia en sus ojos y él, a su vez, intentó comunicarle en silencio parte de sus sentimientos. Si lo había conseguido o no, no lo sabía, e incluso comenzaba a temer, de forma irracional, que ella podría haber sido envenenada por la marea de compasión que se agitaba a su alrededor y que estuviera perdiendo la fe en él. Strann rezó con todo su corazón para que no fuera así y para que, de alguna manera, antes de que terminara la noche, encontrase el modo de proporcionarle la confianza que ambos ansiaban.

Por el momento, sin poder hacer nada más que un gesto adulador a Ygorla de vez en cuando, intentó no vigilar constantemente la sala en busca del característico color del vestido de Karuth, sino centrar su atención en la misión que Tarod le había encomendado. Todavía no tenía nada que valiera la pena comunicar. Ygorla había recorrido el camino predecible: deleite ante el homenaje que le rendían, después inquietud y ahora había alcanzado un grado de aburrimiento que, si no se desvanecía pronto, no tardaría en resultar peligroso. Unos cuantos minutos antes, Strann había sugerido que quizá le agradaría dar la señal para que comenzara el baile y, para alivio suyo, ella se mostró de acuerdo y había enviado palabra a los músicos de la galería para que se prepararan para el primer repertorio. Ahora estaba absorta, intentando decidir cuál de los muchos hombres de la sala escogería para que fuera su primera pareja. Strann sospechaba que dudaba entre Ailind y el Sumo Iniciado como primera víctima, aunque la había visto fijarse más de una vez en el Alto Margrave. Por el bien del joven, Strann esperaba que no fuera su elección, y se sintió aliviado cuando, tras unos minutos de reflexión, Ygorla chasqueó los dedos para llamar a un criado y anunció que bailaría con Tirand Lin.

Tirand acudió, contra su voluntad pero estoicamente, y se anunció el primer baile. Hizo una reverencia con tal rigidez que, en otro estado de ánimo, Ygorla lo hubiera tomado por un insulto; y, cuando la usurpadora se levantó del sillón para aceptar su mano tendida, él lanzó una fugaz mirada a Strann.

Strann se encogió ante aquella mirada como lo hubiera hecho ante una serpiente, pero aquel momentáneo intercambio no se le escapó a Ygorla, que se echó a reír.

—Vamos, rata, ¿por qué no le preguntas a la hermana del Sumo Iniciado si no querría acompañarte en estos compases? —dijo.

Strann se fortaleció.

—Ah, dulce señora —replicó en el tono más melancólico que pudo—, ¡sería un pobre sustituto para el anhelo de mi corazón! No, debo languidecer

aquí y soñar mis sueños sin esperanza...

Tirand dijo algo por lo bajo. Ygorla no lo oyó, pero Strann sí. Observó cómo el Sumo Iniciado se la llevaba, y sintió ganas de matar.

—Realmente me duele admitirlo, pero es hermosa, muy hermosa.

Calvi y Karuth bailaban juntos, en un corro que completaban la hermana Alyssi y un joven y asustado adepto de segundo nivel. Karuth intentaba concentrarse en los pasos, pero las palabras de Calvi la hicieron estremecerse. Y no se le había escapado cuántas veces su mirada se había clavado en Ygorla mientras ésta presidía el baile con Tirand.

—Hermosa, sí —repuso, consiguiendo a duras penas mantener la voz firme—. Y ése es uno de sus mayores peligros.

—¡No creas que no lo sé! Sólo espero, por el bien de Tirand, que no decida tenerlo mucho más tiempo a su lado. Mírale la cara. Si tuviera un cuchillo, creo que intentaría matarla. —Los ojos de Calvi brillaron—. Igual haría yo. Dulces dioses, ¡lo mismo haría yo!

Karuth lo sujetó con más fuerza.

—Calvi, no. Ni se te ocurra pensarlo. ¡Es demasiado peligroso!

Él se relajó un tanto.

—Lo sé. —Se obligó a desviar la vista, y reparó en la Matriarca, que se encontraba dos corros más allá—. Shaill está bailando con el señor del Caos. Eso sí que me sorprende.

Karuth notó la tensa inflexión y dijo:

—No deberías juzgar tan duramente a nuestro señor Tarod, Calvi. No es exactamente lo que parece.

—¿No? —La respuesta fue tan rápida que la cogió desprevenida—. Después de lo que vi de él en el Salón de Mármol, siento disentir. —Perdió un paso cuando sus pensamientos se impusieron, y tardó varios segundos en volver a coger el ritmo. Karuth advirtió que su expresión se había vuelto extrañamente cerrada—. De hecho —siguió él—, empiezo a pensar que los dioses, todos los dioses, tienen bastante menos respeto por nosotros, los mortales, de lo que quieren aparentar. E incluyo a nuestro señor Ailind en esta afirmación tajante.

Karuth lo miró sorprendida; luego recordó el pequeño incidente la noche antes de la visita a Hannik, cuando Ailind lo había denigrado públicamente. Strann dijo después que casi parecía que el señor del Orden se propusiera indisponerse con él de forma deliberada, y, aunque entonces no se tomó en serio aquella observación, Karuth se preguntaba ahora si quizá, sin ella saberlo, se habían producido otros incidentes que pudieran dar peso a la conjetura de Strann. Pero ¿qué razón podía tener Ailind para desear alejar a Calvi de la causa del Orden? La idea carecía de toda lógica.

Iba a indagar más en aquello cuando se dio cuenta para su disgusto de que la danza estaba terminando. Las largas hileras de parejas se inclinaron unas ante otras y hubo unos educados aplausos. Mirando de reojo, Karuth vio que Ygorla había entablado animada conversación con Tirand, aunque era ella la única que hablaba; de pronto, como si sintiera que la estaban mirando, la usurpadora alzó la cabeza y sus ojos se encontraron. Ygorla sonrió —no fue una sonrisa agradable—, le dijo algo a Tirand y lo condujo a través de la sala.

—Oh, dioses —dijo Calvi por lo bajo—, vienen hacia nosotros.

Librodot

Karuth se mantuvo impertérrita mientras Ygorla y su hermano se acercaban. Tirand tenía un aspecto ojeroso, pero el rostro de Ygorla era un modelo de fingida cordialidad.

—¡Mi querida Karuth! —Sonreía con astucia, y sus ojos mostraban burla y desafío—. Creo que nos hemos visto antes, aunque demasiado fugazmente, y me parece recordar que no estuviste precisamente encantadora. De todos modos, me gustaría confiar en que podemos olvidar ese pequeño incidente. —Fijó en Calvi una mirada deslumbrante que hizo parpadear al joven, y añadió en un tono suave—: ¿Y quién eres tú?

Calvi se enderezó e hizo una seca reverencia.

—Soy Calvi Alacar. —La costumbre casi le hizo añadir «a vuestro servicio», pero se contuvo a tiempo y cerró la boca.

—¡Ah! El hermano pequeño del difunto y llorado Blis. —Ygorla rió dulcemente—. Eres bastante más guapo que tu hermano, ¿no es cierto, Calvi? Todo un joven, aunque tu traje sea un poco triste para mi gusto. Pero siempre hay lugar para una influencia que mejore... —Se volvió de nuevo hacia Karuth—. He estado bailando con tu hermano, querida, pero lo encuentro insoportablemente aburrido, así que puedes disfrutar de él durante un rato, y yo veré qué tal es tu pareja. —Propinó a Tirand un fuerte empujón que casi lo hizo chocar contra Karuth y, colocándose al lado de Calvi, le cogió el brazo posesivamente—. Estoy segura de que seréis una pareja perfecta —declaró; luego giró sobre sí misma y alzó la voz—. ¿Bien? ¿Queréis tenerme esperando toda la noche? ¡Quiero bailar! ¡Empezad!

Tiró de Calvi para presidir el nuevo baile. Tirand permaneció inmóvil, rígido y tieso junto a Karuth, quien, pensando que sólo esperaba una oportunidad para excusarse, se volvió e hizo ademán de alejarse. Pero él le cogió la mano.

—Karuth, baila conmigo. Aunque sólo sea para guardar las apariencias.

Ella vaciló, pero enseguida cedió e intentó poner una cara más alegre mientras desfilaban entre las hileras de parejas. Tirand, sin embargo, la conocía demasiado para engañarse y, cuando la música comenzó a sonar, dijo en voz baja pero con tono duro y ferviente:

—Le haré pagar ese insulto que te ha hecho, de una manera o de otra.

Karuth podría haberle recordado que ellos habían intercambiado recientemente insultos mucho peores, pero contuvo la lengua. Tirand, con toda su torpeza, estaba intentando ser conciliador, y desdeñar sus esfuerzos sería una grosería. Además, ya no sentía hostilidad hacia él. Ella también había aprendido la lección de Hannik, y los agravios personales no tenían importancia cuando debían enfrentarse a un enemigo común mucho más cruel.

Pero, a pesar del tácito deshielo, a ambos les resultaba imposible encontrar algo que decirse. Acabaron el baile en afectado silencio, y, al ver que nadie acudía a reclamar a Karuth, Tirand le preguntó con cierta tirantez si aceptaría bailar con él la tercera pieza. Ella asintió un tanto distraída, preocupada porque Ygorla no había buscado una nueva pareja y seguía monopolizando a Calvi. La música comenzó de nuevo y Tirand, que también los había visto, dijo:

—Vi a Calvi acompañarte antes. Creo que fue un gesto muy... maduro por su parte.

—Agradecí el gesto —repuso Karuth, sin dejar de observar a Ygorla y al

Alto Margrave juntos. Hacían una atractiva pareja, inquietantemente atractiva...

Tirand se aclaró la garganta.

—Creo que yo debería..., es decir... Karuth, quería decir que yo... —De pronto dejó de bailar y se quedaron mirándose. Sus ojos rebosaban compasión, y el antiguo resentimiento, aunque seguía siendo perceptible, estaba casi reducido a cenizas—. Lo siento —dijo—. No importan las disputas que hayamos tenido en el pasado; sigues siendo mi hermana y no te mereces esto. Sólo quería decírtelo.

Estaban interrumpiendo la línea y llamando la atención. Karuth cogió rápidamente la mano de su hermano.

—Sentémonos el resto del baile, Tirand. —Sus palabras la habían animado de manera repentina e inesperada, y, al sonreírle, hubo débiles ecos en su sonrisa de la vieja e íntima camaradería que una vez habían compartido—. Me apetece una copa de vino... Acompáñame.

Se apartaron de los danzantes y, todavía cogidos de la mano, se dirigieron a una de las mesas cargadas con comida y bebida que se alineaban contra las paredes de la sala. Pero, antes de que llegaran a ella, una voz resonó por encima de los compases de la danza.

—¿Qué es esto, qué es esto? ¿Ya te has cansado de tu tedioso hermanito, querida Karuth?

Desprevenidos ante aquella interrupción, los músicos se pararon inseguros y todas las cabezas se volvieron, mientras Ygorla, seguida de Calvi, atravesaba el gentío en dirección a Karuth y a Tirand. En el instante justo antes de que la humillación y la furia la hicieran mirar para otro lado, Karuth vio que Calvi parecía aturdido.

Ygorla le hizo un gesto admonitorio y burlón con el dedo.

—No estás disfrutando con el baile, Karuth. No lo toleraré... Te buscaré un nuevo compañero, y enviaremos a tu hermano a que vaya a traernos más vino. —Miró de reojo y con astucia a Tirand—. ¿Me has oído, Sumo Iniciado? No sirves como galán, así que quizás estés mejor en el papel de criado. Ve a buscar vino y puedes esperar con él junto a mi sillón hasta que termine esta pieza.

Tirand enrojeció de rabia, y las venas del cuello se le marcaron al luchar para dominarse. Sólo el recuerdo de las inexorables órdenes de Aeoris frenó su mal genio; hizo una reverencia.

—Como gustéis, señora —repuso con una voz apenas reconocible.

Ygorla sonrió satisfecha cuando él se alejó.

—Y ahora, querida —le dijo a Karuth— ocupémonos de ti. Creo que tengo la pareja adecuada para esta feliz velada —y chasqueó los dedos en dirección al estrado al otro extremo de la sala—. ¡Rata! Endereza tus bigotes y límpiate las patas. ¡Tengo una pequeña tarea para ti!

Karuth sintió que su mente y su cuerpo se helaban. Horrorizada, incapaz de creer que aquella monstruosa mujer pudiera tener un sentido del humor tan retorcido, se vio incapaz de moverse o de decir nada; sólo pudo mirar, sin expresión, mientras Strann se alzaba de su cojín en el estrado, vacilaba y luego se acercaba lentamente hacia ellos. Otros habían advertido la naturaleza del maligno chiste de Ygorla y se escucharon suspiros, murmullos de protesta. Pero bastó una mirada de la usurpadora para acallarlos, y Strann y Karuth se encontraron cara a cara.

Librodot

—Karuth parece tener la desgraciada costumbre de perder a sus parejas, rata, de manera que debes acudir a su rescate. —Ygorla cogió la cadena enjoyada que colgaba del collar de Strann y sonrió a Karuth con malicia—. ¡Tal vez, si lo agarras de la correa, no se te escape esta vez! —Y la sala resonó con sus risas antes de que exclamara—: ¡Música! ¡Música!

Nadie osó hacer nada. El baile se inició de nuevo. Las parejas comenzaron a danzar otra vez en aquella parodia de placer. Strann y Karuth siguieron mirándose. Entonces, incapaz de contener su emoción, Karuth se abalanzó sobre él con los brazos abiertos.

—Strann... —Su voz se rompió al pronunciar su nombre.

—¡No! —dijo él y, cogiéndole los antebrazos, la apartó hasta mantenerla a una distancia prudencial. Karuth vio, con asombro, que su expresión era fría y desdeñosa. Entonces, él le susurró—: Nos está vigilando. Baila..., disimula.

No sabía si sería capaz, porque temblaba sin control, pero él la empujó y la colocó en medio de la línea y, automáticamente, sus pies parecieron hacerse cargo de la situación. Las parejas que tenían más cerca se apartaron puntillosamente, lanzando miradas de odio en dirección a Strann. Él no les hizo caso y volvió a hablar en un aparte apremiante.

—Conociéndola, sospecho que no nos dejará ni un minuto juntos antes de que decida volver a divertirse, así que debemos hablar rápidamente.

Karuth tragó algo que parecía querer asfixiarla.

—¿Sabe..., sabe ella... lo que sientes?

—No. Cree que coqueteé contigo para pasar el tiempo mientras la esperaba, y es esencial que siga creyéndolo. Karuth, escucha. Haga lo que haga, diga lo que diga, no importa lo que sea o la impresión que cause en público, ¡no debes creerlo! Prométeme que lo harás. ¡Prométemelo!

La mano que sostenía las suyas se cerró con tal fuerza que le produjo un intenso dolor en el brazo. Karuth contrajo la garganta y sintió que comenzaba a temblarle la mandíbula. En un intento desesperado por recuperar el dominio de sí misma, se mordió la parte interior de la mejilla.

—Sí —susurró en respuesta—. Lo prometo. Lo prometo. Oh, Strann...

—¡Amor, no hay tiempo! —Strann miró fugazmente de reojo—. Escucha. Debes apartar de ella al Alto Margrave, deprisa. No puedo explicar por qué; no tengo ninguna prueba, pero Ygorla está fascinada por él, y estoy convencido de que eso representa un gran peligro. Es una intuición, nada más, pero dijo algo hace un momento...

Las palabras se interrumpieron bruscamente, y, con un sobresalto, Karuth vio que Ygorla y Calvi se les acercaban.

—Oh, dioses... —¡Había tantas cosas más que decir! Pero era demasiado tarde. La predicción de Strann había sido correcta; habían tenido su minuto, y ahora Ygorla se traía entre manos una nueva maldad.

Cuando llegó ante ellos, Strann se apartó de Karuth e hizo una profunda y profusa reverencia.

Ygorla le dedicó una sonrisa como respuesta, y luego cogió la cadena que colgaba y que Karuth no se había sentido capaz de tocar.

—Vamos, rata. Deja tu bonito juguete; te quiero ahora. —Karuth vio con repugnancia que Strann doblaba una rodilla ante la usurpadora y le besaba la mano; y se sintió doblemente sobresaltada cuando Calvi soltó una risita.

Ygorla miró con coquetería al Alto Margrave.

—¿Te das cuenta, Calvi? Ya te dije que lo tenía bien amaestrado. Quizá más tarde te enseñe otro de los trucos que sabe hacer. A su manera, resulta bastante entretenido. —Hizo una pausa, y una sonrisa lobuna se dibujó en su boca—. O quizá Karuth sea más adecuada para enseñarte las costumbres de la rata, ¿eh, Karuth? Por lo que tengo oído, habéis disfrutado de más de un revolcón juntos durante su estancia en el Castillo —y se rió impúdicamente.

El rostro de Karuth se volvió blanco y creyó que vomitaría. Aquel monstruo con apariencia humana, aquella diablesa... No podía soportar más. No podía.

Ygorla se dio cuenta de las furibundas emociones que Karuth intentaba reprimir, y su risa se hizo más estridente.

—Oh, querida, ¿acaso te hago sufrir? Qué desilusión. Creía que eras una mujer lo bastante madura como para que no te molestaran mis pequeñas bromas.

Aunque los músicos seguían tocando resueltamente, ninguna de las parejas en la sala podía aparentar ya no haber advertido el enfrentamiento. El baile se había interrumpido y la gente observaba y escuchaba con una mezcla de vergüenza y turbación. A Ygorla le encantaba tener público, y estaba dispuesta a aprovecharlo al máximo y completar la humillación de Karuth. Volvió a sonreír.

—¿O acaso estás ofendida, porque las patitas de mi ratita ya no pisan ligeramente tu cubrecamas por las noches? —Calvi volvió a soltar una risita, como un borracho, lo que atrajo miradas escandalizadas de quienes estaban más cerca, e Ygorla tiró de la cadena de Strann y añadió con aire despreocupado—: Si tu necesidad es tan grande, querida, podría prestártelo durante un par de horas. Con la condición, claro está, de que me lo pidas o, quizá mejor, que me lo supliques con el adecuado respeto.

Karuth supo que estaba a punto de venirse abajo. Sintió la imparable e inevitable subida de la furia y comprendió que no le quedaban fuerzas para luchar contra su embestida. Iba a abalanzarse sobre aquella mujer, a arrojarse como un gato rabioso, como una salvaje, y a arrancarle la resplandeciente cabellera a mechones, a desgarrarle la hermosa piel de su rostro y a convertir sus ojos de color zafiro en glóbulos sanguinolentos, y...

—Creo que descubriréis que la dama Karuth no desea nada de vos, señora.

Karuth dio un respingo como si alguien la hubiera golpeado físicamente, y al darse la vuelta se encontró con Tarod.

Los ojos de Ygorla lanzaron un destello de indignación mezclada con algo de desconcierto.

—¿De dónde...? —empezó a decir, pero reprimió rápidamente las palabras.

Tarod puso una mano sobre el hombro de Karuth, y, al sentir el contacto de sus dedos, Karuth experimentó una fuerza interior —o quizás una fuerza procedente del exterior— que ahogó el infierno de su ira y la tranquilizó.

Tarod sonrió a la usurpadora con frialdad.

—Nos disculparéis, señora. El tiempo de Karuth me pertenece y no tengo deseos de malgastarlo.

Ygorla había recobrado rápidamente la compostura y le dirigió una

Librodot

mirada inquisitiva.

—Os encuentro algo impertinente, Tarod del Caos. Y ésa no es una actitud muy inteligente ante mí. —Con énfasis, aunque con ostensible despreocupación, se llevó una mano al resplandeciente zafiro que tenía en el cuello.

La mirada de Tarod se posó en la gema durante unos segundos.

—Oh, no lo creo así, mi señora —contestó en voz baja, pero con un tono amenazador—. No creo que ni siquiera alguien como vos sacrifique todo por la impaciencia de un instante. ¿O es que os he supuesto más inteligente de lo que realmente sois?

Las mejillas de Ygorla se arrebolaron, y su mano se cerró con fuerza sobre el zafiro.

—¡Corréis un gran riesgo! —siseó.

—Naturalmente. Está en mi naturaleza el hacerlo. Y ahora... —sin dejar de mirarla con funesta intensidad, Tarod alzó la mano izquierda de Karuth, se la llevó a los labios y la besó— buscaremos compañía más agradable y os dejaremos a vos y a esta servil menudencia entregados a vuestros baladíes placeres. —Dirigió una mirada furibunda e intransigente a Strann, una mirada que prometía algo peor que la muerte—. Bautizáis muy adecuadamente a vuestras mascotas. —Y, envolviendo a Karuth con un pliegue de su capa, se la llevó.

Tras la salida del señor del Caos, se produjo un silencio total y ominoso. Ygorla parecía completamente paralizada; permaneció inmóvil, contemplando las dos figuras que se alejaban, y ni siquiera Strann fue capaz de imaginar qué pensamientos se ocultaban tras aquellos ojos duros como gemas. Su propio corazón latía desbocado, pero, muy por encima de su temor, sentía una enorme gratitud hacia Tarod por aquella última artimaña. Con la mirada mortífera y las insultantes palabras, el señor del Caos había puesto a Strann con firmeza en el papel de fiel seguidor de Ygorla, y eso, Strann lo sabía, podía muy bien haberle salvado la vida.

De repente, el silencio se vio roto por una risotada de Calvi. Ygorla, sorprendida, giró sobre sus talones.

—¿Qué ocurre? —inquirió con una voz que fue un peligroso ladrido.

Calvi volvió a reírse. Strann se dio cuenta de que estaba borracho, pero había algo más en su estado mental, y las alarmas volvieron a dispararse en la mente del bardo.

—Él... —Calvi alargó el brazo y puso una mano sobre la manga de Ygorla, un gesto que ningún ser vivo en sus cabales se hubiera atrevido a hacer en aquel momento—. ¡Os tenía tanto miedo! Y aun se cree..., se cree... —Sus palabras se disolvieron en carcajadas irrefrenables.

Ygorla se quedó mirándolo. Luego, despacio, su boca comenzó también a agitarse en respuesta.

—Oh, sí —dijo—. ¡Oh, sí! Tanta apariencia, tanto número ¡y todo por el orgullo de esa triste mujer! O tal vez es que hay algo más, ¿eh? —Se dio la vuelta y le dio un codazo a Strann en las costillas—. Tú deberías saberlo, rata. Ahora que la has abandonado, quizás ha ido corriendo a Tarod y le ha ofrecido sus encantos para así ahogar sus penas.

Strann hizo un tremendo esfuerzo y consiguió que su rostro reflejara en una impúdica sonrisa la lasciva expresión de Ygorla.

—Querida señora, ¡debe de estar mucho más desesperada de lo que yo

jamás supuse, para morder semejante cebo!

Ygorla echó la cabeza hacia atrás y se rió estruendosamente.

—¡Tienes razón, rata, debe estarlo! Bueno, basta. —Repentinamente, siguiendo su desconcertante y caprichoso comportamiento, se puso seria y contempló la muchedumbre de rostros nerviosos que la rodeaban—. ¿Qué es esto? ¿Una fiesta o un velatorio? ¡Decid a la chusma de la galería que vuelva a tocar! Bailaré hasta el amanecer... ¡y tú, Calvi, serás mi pareja! —Soltó la cadena de Strann y lo despidió con un gesto despreocupado, al tiempo que ofrecía las manos al Alto Margrave.

Strann observó a Calvi, que sonreía tontamente, coger las manos de Ygorla entre las suyas, y una sensación fría y pegajosa se coló hasta los rincones más recónditos de su mente. Había intentado poner sobre aviso a Karuth en el minuto escaso en que habían estado juntos, pero era demasiado tarde. Ygorla había escogido su víctima, y el Alto Margrave tenía las mismas oportunidades de resistirse que una mariposa frente a un huracán. Estaba embrujado. A partir de aquella noche sería arcilla moldeable en las manos de la usurpadora.

Se alejaron girando, siguiendo el nuevo baile que comenzaba, y Strann volvió a hundirse en su lugar, sobre el cojín delante del sillón de la usurpadora. Se sentía triste, desanimado y agotado hasta los huesos, y las luces y colores que giraban a su alrededor a medida que el festejo volvía a ponerse en marcha, se convirtieron de una parodia en un carnaval de pesadilla. Buscó a Tarod y a Karuth pero no los vio entre la multitud; y, de todos modos, se recordó, verlos no le serviría de nada a menos que pudiera hablarles sin que Ygorla lo supiera. Y, al menos durante aquella noche, sería imposible.

Strann bajó la cabeza al apoderarse de él un sentimiento parecido a la desesperación. Sabía con certeza que había algo tremendamente maligno en el aire, y se veía impotente para detener su avance. Pero, en cuanto a conocer o siquiera suponer su naturaleza, aquello escapaba a las capacidades de un mero trovador. Aquello, pensó Strann mientras reprimía un escalofrío, era asunto de los dioses.

CAPITULO 13

—No sé cómo daros las gracias. —Karuth se miró las manos entrelazadas, cuyos nudillos estaban blancos por la tensión—. De no haber intervenido cuando lo hicisteis, yo..., yo no sé qué habría ocurrido.

Tarod sabía muy bien qué habría sucedido, pero no consideraba necesario aumentar su sufrimiento diciéndoselo. Unos minutos después del altercado con Ygorla, la había acompañado fuera de la sala, consciente de que incluso bajo su protección no habría podido aguantar mucho más. Ahora se encontraban sentados en la habitación de Karuth con una jarra de vino entre ambos y el fuego, avivado de nuevo, para combatir el frío nocturno.

Karuth no acababa de adaptarse a aquel encuentro en privado, extrañamente íntimo, y sus sentimientos eran aún más confusos por la manera en que Tarod había acudido a rescatarla. Parecía haber querido implicar deliberadamente que había más en la relación entre ambos que lo que los demás habían observado, y, aunque sabía que no era más que una treta, seguía sintiéndose desconcertada. Ahora, al mirarlo, sentado en una silla al otro lado de la chimenea, dándole vueltas en la mano a una copa de vino de largo tallo, tuvo que reprimir un escalofrío cuya naturaleza no comprendía del todo. Sería muy fácil para una mujer mortal, pensó, creer que estaba enamorada de un señor del Caos, o al menos que se sentía profundamente atraída por él. La mezcla de un distanciamiento remoto pero casi omnisciente con una compasión sorprendentemente humana que mostraba Tarod era un cóctel explosivo, y el hecho de que además fuera un dios sumaba especias a un brebaje ya de por sí peligroso. Al salir juntos de la sala, Karuth vio que otros los observaban, y sus miradas de asombro y de consternación le habían provocado un escalofrío intenso e inesperado que casi le resultó placentero. Quizá, pensó, era sencillamente una reacción a la compasión con que la habían abrumado tras la aparente perfidia de Strann, el deseo de recuperar algo de orgullo y convertir la imagen pública de derrota en una de triunfo. Pero ni en sus momentos más negros creía Karuth ser tan mezquina, o al menos eso había creído hasta este momento.

La suave risa de Tarod interrumpió el flujo de sus pensamientos, y lo miró. Le sonreía, y en su sonrisa había más que un atisbo de malicia intrigante.

—Nada tienes que temer de mí, Karuth —dijo—. Y, si puedo atreverme a decirlo, no tienes que temer nada de ti. Las aspiraciones de Strann están seguras.

Ella se ruborizó, sintiéndose avergonzada y estúpida.

—Si hubiera sabido que podéis leer mis pensamientos... —repuso a la defensiva.

—No puedo, como ya te he dicho más de una vez. Pero cualquiera con un poco de inteligencia leería en tu rostro en este momento y añadiría unas cuantas observaciones más. No te preocupes por eso, Karuth. Me tomo la visión que tienes de mí como un cumplido; y, además, nuestros engaños combinados nos han ido muy bien.

—¿Muy bien? —repitió sus palabras, desconcertada.

Librodot

—Oh, sí. El hecho de que casi perdieras el control y estropearas la preciada belleza de Ygorla me permitió ponerla a prueba. Una prueba pequeña, lo reconozco, pero que de todos modos ha sido útil porque me ha demostrado que no es tan estúpida o imprudente como para ponerse en peligro por una cuestión de principios.

Karuth hizo una mueca de dolor.

—Tendría que ser realmente poco inteligente para hacer eso, mi señor.

—Cierto, pero siempre fue una posibilidad. Y luego, claro está, queda el hecho de que pudimos hacer que la posición de Strann en su estima fuera un poco más segura.

—Sí —contestó Karuth, recordando lo que él había hecho y por qué—. Os lo agradezco.

—Ha sido por el bien del Caos tanto como por el vuestro, te lo aseguro. —Pero la mirada que le dirigió parecía poner en duda la verdad de la despreocupada afirmación. Se impuso el silencio durante un momento. Luego Tarod preguntó—. ¿Te contó algo Strann?

El cambio de tema trajo a Karuth de vuelta a la realidad y frunció el entrecejo.

—Sí. Sí que lo hizo. Era acerca de Calvi...

—Ah. —El tono de Tarod cambió—. ¿Qué dijo?

—Que era esencial que lo apartáramos de la influencia de la usurpadora —respondió; entonces recordó el estado en que había visto a Calvi, cómo se había reído de sus apuros, como si hubiera bebido hasta perder la razón...

Su mirada se encontró con la de Tarod, y sus propios ojos se volvieron de pronto severos.

—Strann no pudo explicarme qué quería decir. Pero la advertencia llegó demasiado tarde, ¿verdad? Fuera lo que fuese lo que sospechaba, ya había ocurrido.

Era la confirmación que Tarod buscaba.

—Sí —dijo—. Era demasiado tarde. —Soltó un suspiro exasperado y añadió—: Debí haber previsto algo así. Calvi era un blanco demasiado evidente, sobre todo después de la total estupidez de Ailind con él hace unas cuantas noches.

Al igual que la Matriarca un poco antes, a Karuth la sorprendió comprobar que el incidente tampoco le había pasado inadvertido al dios. Aquello le trajo otro recuerdo.

—Mi señor, Strann me hizo una extraña observación sobre ese asunto. Dijo, y no quiso o no pudo explicarse con más detalle, que parecía como si Ailind quisiera indisponerse con Calvi a propósito.

—¿De veras dijo eso? —replicó Tarod, entrecerrando los ojos—. Me pregunto por qué pensaría eso.

Karuth no pudo responder.

—Esto puede necesitar de más investigaciones —declaró el señor del Caos—. Veré qué consigo descubrir.

—Si puedo ayudar en algo...

—Por el momento, no. —Entonces la mirada pensativa y tenebrosa se desvaneció y su expresión se suavizó al ponerse en pie—. Creo que lo que necesitas ahora por encima de todo es una buena noche de sueño, así que te dejaré para que te acuestes. Oh, y no temas que Ygorla vaya a intentar más maldades contigo. Me aseguraré de que no pueda hacerlo.

Librodot

Karuth le sonrió agradecida, pero le supuso un esfuerzo.

—Aprecio vuestra amabilidad, mi señor. Pero temo por la seguridad de Strann, no por la mía.

—Strann es más que capaz de cuidar de sí mismo, como lo ha demostrado esta noche. Es un elemento demasiado útil en los planes de la usurpadora para que le haga daño. —Al ver que su comentario no la convencía del todo, Tarod alargó el brazo y, tocándole la mejilla ligeramente, le apartó un mechón de cabello oscuro del rostro—. Intenta no tener miedo, Karuth —dijo; luego se inclinó y la besó en la frente.

Ella permaneció inmóvil largo rato una vez que él se hubo ido, con los ojos enfocados en el vacío y los pensamientos en un tumulto. Al fin se levantó, se acercó a la ventana y cerró los postigos interiores. Rara vez hacía eso, porque prefería no cerrar del todo el paso a la luz y al aire incluso en aquella época del año. Pero retazos de la música procedente del comedor seguían llegando con la brisa helada y cortante, y quería dejarlos afuera. Aquella noche quería dejar fuera a todo el mundo y estar sola de verdad.

Ygorla no cumplió del todo su promesa o amenaza de bailar hasta el amanecer, pero fue bien de madrugada cuando, para inmenso alivio de los reunidos, anunció finalmente que ya tenía bastante de frivolidades y que pensaba retirarse. Y cuando salió de la sala, sonriente y satisfecha de sus logros durante la velada, Calvi Alacar iba con ella.

Tirand, que, tras escapar a sus maliciosas atenciones, se había refugiado junto a la Matriarca y un grupo de adeptos superiores, vio a la pareja que se iba, y su mano se cerró con tal fuerza sobre el tallo de la copa de vino que sostenía que casi lo rompió. Soltó una dura y venenosa exclamación, dejó a sus sorprendidos acompañantes y comenzó a dirigirse hacia las puertas, con la intención de cerrarle el paso a la usurpadora. Pero antes de que pudiera acercarse se encontró con que, a su vez, Ailind se interponía en su camino.

—No, Tirand. —La expresión del señor del Orden era de suma frialdad—. Déjalos marcharse.

—Pero, mi señor, ¡no podemos permitirle que haga esto! Calvi necesita ayuda. ¡Hay que apartarlo, antes de que su influencia lo envenene!

Ailind se encogió de hombros con indiferencia.

—Me temo que es un poco tarde. Si el Alto Margrave es tan estúpido que se deja cautivar por semejante criatura, entonces me temo que no podemos hacer nada para impedirlo.

Tirand lo miró desolado.

—Pero… —dijo de nuevo.

En los ojos de Ailind resplandeció una luz ligeramente peligrosa.

—Has escuchado mi orden, Sumo Iniciado. Haz el favor de obedecerla.

Tirand retrocedió lentamente, sin atreverse a seguir discutiendo, y el señor del Orden se volvió para observar de nuevo a Ygorla. Las puertas de doble hoja se abrían ante ella. Tras la usurpadora, llevado por su cadena enjoyada, iba el servil chaquetero de Strann, un gallito que hacía cabriolas sobre un montón de estiércol; y, cogido del brazo de Ygorla, los ojos fijos con un inexorable y peculiar arrobo en el rostro de la usurpadora, iba Calvi, como un hombre que se encontrara en medio de un sueño bienaventurado.

Con gran deliberación, muy en privado, Ailind sonrió.

Librodot

La puerta interior de los aposentos de Ygorla se cerró de un portazo ante la cara de Strann, quien se derrumbó sobre el suelo de la antecámara, con la espalda contra la pared y los ojos cerrados.

Era estúpido, ¡qué estúpido! Debía haberse dado cuenta, debía haber sido más explícito y apremiante en su advertencia a Karuth. Tal como habían ido las cosas, ni siquiera había tenido tiempo de explicar la mitad de lo que tenía en la mente, antes de que aquella maligna perra los separara con la misma despreocupación y malicia con que los había juntado. Ahora, aunque no creía que lo llamara ante su presencia aquella noche, seguía sin atreverse a abandonar su puesto. Soltando risitas como una colegiala, y con Calvi aturdido y cogido de su brazo, Ygorla le había ordenado permanecer allí como una rata obediente, hasta que lo volviera a llamar, y los dos se habían encerrado en su dormitorio. Strann sabía muy bien el precio de desobedecerla, y era muy probable que enviara a algún grotesco elemental para ver que no incumplía su orden.

No sabía si llorar, reír o gritar. De todos los hombres del Castillo que podía haber escogido como amante, Calvi Alacar había sido el que menos probabilidades tenía, pero ahora, con la ventaja de la visión retrospectiva, resultaba la elección más descaradamente evidente. Atrapar al hermano del hombre que ella había asesinado salvajemente sin duda atraía tanto al perverso sentido del humor de Ygorla como a su colosal ego, y el hecho de que lo hubiera logrado con tanta facilidad era una dura demostración de su poder ante el Círculo.

Risas agudas le llegaban del otro lado de la puerta, amortiguadas por la gruesa pared, y Strann intentó no imaginar qué telaraña podría estar tejiendo Ygorla alrededor de su víctima. Se preguntó si Calvi seguiría en sus cabales cuando amaneciera, o incluso si viviría para ver amanecer. Si se le antojaba, a Ygorla no le importaría lo más mínimo obtener su placer y luego matarlo, con la misma despreocupación con que había matado a tantos otros, y con el mismo acto lanzar un terrible desafío a quienes se le oponían. Pero, pensándolo con más calma, Strann no creía que la cosa llegara a ese extremo. Sospechaba que Ygorla encontraría mucho más divertido mantener al Alto Margrave con vida pero impotente bajo su hechizo. Y, aunque carecía de toda lógica, Strann tenía la intuición igualmente intensa de que la usurpadora no sería la única a quien satisfaría aquella situación.

Tarod había abandonado pronto la sala, con Karuth. Ninguno de los dos sabía todavía el resultado del último juego de Ygorla, y no habían presenciado el breve enfrentamiento de Tirand Lin con Ailind cuando la usurpadora se marchaba. Strann sí. Siguiendo la correa que sostenía Ygorla, no había pasado lo bastante cerca para escuchar lo que el Sumo Iniciado le había dicho a su mentor, pero había visto que Tirand era despedido con sequedad y había advertido la sonrisa privada de Ailind, que a él le pareció una sonrisa de satisfacción. Estaba seguro de que algo se estaba tramando, y debía encontrar el modo de comunicárselo al señor del Caos.

La cámara interior estaba ahora en silencio. Strann intentó convencerse de que eso no tenía por qué ser necesariamente una mala señal y, levantándose con cuidado, fue de puntillas hasta la puerta exterior. Rezó para que los goznes y el pestillo no crujieran, cosa que no hicieron, y entreabrió la puerta y se asomó al pasillo. Nadie a la vista. Sólo una única antorcha que ardía en su soporte a unos cuantos metros de distancia. ¿Cuánto tardaría en

Librodot

llegar a la torre norte? No se atrevía a ir a la habitación de Karuth, porque la tentación de quedarse sería imposible de resistir y eso podía significar el desastre para todos. Tendría que ser la torre; era un grave riesgo, pero no parecía haber otra elección.

Estaba mirando por encima del hombro e intentando decidirse de una vez por todas a salir cuando apareció el gato gris. El animal lo saludó con un rápido y apremiante «prrt» que sobresaltó a Strann, quien bajó la vista y se lo encontró a los pies, mirándole a su vez con intensa concentración.

El gato... ¡claro! Había bromeado con Karuth acerca de él, llamando al animal su ángel de la guarda personal, pero ahora la broma cobró un aspecto completamente distinto. ¿Podía comunicarle lo que quería decir? ¿Lo entendería el gato y le llevaría el mensaje a Tarod? Strann no era telépata, pero tenía la impresión de que eran los gatos, más que sus contactos humanos, quienes determinaban el éxito o fracaso de cualquier comunicación.

Lanzó otra rápida y cautelosa mirada a través de la puerta entreabierta, y luego se agachó y alargó los dedos para que el gato los olisqueara.

—Ve a buscar a Tarod —le susurró y al mismo tiempo intentó visualizar y proyectar una imagen mental del rostro del señor del Caos y de la torre norte.

El gato ronroneó —Strann deseó fervientemente que ésa fuera su manera de decir que había comprendido— y él le comunicó su mensaje, una serie de imágenes que esperaba que transmitieran su significado y que al mismo tiempo eran lo bastante sencillas para que el animalito las asimilara y las recordara. Al final, ya no pudo hacer más y, sintiéndose mentalmente agotado, acarició la cabecita del gato.

—Ahora sólo puedo rezar para que me hayas entendido —le dijo en voz baja— Vete. Busca a Tarod.

El gato agitó la cola y, silencioso como un fantasma, dio la vuelta y se alejó. Strann lo observó hasta que desapareció al doblar la esquina; luego volvió a entrar en la habitación y cerró la puerta con gran sigilo.

—El mensaje del gato era bastante claro —dijo Tarod—. La usurpadora ha atrapado al Alto Margrave; y Strann está convencido de que a Ailind lo satisface ese acontecimiento.

En la habitación a oscuras de la torre, donde los dos mundos se habían unido por unos momentos, la imagen oscura y perfilada de Yandros se agitó ligeramente al hacer un nervioso gesto con una de las manos.

—Encaja con el esquema que comenzábamos a sospechar, Tarod. El trato que Ailind dio a Calvi en público ya indicaba que al Orden no le importaba si seguía siéndoles fiel o no...

Tarod lo interrumpió.

—Strann parece pensar que es algo más que despreocupación. Cree que podría tratarse de una artimaña premeditada.

—¿Para conseguir la desafección del Alto Margrave? —Yandros se mostró sorprendido—. Veamos, ¿por qué, por todos los reinos de la creación, querría Aeoris provocar semejante cosa? Calvi siempre ha sido uno de sus más firmes aliados —no se molestó en ocultar su desdén al decirlo— y yo pensaba que nuestros amigos estarían ansiosos para que siguiera siéndolo. No tiene sentido.

—No. Pero sigo pensando que podría ser verdad, Yandros. Strann es astuto, y tiene una intuición mucho mayor de lo que gusta mostrar. Si se huele algo, me inclino a hacer caso de lo que su nariz nos diga.

Aunque no estaba dispuesto a admitirlo, ni siquiera a su hermano, Yandros se sentía intranquilo. Hacía ya algún tiempo que Tarod y él estaban convencidos de que algo se tramaba en el reino del Orden, pero aquella primera pista, si es que era una pista y no un rastro totalmente falso, lo desconcertaba, porque era exactamente lo opuesto del tipo de estrategia que hubiera esperado de Aeoris.

Dejó en suspenso el pensar más acerca del tema y dijo:

—¿Y qué hay del alma de nuestro hermano? ¿La has visto?

Tarod asintió sombríamente.

—Sí. La llevaba esta noche; la exhibía con descaro colgada de una cadena alrededor de su cuello, de forma que todos pudieran verla. —Hizo una pausa— También he adivinado el nexo entre ella y la gema. Ha creado una protección que asegura que, si algo le ocurriera a ella, la gema se haría pedazos instantáneamente, y ni siquiera nosotros tenemos el poder para romper ese nexo a tiempo. —Sus ojos se entrecerraron, hasta parecer meras rendijas—. Podemos despreciar su poca inteligencia sutil, pero no podemos decir nada de su astucia.

—Pero todavía no ha lanzado abiertamente ningún desafío, ¿no es así? —preguntó Yandros.

—No. Por el momento parece que se contenta con dedicarse a hacer gala de su supremacía en todas las oportunidades que se le presentan.

—Espero que no hayas mordido su anzuelo.

Tarod sonrió tenuemente, al recordar su breve y duro diálogo con la usurpadora en la sala.

—No en ningún modo que pudiera poner en peligro la gema del alma.

—Asegúrate de no hacerlo. No importan las tentaciones, asegúrate. ¿Y qué hay de Narid-na-Gost?

Tarod lanzó una mirada especulativa por la ventana, hacia el lugar donde se recortaba la torre meridional, contra la tenue luz de las estrellas.

—Nadie lo ha visto todavía. El Círculo ni siquiera sabe que está aquí. Ha encontrado un agujero en el que esconderse, y parece satisfecho de dejar que sea su hija la que se ensucie las manos.

—¿Está también conectado a la gema?

—Creo que sí, pero no estoy seguro. No es algo que me importe poner a prueba.

Yandros encorvó los hombros, de mal humor.

—Bueno. Aunque resulte frustrante, parece que debemos seguir esperando y vigilando. Ponte en contacto conmigo cuando tengas nuevas informaciones de Strann.

Tarod asintió y se dispuso a disolver el nexo entre sus mundos. Pero, antes de que lo hiciera, Yandros sonrió con un breve resurgir de su acostumbrado humor negro.

—Una última cosa, Tarod. No dejes que Karuth Piadar averigüe demasiadas cosas acerca de tus motivos. ¡Recuerda lo que ocurrió la última vez que te enamoraste de una mujer mortal!

Tarod se rió con suavidad.

—Lo recordaré.

Librodot

En el mismo instante en que Tarod y Yandros daban por finalizada su discusión y se separaban, Ailind, en su cámara en el ala este, establecía contacto con Aeoris.

—La trampa ha funcionado exactamente según lo planeado —informó Ailind a su hermano mayor—. El Alto Margrave ya está loco por la usurpadora, y supongo que no pasará mucho tiempo antes de que esté completamente dominado por ella. Si a eso le añadimos el hecho de que ya está en contra nuestra, la receta está casi completa.

Aeoris sonrió.

—Sí que lo está. Son excelentes noticias, Ailind.

—Ahora, Calvi entrará en conflicto con el Círculo, naturalmente —dijo Ailind—, y eso echará más leña al fuego de su resentimiento hacia el Orden. Creo que nuestro siguiente paso debe ser explotar eso y hacer que sea para nuestro provecho.

—No preveo dificultades en ello —repuso Aeoris—. El Alto Margrave es esencialmente débil, por lo que resultará sencillo influir en su subconsciente. La siguiente etapa de nuestra estrategia debería resultar fácil. —Hizo una pausa—. ¿Has investigado el asunto de los elementales, como te dije?

—Sí, hermano, lo he hecho. Tal y como te informé, la usurpadora tiene poder sobre ellos, pero abusa constantemente de dicho poder. Parece disfrutar atormentándolos, o usándolos para propósitos triviales, para destruirlos a continuación. —Ailind enarcó sus pálidas cejas en un expresivo gesto—. Están dispuestos a cooperar con nosotros, muy dispuestos, la verdad. Ven en nuestro plan una forma de vengarse de ella, que es lo que desean por encima de todo.

La expresión de Ailind se volvió algo cínica.

—Suponiendo, claro está, que los elementales puedan comprender y respetar la necesidad de secreto total.

—Me he ocupado de que así sea.

—En ese caso, parece que estamos listos para dar el siguiente paso. Estoy muy satisfecho, Ailind, muy satisfecho. ¿Y qué hay del Caos? ¿Han hecho algo?

Ailind negó con la cabeza.

—Nada. Mi opinión es que están completamente atascados y que es muy probable que sigan así. Al fin y al cabo, —añadió, riendo—, ¿qué puede hacer Yandros que no ponga en peligro la vida de su hermano?

—Es cierto —coincidió Aeoris, de nuevo sonriente—. Muy bien. Parece que hasta el momento todo se ha desarrollado con la máxima perfección que podíamos esperar. Puedes comenzar tu labor con los elementales esta noche, y ponerte en contacto conmigo cuando tengas más noticias. Espero los siguientes acontecimientos con gran interés.

La luz dorada que se derramaba desde el reino del Orden se desvaneció de la habitación al desaparecer Aeoris. Durante varios segundos, Ailind permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el lugar donde había estado su hermano, pero la mente en otro lugar. Luego sus labios se torcieron levemente, casi con cinismo, e hizo un gesto de llamada. Otra luz, más pequeña, débil y fría que la del aura de Aeoris, apareció sobre su cabeza, y dentro de la luz se veía moverse una forma apenas visible, inhumana. Ailind miró la luz y habló en voz baja pero severamente.

—Hijo del aire y del agua, ¿entendéis tú y los tuyos el encargo que os confío? ¿Y entendéis que no debe quedar rastro de lo que hagáis esta noche que pueda llegar a ser conocido por otra entidad viviente?

Una vocecita como un suspiro, parecida al ruido de un lejano mar traído por una suave brisa, le respondió:

—Lo entendemos, mi señor.

Ailind asintió satisfecho.

—Consideremos entonces los sueños que enviaremos a nuestra presa esta noche...

Ygorla se despertó poco después del amanecer. A pesar de sus excesos, no había perdido nunca la costumbre de madrugar, adquirida durante su infancia en Chaun Meridional, y, una vez abiertos los ojos, su ávido interés en lo que pudiera depararle el nuevo día le quitaba cualquier deseo de dormir más.

A su lado, con los cabellos como una clara nube entre las arrugadas almohadas y ropa de cama, Calvi Alacar seguía durmiendo. Durante los últimos minutos se había agitado inquieto, moviendo los párpados y, en una ocasión, había soltado un pequeño suspiro. Pero, fueran cuales fuesen los sueños que lo inquietaban, ahora habían desaparecido y su cuerpo yacente estaba tranquilo otra vez. Ygorla lo miró y esbozó una sonrisa perezosa y satisfecha al recordar los acontecimientos del baile y lo sucedido después. El Alto Margrave había resultado ser un descubrimiento. Al principio, su intención era utilizarlo como cebo de su anzuelo durante un tiempo, embrujándolo hasta ponerlo totalmente bajo su control, sólo por el placer de escandalizar al Círculo, que lo tenía por un aliado tan firme. Conseguirlo había sido sencillo: la personalidad de Calvi era bastante insignificante, lo que lo convertía en una presa fácil. Pero, si era débil de carácter, había descubierto que ciertamente no era débil físicamente. Aunque Ygorla distaba mucho de ser virgen, Calvi era el primer humano con quien se había acostado, y la nueva experiencia la había deleitado. Tenía mucho que ensalzar en él, pensó: juventud, hermosura, vitalidad viril; y por encima de todo el hecho de que, gracias a su hechicería, ahora era su esclavo tanto física como mentalmente.

Bostezó y se estiró lujuriosamente, disfrutando de las sensaciones que la asaltaban. No tenía por qué levantarse todavía. Dentro de un rato pediría el desayuno para los dos, y después pensaría en cómo sacar más ventajas de aquella nueva y agradable situación. Giró en la cama para sacudir a Calvi por los hombros y despertarlo...

Se quedó helada al ver a Narid-na-Gost agachado a los pies de la cama y dirigiéndole una impúdica sonrisa. El rostro de Ygorla se retorció en una mueca.

—¡Padre! —La furia y la indignación chisporrotearon en ella como un aura visible—. ¿Cómo te atreves a espiarme?

Calvi musitó algo y comenzó a agitarse. Rápidamente, Ygorla pasó una mano sobre su rostro, y él se sumió instantáneamente en un sueño antinatural del que nada lo sacaría hasta que ella se lo ordenase. Entonces Ygorla se volvió de nuevo hacia los pies de la cama. Su padre seguía allí agachado, sonriendo. La boca de Ygorla se torció en un gesto duro y feroz.

—¡Sal de esta habitación! ¡Fuera!

Librodot

El demonio soltó una risotada impúdica.

—¿Qué sucede, hija mía? No es la primera vez que te veo entregada a tus placeres carnales. ¿Por qué te muestras tan pudorosa de pronto? ¿Tienes miedo de que tu amante descubra la naturaleza de tu linaje?

En un arrebato de furia, Ygorla cogió una almohada y se la arrojó. El demonio se echó a un lado, cogió la almohada en plena trayectoria y sopló sobre ella. Se desintegró en una fugaz pero espectacular explosión de llamas. Narid-na-Gost clavó sus rojos ojos en su hija.

—¡Tus juegos infantiles no me impresionan! —La simulación de lascivia desapareció en un instante, y su voz sonó furiosa—. ¡Sabes perfectamente que no me interesa en absoluto cómo decidas malgastar tu tiempo o con quién decidas hacerlo! Y también sabes perfectamente por qué estoy aquí. Esto ya dura demasiado, Ygorla. ¡Estoy harto de esperar!

Se produjo un silencio tenso. Ygorla permaneció sentada en la cama, inmóvil, mirando a su padre con expresión pensativa.

—Estás harto de esperar, ya veo —dijo al cabo con voz clara y pausada—. ¿Y desde cuándo ha sido primordial tu voluntad, padre?

Narid-na-Gost vaciló, porque algo en el tono de voz de Ygorla le dijo que aquélla no iba a ser otra de sus frecuentes peleas. Ella parecía demasiado tranquila, demasiado razonable, como si hubiera esperado aquello y se hubiera preparado para afrontarlo. Y como si tuviera algo en la mente que a él se le había pasado por alto.

—No olvido los términos de nuestro acuerdo, hija —replicó con brusquedad, poniendo un ligero pero perceptible énfasis en la palabra «hija» que confiaba en que fuera un oportuno recordatorio de lo que ella le debía—. Pero ya es hora de que cumplas con la parte del trato que te corresponde. Es hora de dejar de jugar con estos humanos y de plantear tus exigencias, ¡de manera que yo también pueda plantear las mías!

—Eres tan impaciente, padre... Ya te lo he dicho: cuando esté lista, y sólo cuando esté lista, daré el paso. Hasta entonces, me temo que deberás aprender a frenar tus prisas.

—¡Ya las he reprimido bastante tiempo! —respondió irritado el demonio—. ¡Pareces olvidar, hija, que me debes todo lo que eres y todo lo que has conseguido! Mis poderes te han llevado hasta aquí. ¡Te elevé de la nada y harías bien en recordar que podría devolverte a la nada con la misma facilidad!

Ygorla sonrió.

—Oh, no creo que pudieras hacerlo —dijo con dulzura. Con un gesto deliberado cogió entre su dedo índice y pulgar la cadena de la gema del alma y, apartándola de sus pechos desnudos, la hizo girar suavemente para que resplandeciera a la temprana luz de la mañana.

Algo en el interior de Narid-na-Gost se enfrió, y, cuando habló, su voz traicionó esa sensación.

—¿Te atreves a amenazarme...?

Ella sonrió, y en sus ojos apareció una seguridad implacable y arrogante.

—No te amenazo, querido padre; me limito a exponer los hechos. Esta joya es la clave de todo: de mi poder en los dominios mortales y del poder que deseas esgrimir en el reino del Caos. Tú la habrás robado, pero ahora la tengo yo, y la protección que impide a Yandros y a sus hermanos intentar

Librodot

recobrarla es mi protección.

—¡Ese encantamiento nos protege a los dos! —gruñó Narid-na-Gost—. ¡No tienes poder para cambiarlo!

Ella hizo una coqueta mueca.

—Tal vez tengas razón; pero también puedes estar equivocado. ¿Te importaría poner eso a prueba?

La sensación de fría turbación que se había apoderado del demonio cristalizó de repente en una aterradora comprensión. Sus miradas se encontraron y, aunque ninguno de los dos traicionó sus sentimientos, ambos supieron la verdad: Narid-na-Gost estaba atrapado. No se atrevió a recoger el guante que Ygorla había arrojado con tanta despreocupación; porque, si lo hacía, quizá descubriera demasiado tarde que había cometido un terrible error de cálculo. Con una certeza que hizo que su mente vacilara, comprendió que había subestimado a su hija. Había subestimado su voluntad, su ambición... y, sobre todo, la absoluta sinuosidad humana merced a la cual lo había convencido para que le concediera mucho más poder del que resultaba conveniente.

Hacía unos días, justo antes de su partida de la Isla de Verano, Narid-na-Gost se preguntaba cuánto tiempo transcurriría antes de que Ygorla se diera cuenta de que la balanza se había alterado entre los dos y que él había perdido su antigua supremacía. Ahora tenía ante sí la respuesta con la misma claridad que si Ygorla se lo hubiera gritado a la cara. Ella lo sabía. Había aprendido todo lo que él podía enseñarle, había cogido todo lo que podía darle, y luego había fortalecido sus capacidades y su conocimiento aún más, añadiendo la dimensión humana que Narid-na-Gost nunca podría conseguir. Ahora estaba fuera de su alcance, fuera de su control. Y su mayor error había sido permitirle hacerse cargo de la gema del Caos.

—Todavía me necesitas, Ygorla —dijo con una voz que sonaba como cristales rotos—. Sin mí, puedes gobernar en este mundo, pero el reino del Caos es otro asunto.

¿Lo creía ella todavía? Era imposible decirlo a juzgar por su enigmática sonrisa y sus fríos ojos calculadores; e, incluso cuando encogió los hombros desnudos en aparente reconocimiento, el demonio siguió sintiendo el frío presagio de la incertidumbre. Hasta aquel momento nunca había pensado en cuestionar su suposición de que reinar como emperatriz del mundo de los mortales le bastaría para satisfacer sus ansias de supremacía. Pero ahora comenzó a preguntarse si no habría sido eso un error más.

Ygorla esbozó una sonrisa pequeña, cruel, sin encanto, como si supiera qué estaba pensando.

—Creo —dijo, y la gema del Caos lanzó un resplandor azul cuando la hizo girar nuevamente— que debe haber ciertos cambios entre nosotros, querido padre. Tenemos que alcanzar un nuevo y más adecuado entendimiento.

Los ojos del demonio se convirtieron en estrechas rendijas.

—¿Entendimiento?

—Sí. —La palabra sonó sibilante en el silencioso cuarto, como el siseo de una serpiente—. Es bastante sencillo. Uno de los dos, y sólo uno, tiene el poder aquí, es decir, el poder para hacer que tanto el Círculo como los señores del Caos se dobleguen ante nuestra voluntad. Yo soy ese uno, de manera que yo decidiré cuándo debemos actuar. Y tú —toda apariencia de

Librodot

dulzura desapareció súbitamente de su voz— ¡no osarás interferir en mi decisión!

Se hizo el silencio. Se miraron, él acorralado, ella con una altiva seguridad en sí misma. Narid-na-Gost pensó en todas las precauciones que podría y debería haber tomado desde el principio, cuando no era más que una niña fácilmente manejable, pero era demasiado tarde para lamentar ahora su ausencia. Siete años tarde. No tenía otra elección que ceder ante ella y retirarse de la discusión con toda la dignidad de que fuera capaz.

Con un movimiento suave y de reptil se bajó de la cama. Un aura oscura y tenue pulsaba a su alrededor, y su expresión era distante y amargada.

—Me decepcionas, hija —dijo—. Creí que habías adquirido sabiduría, pero está claro que me equivoqué. Muy bien. Te dejaré con tus juegos y regresaré a la torre hasta que decidas que me necesitas. —Hizo una pausa, y, por primera vez desde el inicio de su alianza, sus ojos mostraron odio sin disimulos—. Y no importa lo que te agrade creer ahora: me necesitarás, Ygorla. En medio de toda tu arrogancia y vanidad, ¡no seas nunca tan imprudente como para olvidar eso!

Librodot

CAPITULO 14

Aquella mañana, apenas hubo comensales a la hora del desayuno en el comedor, y de los pocos que ocuparon sus lugares en las mesas vueltas a ordenar, ninguno parecía tener apetito. Se cogía la comida en una atmósfera de melancólico silencio y muchos platos eran retirados con su contenido prácticamente intacto.

Sólo había un tema de conversación en las mesas: la inmensa preocupación, compartida por todos los adeptos, por el destino del Alto Margrave. No se había visto a Calvi desde que había abandonado la sala la noche anterior, cogido del brazo de Ygorla, y las especulaciones eran muchas acerca de qué podría haberle ocurrido. El Círculo ya había sido testigo de la inmensa crueldad y el desprecio por la vida de Ygorla, y nadie dudaba de que, si servía a sus propósitos o a su estado de ánimo, no vacilaría en añadir a Calvi a la larga lista de sus víctimas. Aunque no expresaran sus pensamientos en voz alta, unos pocos de los adeptos más pesimistas estaban convencidos de que el Alto Margrave ya estaba muerto.

Pero, por el momento, nadie se había atrevido a hacer preguntas o a investigar. Tarod y Ailind habrían podido ayudar, pero no se había visto a ninguno de los dioses desde la noche anterior. El Sumo Iniciado estaba presente en la sala, sentado con la Matriarca a una mesa cerca de la chimenea, pero su rostro tenía un aspecto desolado y severo que disuadía a cualquiera que pensara en acercarse.

Por eso fue total el asombrado silencio que se produjo en la sala cuando, al irse retirando los últimos platos, entró Calvi.

Las cabezas se volvieron, las expresiones quedaron fijas. Por un instante hubo una oleada de palpable alivio, que se transformó rápidamente en aprensión cuando la gente se dio cuenta del aspecto del Alto Margrave y, lo que era más significativo, de su comportamiento. Calvi parecía tan fresco como si acabara de despertar de un sueño largo, profundo y relajante. Tenía el pelo y la piel recién lavados, y lucía ropas opulentas, muy distintas de lo que acostumbraba ponerse. Y la insólita sonrisa orgullosa en su rostro, sumada a la extraña y distante altivez en sus ojos azules al contemplar la sala, demostraron a los presentes que algo iba sumamente mal.

—¡Vaya una triste reunión! —comentó. La voz de Calvi parecía normal, pero bajo su tono ligero había una nueva seguridad que no resultaba del todo agradable—. Cuidando algunas jaquecas, ¿eh? —Lanzó una risita artificial y afectada, y caminó por el pasillo central en dirección a un criado que había estado limpiando una de las mesas, pero que ahora permanecía inmóvil, contemplándolo.

»¡Oye, tú! La emperatriz y yo desayunaremos dentro de media hora. Queremos pan y carne, pastel y dulces y dos jarras de vino de Perspectiva. Ocúpate de que no se retrase.

Mientras la gente lo miraba con asombro ante aquella perentoria e inusual descortesía, Calvi se volvió y vio al Sumo Iniciado y la Matriarca sentados a su mesa.

—Tirand..., Shaill —los saludó, e hizo una reverencia en la que se percibía un atisbo de algo que podría haberse interpretado como mofa—.

Librodot

Buenos días a los dos.

Tirand se limitó a mirarlo, pero Shaill, con mirada preocupada, se puso en pie.

—Calvi..., nos tenías preocupados.

—¿Preocupados? —Calvi rió otra vez, y de nuevo la risa tuvo un tono peculiar, quebradizo. Avanzó con paso lento y tranquilo hacia la mesa, cogió la mano de Shaill y la besó con un gesto elegante—. ¿Y por qué, querida Matriarca, deberías estar preocupada?

Shaill lo miró a los ojos, vio lo que en ellos había, y sintió como si algo se secara en su interior. Calvi tenía el aspecto de un hombre drogado. Sus pupilas estaban dilatadas, el blanco de los ojos demasiado brillante... y había algo más, algo que Shaill no podía nombrar pero que le dio miedo, porque apestaba a corrupción.

Así que lo había logrado, pensó la Matriarca con amargura. En una noche había cogido a un ser humano que tenía más motivos que cualquier otro para odiarla y había deformado su mente totalmente a voluntad. Calvi se había convertido no sólo en el amante de la asesina de su hermano, sino también en su esclavo.

—Cuando te marchaste de la sala anoche, con..., con...

—¿Con la emperatriz? —Los ojos de Calvi se entrecerraron ligeramente, como si la desafiara a referirse a Ygorla con un nombre menos lisonjero.

—Sí. Con la... emperatriz, pensamos..., temíamos...

—¿Que sería demasiado para un joven de mi tierna edad? —Lanzó otra risa, y Shaill se estremeció interiormente—. Lejos de eso, mi querida Shaill, ¡lejos de eso! Te aseguro, y puedes repetírselo a tu insípido amigo Ailind para su conocimiento, ¡que no soy el pusilánime que todo este maldito Castillo parece pensar que soy!

Su tono de voz se volvió de pronto irritado y agresivo, y la Matriarca retrocedió. A su lado, Tirand hizo ademán de levantarse como para protestar, pero ella le dio un rápido pisotón para advertirle que contuviera la lengua y el genio. Nada ganarían peleándose con Calvi; de hecho, podía resultar algo peligroso si luego él se lo contaba a Ygorla. Tirand cedió al entender el silencioso mensaje y Calvi, que de forma instantánea había recuperado el buen humor, hizo un gesto amplio.

—La verdad es que no tengo tiempo para charlas sin sustancia —dijo, con un tono aparentemente afable pero que dejaba entrever que tanto Shaill como Tirand no eran importantes—. Mi dama me espera, y es impaciente. Buenos días a los dos.

Mientras el joven se alejaba, no hablaron durante algunos segundos. Entonces Tirand rompió el silencio con un explosivo juramento.

—¡Maldito sea, ese pelele insolente y palurdo! ¿Quién se cree que es para atreverse a utilizar ese tono contigo?

Shaill seguía observando a Calvi, quien ya casi había llegado a la puerta, y su voz sonó ominosa cuando replicó:

—No creo que sepa quién es. Ya no.

Sus palabras cortaron al Sumo Iniciado, al comprender con exactitud lo que ella quería decir, y Shaill añadió:

—¿Lo miraste a los ojos, Tirand?

—No...

—Yo sí. Fuera lo que fuese lo que me devolvió la mirada, no era Calvi

Alacar.

Tirand se sintió desolado.

—¿Crees que era una creación demoníaca?

—No, no, no quería decir eso. No se trata de un simulacro conjurado como una broma maligna. Es Calvi, estoy segura. Pero no es el Calvi que siempre hemos conocido. Está embrujado; he visto las señales. Ignoro qué es lo que esa perra le hizo anoche en el baile, pero ahora lo ha multiplicado por diez. Es su criatura, en mente y cuerpo, y probablemente también en alma.

Tirand estaba a punto de contestar, cuando un ruido en la otra punta del comedor los sobresaltó. Alzaron la vista y vieron a un criado tendido en el suelo entre un montón de platos y tazas desparramados. Calvi estaba a dos pasos de él, contemplando el desastre. Sonreía como un chiquillo travieso, y las escandalizadas expresiones de los adeptos que estaban más cerca de la escena les revelaron todo lo sucedido sin que fueran necesarias explicaciones. Había sido un capricho momentáneo, una travesura mezquina y despreciable sin excusa o motivo lógico, y, cuando vio las reacciones de su reducido público, Calvi se rió sonoramente; y luego se dio la vuelta y salió con aire fanfarrón del comedor.

Algunos de los adeptos ya acudían a ayudar al desgraciado criado. Shaill, que también había empezado a ir hacia ellos, se paró cuando vio que no eran necesarias más manos, y miró a Tirand.

—Oh, dioses —dijo en voz baja—. ¿Qué vamos a hacer?

La boca de Tirand era una línea recta y dura.

—Debo hablar con nuestro señor Ailind.

La Matriarca vaciló antes de hablar.

—Tirand..., para ser franca, ¿crees sinceramente que nuestro señor Ailind puede o quiere hacer algo para ayudarnos?

La expresión del Sumo Iniciado se tornó cauta.

—¿Qué quieres decir?

Ella suspiró.

—¿No le pediste ayuda anoche? ¿Y no te la negó?

—Yo... Él no podía hacer nada.

—Pero se la pediste. —Esta vez no era una pregunta, sino una afirmación; Shaill había presenciado el apremiante acercamiento de Tirand al señor del Orden y, al igual que Strann, sabía qué lo había provocado, aunque no estaba lo bastante cerca para escuchar qué se habían dicho.

—Se la pedí, sí —reconoció Tirand. Era evidente que no le gustaba admitir la verdad, pero era demasiado honrado para negarla—. Pero está claro que ahora las circunstancias han cambiado.

Shaill no acababa de verle la lógica a aquella afirmación pero la dejó pasar.

—Creo que será mejor que no perdamos el tiempo —dijo—. Y, si nuestro señor Ailind no puede actuar, debemos encontrar la manera de tomar el asunto en nuestras manos.

Tirand se levantó de la mesa con brusquedad.

—Tienes razón, claro está —contestó, con un tono de voz que sorprendió a Shaill, porque daba a entender que le había tocado un punto muy sensible—. Volveré a hablar con él ahora. No —dijo, cuando ella también hizo ademán de levantarse—. No pasa nada. Seguramente es mejor que lo vea a solas. Te buscaré un poco más tarde y te comunicaré lo que

Librodot

haya dicho.

La Matriarca lo vio salir. No creía que consiguiera mucho más alivio de Ailind de lo que había conseguido la noche anterior. Y, aunque no le agradaba la idea de ser desleal con Tirand, también pensaba que, si sus suposiciones eran correctas, podía ir siendo hora ya de buscar consejo en otra parte.

Strann aparentó estar dormido cuando oyó abrirse la puerta del dormitorio de Ygorla. Desde su montón de cojines, en el suelo de la habitación exterior, donde a la usurpadora le gustaba que durmiera cada noche, mantuvo la respiración suave y firme y observó a través de los ojos entrecerrados, ocultos por un mechón de pelo bien colocado; y vio salir a Calvi.

No le hizo falta ver con claridad al Alto Margrave o escuchar las palabras de la breve conversación entre él e Ygorla para saber que la hechicera había hecho su trabajo bien y a conciencia. El repugnante tono de adoración de Calvi, junto a las afectadas risitas de Ygorla, le dijeron todo lo que necesitaba saber, y el conocimiento le retorció el estómago. Luego la puerta volvió a cerrarse, y Strann cerró rápidamente los ojos cuando Calvi atravesó la habitación, pasando cerca de él. Notó que el joven se detenía para contemplarlo y sintió un escalofrío peculiar e instintivo cuando su mente recogió el atisbo de un aura desagradable. Calvi se marchó, y poco después la voz de Ygorla lo llamó desde la habitación.

—¡Rata! ¡Ven aquí!

Strann se alisó apresuradamente el cabello, se ajustó el odiado collar enjoyado y acudió a responder a su llamada. Ella estaba echada indolentemente en la cama, vestida únicamente con una fina camisa, y le dirigió una sonrisa provocativa cuando él entró en la habitación.

—Ah, así que estabas despierto. Eso pensaba.

Strann se ruborizó, al darse cuenta de que había cometido un error táctico. Pero Ygorla dio otra interpretación al repentino rubor de sus mejillas, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Por qué estás levantado y dando vueltas en tu ratonera tan temprano? Estás celoso, ¿no es cierto? De verdad, no tienes por qué estarlo. Calvi es mucho más joven que tú, al fin y al cabo, y es mucho más atractivo. Y no podemos permitir que te hagas ilusiones por encima de tu posición, ¿verdad?

Strann desvió la mirada e interpretó bien el papel de parecer alicaído.

—Señora, un hombre no puede evitar tener sueños, por muy locos e imposibles que sean —repuso con voz apenada.

Ygorla se rió, satisfecha con su respuesta.

—Bien, querida rata, lo máximo que puedes esperar, y debería ser más que suficiente, es complacerme en aquellos aspectos sin importancia que están al alcance de tu talento. Tengo una tarea para ti. Deberías encontrarla entretenida porque pondrá a funcionar esa pequeña, retorcida y mentirosa mente que tienes.

Aunque mantuvo una expresión neutra, Strann sintió despertar su interés. Ygorla había dado a entender que iba a hacerle una confidencia, precisamente lo que Tarod esperaba que hiciera.

—Mi emperatriz, estoy a vuestras órdenes —contestó.

—Así es. Bien, escucha. Y siéntate. No me gusta que estés así por encima de mí. Ahí, en el suelo.

Él se acomodó con las piernas cruzadas y atento, y ella se apoyó en un codo y lo miró con agudeza.

—Sé cómo son las ratas, Strann *Narrador de Historias.* Sé que a pesar de toda su aparente inocencia y timidez son tan curiosas como los gatos y tan astutas como los zorros. Y no me cabe la menor duda de que sabes mucho más de lo que está ocurriendo aquí de lo que finges.

Las manos de Strann, que habían estado agitándose en su regazo, quedaron de repente inmóviles. Ygorla lo vio y asintió.

—Sí, sabes mucho más de lo que te atreves a decir. ¿Cuántos días pasaste en el Castillo, rata, antes de que yo llegara? ¿Con cuántas personas hablaste, cuántas conversaciones escuchaste? No intentes hacerme creer que la presencia de un señor del Caos y un señor del Orden dentro de estas murallas no hizo que tus bigotes se erizaran. ¿Te ganaste su confianza, o te limitaste a acechar en rincones oscuros con las orejas bien tiesas para enterarte así de lo que querías saber?

Strann, sudoroso, comenzó a decir:

—Majestad, yo sólo hice...

—Sólo hiciste lo que servía a mis propósitos, y no me cabe duda de que lo hiciste muy bien —lo interrumpió ella. De repente se incorporó y se inclinó hacia adelante. Con una mano cogió la gema del Caos que pendía de su cuello y se la mostró como un desafío—. Contéstame, rata, y contéstame con sinceridad si es que aprecias tu mano recuperada. ¿Sabes lo que es esto?

Tenía unos segundos, nada más, para decidir qué decir, y su mente trabajó con mayor rapidez que en toda su vida. Si mentía, ella podría darse cuenta, y entonces perdería mucho más que la oportunidad de ganarse su confianza. Pero, si le decía la verdad, podría con la misma facilidad hacerlo pedazos por atreverse a investigar asuntos que no eran de su incumbencia. Strann titubeó y al fin se decidió a decir la verdad, o una aproximación bastante fiable.

La miró y se permitió que un cierto grado de astucia apareciera en su expresión, junto con una sonrisa débilmente cómplice.

—Señora —repuso—, creo que lo sé.

No le hizo falta explicarse. Ygorla había sabido siempre que Strann estaba al tanto de bastante más de lo que ella le había explicado, y la pregunta sólo había buscado poner a prueba su franqueza. Strann se sintió profundamente aliviado de haber escogido la respuesta correcta; y doblemente agradecido porque Ygorla tuviera una idea equivocada acerca de dónde y cómo había conseguido aquella información.

—Entonces —dijo ella con dulzura—, si sabes lo que tengo en mi poder, quizá también tengas una idea de qué pienso hacer con ello.

—Yo... no diría que tuviera ninguna idea, Majestad —aventuró Strann con cautela—. He oído rumores, pero...

—Ah, rumores. ¿Y qué conclusión saca tu astuto cerebro de esos rumores?

Tras una larga pausa. Strann contestó en voz baja:

—Que, aunque tengáis el reino mortal en vuestro poder, señora, puede haber... —se humedeció los labios y la miró con fijeza— ... puede haber, digamos que... mayores cimas que deseéis coronar.

Ygorla le devolvió por un momento la mirada, con ojos tan brillantes como el gran zafiro de la cadena.

—Sí, rata —dijo al fin—. Eres una rata inteligente, como sospechaba. Creo que me resultarás muy útil en los días venideros. —Salió de la cama, y se encaminó lenta, negligentemente hacia la mesa donde se encontraba una jarra de su vino preferido—. ¿Así que los señores del Caos han admitido su dilema ante el Círculo?

—¿Su dilema, señora?

Ella se volvió.

—No disimules conmigo. Si sabes qué es esta joya, entonces sabes perfectamente de qué estoy hablando.

Strann inclinó la cabeza.

—No participo en las discusiones de los dioses, Majestad. Pero...

—Pero sabes escuchar a escondidas, y tu amiguita Karuth sin duda fue lo bastante ingenua para contarte todo lo que no pudiste averiguar por métodos más furtivos. Al fin y al cabo, parece tener la confianza de Tarod —añadió Ygorla con una risotada—. O quizá bastante más que su confianza, por lo que vimos anoche, ¿eh?

Por fortuna, Strann conocía suficientemente bien a Karuth y a Tarod para no morder el anzuelo, y él también se echó a reír.

—Como ya dije entonces, majestad, ¡creo que debería estar realmente desesperada para volverse en esa dirección!

—Así que crees que le has destrozado el corazón, ¿no es así? —Soltó otra risotada, y Strann supo que su calculada referencia insultante a Tarod había logrado su aprobación—. Pero eso no nos lleva a ningún lado ahora, aunque podría resultar útil más adelante.

Hizo un descuidado pase en el aire, y una mano fantasmal de siete dedos se materializó y sirvió vino de la jarra en una copa antes de llevársela. Ella bebió un buen trago, dijo «Aaah» con deleite, y, tras hacer desaparecer al elemental, volvió a mirar a Strann.

—Respóndeme a una pregunta. En todas tus investigaciones y curioseos, ¿te ha hablado alguien de un ser llamado Narid-na-Gost?

Strann no se esperaba aquello y lo cogió completamente desprevenido. Sin embargo, por una cuestión de suerte, Ygorla entendió mal la causa de su confusión.

—¿No? Ah, entonces quizás el Caos tiene sus motivos para mantener ese pequeño secreto. Pero quiero que recuerdes ese nombre, rata. ¿Sabes? Narid-na-Gost es, podríamos decir, un antiguo aliado mío, cuya lealtad y utilidad están ahora en duda.

Se volvió para mirar la ventana mientras hablaba, de forma que no vio la expresión de asombro que Strann no consiguió disimular con la suficiente rapidez. Narid-na-Gost, su demonio progenitor, ¿ya no era su aliado? ¡Aquéllas eran noticias importantísimas, realmente!

—Hubo un tiempo —prosiguió Ygorla con desdén— en que tuve motivos para sentirme agradecida a esta criatura. Sin embargo —la irritación se hizo evidente en su tono de voz—, ahora sospecho que no es nada fiable, y que sus conspiraciones pueden interferir con mis planes. Quiero averiguar si mis sospechas son correctas.

Con el pulso acelerado, ávido por saber más, Strann preguntó con deferencia:

—¿En qué manera puedo seros de utilidad, mi emperatriz?

—Usando el talento que tanto te ha servido ya aquí, y espiándolo —contestó ella, mirándolo con fijeza por encima del hombro—. Te usaré como mi mensajero, para que me comuniques con mi pa... con esta criatura. Quiero que te ganes su confianza y que me informes de todo lo que descubras.

Era una oportunidad insospechada, pensó Strann, y reprimió el momentáneo y desagradable escalofrío que le provocó la idea de tener que tratar con un demonio.

—Y los mensajes que llevaré, majestad —sonrió y se tocó un lado de la nariz con un dedo, en el antiquísimo gesto de connivencia—, ¿podría suponer que estarán... calculados para poner al descubierto cualquier traición que pueda estar acechando en los pensamientos de Narid-na-Gost?

Ygorla sonrió.

—Demuestras una vez más ser una rata inteligente. Sí, eso es exactamente lo que puedes suponer, y utilizaré al máximo tus habilidades de bardo para que me ayudes a componer esos mensajes de forma que alcancen su objetivo. —Dejó la copa de vino, ya vacía, y juntó las manos ante su rostro—. Mi delicioso nuevo amante regresará junto a mí en cualquier momento, de manera que te despediré, no vaya a ponerse celoso él también. —Engañada por la expresión triste que Strann fingió, se rió con ligereza, le hizo un coqueto mohín, y extendió una mano—. Ve y toca la manzón de Karuth Piadar. Compón para mí una canción que ensalce la virilidad de Calvi Alacar. Te mandaré llamar más adelante durante el día, y entonces veremos qué hay que hacer.

—Vuestra voluntad, majestad, es mi deleite pero también mi solitaria pena —dijo Strann, doblando una rodilla y besando sus dedos extendidos.

Ella estaba pensando en otra cosa. Se aburría y no lo escuchaba.

—Sí, sí, claro —contestó, dándole una palmadita en la cabeza—. Ahora, márchate.

Mientras Strann retrocedía humildemente y salía de la habitación, Ygorla centró otra vez su atención en la ventana y miró la torre meridional del Castillo. Strann, pensó, sería un excelente correveidile, porque el idiota estaba lo bastante atortelado para ser de fiar, mientras que a la vez era consciente del lugar que le correspondía y le tenía el miedo suficiente para obedecer sus instrucciones al pie de la letra. Sería sumamente interesante ver qué información traía de las visitas a su padre en su aguilera. Y, si lo que averiguaba confirmaba lo que ya sospechaba, entonces podría ser el momento oportuno de cambiar sus planes. Narid-na-Gost estaba resultando un estorbo y una molestia. Hasta ahora había tenido que tragarse su insatisfacción y aguantar sus quejas y advertencias por el gran plan. Pero, desde el baile de la noche pasada se le había ocurrido la posibilidad de un nuevo arreglo. Por el momento, la idea estaba en pañales; pero, cuantas más vueltas le daba, más la atraía, porque le ofrecía la posibilidad de librarse de la entorpecedora influencia de su progenitor y al mismo tiempo conseguir un poder de tal magnitud que haría que la soberanía sobre aquel mundo mortal pareciera una nimiedad.

Alzó una mano a la gema del Caos que colgaba de su cuello, y acarició sus suaves facetas con el avaricioso deleite de un usurero que cuenta monedas de oro. Su padre había demostrado ser un débil idiota al dejarse

Librodot

engatusar por sus zalamerías y permitirle ser la única que poseyera la gema. Ahora, si quisiera, podría hacer algunos cambios en su acuerdo, y en particular en las disposiciones que habían tomado para estar protegidos ambos contra la venganza del Caos. Si quisiera..., si así lo quisiera... tenía el poder para retirar una parte de la protección, la parte que protegía a Narid-na-Gost. Podría no ser necesario, claro está, porque creía que podía tratar con él fácilmente sin recurrir todavía a medidas drásticas. Pero, si las cosas amenazaban con descontrolarse... bueno, ya lo había amenazado, y no sentiría ninguna pena. Su progenitor sabría el precio de llevarle la contraria, y resultaría una dura lección.

Una sonrisa pequeña, fría y satisfecha apareció en su encantador rostro, y con un elegante movimiento que implicaba a la vez desprecio y, total seguridad en sí misma, dio la espalda a la ventana y a la visión de la alta torre meridional.

Librodot

CAPITULO 15

Pasaron cuatro días más en los que Ygorla siguió entregada a sus caprichos y sin dar signos de que estuviera a punto de lanzar el desafío que esperaban el Círculo y los dioses. Para todos en el Castillo fue un intervalo que atacaba los nervios, y para algunos individuos en particular adquirió proporciones de pesadilla.

Nadie tenía ya dudas acerca de que Calvi Alacar estaba perdido. La segunda súplica de Tirand a Ailind tuvo tan poco éxito como la primera, y, sin la ayuda del dios, los adeptos eran lo bastante realistas para saber que estaban impotentes. Algunos pensaron en la posibilidad de suplicar a Tarod, pero no expresaron abiertamente dicha idea, sabiendo que Tirand la hubiera vetado de inmediato. A regañadientes, tuvieron que admitir que sólo podían contar con sus propios recursos, y que éstos resultaban insuficientes.

Al parecer, Calvi no sabía nada de las preocupaciones que el Círculo albergaba acerca de él, y resultaba evidente que, de haberlo sabido, se les habría reído en las barbas. En contra de lo esperado, Ygorla no se había aburrido de él. De hecho, disfrutaba plenamente de la compañía de su nuevo amante y juguete, y hallaba gran placer paseándose por el Castillo para presumir de su alianza ante sus anfitriones. Por supuesto, aquello no duraba demasiado; la mayor parte de las horas del día, así como las largas noches invernales, las pasaban en la intimidad de la suntuosa habitación de la usurpadora, donde Ygorla seguía tejiendo sus hechizos y aumentando su dominio sobre la mente y el cuerpo del joven, hasta que fue tan completo que a Calvi no le quedó ninguna esperanza de liberarse.

Y no es que Calvi quisiera liberarse. Gracias a la hechicería de Ygorla estaba descubriendo rápidamente un nuevo mundo de placer y poder, que hasta entonces no había sido capaz de imaginar. Aunque su carácter era fundamentalmente amable y decente, poseía sin embargo todos los apetitos más innobles de la juventud y de la inexperiencia, y éstos, alimentados por el resentimiento que habían encendido los recientes acontecimientos, eran aprovechados por Ygorla. Le enseñó oscuros placeres, el deleite que se podía obtener cometiendo pequeñas crueldades innecesarias, los medios de imponer su voluntad mediante la arrogancia y las amenazas. Y, cuando Ygorla descubrió lo hondo que el filón del resentimiento discurría dentro de él, le inculcó el ansia de venganza.

Descubrió bien pronto que los resentimientos de Calvi eran complejos y a menudo ilógicos, pero no por ello menos intensos. Ailind era el principal foco de su ira, pero su hostilidad hacia el señor del Orden se veía condimentada por inquinas menores contra cualquiera que, bien en la realidad o bien en su imaginación, lo hubiera insultado. Lentamente, a medida que el encantamiento se hacía más fuerte y su pasión por Ygorla más intensa, comenzó a hablar con mayor libertad de sus sentimientos, que adquirieron un aire cada vez más furibundo que ella encontró muy útil alimentar, a la luz de sus nuevas y florecientes especulaciones. Y aunque Calvi no recordaba nada por las mañanas, y por lo tanto no hablaba de ello a su nueva amante, sus sueños eran carbones que se amontonaban en su ya avivado fuego de odio, desprecio y ansiedad.

Librodot

En opinión de antiguos amigos y compañeros que se cruzaban con él, Calvi degeneraba a ojos vistas. Con su lengua viperina, los ojos vidriosos por el vino o por la droga más potente de la hechicería de Ygorla, sus actitudes beligerantes y sus mezquinos rencores, tenía el aspecto de un hombre que se deja destruir lenta pero sistemáticamente por los aspectos más tenebrosos de su propio carácter. Ygorla comenzaba a saber que aquellos aspectos tenebrosos contenían profundidades insondables. Empezaba a descubrir que Calvi tenía una vena ambiciosa enterrada en lo más hondo de su alma que, con juiciosa manipulación, podía resultar un valioso complemento de la suya.

Mientras Ygorla y Calvi se entregaban a los juegos más salvajes que eran capaces de imaginar, Strann también asimilaba nuevas experiencias no del todo agradables. Uno de los motivos que escondía la decisión de Ygorla de usarlo como mensajero entre ella y su padre era hacerle un desaire premeditado a Narid-na-Gost, una señal de que no tenía el propósito de tener más contacto directo con él que no fuera según sus condiciones. Y, para la primera visita de Strann a la torre, Ygorla le dio una carta que explicaba su actitud con toda claridad.

Aquel primer encuentro con el demonio fue una tremenda prueba que Strann suplicó no tener que afrontar nunca más. Tras un agotador ascenso por una escalera de caracol que parecía interminable, encontró a Narid-na-Gost en una de las habitaciones en lo alto de la torre, cuyo interior había convertido mediante hechicería en una escena de inexorable carmesí: cojines carmesíes, alfombras carmesíes, terciopelo carmesí que cubría cada centímetro de las paredes y el techo, y, en medio, el demonio en persona, con su larga cabellera carmesí, su cuerpo deforme, sus manos y pies como garras, y los ojos que ardían como brasas en un rostro inhumano y malévolo.

Strann fue puesto a prueba. Narid-na-Gost se negó a creer que no había leído la carta de Ygorla y que no sabía nada de su contenido. Y, cuando acabaron las amenazas y las monstruosas ilusiones y quedó por fin satisfecho y convencido de que la rata mascota de su hija le había dicho la verdad, el demonio jugó con él un poco más antes de dejarlo partir. Invocó serpientes blancas, frías como el hielo, que reptaron por las piernas de Strann y que se enroscaron en repulsivos anillos alrededor de su cuerpo. Luego sacó una lengua negra que abarcaba toda la anchura de la habitación, y de su punta brotaron llamas que se proyectaban contra el rostro de Strann. Abrió su boca hasta un anchura imposible y vomitó enormes sapos venenosos, que saltaron y se deslizaron por el suelo antes de desintegrarse a los pies de Strann en charcos de hediondo nácar. Pero cuando vio que la rata, aunque asqueada, no iba a caer de rodillas para suplicar el final de aquellos horrores, perdió todo interés y lo despidió. Todavía no había abierto la carta. Y no había mensaje de respuesta.

Strann bajó dando tumbos, luchando con su estómago que se rebelaba y temiendo los miles de escalones que le aguardaban antes de que pudiera volver a respirar aire frío y puro. Sabía que había escapado por los pelos; y también sabía por qué. A pesar de todas sus amenazas y fanfarronadas, Narid-na-Gost tenía miedo de contrariar a Ygorla, lo que debía significar que ella tenía algún dominio sobre él. Strann no acababa de concebir en qué podía consistir dicho dominio, porque, por lo que Yandros le había dicho en

Librodot

su encuentro en la Isla de Verano, tenía la impresión de que Narid-na-Gost era mucho más poderoso que su hija y que siempre había sido el principal autor del complot contra el Caos. Ahora aquel punto de vista se había vuelto del revés, y Strann estaba seguro de que la gema del alma debía de ser la clave del enigma. ¿Seguía controlándola Narid-na-Gost? ¿O el hecho de que Ygorla llevara la gema en aquel descarado acto público de ostentación significaba algo más que un mero gesto simbólico?

Por fin llegó abajo, con la cabeza que le daba vueltas y el estómago agitado. Al salir a la triste luz del día, pensó que nunca se había sentido tan agradecido de recibir el helado azote del aire invernal; avanzó trastabillando por el patio desierto y se sentó durante unos minutos en el borde de la fuente central mientras recuperaba el aliento y la cordura. Sentía un olor desagradable en la nariz, el olor a almizcle y hierro que recordaba de la Isla de Verano, que impregnaba la habitación de la torre y que ahora se le había pegado a las ropas y al pelo. En los días de la Isla de Verano no lo había reconocido, pero ahora sabía qué era con toda exactitud: el hedor de los demonios.

El frío del mojinete de la fuente atravesó sus ropas y le llegó a la piel y Strann lo agradeció, porque en cierta medida ayudaba a purificar la mancha que sentía. Recordó las serpientes, tuvo un violento estremecimiento y, apretando con más fuerza las piernas contra la piedra, intentó que su mente dejara de girar confusamente y pensara con claridad.

Debía hacer que Tarod se enterara de lo ocurrido. Pero esta vez los gatos no le servirían, porque el mensaje que debía transmitir era demasiado complicado para confiarlo a sus simples sentidos y a su inadecuada capacidad de comunicarse con ellos. Ni siquiera sabía si su último intento había tenido éxito, porque no había habido respuesta del señor del Caos, aunque la noticia había acabado por ser de conocimiento público tan sólo unas horas más tarde. Además, su mensaje requería una respuesta clara, porque ahora necesitaba consejo.

Contempló la torre norte, que se alzaba impresionante en el extremo más alejado del patio, recortada contra el melancólico telón de fondo del cielo, y se preguntó si Tarod estaría allí. Luego la especulación se vino abajo porque comprendió que no podía correr el riesgo de intentar averiguarlo. Ygorla esperaba su regreso y, por lo que sabía, podía estar siendo vigilado por un buen número de sus siervos elementales, invisibles o disfrazados, en aquel momento o en cualquier otro. El contacto directo con el señor del Caos era imposible. Debía encontrar otra forma. Y, desde luego, no podía intentar ir en busca de Karuth.

¿O sí? La idea le vino lenta, gradualmente, como un incierto amanecer. Era factible, sólo factible... y, si funcionaba, no podrían recaer sospechas sobre él, porque tan sólo él y Karuth, de todos los seres del Castillo, sabrían lo ocurrido...

Strann se puso en pie. Intentó reprimir la rápida fiebre de esperanza en su interior, porque no quería tentar el destino antes de que el plan estuviera ni siquiera pensado a medias, pero no consiguió reprimir del todo su ansia. El único obstáculo era Ygorla. Pero creía saber de qué manera sería mejor tratarla, y creía también que su ego sería incapaz de negarle el permiso para lo que quería hacer.

Ygorla se mostró encantada con la propuesta de Strann, cuando éste se

Librodot

la planteó más tarde aquel mismo día. Ya estaba en un estado de ánimo exaltado, porque la malhumorada negativa de Narid-na-Gost a responder a su mensaje era exactamente lo que había esperado, y el hecho de que hubiera intentado maltratar a su enviado, sin atreverse a hacerle daño de verdad, confirmaba sus sospechas de que le tenía miedo. Le dio a Strann una joya —«una minucia, que para mí nada vale»— por sus sufrimientos, y su sugerencia aumentó aún más su satisfacción.

—¿Un concierto público de la música que escribes para mí? —repitió, mientras se paseaba por su dormitorio con el rostro radiante y ávido ante la perspectiva. Tras ella, en la cama, Calvi permanecía echado e inmóvil, con una jarra vacía de vino a su lado. Strann creía que dormía pero no estaba seguro—. Sí, rata, ¡me gusta la idea! Una pequeña atracción, ante un público selecto. —Se rió, primero con suavidad, pero luego con un sonido estridente, que hizo que Calvi se agitara y musitara una apagada queja—. Creo que ordenaré que tenga lugar esta noche y escogeré mi lista de invitados con el máximo cuidado. ¿Estarás listo?

—Naturalmente, señora. Aunque...

—¿Aunque qué?

—Bueno... —Strann no quería provocar en ella ninguna sospecha; tenía que parecer que lo decía sin darle importancia—. Ojalá tuviera un instrumento mejor con el que haceros justicia, mi emperatriz. La manzón de Karuth Piadar no está mal, pero no está a la altura a la que yo estoy acostumbrado.

Ella gesticuló ligeramente.

—Eso puede resolverse con facilidad. Tengo siervos elementales que pueden traer tu instrumento desde la Isla de Verano en menos de una hora. Sólo lo mejor será suficiente para mi bardo. Me ocuparé de ello, y podremos devolver a la hermana del Sumo Iniciado su instrumento inferior para que haga con él lo que quiera. ¡Espero que no se sienta mortalmente ofendida por tu segundo rechazo! —añadió con una mirada malévola.

Strann no acababa de entender por qué Ygorla disfrutaba tanto con la congoja de Karuth, pero por una vez su gusto por refocilarse le daba ventaja. Se unió a sus risas y luego volvió a su rincón en la cámara exterior para preparar el recital de la noche.

Cuando salió de la habitación, Calvi se sentó en la cama. No había estado durmiendo, sino que había yacido en una lánguida somnolencia de la que le costaba mucho salir. Había escuchado retazos de la conversación entre Ygorla y Strann y ahora, con malévola alegría, Ygorla le contó la idea de Strann.

—Puede ser divertido. —Calvi bostezó, buscó la jarra de vino, vio que estaba vacía y la arrojó con descuido de la cama—. Maldición, tengo sed.

—Entonces tendrás una jarra fresca, o dos o tres si es lo que quieres. —Ygorla fue a su lado y lo besó con lascivia. Le gustaba permitirle todos los caprichos; en realidad era mucho más una mascota que el propio Strann—. En un momento tendrás cuanto te apetezca. Pero primero quiero que me digas qué nombres deseas que añada a mi lista de invitados para el concierto de Strann esta noche.

—¿Qué nombres...? —Calvi le mordisqueó el cabello, luego el brazo desnudo, aspirando el embriagador perfume que desprendía su piel—. Bueno, veamos... Ailind del Orden será uno. Y Tirand Lin.

Ella rió suavemente.

—Creía que Tirand Lin era tu querido y buen amigo.

Calvi puso mal gesto.

—No lo es, por mucho que él lo aparentara en el pasado. Lo desprecio igual que desprecio a los otros. Y mostró su verdadero juego; apoyó a Ailind contra mí, y me trató como si yo fuera un niño imberbe y no su superior por derecho... La verdad es que, sólo tengo una amiga. Mi querida amiga, mi amadísima, la más hermosa, la más poderosa emperatriz...

Ygorla dejó que la besara en la boca con avidez, y le devolvió el beso con el mismo ardor.

—¿Y a quién más quieres que invite? —le susurró luego al oído—. ¿A quién más?

—A Karuth. —Su voz sonó algo confusa, porque tenía los labios enredados de nuevo en el pelo de ella. En sólo unos días, su cariño largo tiempo albergado, su enamoramiento incluso por Karuth se había transformado en rencor, más virulento debido a su rechazo y a la relación con el señor del Caos—. Haz que venga, y haz que se siente a los pies de su antiguo amante —añadió con una risita—. Que traiga a Tarod, ¡y entonces podrá escoger entre dos estúpidos! Y que también toque para ti. A ella no le gustará, pero a mí sí. ¡Me encantará verla derribada de su pedestal! Demuéstrale lo poderosa que eres, amor mío. ¡Demuéstrale que ni siquiera los dioses pueden resistirse contra ti!

Comenzó a acariciar el cuerpo de Ygorla y ella sintió que la pasión también prendía en ella. Rodaron juntos por la gran cama, y ella le dijo en tono cariñoso:

—Oh, mi hombre dorado, somos tan parecidos..., tan parecidos. Empiezo a creer que eres el aliado que he estado esperando tanto tiempo...

Las «invitaciones» que envió Ygorla fueron breves y exactas. Strann el *Narrador de Historias* daría un recital de música en el comedor, y los elementales que llevaron el mensaje personal a cada miembro del público que escogió, dejaron bien claro que no asistir tendría graves consecuencias. Así que, a la hora de la salida de la segunda luna, el desganado público de Strann ocupó los asientos dispuestos para ellos en un semicírculo alrededor de la gran chimenea y esperó a que comenzara el recital.

Strann experimentó una nueva y desagradable forma de miedo escénico mientras aguardaba para hacer su entrada. Sentía la fría hostilidad que llenaba la sala y sabía que lo que debía hacer aumentaría el odio que los adeptos le tenían. Su único alivio era que Karuth estaba allí, sentada en un extremo de la primera fila, al lado de la Matriarca. Tirand tambien se hallaba presente, pero, aunque Ygorla había enviado una imperiosa convocatoria a Tarod y a Ailind, ninguno se dignó hacer acto de presencia.

Ygorla estaba sentada en una gran silla de metales preciosos que trazaban fantásticos arabescos, forjada para ella por un grupo de elementales de la tierra. Calvi estaba repantigado a su lado, con afectada languidez, bebiendo vino copiosamente, y delante del fuego se había colocado un solitario taburete para Strann. No hubo aplausos cuando ocupó su lugar con su manzón —Ygorla había cumplido su palabra— en las manos. Se sentó con más nervios que un estudiante de música de primer curso frente a un jurado de maestros del Gremio escépticos y aburridos.

Librodot

Colocó la manzón sobre sus rodillas y simuló estar ajustando la afinación. Entonces, con tal indiferencia que para los oídos no iniciados pareció que simplemente ejercitaba los dedos, tocó un arpegio. Miró con ojos entrecerrados y vio que Karuth se ponía tensa como si una mano invisible le hubiera agarrado la médula espinal.

Porque en el lenguaje de las manos, conocido sólo por el Gremio de Maestros de Música, Strann había tocado un mensaje codificado que decía: «Urgente: estas noticias deben ser transmitidas a aquel a quien ambos servimos».

Era una estrategia simple pero segura porque, de todos los habitantes del Castillo, Karuth era la única que comprendía el complejo lenguaje de los miembros más virtuosos del Gremio, un lenguaje de una flexibilidad prácticamente ilimitada. Strann había empleado toda la tarde y parte de la noche para tejer el mensaje que quería transmitir en las canciones que tocaría y cantaría loando a la usurpadora. Ygorla no sabía nada. Ni siquiera Tarod o Ailind, de haber estado presentes, habrían reconocido las claves que los dedos de Strann interpretaban en el instrumento que sostenía en su regazo. Sólo Karuth lo comprendió y supo por qué se había sometido a aquella vergonzosa y cruel prueba.

Strann tocó. No fue un concierto de virtuoso, pero no le importó. Ygorla no notaría la diferencia y poco sentido tenía intentar salvar su reputación de bardo ante un público tan hostil. Durante algo más de una hora se dedicó a ensalzar la belleza, sabiduría y poder de la usurpadora, en canciones que había compuesto en su honor en la Isla de Verano, ahora sutilmente alteradas para que contuvieran la información que necesitaba transmitir. Ygorla exigió aplausos, y se lo ovacionó fría y obedientemente, pero fue una farsa. Y, cuando por fin terminó la parodia, Strann no recibió ninguna de las felicitaciones a las que estaba acostumbrado en días más felices, sino que tuvo la amarga experiencia de ver a sus oyentes levantarse de los asientos en el momento en que se les permitió hacerlo, darle la espalda y salir de la estancia. Pero no importaba. Su orgullo lo soportaría, porque había logrado lo que se proponía. Una última mirada de Karuth, llena de cariño y gratitud, antes de que la Matriarca se la llevara, lo había confirmado.

Una vez fuera de la estancia, Karuth se esforzó para no mirar atrás, al trío junto a la chimenea. Strann guardaba con cuidado la manzón en su estuche, mientras Ygorla se atildaba y se preparaba para salir con Calvi. Karuth estaba rodeada de gente; era esencial que encontrara una excusa para librarse de ellos e ir en busca de Tarod. Pero la Matriarca la tenía cogida del brazo, y Shaill no parecía tener intención de soltarla. Era un gesto bien intencionado para darle fuerzas y consuelo, pero en aquel momento resultaba tremendamente inoportuno.

Shaill le hablaba, expresando su irritación por la odiosa vanidad de la usurpadora, y compasión porque Karuth hubiera tenido que someterse a semejante prueba. Karuth le respondía con vaguedades, pero en realidad no escuchaba; su mente estaba inquieta con las noticias que Strann le había dado, y se preguntaba con frenesí dónde estaría Tarod. Le había dicho, ¿o no?, que sólo tenía que pronunciar su nombre y él la escucharía y respondería. No podía pronunciarlo en voz alta aquí y ahora, pero ¿sería suficiente una silenciosa llamada?

Concentró su mente lo mejor que pudo en medio de las distracciones

Librodot

que pugnaban por atraer su atención, y pensó: *Mi señor Tarod, ¡necesito vuestra ayuda! ¡Por favor, escuchadme y responded!*

No sintió ninguna respuesta. Shaill seguía hablando, y Karuth vio con desánimo que ahora Tirand se les acercaba. Supo de inmediato, por la cara que traía, que iba a hacer otro intento de acercamiento amistoso, y, aunque lo habría recibido de buena gana en otra ocasión, ahora no podía tener en cuenta ni sus sentimientos ni los de su hermano.

—Karuth —dijo Tirand, cogiéndole la mano que tenía libre, de manera algo vacilante pero con cariño—, ¿estás ocupada? Me preguntaba si podría...

—Karuth... —Otra voz silenció a Tirand en mitad de la frase y sobresaltó a Karuth, quien se volvió y vio a Tarod—. Sumo Iniciado... —El señor del Caos hizo una breve reverencia a Tirand—. Perdonaréis mi interrupción, pero tenía una cita previa con Karuth.

Tirand soltó la mano de Karuth y, al leer en su rostro que no iba a contradecir a Tarod, su expresión se tornó tensa y dolida.

—Entonces no molestaré ni un momento más —repuso; le devolvió la reverencia al señor del Caos con cierta sequedad y se alejó sin mirar de nuevo a su hermana.

—Karuth —intervino Shaill, desconsolada—, creo de verdad que deberías...

—Señora Matriarca —la interrumpió Tarod con una fría sonrisa—, estoy seguro de que nos perdonaréis. —Y, antes de que Shaill pudiera decir nada más, se llevó a Karuth.

La sala de entrada del Castillo estaba desierta, y Karuth se habría detenido allí, pero Tarod la llevó al patio. Hacía mucho frío, amenazaba nieve, y los escalones estaban helados. Karuth resbaló, y él la sostuvo del brazo.

—Me temo que deberemos recurrir a un pequeño subterfugio —dijo Tarod en voz baja al tiempo que examinaba el patio con sus verdes ojos.

Ella se estremeció, e intentó contenerse.

—Esto ya está bastante vacío, mi señor.

—De gente sí, pero no son los oídos humanos lo que me preocupa. Un momento...

Unos dedos finos y firmes la cogieron y Karuth gritó, súbitamente alarmada al ver que cuanto había a su alrededor parecía invertirse. Tuvo la violenta sensación de caer y al mismo tiempo de salir despedida hacia arriba, y de pronto se encontró en una habitación desconocida, en suave penumbra, rodeada por las acechantes sombras de lo que parecían ser trastos viejos.

—Siento haberte asustado. —Tarod no era más que una silueta perfilada contra el estrecho alféizar de una ventana, pero ella reconoció cierto rastro de humor en su voz. Entonces se materializó una esfera que desprendía una suave luz plateada, flotando sobre la superficie de una mesita. La oscuridad desapareció y Karuth miró y se dio cuenta de que aquélla debía de ser una de las habitaciones abandonadas en lo alto de la torre norte.

Observó el revoltijo de muebles abandonados y apilados contra las paredes y comentó:

—No es un alojamiento digno de vos, mi señor.

—Oh, ya está bien. Y tiene una gran ventaja: los esclavos elementales

Librodot

de la usurpadora no se atreven ni a acercarse a esta torre, de forma que no debemos temer que intenten entrometerse en nuestros asuntos. —Esbozó una sonrisa y añadió—: Si alguno de sus espías me ha visto desaparecer contigo, sacarán la conclusión más evidente y no pensarán más en ello.

Karuth sintió que sus mejillas enrojecían, pero no hizo ningún comentario.

—Siéntate —le indicó Tarod—. Aquí, junto a la mesa; hay una silla que no cederá bajo tu peso, y la esfera da calor además de luz.

Desconcertada por las duras condiciones con que parecía contentarse, se sentó con cautela en la silla que le indicaba, mientras que él se apoyaba con indiferencia en el borde de la mesa.

—Bien. Ahora cuéntame por qué necesitabas hablar conmigo tan urgentemente.

Karuth le contó el truco de Strann y el mensaje que le había transmitido mediante el lenguaje de las manos. Todos los detalles estaban allí; el nombramiento de Strann como mediador entre Ygorla y Narid-na-Gost, su encuentro en la torre sur y su convencimiento de que las relaciones entre la usurpadora y su padre demonio estaban deteriorándose con rapidez. Tarod escuchó en silencio y, cuando Karuth terminó de hablar, juntó sus dedos y se los miró.

—Interesante..., muy interesante. Es una pena que Strann no sepa qué decía la carta que Ygorla escribió, pero no puedo culparlo por no atreverse a leerla. De todas maneras, incluso sin esa información, son noticias muy valiosas. —Se levantó, paseó por la habitación y luego se sentó en un destrozado diván—. De manera que desea que Strann le proporcione a su progenitor una cierta cantidad de información falsa, ¿no es así? En ese caso creo que podríamos buscar la manera de añadir nuestro granito de arena a las recetas que Ygorla prepara, de forma que la confianza de Narid-na-Gost se tambalee un poco más. Pero tenemos un problema: cómo hacer que Strann sepa lo que queremos de él.

—Creo —dijo Karuth con cautela— que ya ha tenido eso en cuenta, mi señor. Hoy me han devuelto mi manzón —reprimió con firmeza el asqueroso recuerdo de la cosa que se la había traído—, y creo que Strann ha convencido a la usurpadora de que le trajeran su instrumento desde la Isla de Verano. Sospecho —añadió con una sonrisa que fue una mueca fugaz y sin humor alguno— que Ygorla se verá inducida a pedir más recitales antes de que transcurra mucho tiempo.

—¿Con otros músicos que sumen sus talentos al de Strann? Ya veo. —Tarod le devolvió la sonrisa con sequedad—. Muy inteligente de su parte. Pero este lenguaje de las manos, como lo llamas, ¿no impone un límite a la complejidad de los mensajes que podéis intercambiar?

Karuth se sorprendió, de que hubiera un tema en el que ella pudiera enseñarle algo, y lo agradeció.

—El lenguaje de las manos tiene muy pocas limitaciones, mi señor. A lo largo de los siglos, desde que fue inventado, se ha convertido en algo tan sofisticado y complicado como la palabra hablada.

—Un lenguaje por derecho propio, pero que sólo pueden reconocer unos pocos iniciados. Podría resultar una herramienta muy valiosa —comentó Tarod; entonces su expresión cambió—. Pero ¿podrás enfrentarte a lo que esto exigirá de ti, Karuth? Si surge la oportunidad, ¿tendrás el coraje de aprove-

Librodot

charla?

Karuth sabía que no quería insultarla y supo apreciar que tuviera en cuenta sus sentimientos.

—Oh, sí —repuso y miró a otro lado, porque no quería que viera las emociones íntimas que de pronto afloraron a sus ojos—. Puedo hacerlo, y lo haré de buen grado. Al menos me permitirá sentirme cerca de Strann otra vez.

Librodot

CAPITULO 16

Ygorla lanzó por fin su desafío y, cuando lo hizo, cogió al Círculo por sorpresa. En la quinta mañana después del baile, una bandada de los elementales más grotescos que la habilidad e imaginación de la usurpadora fueron capaces de conjurar salió de sus aposentos para comunicar a todos que la Emperatriz de los Dominios Mortales ordenaba al Consejo de Adeptos, y a todos aquellos que se considerasen implicados en los asuntos de estado del mundo mortal, que se reunieran en la sala del Consejo a la puesta de sol. El hecho de que sus mensajeros se atrevieran a acercarse también a Tarod y a Ailind, además de a sus presas humanas, daba idea del creciente desprecio que Ygorla sentía por los dos dioses, y, aunque no recibió respuesta de ninguno de ellos, creía que sabrían perfectamente lo que su llamada significaba, y que estarían presentes.

Su decisión de convertir sus demandas en un espectáculo público provocó otro violento altercado con su progenitor. Strann realizó varias visitas más a la torre sur; ahora se le confiaba que llevara mensajes de palabra, y no escritos, de forma que fue testigo directo del enfrentamiento, el más violento hasta la fecha. Narid-na-Gost no quería un anuncio dramático ante todo el mundo. Su intención había sido, sencillamente, encararse a solas con Tarod y comunicarle los términos por los cuales la gema del alma de su hermano se vería salvada. No había necesidad, dijo con furia a Strann, de aquella exhibición arrogante. Proponerse humillar a los señores del Caos ante un gran público, como parecía querer Ygorla, podía provocar con facilidad una respuesta violenta por su parte. Cuando tenían el triunfo definitivo casi al alcance de la mano, aquél era un acto ciego y estúpido que sólo obedecía a la vanidad. Strann llevó cumplidamente aquel mensaje a Ygorla, quien al instante lo despachó de vuelta a la torre para que le dijera a su progenitor que mejor haría no cuestionando sus decisiones y en ocuparse de cumplir su parte del pacto, si es que todavía apreciaba sus ambiciones. La reunión tendría lugar a la puesta de sol, tal y como ella había decretado, y nada le importaba si él decidía asistir o no.

Narid-na-Gost respondió a esto con una retahíla de furiosas maldiciones que sin embargo confirmaron lo que Strann sospechaba: cedería porque no le quedaba más remedio. Strann iba descubriendo con rapidez gran cantidad de detalles acerca de la relación cada vez más deteriorada entre Ygorla y su padre, y ahora estaba seguro de que ella tenía alguna forma de dominio sobre el demonio. En los últimos días, sus discusiones se habían vuelto tan duras que ambos parecían haber olvidado que Strann no era un mero receptor, tan nulo como los esclavos creados artificialmente por Ygorla. Absortos en su guerra de palabras, lo usaban simplemente como correveidile sin pensar por un instante en la necesidad de ser discretos. Y Strann había comenzado a entretejer su propio hilo en el tapiz de ambos...

Sin advertir que los poderes manipuladores de la mascota rata se estaban volviendo en su contra, Ygorla había exigido una repetición del primer recital cada noche, y había obligado a participar en él a otros músicos del Castillo. Karuth, naturalmente, se contaba entre aquellos a quienes se ordenó tocar, y Strann se sintió grandemente impresionado por su capacidad

Librodot

de fingir cuando ocupó su lugar, frente a una desafiante ovación de simpatía por parte del coaccionado público, y le lanzó a él una mirada de desden orgulloso y cáustico que casi podría haber tomado por verdadera.

Pero los mensajes que intercambiaron mientras ambos intercalaban el lenguaje de las manos en la música que tocaban era algo muy distinto. Tarod había inventado una serie de sutiles claves, insinuaciones, fragmentos de información engañosa que Strann introducía en los mensajes que llevaba entre Ygorla y su padre, para aumentar la discordia entre ambos y para dar lugar a una mayor inseguridad y desconfianza. El blanco principal, como advirtió Strann con rapidez, era Narid-na-Gost. Los señores del Caos se daban perfecta cuenta de que el demonio era el más débil de los dos, y Tarod sacaba ventaja de los crecientes sentimientos de vulnerabilidad que tenía Narid-na-Gost para cultivar en su mente la convicción de que su hija pensaba traicionarlo.

La estrategia comenzaba a dar resultados. Strann apreciaba los síntomas e informaba por medio del lenguaje de las manos cada noche. Narid-na-Gost estaba más que preocupado: estaba asustado. Tenía miedo de que la hija fruto de su creación y crianza se hubiera convertido en una quimera que no sólo ya no podía controlar, sino que amenazaba con volverse contra él y devorarlo. Empezaba a temer que podría quedar atrapado entre la furia vengativa del Caos y la traición de su hija, y que los dientes de la trampa estaban a punto de cerrarse de golpe y aplastarlo.

Strann no sabía qué fin perseguía Tarod con su estrategia, pero pensó que sería mejor no preocuparse con especulaciones. Su misión era sembrar las semillas; cómo germinaran éstas era asunto de los dioses, no suyo. El día en que Ygorla convocó la reunión del Círculo, llevó un último mensaje a Narid-na-Gost. Era un claro desafío. Con palabras que ella insistió que debía repetir al pie de la letra, desafiaba a su padre a que diera la cara en la sala del Consejo; en caso contrario, decía, «demostrarás ser el cobarde que yo ya imaginaba, y estarás reconociendo que sólo yo tengo derecho a hablar en nombre de los dos». Strann no repitió el mensaje tan fielmente como se lo había ordenado, sino que cambió la palabra «derecho» por «poder», y añadió un pequeño adorno que venía a decir que, si el demonio decidía no hacer caso del guante que se le arrojaba, Ygorla asumiría a partir de entonces la supremacía total sin contar con él para nada más... y dando a entender que ése era el verdadero deseo de Ygorla.

Narid-na-Gost escuchó todo eso en un silencio de muerte, con los ojos carmesíes ardiendo de furia impía. Cuando Strann terminó y realizó su acostumbrada reverencia —algo que bien pronto había descubierto que parecía ponerlo en buen lugar ante la presencia de aquella criatura—, reinó el silencio durante unos instantes en la habitación de la torre antes de que el demonio hablara.

—Le dirás a mi hija —la última palabra iba cargada de malicia salvaje— que no tomaré parte en sus juegos mezquinos e infantiles. Quizás ella quiera arriesgarlo todo en un alarde sin sentido, pero yo no. Y le repetirás con exactitud estas palabras: la joya puede ser tu protección, pero la protección no es la llave. Y la llave sigue estando en mis manos, y sólo en mis manos.

Strann repitió las palabras, tal y como se le ordenaba, hasta que el demonio quedó convencido de que no habría errores. Hizo una reverencia y comenzó a retroceder para salir de la habitación de la torre, pero, cuando

Librodot

llegó a la puerta, Narid-na-Gost lo llamó de repente:

—Rata... —Ahora usaba el nombre con la misma despreocupación que Ygorla—. Una última cosa.

—¿Señor? —Strann se detuvo e hizo otra reverencia.

La larga lengua de reptil de Narid-na-Gost se movió entre sus dientes peculiarmente blancos e inhumanamente afilados.

—Quiero saber cómo reacciona mi hija ante mi mensaje. Regresarás aquí, y me lo contarás. Y, si eres una rata sabia, no le dirás nada de esto a ella. ¿He hablado claro?

—Señor —objetó Strann—, no soy más que el siervo de la emperatriz...

—Su siervo, sí, pero no un completo estúpido por lo que sé. No lo bastante estúpido como para desear sufrir las consecuencias de traicionar mi confianza, ¿no es así? —Mientras hablaba, sonrió con malicia, y un dardo de llamas blancas surgió de su boca y pasó rozando el rostro de Strann. Strann sintió la intensa quemazón del veneno y se llevó la mano a la mejilla. Narid-na-Gost rió con suavidad.

—Jura que me serás fiel, hombrecillo, y anularé el veneno que en este momento te corroe la piel. No lo hagas, y cuando se ponga el sol estarás aullando para verte libre de la agonía.

—Mi señor —la voz de Strann rechinaba; el dolor comenzaba a hacer presa en los músculos de su cara y le parecía que cuchillos al rojo estuvieran cortándole la carne—, ¡tenéis mi palabra! ¡Lo prometo!

—Está bien —dijo el demonio, otra vez sonriente—. Creo que ahora conoces el precio de la desobediencia. —El dolor angustioso le dio un último coletazo y desapareció. Strann sintió que un sudor frío inundaba su rostro y su pecho—. Ve, y vuelve con la información que puedas obtener.

Strann hizo una reverencia más.

—¡Señor, haré lo que pidáis! —y salió corriendo.

Repitió las palabras de Narid-na-Gost como éste le había ordenado. Ygorla escuchó con la cabeza ladeada, como un ave que ve una presa. Cuando Strann terminó, sus ojos se tornaron duros como el pedernal, y soltó una risa despreciativa.

—Oh, así que cree que puede coaccionarme, ¿verdad? La protección no es la llave... Bien, bien, ¡qué estúpido es! —Entonces recordó de repente que Strann seguía en la habitación, lo miró e hizo un gesto despreocupado con la mano—. Puedes retirarte, rata. Ve y diviértete. No te necesitaré hasta esta noche.

Estaba preocupada. Strann supo que podía regresar a la torre sin correr el riesgo de ser visto por alguno de sus elementales. Por una vez, el informe que dio a Narid-na-Gost no necesitaría cambios, porque tenía bastante idea de las conclusiones que el demonio sacaría del silencio de su hija. Salió de la habitación y puso especial cuidado en que Ygorla no advirtiera que sonreía ligeramente.

Al anochecer, la nieve caía de nuevo, y el Castillo estaba envuelto en un profundo y melancólico silencio. La multitud que llenaba la sala del consejo parecía haber captado el mismo estado de ánimo que el clima, porque no se pronunció ni palabra mientras esperaban que la usurpadora hiciera su entrada.

La alta mesa en el estrado, donde el Sumo Iniciado y sus consejeros

más íntimos acostumbraban sentarse, seguía en su sitio, pero sólo había tres sillas detrás de ella. Tres sillas y un almohadón, que Karuth reconoció inmediatamente como aquel en el que Strann había permanecido sentado a los pies de Ygorla la noche del baile. De manera que tenía intención de traerlo con ella. Sin duda pensaba que la presencia de una criatura tan inferior como su rata mascota incrementaría la humillación que pensaba infligir a Tarod, y ante ese pensamiento Karuth miró por encima del hombro, preguntándose dónde estaría el señor del Caos. Ailind ya había llegado y estaba sentado en la primera fila, junto a Tirand, pero todavía no había señales de su contrario. Nerviosa, Karuth volvió a acomodarse en su silla, e intentó que sus manos dejaran de moverse inquietas en su regazo.

Tarod estaba de muy mal humor cuando lo había visto por última vez aquella tarde. Strann, con el pretexto de presentar una nueva composición musical, había conseguido organizar un breve ensayo, muy protestado, aquel mismo día y, asistido por dos horrores sombríos que estaban presentes para reprimir cualquier problema que la mascota rata de Ygorla hubiera podido tener con sus músicos forzados, había logrado comunicar los detalles de la última escaramuza entre Ygorla y su padre. Al entregar el mensaje al señor del Caos, Karuth se encontró con que Tarod ni siquiera estaba dispuesto a mostrar su reacción, menos aún discutirla como había hecho algunas veces. La había despedido casi con sequedad, y sin dar una respuesta que llevar a Strann. Algo nuevo estaba en el aire, sintió, y temía que no presagiara nada bueno.

Sus intranquilos pensamientos se vieron interrumpidos al oír el ruido de las puertas de la sala al abrirse. Antes de que pudiera volverse, las extrañas notas de una fanfarria que no era de este mundo resonaron en la sala; luego las antorchas de las paredes bajaron la intensidad de sus llamas mientras un viento helado y antinatural azotaba al público... y apareció Ygorla.

Estaba magnífica. Vestida de los pies a la cabeza de negro y plata, avanzó por el pasillo central de la sala, envuelta en un halo de luces embrujadas de más de un centenar de diminutos elementales que giraban y danzaban describiendo fantásticos dibujos a su alrededor. Un gran cuello en forma de corazón y realizado en filigrana de hilo de plata enmarcaba su rostro, exquisito y perfecto, y la gema del Caos resplandecía como una estrella caída del cielo en su pecho. Calvi Alacar avanzaba un paso más atrás y un poco a un lado; él, también, vestía de negro y plata, y en su rostro esbozaba una sonrisa triunfante y a la vez desdeñosa. Tras ellos, sosteniendo la gran cola del traje de Ygorla, mirando adelante con el rostro tan inexpresivo como la máscara de un mimo, iba Strann.

Toda la concurrencia se volvió para contemplar el espectáculo. Una oleada de suspiros recorrió la sala; y adquirió un punto de indignación reprimida cuando los adeptos vieron que la usurpadora llevaba en la cabeza una corona brillante y extravagante de plata pura con un millar de joyas engastadas, que tenía la forma de la estrella de siete puntas del Caos. El ruido se apagó al subir Ygorla los escalones del estrado. Entonces, al acercarse a la mesa, una voz que parecía surgir de la nada, resonó en la sala:

—¡En pie! ¡Todos deben ponerse en pie y rendir pleitesía a su señora por derecho, Ygorla, Hija del Caos y Emperatriz de los Dominios Mortales!

Librodot

La agitación aumentó con la furia, pero unos cuantos iniciados se sintieron intimidados y obedecieron la altanera orden antes de poder detenerse. Otros, inseguros, miraron al Sumo Iniciado en busca de guía. Karuth vio que Ailind hacía un gesto privado y discreto con una mano; entonces, despacio, pero muy a disgusto, Tirand se puso en pie.

La usurpadora caminó con elegante lentitud hasta el otro lado de la mesa. Strann se apresuró a apartar la silla central, y Calvi se dejó caer con indiferencia en una de las otras dos. Ygorla se volvió para contemplar la escena y sonrió al ver que ahora toda la concurrencia estaba de pie. Tan sólo Ailind no se había movido y la observaba con lacónico interés. Ella no le hizo caso y movió una mano en un negligente gesto.

La voz sin cuerpo resonó otra vez:

—La Emperatriz graciosamente permite a sus súbditos que tomen asiento en su presencia.

La multitud se sentó en silencio. Ygorla se acomodó en la silla central y miró a su alrededor. Sus movimientos recordaban a los de un águila que vigila su posible presa desde gran altura, y la tensión comenzó a hacerse insoportable en la sala, mientras todos esperaban a que hablara. Karuth pensó: *De manera que su demonio progenitor ha decidido no mostrarse al fin y al cabo.* ¿Qué había hecho que Narid-na-Gost se mantuviera apartado?, se preguntó. ¿Miedo a Ygorla, como suponía Strann? ¿O miedo a otra cosa...?

De repente, se escuchó la voz de Ygorla:

—Veo que falta alguien en esta reunión. ¿Dónde está Tarod del Caos?

El silencio acogió su pregunta. Ailind, observó Karuth, sonreía débilmente, pero Ygorla no lo encontraba divertido.

—¡Quiero una respuesta! —exclamó, y sus brillantes ojos barrieron de nuevo la sala. Lanzó una mirada furibunda a las puertas, como si fuera a ordenarles en silencio que se abrieran para dejar entrar a Tarod—. Exijo...

—Refrena tu irritación, chiquilla. Y no esperes que siga este juego según tus reglas.

La voz pareció surgir de la nada. Entonces el señor del Caos surgió de un rincón de sombra detrás de la mesa.

La impresión hizo que los dientes se le clavaran a Karuth involuntaria y dolorosamente en el labio inferior... porque Tarod había dejado la mascarada de mortalidad. Su rostro era una salvaje escultura, cada hueso perfilado bajo la carne, de una perfección inhumana, de una adustez inhumana. Su largo cabello negro, ahora como si fuera un humo denso y ondulante, resplandecía y se rizaba sobre sus hombros. Y sus finos labios esbozaban una sonrisa a la usurpadora con todo el conocimiento y el desprecio de un ser cuya vida abarcaba la eternidad y para quien el transcurso de una vida humana no era más que el parpadeo de un ojo. A su alrededor brillaba un aura terrible, un aura de luz negra, una radiación imposible; y los ojos como esmeraldas que Karuth había encontrado una vez, erróneamente, tan humanos, se mostraban ahora mortíferos, fríos e hirientes. Y, en la mano izquierda de Tarod, brillaba la gema de un anillo, enorme y clara, con los siete rayos cegadores de una estrella. El Caos —el verdadero Caos y no un mero reflejo— hacía acto de presencia en el mundo de los mortales.

Karuth no supo cómo ni cuándo sucedió, pero se encontró de rodillas, aferrada al respaldo de la silla que tenía delante. En la sala, otros adeptos

reaccionaban a medida que la conmoción ante la manifestación de Tarod se extendía en forma de aplastante asalto psíquico. Tirand se había puesto en pie, la Matriarca también. Se oían voces inseguras —Karuth escuchó más de un grito involuntario de «¡Yandros!»— y durante unos segundos pareció que la asamblea iba a ser víctima de la histeria y de la anarquía. Pero entonces Tarod habló. Su voz sonó tranquila, contenida, sin ceremonias, pero todos los oídos en la sala escucharon con claridad. Sencillamente dijo:

—Paz.

En un instante, el pánico cedió y la multitud permaneció quieta. La gente parpadeaba, sorprendida al descubrir de repente que sus mentes estaban tranquilas, y se oyó el arrastrar de sillas cuando, apaciguados y un tanto desconcertados, fueron sentándose de nuevo lentamente. A Karuth le dolían las rodillas, allí donde el súbito y brusco contacto con el suelo las había arañado, y el corazón le latía con intensidad, pero también ella se vio atrapada y calmada por la pequeña demostración de poder de Tarod, y volvió a ocupar su asiento, agradecida al ver que podía respirar de nuevo.

Ygorla estaba de pie, rígida, y miraba al señor del Caos. Su rostro mostraba una blancura fantasmal; en contraste, su boca pintada, era un feo tajo carmesí, y su mandíbula estaba tensa, intentando escupir la rabia reprimida que sentía en su interior. Detrás de la mesa, Strann estaba agachado en su cojín, intentando parecer lo más pequeño e insignificante posible. Calvi se había hundido en su asiento como un animal acorralado y tenía el aspecto de estar mareado.

Tarod alzó su mano izquierda para apartarse del rostro un mechón de cabellos, y la imagen de la estrella de siete puntas relampagueó una vez más en el anillo que portaba.

—Creo que tienes negocios que tratar conmigo. Expónlos.

—Tú... —Ygorla recuperó por fin la voz, que la furia había vuelto chillona—. Te atreves a desafiarme, te atreves a hacer esta lamentable demostración. —Con gestos precipitados, cogió la gema del Caos y la mostró—. ¡Sabes qué es esto! ¡Sabes qué puedo hacer!

De nuevo, Tarod esbozó su terrible y maligna sonrisa.

—Claro. Pero ¿lo harás? ¿O es que tu progenitor no te ha contado las muchas maneras que pueden adoptar las represalias del Caos? —Bajó de nuevo la mano, y el aura negra latió con energía fantasmal—. Debería haberte advertido que sabemos cómo tratar con nuestra gente.

Una adepta sentada al lado de Karuth se estremeció violentamente, cuando un leve atisbo de lo que traslucían las palabras de Tarod llegó a las mentes humanas más receptivas de la sala, y Karuth misma se vio obligada a mirar a otro lado, sintiéndose de pronto muy asustada. Tuvo una intuición del tipo de apuesta que Tarod estaba haciendo, porque sabía lo peligroso que podía ser confiar, aunque fuera mínimamente, en la sabiduría de la usurpadora. Si perdía el control ante aquel desafío, Ygorla podría cometer con facilidad el terrible error de destruir la gema del Caos. Si eso ocurría, moriría al instante; o quizá, con el control de Tarod, en los próximos mil años. Pero con ella moriría un dios y el Equilibrio se echaría a perder. No, de ningún modo debía llegarse a eso, pensó Karuth con desesperación. ¡No debía llegarse a ese extremo!

Pero al parecer había subestimado a Ygorla. La usurpadora estaba recuperando el dominio de sí misma, y, aunque no cometió la temeridad de

Librodot

sostener la mirada glacial de Tarod, el color de porcelana regresó a sus mejillas y una leve sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios.

—Creo —dijo por fin— que ni siquiera tú, Tarod del Caos, eres tan ingenuo como para creer que soy tan estúpida. Nos sentaremos, y escucharás lo que tengo que decirte.

Volvió a tomar asiento y señaló el tercer asiento vacío. Tarod no hizo caso de su gesto imperioso, e inmediatamente la voz incorpórea se escuchó con fuerza en la sala.

—¡Todos deben sentarse en presencia de la Emperatriz! ¡Todos deben tomar asiento, siguiendo las órdenes de la Emperatriz!

Tarod miró a algún sitio entre las vigas del alto techo de la sala, y una funesta luz brilló un instante en sus ojos. La irritante voz cesó de inmediato, dejando un vacío que sugería que quien hablaba no sólo había sido silenciado sino que también había dejado de existir.

—Tus torpes actitudes me aburren —le dijo a Ygorla el señor del Caos— . Di lo que tengas que decir y no me hagas perder más el tiempo.

La seguridad de Ygorla había vacilado un tanto al ver con qué facilidad se deshacía de su siervo, pero se recuperó con rapidez.

—Bien, si así lo prefieres quédate de pie o siéntate, como quieras —replicó—. Y escucharás mis condiciones.

Tarod sonrió apenas al escuchar su utilización de la primera persona del singular.

—Tus condiciones —repitió—. De manera que tu progenitor sigue dejando que sus siervos se ensucien las manos por él, ¿no es así? —Se rió, y fue una risa que Karuth deseó no volver a escuchar jamás—. Muy bien. ¿Cuáles son tus condiciones?

Aquél era el momento que Ygorla había estado esperando, y, a pesar del peligroso estado de ánimo de Tarod, estaba decidida a sacarle el máximo partido. Chasqueó los dedos, y se materializaron dos elementales del aire que transportaban un rollo de pergamino. Volaron hasta la mesa, mientras Ygorla sonreía y Tarod observaba impasible, y depositaron el pergamino delante de la usurpadora. Como un acto reflejo, en lo que se había convertido en una costumbre despreciable y frivola, Ygorla alzó una mano para aniquilar a los mensajeros, pero entonces advirtió la mirada de Tarod y, cambiando de opinión, se limitó a despedirlos con un gesto. Mientras se desvanecían, desenrolló el documento, tras romper con gran boato el sello, y contempló la caligrafía adornada y fluida —que no era la suya— que lo cubría. Por fin habló:

—¡Yo, Ygorla, Hija del Caos y Emperatriz de los Dominios Mortales, hablo así y ordeno a todos los presentes que escuchen y obedezcan! —Era el lenguaje ceremonial, que en sus labios adquiría un tono desmedido de farsa y melodrama. Pero nada había de farsa en las palabras que Ygorla pronunció cuando lanzó su desafío definitivo.

El único punto en que se basaban las ambiciones de la usurpadora y de su demonio progenitor era el conocimiento de que, sin importar el precio, sin importar los riesgos, Yandros del Caos no permitiría que su hermano muriera. Ahora, con la tranquila dulzura de la total seguridad, Ygorla planteó las condiciones mediante las cuales podía salvársele la vida. Esas condiciones, le dijo a Tarod, eran bastante sencillas. Ella no quería ni más ni menos que el completo control sobre el dominio de los mortales; y su padre

deseaba el control del Caos. De manera que proponían un pacto, mediante el cual Narid-na-Gost regresaría triunfante al reino del Caos, donde sería ascendido para ocupar el lugar de Yandros como señor supremo, mientras que Yandros y sus hermanos pasarían a ser lugartenientes suyos. Semejante cosa era factible, puesto que Yandros tenía el poder de elevar a cualquier ser que eligiera a las posiciones más elevadas de su reino. Entonces comenzaría una nueva era, dijo ella, una verdadera edad del Caos en la cual serían borradas las locuras del pasado. Con un señor poderoso e inexorable que despreciaba los débiles dogmas que Yandros prefería, y con una emperatriz terrenal que impusiera la voluntad de ese señor supremo en este mundo, tanto los dioses como los mortales volverían a aprender a temer el titánico e invencible poder que era la verdadera esencia del Caos y su último destino. El Equilibrio, dijo Ygorla, y su voz se alzó y resonó en toda la sala, sería hecho pedazos. La fuerza y la influencia del Orden serían aplastadas y sus señores desterrados del mundo. El Caos, y sólo el Caos, reinaría supremo.

Los adeptos que llenaban la sala del consejo escucharon el discurso de la usurpadora con asombrado silencio. Desde que se había hecho público el apuro del Caos, todos sabían cuál sería en esencia e inevitablemente el desafío de Ygorla. Pero escucharlo proclamado en alta voz, presenciar cómo se arrojaba el guante definitivo, les hizo darse cuenta de esa realidad de una manera nueva. Muchas miradas se volvieron inquietas hacia Ailind, pero el señor del Orden no mostró ninguna reacción ante el discurso. Sencillamente, siguió sentado, impasible, con una expresión cerrada y enigmática.

Tarod tampoco había dado todavía una respuesta abierta a la alegre diatriba de Ygorla, aunque, para la febril imaginación de Karuth, parecía que el aura negra que resplandecía en torno a su silueta se hacía más intensa, perfilando los planos y ángulos de su rostro hasta convertirlo en una terrible escultura. Y, cuando la usurpadora calló y le dirigió una mirada desafiante, llena de triunfo, no se movió ni habló; se limitó a sostenerle la mirada.

—¿Bien, mi señor? —Ygorla no se caracterizaba por su paciencia. Quería una respuesta y la quería de inmediato, y su tono era rencorosamente burlón—. ¿Qué tienes que decirme?

Como si un viento intangible hubiera atravesado la sala, el cabello negro y la capa de Tarod se agitaron. Luego esbozó una fría sonrisa, desdeñosa y llena de orgullo.

—Chiquilla —dijo, y el tono de voz produjo escalofríos en Karuth—, tus pretensiones son, cuando menos, grandiosas.

—¿Pretensiones? —Ygorla repitió la palabra, casi en un ronroneo—. Te aseguro, Tarod del Caos, que esto no son meras pretensiones. Son condiciones. De hecho, son las únicas condiciones mediante las que puedes esperar salvar la vida de tu hermano y hacerlo regresar del limbo. Naturalmente, deberá contentarse con una posición inferior, porque sé tan bien como tú que no puede haber más que siete señores del Caos. Pero al menos conservará la vida. Y eso, creo, es lo que Yandros desea por encima de todo.

Estaba tan segura de sí misma, tan segura de la victoria... Los finos labios de Tarod se curvaron en una sonrisa glacial.

—Pensar que puedes predecir los deseos de Yandros es una suposición muy peligrosa, Ygorla.

—Oh, no, Tarod. Por una vez, no creo que sea así. —Sonreía y la risa

Librodot

pugnaba por surgir de su garganta—. ¿Sabes?, creo que Yandros posee la suficiente inteligencia para comprender las consecuencias de una negativa.

El aura negra volvió a estremecerse.

—Una consecuencia sería tu destrucción —le recordó Tarod en voz baja.

—Lo sé. Pero, al destruirme a mí, también destruiríais a vuestro hermano, y no habría otro señor del Caos que pudiera ocupar su puesto. —La risa surgió, como un ladrido vengativo e imperioso—. Las leyes de este universo no pueden permitir la existencia de más de siete señores del Caos; pero permiten la existencia de menos. Piensa en eso, ¡noble dios! Nada de siete grandes amos que gobiernen tu reino, sino sólo seis. —Despacio, calculadamente, giró sobre los talones hasta que quedó mirando directamente a los ojos de Ailind y, dando la mayor deliberación a sus palabras, añadió—: ¿Qué pasaría entonces con vuestro precioso Equilibrio?

Estaba horriblemente claro qué quería decir. Seis señores del Caos, pero siete señores del Orden. Desaparecería el equilibrio y el Caos, debilitado por la pérdida de uno de sus señores, quedaría de repente expuesto y vulnerable al ataque. Ygorla sabía, igual que Tarod y todos los adeptos en la sala, que Aeoris del Orden no desperdiciaría semejante oportunidad para lanzar un ataque mortífero contra su antiquísimo enemigo.

Karuth sentía como si su corazón se hubiera encogido hasta convertirse en una pesada bola bajo sus costillas; miró a Ailind y vio que por fin la máscara de la indiferencia caía de su rostro y que una emoción clara se mostraba a través del escudo que había erigido a su alrededor.

Permaneciendo en silencio, y con la compensadora satisfacción de ver cumplidos sus propósitos, Ailind del Orden sonreía.

El enfrentamiento acabó minutos después. En lo que pudo ser un desaire premeditado al trato dado antes por Tarod a su siervo elemental, Ygorla invocó una repetición de la fanfarria sobrenatural que había anunciado su llegada a la sala y salió con toda la pompa desplegada, con Calvi cogido de su brazo y Strann siguiéndolos apresuradamente. Había conseguido todo lo que quería, todo lo que deseaba, puesto que Tarod ahora expondría los términos de su pacto a su gran hermano Yandros, y pronto tendría la respuesta de éste. A Ygorla no le cabía duda de cuál sería esa respuesta. Los señores del Caos estaban atrapados, y ella había vencido.

Antes de hacer su gran salida, hizo un último anuncio a la concurrencia; y aquello, o al menos eso pensó Ygorla, causó más sensación que su ultimátum al señor del Caos. A partir de aquella noche, les dijo, se instituiría y proclamaría un nuevo título por todo el mundo: el título de Emperador Designado y Noble Consorte de la Emperatriz de los Dominios Mortales. Y el poseedor de ese título era el que en tiempos había sido pretendiente al trono del Alto Margrave, que ahora repudiaba la validez de su pretensión: su amado Calvi Alacar.

Los oyentes quedaron horrorizados. Ygorla lo sabía y disfrutó de su impotente furia cuando salió de la sala. Al cerrarse las puertas tras ella, se produjo el tumulto. Los adeptos, en pie, gritaban, hablaban, discutían, se quejaban, y cada voz pugnaba para hacerse oír por encima de las demás, dando salida a su ira y amargura. Muchos buscaron a Ailind, para pedirle ayuda y consejo, pero Ailind había desaparecido repentinamente. Algunos hubieran suplicado a Tarod, pero, antes de que reunieran el valor para acercarse a él, el dios bajó del estrado y se dirigió hacia las puertas.

El aura negra resplandecía a su alrededor como una nova. La gente se apartaba ante él, y aquellos que lo miraron a la cara al pasar sintieron las puñaladas gemelas del temor y el asombro. Sólo Karuth fue tras él, abriéndose camino entre la gente e intentando alcanzarlo antes de que el gentío se cerrara tras su paso. Vio que hacía un violento gesto con la mano izquierda, vio cómo las puertas se abrían en respuesta y golpeaban contra la pared, y le falló el valor. Pero siguió avanzando hasta que alcanzó el pasillo fuera de la sala.

Cuando Tarod se alejaba en dirección a las puertas principales del Castillo, Karuth echó a correr, intentando darle alcance, y gritó:

—¡Mi señor Tarod!

Se detuvo y se dio la vuelta en un único y grácil gesto. El aura negra desapareció cuando vio quién lo llamaba, pero sus verdes ojos le lanzaron una mirada terrible a la luz de las antorchas del pasillo.

—¿Qué pasa? —En ninguna ocasión le había hablado en un tono tan funesto, y por segunda vez la enormidad de la distancia que los separaba se le hizo perturbadoramente evidente a Karuth. Sin aliento, se paró a unos metros de él, sintiendo de repente temor a acercarse más.

—Mi señor Tarod, yo... —Se interrumpió cuando se dio cuenta de que no sabía qué decir. Quería hablarle, hacerle preguntas, ofrecer su ayuda, pero ahora comprendía que ese impulso no era más que una fútil e ingenua vanidad por su parte. Lo último que Tarod quería o necesitaba en aquel momento era verse molestado con las preguntas y opiniones de otro, y si Karuth creía que la ayuda, por muy bienintencionada que fuera, que una simple mortal pudiera ofrecerle serviría de algo, entonces era una estúpida y pobre ilusa.

Bajó la cabeza y se quedó mirando el suelo.

—Perdonadme —susurró—. Yo... No era nada, nada importante.

Tarod la miró durante unos segundos. Luego se dio la vuelta, bruscamente; su cabellera y su capa se agitaron como una malévola ola negra, y se alejó sin decir nada más, dejándola sola y con la sensación de ser insignificante e inservible.

Librodot

CAPITULO 17

Había seis personas en la biblioteca: tres adeptos estudiantes, su tutor y dos maestros seglares. La súbita aparición de Tarod en el umbral los hizo ponerse a todos en pie sobresaltados. Sabían quién era, aunque ninguno de ellos se había tropezado directamente con él antes, y sus expresiones se congelaron en una mezcla de asombro y consternación.

La mirada implacable del señor del Caos barrió la cámara abovedada; luego pronunció una seca palabra:

—Fuera.

No vacilaron. Dejaron los libros, los apuntes y las discusiones y salieron a toda prisa de la sala para subir la escalera de caracol. Al cerrarse la puerta tras el último de ellos, Tarod miró las antorchas en la pared, que instantáneamente se apagaron, y se dirigió a la pequeña puerta que conducía al Salón de Mármol. Aquel asunto era demasiado urgente y demasiado serio para que bastaran sus métodos normales de contacto con Yandros. Para aquello debía regresar en persona al Caos.

La puerta de plata del Salón se abrió sin hacer ruido al acercarse él, y la cruzó para entrar en la difuminada y conocida atmósfera de las neblinas cambiantes de tonos pastel. Hizo caso omiso de las siete grandes estatuas, excepto por una breve y cínica mirada a la escultura de Aeoris, y se acercó al mosaico negro en el suelo que señalaba el emplazamiento de la Puerta del Caos. Sintió que nadie había entrado en el Salón desde su última visita; el nexo de protección que había establecido para que le avisara de cualquier intento de forzar la Puerta seguía intacto, y parecía que hasta el momento tanto Ygorla como su progenitor no tenían ni el deseo ni el valor para hacer investigaciones por su cuenta.

Tarod entró en el círculo negro. La unión entre la Puerta y sus creadores era constante, por lo que no necesitaba ritual ni formalidad alguna. Sencillamente ejerció su voluntad, y las nieblas en tonos pastel temblaron brevemente cuando su alta figura desapareció del mundo de los mortales.

Al entrar en el reino del Caos, alguien estaba esperándolo. Vio un brillo de cabellos de un blanco dorado, y luego unas manos pequeñas y pálidas se extendieron hacia él y unos ojos de ámbar lo miraron con cariño; una boca sensual sonrió.

—Cyllan... —El mal humor de Tarod desapareció cuando vio a su consorte, quien había adoptado la forma que tenía cuando era una mujer mortal, un siglo atrás, la forma que sabía que a él más le gustaba. Se abrazaron efusivamente, y una nota pura y única vibró con claridad en el aire durante un segundo antes de desvanecerse.

—Yandros me dijo que volvías —dijo ella, cogiéndolo de la mano. Se alejaron del extraño árbol de hojas metálicas que era la manifestación actual de la Puerta del Caos en aquel mundo. Bajo sus pies crujía una hierba negra, que se convertía en plateada allí donde pisaban.

—Sólo durante un rato —advirtió él, y sonrió disculpándose—. Tengo noticias urgentes para Yandros y necesito conferenciar con él de manera más privada de lo que es posible en el Castillo.

Cyllan lo miró a los ojos.

—Ha sucedido algo, ¿verdad?

La sonrisa de Tarod se endureció un tanto.

—Algo ha sucedido, amor, sí. Aunque no es más que lo que hemos estado esperando. —Miró adelante, donde altos árboles de un verde negruzco se curvaban para formar una avenida sobre la explanada de hierba. En la avenida había una presencia que sólo sus sentidos podían detectar, y Tarod le hizo un gesto de reconocimiento—. Yandros me espera. En cuanto hayamos terminado, me reuniré contigo.

Sus labios se posaron en los de Cyllan con la suavidad y la entrega que ella conocía y había apreciado durante tanto tiempo; otra vieja herencia de sus orígenes humanos. Luego, oscuro y silencioso como una sombra, Tarod se alejó por la avenida.

El paisaje inestable y siempre cambiante del reino del Caos reflejaba a menudo los estados de ánimo de sus señores supremos, y, al acercarse Tarod a su hermano mayor, grandes nubes negras se acumularon en los cielos, ocultando el deslumbrante rayo de luz que llegaba desde el lejano horizonte y sumergiendo la avenida en la oscuridad. Luego los relámpagos surcaron con silenciosa violencia el cielo, iluminando fugazmente la severa silueta de Yandros. Su rostro estaba sombrío, y en sus ojos, de un color negro azabache, había una expresión mortífera.

—Tarod —se estrecharon las manos con un gesto serio pero lleno de afecto, aunque Tarod sintió la ira contenida que bullía en su hermano—. Cuéntame todo lo que ha sucedido.

La avenida de árboles se fundió en los muros de un enorme túnel petrificado y abovedado. Chorros de agua, que resplandecían con una luz propia de color rojo sangre, comenzaron a correr por las paredes y formaron torrentes impetuosos a ambos lados de los dioses. Un lejano sonido, como el avance de una distante marea, susurraba entre las fantásticas formaciones rocosas. Avanzaron por los espacios vacíos y llenos de ecos, y Tarod le comunicó lisa y llanamente su enfrentamiento con Ygorla y el pacto que ella había propuesto. Yandros escuchó toda la historia sin decir nada y, cuando Tarod acabó, se detuvo, con la mirada fija en la distancia. Bajo el resplandor sangriento de los torrentes su rostro resultaba infernal.

—Ella propone esto..., exige lo otro... —Fijó la vista en el techo muy por encima de ellos, y una enorme sacudida azotó todo el túnel al explotar hacia arriba incontables toneladas de roca. Un centenar de voces demenciales chillaron una respuesta enloquecida; gritos de rabia, de agonía, de otras emociones que ninguna mente humana podría haber comprendido. En lo alto, por encima de los perfiles astillados y rotos de los restos de las paredes, seis enormes prismas de luz flotaban sobre la escena, girando lentamente sobre sus ejes y latiendo en perfecta secuencia y en perfecta simetría. Seis, donde antes había habido siete...

Yandros se rió. Ni siquiera Tarod había escuchado antes una risa tan cargada de amargura, de negra y triste autocensura; y de repente las paredes destrozadas desaparecieron y se encontraron en una llanura interminable de hielo puro, sin un solo accidente que interrumpiera su monotonía. Los prismas, solitarios en un cielo desierto, derramaban un brillo tan frío y corrosivo como el ácido, y miles de reflejos de arco iris se agitaban incansables bajo la superficie del hielo.

Librodot

—La usurpadora exige —dijo Yandros, en voz tan baja que apenas resultó audible—, y somos incapaces de oponernos a ella, Tarod. ¡Somos incapaces!

Tarod no contestó. No podía decir nada.

—Nunca he creído —prosiguió Yandros al cabo de unos instantes— que seamos invencibles. A diferencia de Aeoris hace un siglo, nunca he cometido ese error. —Comenzó a pasearse por el hielo—. De hecho, me enorgullecía de poseer la sabiduría para reconocer la existencia de trampas en las que incluso los dioses pueden caer. —Se detuvo, se dio la vuelta y miró a Tarod, con ojos que lanzaban destellos de una docena de colores distintos—. Algunos de los mortales más píos sostienen que el orgullo es una cualidad indeseable y que debería ser erradicada porque conduce a la perdición. Tienen una palabra antigua para designarlo... ¿La conoces?

—*Hybris* —dijo Tarod.

—*Hybris* —repitió Yandros; luego sus finos labios se torcieron en una sonrisa cínica que no tenía ni rastro de diversión—. Supongo que es una palabra tan buena como cualquier otra para describir a un estúpido arrogante.

Tarod sacudió su oscura cabeza.

—¿Cómo ibas a saberlo, Yandros? ¿Cómo iba ninguno de nosotros a suponer...?

—¡No intentes calmarme con perogrulladas! —lo cortó Yandros.

El cielo se partió en dos, haciendo que los seis prismas se lanzaran a un loco frenesí de reflejos fragmentados, y la llanura de hielo desapareció, dejándolos en un vacío de oscuridad total. Una bola de fuego ardía en el espacio que separaba a los dos dioses. Yandros habló de nuevo.

—Perdóname, Tarod. No quería faltarte al respeto. —Un suspiro rompió el silencio—. Por el bien de los dos, busquemos un paraje más amable.

Conociendo el estado de ánimo de su hermano, Tarod ejerció su voluntad brevemente sobre la sustancia del Caos, y se encontraron juntos en el torreón de una torre de piedra gris que presidía un cambiante paisaje a unos siete kilómetros más abajo. Yandros recorrió la cámara circular con la mirada y, abandonando por fin su rabia se echó a reír.

—Lees mi mente con demasiada claridad. Una escena sobria e inocua para engendrar un estado de ánimo sobrio e inocuo. Ah, bien, supongo que nos servirá tan bien como cualquier otra cosa. —Recorrió el suelo y una neblina de color pastel, que recordaba a la del Salón de Mármol, se agitó alrededor de sus pies—. Podría ir al mundo mortal y destrozarlo, junto con todo lo que hay en él; y lo haría si con ello consiguiera mi deseo. Pero ¿de qué serviría, Tarod? Nos enfrentamos a una terrible elección: o capitulamos ante la usurpadora, o nuestro hermano morirá. —Dejó de pasearse y se volvió; sus ojos ardían de dolor—. No puedo admitir esa pérdida, de ninguna manera.

—Pero... —comenzó a decir Tarod.

—Pero al mismo tiempo no puedo aceptar la idea de que Narid-na-Gost ocupe mi lugar como señor supremo de este reino. ¿No ibas a decir eso? Tienes razón: no puedo. Es insostenible, impensable. —Fuera, al otro lado de la estrecha ventana del torreón, sonaron truenos aterrados, y algo respondió con una risa áspera. La expresión de Yandros se tornó salvaje.

»No voy a hacer un noble discurso acerca de los beneficios del

Equilibrio. Su única función, tal y como fue desde el principio, ha sido proporcionarnos una fuente de diversión y una alternativa preferible al aburrimiento de gobernar a nuestros súbditos humanos sin ni siquiera un murmullo de desacuerdo. Pero, aun así, la idea de regresar a las viejas costumbres... —Sacudió la cabeza, y extrañas luces brillaron en sus rubios cabellos—. Nunca nos satisfizo gobernar sin oposición, ¿no es cierto? Y, cuando se añade la corrupta dimensión humana a la ecuación, se convierte en algo repulsivo y despreciable. Codicia, arrogancia, venganzas mezquinas; todos los rasgos que despreciamos por su hueca absurdidad. En eso se convertiría el Caos, Tarod. En eso se convertiría bajo el gobierno de Narid-na-Gost y de su jactanciosa hija: en una farsa.

—Has dicho «se convertiría» —observó Tarod con suavidad—. No «se convertirá», sino «se convertiría». —Hizo una pausa antes de inquirir—: ¿Se te ha ocurrido algo, Yandros?

Yandros lo miró con expresión atormentada.

—Para ser sincero, hermano, no lo sé. Se me ha ocurrido una posibilidad, pero es algo que todavía no quiero discutir, ni siquiera contigo. Necesito darle más vueltas —declaró, comenzando a pasearse de nuevo—. Tenemos tiempo. Al menos es una ventaja. Si la usurpadora no recibe noticias nuestras, ni siquiera ella será tan estúpida como para ponerlo todo en peligro por falta de paciencia. Esperará. Pero puede que Aeoris no lo haga.

Tarod estaba intrigado.

—¿Aeoris? ¿Qué has sabido de sus maquinaciones?

Yandros hundió los hombros.

—Nada concreto. Pero los dos sabemos que algo se está tramando en el reino del Orden y que no es sencillamente una manifestación de su satisfacción ante nuestros aprietos. Al fin y al cabo, no conseguirían nada si capituláramos ante la usurpadora, porque deben saber tan bien como nosotros que, si Narid-na-Gost alcanzara aquí el poder, su primer acto sería lanzar un ataque contra su fortaleza; y, con su hija coronada como emperatriz del mundo de los mortales, su poder combinado pondría al Orden en fuga. Así que todavía podemos suponer con seguridad que Aeoris sigue compartiendo nuestro deseo de verlos acabados y sus almas encerradas en los Siete Infiernos. La única diferencia en ese propósito común es que Aeoris también desearía que nuestro hermano fuera destruido en el proceso, de manera que el Equilibrio pueda ser alterado y él pueda reclamar de nuevo su antigua supremacía. —Sus ojos se volvieron de plata—. Eso es lo que debemos impedir, Tarod. Eso es lo que debemos impedir, ¡no importa a qué precio!

Tarod asintió con gravedad.

—Sigo sin poder sacarme de encima la sospecha de que hay más de lo que parece en la forma en que Ailind trató a Calvi Alacar —dijo.

—Coincido contigo, hermano —repuso Yandros—. El volverse de pronto en contra suya, con el resultado de que ha sido empujado a los brazos de la usurpadora... para mi gusto es demasiado oportuno. Pero sigo sin encontrar ninguna lógica en semejante estrategia, y nada de lo que he podido entrever del reino del Orden ofrece ninguna pista. Creo que debemos esperar los acontecimientos y confiar que Strann pueda proporcionarnos más información.

Librodot

—Ya nos ha proporcionado un retazo de información valioso, y tiene que ver con nuestros tratos con Narid-na-Gost en persona —dijo Tarod—. Es evidente que él ha sido el principal actor en esto desde el principio, y en cierto sentido lo sigue siendo, porque es el que puede conseguir mayor poder. Pero, según los mensajes de Strann, está aumentando la tensión entre él y su hija. Ella es la que lo hace todo, y él ya no se fía. Si a eso le añadimos que Ygorla está en posesión de la gema del alma, es evidente que Narid-na-Gost se enfrenta a varios problemas potenciales.

Yandros le lanzó una mirada penetrante.

—¿Empieza a perder la calma?

—Eso cree Strann. O al menos que podría empezar a perderla si no desaparece su desavenencia.

—Interesante..., interesante —comentó Yandros—. Y, desde luego, Strann está haciendo todo lo posible para que eso no ocurra.

—Toda cadena es tan resistente como su eslabón más débil.

—Cierto. Nunca hubiera pensado que Narid-na-Gost fuera el más débil de los dos, pero, ahora que lo pienso, es lógico en cierto modo. Al fin y al cabo, sólo es lo que nosotros hicimos de él. —Permaneció en silencio unos instantes, reflexionando; luego se detuvo y se volvió para encararse con Tarod una vez más—. Esto puede encerrar posibilidades; no lo sé. Aunque, claro está, incluso si Narid-na-Gost fuera eliminado de la arena, todavía tendríamos que resolver el problema de Ygorla. Y, mientras tenga la gema del alma, es invulnerable.

—Al menos sus ambiciones no van exactamente en la misma dirección que las de su progenitor —señaló Tarod.

La expresión de Yandros cambió, y lanzó a su hermano una extraña mirada.

—¿Eso crees?

Tarod se sintió desconcertado.

—Pero si es mortal...

—Medio humana —le recordó Yandros, que sonrió con sequedad—. Y hay un precedente, ¿o no?, de que un mortal alcance un cierto rango en el Caos. No pienses ni por un momento que la usurpadora no lo sabe. No estoy diciendo que semejantes ideas comiencen a rondarle la cabeza. Simplemente estoy diciendo que podría ocurrir, y que es una posibilidad que más nos vale tener en cuenta.

Del otro lado de la ventana, abajo, muy por debajo de donde se encontraban, un coro fantasmal comenzó a cantar una extraña y hermosa música. Yandros volvió la cabeza y escuchó durante unos instantes; luego suspiró, y el coro y el paisaje se desvanecieron en un gris vacío.

—Poco más tenemos que decir por ahora. Strann lo ha hecho bien hasta el momento. Dale instrucciones para que siga como antes, y veremos qué nuevas dudas podemos meter en la cabeza de Narid-na-Gost. En cuanto a nuestros propósitos, nuestro lema debe ser vigilar y esperar, y por encima de todo debemos evitar vernos obligados a dar a la usurpadora una respuesta a su ultimátum antes de que estemos preparados. —De pronto sonrió con una chispa pequeña pero clara del humor negro que formaba parte esencial de su carácter—. Lamento que tengas que regresar al mundo de los mortales, pero puedes disfrutar de tu descanso mientras dure. Llamaré a los otros y celebraremos tu regreso, por breve que sea.

—Ojalá tuviéramos motivos más firmes para una celebración.

—Ya llegarán esos motivos, a su tiempo —replicó Yandros, con un brillo feroz en la mirada—. Consideremos esto como un ensayo para ese día, ¿eh?

Tarod hizo esperar a Ygorla durante dos noches y el día entre ambas antes de regresar al Castillo, en una lúgubre mañana nevada, con un mensaje de Yandros, lacónico pero contundente. El señor del Caos reflexionaría acerca de las condiciones del pacto y respondería a su debido tiempo; hasta entonces no habría más comunicaciones desde su reino.

Ygorla estaba bastante satisfecha. No había esperado una reacción inmediata por parte del Caos, y tenía el tiempo a su favor. Yandros podía darle vueltas a su decisión durante un año, si le placía, y ella se limitaría a disfrutar de la espera. No tenía intención de regresar a la Isla de Verano, a pesar de su clima más benigno y su palacio más esplendoroso. La severa grandeza de la Península de la Estrella atraía a su sentido de lo dramático, y pensaba que la terrible magnificencia del Castillo constituía un marco más adecuado para la emperatriz del mundo. Se quedaría aquí y, hasta que Yandros capitulara, cosa que sin duda sucedería, seguiría divirtiéndose a costa de sus acorralados anfitriones.

Además tenía que ocuparse de otros asuntos más urgentes. Tras recibir la seca respuesta de Tarod, despachó a Strann a la torre sur para que comunicara las noticias a Narid-na-Gost. El demonio no lo sabía, pero aquello, en la mente de Ygorla, era una prueba definitiva. Después del desafío verbal que le había hecho llegar, y de sus acusaciones de cobardía, el que no se presentara en la reunión la había enfurecido y, por fin, se había visto forzada a tomar la decisión que desde hacía unos días rondaba en su cabeza. A menos que la reacción de Narid-na-Gost contuviera un giro inesperado, el mensaje que Strann obedientemente portaba sería el último que su progenitor recibiría de ella; el último a excepción de uno. Y, cuando llegara la ocasión propicia, ese último mensaje, se prometía Ygorla con diabólico júbilo, propinaría el golpe mortal a sus arrogantes presunciones.

El demonio recibió a Strann y la información que llevaba en un gélido silencio; luego se levantó de sus cojines, se acercó a la ventana, y contempló el patio de espaldas a Strann.

—Puedes comunicarle a mi hija mi agradecimiento por esta noticia —dijo; su voz sonaba fría y distante, y su sarcasmo era tan intenso y corrosivo como el ácido—. ¡Y puedes transmitirle mi esperanza, débil como es, de que se arrepentirá de su tremenda estupidez, y que actuará siguiendo ese arrepentimiento, antes de que cause la ruina de todos nosotros!

Strann sabía que era mejor no hacer ningún comentario y se limitó a abandonar al demonio haciendo reverencias. No perdió el tiempo en regresar junto a Ygorla con su informe, y, cuando le contó lo que había dicho su progenitor, observó su cara, sus ojos, toda su actitud, con atención disimulada. Algo se estaba preparando; lo sabía con la misma certeza que sabía su nombre. Había advertido una impaciencia nerviosa en la manera en que la usurpadora le había dicho que fuera a la torre, y ahora esa impaciencia era más intensa y se alimentaba de lo que parecía ser una mezcla extraordinaria de furia y deleite.

Cuando terminó de hablar, Ygorla no dijo nada durante unos segundos. Se encontraban en la habitación exterior de sus aposentos y ella miró

Librodot

rápidamente a su alrededor, con ojos entrecerrados. Strann tuvo la clara impresión de que súbitamente se había olvidado de lo que la rodeaba y que estaba perdida en otra dimensión creada por ella. Entonces, de forma brusca, chasqueó los dedos.

—Espera aquí —indicó, señalando imperiosamente el cojín de Strann en el rincón y, girando sobre los talones, entró en su habitación privada. En cuanto la puerta se cerró tras ella, Strann pegó la oreja a la pared. La oyó hablar con Calvi, quien estaba echado como siempre en la cama, pero la piedra sólida de la pared amortiguaba casi del todo sus voces. Calvi parecía quejumbroso, Ygorla cariñosa y apaciguadora. Al cabo de unos minutos, cesaron los sonidos y Strann se retiró deprisa a sus cojines antes de que la puerta volviera a abrirse.

Ygorla salió, seguida de Calvi, despeinado y bostezando. El joven lanzó a Strann una mirada de desprecio y disgusto, y dijo de mal humor:

—No, no quiero que esa criatura vaya siguiendo mis pasos por dondequiera que voy. ¡Me irrita y no toleraré su presencia! Envíalo a otro sitio; no me importa adonde, ¡con tal de que no venga conmigo!

Strann desvió la mirada —había aprendido deprisa el precio doloroso de cualquier gesto que Calvi pudiera interpretar como una insolencia—, e Ygorla dijo con dulzura:

—Claro, querido. No tienes que molestarte por mi rata, si no quieres. Pero sé un buen chico y déjame a solas este rato que necesito para hacer lo que debe hacerse. Te enviaré a buscar en cuanto haya terminado.

—Prométeme que lo harás.

—Claro que lo prometo —dijo ella, y lo besó prolongadamente—. Bueno, va. Distráete entre nuestros súbditos y pronto estaremos juntos otra vez.

Strann se atrevió a mirar entre sus párpados entornados y vio a Calvi que salía al pasillo. Entonces, la voz de Ygorla lo hizo ponerse tieso de golpe.

—En cuanto a ti, rata... bueno, creo que tendré que pensar en otra cosa. No podemos dejarte correteando por el Castillo, metiendo tus bigotes en todos lados. Mírame.

El pulso de Strann se aceleró de forma desagradable al tiempo que obedecía lenta y cautelosamente.

—Señora...

Sus ojos eran zafiros gemelos, con un brillo sobrenatural. Strann sintió la oleada de poder en el mismo instante en que ella le sonreía y alzaba con gesto despreocupado una mano.

—Duerme. —exclamó Ygorla, y la conciencia de Strann se borró antes incluso de que su cuerpo se derrumbara sobre los cojines.

Ygorla contempló un momento su silueta yacente. Después sonrió y, apartándoselo de la mente, regresó a su aposento privado. Sentía crecer en su interior una ansiosa expectación, tan embriagadora como un vino fuerte, y con ella una sensación de inminente libertad que no había conocido en toda su vida. Libertad. Paladeó la palabra. Libertad y poder. Había tomado una decisión. Y, una vez dado aquel paso, nada podría interponerse nunca más en el camino trazado por su voluntad. ¡Nada!

Volvió a chasquear los dedos, y se apagaron todas las luces de la habitación, de forma que quedó iluminada únicamente por la luz del día invernal. Otro gesto, y los pesados cortinajes de terciopelo se cerraron sobre la ventana. No quería esclavos elementales para hacer aquello, pensó. Sólo

Librodot

necesitaba su propio poder, sus propias fuerzas, su supremacía. Y nadie —ni Tarod del Caos, ni Ailind del Orden, y sobre todo ni su progenitor, Narid-na-Gost— sabría qué había hecho. Hasta que llegara el momento oportuno, hasta que llegara el momento definitivo y triunfal, éste sería su mayor secreto.

Se quitó la holgada túnica que llevaba con una elegancia sensual y sinuosa y la tiró al suelo. Desnuda, un espectro pálido en la oscuridad, se llevó la mano izquierda a la cadena que colgaba de su cuello, y cerró los blancos dedos en torno a la gema del Caos. La sintió latir, como un corazón sin cuerpo. Sintió el poder que unía a su padre y a ella misma con la gema de manera inseparable. Y sonrió mientras, con meticuloso y premeditado cuidado, comenzaba a manipular aquel poder para darle una nueva forma...

Strann hubiera querido gritar de puro alivio, al enterarse de que el recital de aquella noche no se cancelaría. Había estado seguro de que Ygorla lo suprimiría, y la razón subyacente a esa creencia hacía que fuera imperioso comunicar un mensaje a Karuth aquella noche.

Pensando y trabajando con frenética rapidez, Strann compuso una nueva pieza aquella tarde, para un solo instrumento. No era nada sofisticado; sencillamente parecía un nuevo himno de alabanza a Ygorla. Pero por la noche, en el comedor y ante su público forzado, vio que Karuth se ponía tensa como un gato en cuanto las primeras notas surgieron de sus dedos, y tuvo que contentarse con desviar la mirada del rostro de ella mientras seguía tocando y rezaba para que tuviera el dominio de sí misma y no dejara entrever nada.

Sus plegarias fueron escuchadas. Karuth se recobró con rapidez y, en el transcurso del recital, no volvió a dar señales de que hubiera ocurrido algo fuera de lo normal. Pero después, acabado el concierto y cuando salía de la estancia detrás de Ygorla, como un perro bien amaestrado cogido por su correa enjoyada, Strann vio que Karuth se ponía en pie deprisa, y por un instante sus miradas se encontraron. Él cerró los ojos un momento, y ella comprendió. Aquella única mirada lo confirmaba. Ahora no podía hacer nada más.

Karuth estaba nerviosa ante la perspectiva de enfrentarse de nuevo a Tarod tras su último encuentro. Seguía sintiéndose dolida al recordar la mirada helada y casi compasiva que le había dirigido, condenando en silencio sus mezquinas preocupaciones; aquello había supuesto un duro golpe para su confianza. Pero las noticias que debía darle no admitían demora. Embarazoso o no, el encuentro debía ser afrontado, y deprisa.

Lo encontró gracias al gato gris, que acudió a ella minutos después de acabado el recital y le indicó claramente que deseaba que lo siguiera. Animada al darse cuenta de que Tarod debía de haber enviado al animal, acompañó al gato a través del laberinto de pasillos y encontró al señor del Caos en el patio. Para alivio suyo, no mencionó su último encuentro sino que se limitó a mirarla con ojos verdes inquietantemente intensos e hizo un breve gesto que transportó a ambos al cuarto abarrotado en lo alto de la torre norte.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Tarod, sin perder tiempo en preámbulos ni dejarla recuperar el aliento tras la impresión del desplazamiento.

Las dudas e inseguridad de Karuth desaparecieron súbitamente; el tono

Librodot

de voz de Tarod confirmaba que había notado su apremio, y su adiestramiento de bardo la impulsó a responder con claridad.

—Mi señor, Strann cree que la usurpadora ha roto el lazo de su progenitor con la gema del Caos —repuso, mirándolo a los ojos—. No puede estar seguro, pero tiene suficientes evidencias para convencerlo.

Los ojos de Tarod brillaron como ascuas tenebrosas.

—Cuéntame, Karuth —pidió en voz baja—. Cuéntame todo lo que te ha dicho Strann.

Tragó saliva y comenzó a contar la historia, recurriendo al estilo formal del Gremio, que combinaba la concisión con la exactitud detallada. Strann se había despertado del sueño inducido por Ygorla y se había encontrado con el olor de la magia en la nariz. Escuchó las risas de la usurpadora, procedentes de la habitación interior; risas salvajes, dijo, salvajes y triunfantes. Ella debía de saber que el sortilegio que había lanzado sobre él había acabado, porque un minuto más tarde salió de su refugio íntimo en un estado de entusiasmo y excitación. Lo hizo ponerse en pie y dar vueltas por la antecámara, al tiempo que declaraba que pronto llegaría el día en que su rata tendría el privilegio de escribir una epopeya como el mundo nunca había conocido. Y esa epopeya, dijo, sería en su honor, y sólo en su honor. Strann conocía de sobra la naturaleza de las peleas entre Ygorla y Narid-na-Gost y sacó sus conclusiones. Había llevado los mensajes de palabra, leído a escondidas algunas de las cartas. Sabía lo profundas que eran sus diferencias y había interpretado con inteligencia las veladas amenazas que Ygorla había lanzado a su progenitor durante los últimos días, cada vez con mayor frecuencia. Y, aquella mañana, su repentina decisión de embarcarse en un ritual de magia tenebrosa, inmediatamente después de la última discusión, era la confirmación que Strann necesitaba.

—Casi se esperaba algo parecido, mi señor —terminó con inquietud Karuth—. Lamenta únicamente no poder estar totalmente seguro de qué hizo Ygorla. Pero al parecer ella no confía en Strann lo suficiente para dejarlo presenciar el sortilegio.

—El hecho de que no lo hiciera hace que las evidencias se decanten a favor de Strann —dijo Tarod. Su expresión era pensativa, aunque sus ojos seguían mostrando inquietud—. De manera que, si esto es verdad, significa que sólo tendremos que enfrentarnos a un peligro...

Hablaba para sí más que dirigiéndose a Karuth, pero ella se atrevió a preguntar de todas maneras:

—¿Podéis descubrir si es cierto, mi señor?

—¿Qué? —Parecía haber olvidado por un instante que ella estaba allí; pero, cuando giró la cabeza y la vio, su rostro se relajó un tanto—. Oh, sí; y lo haré —aseguró. Volvió a mirar por la ventana, al otro lado de la cual comenzaba a caer de nuevo la nieve etérea en contraste con el plomizo cielo nocturno—. Será mejor que te vayas, Karuth. Dile a Strann, si tienes ocasión, que estoy realmente agradecido por las noticias.

Ella se puso en pie, pero titubeó.

—¿Deseáis de él alguna cosa más, mi señor?

—Por el momento, no. Dejaremos que los acontecimientos sigan su curso. Ten cuidado de no decir nada de esto a nadie. Pero, si Strann pasa alguna información más, házmelo saber inmediatamente.

—Lo haré. —Quería preguntarle si él a su vez le diría si había

Librodot

confirmado o no la verdad del mensaje de Strann, pero no consiguió reunir valor para hacerlo. En lugar de eso, hizo una reverencia formal y se despidió—: Buenas noches, mi señor. —Y se preparó para el aturdidor y vertiginoso regreso al patio.

Tarod seguía mirando por la ventana cuando ella salió al pie de la escalera y, tras un instante para recobrarse, se dirigió a toda prisa hacia las puertas principales, encogida para protegerse de la nevada. Luego, sin girarse, el señor del Caos dijo en voz baja y firme:

—¿Es cierto?

—Es cierto —contestó la voz de Yandros, que surgió de la penumbra a sus espaldas. La silueta del supremo señor del Caos cobró vida, envuelta en un aura plateada que latía débilmente—. Strann tenía razón. Ygorla ha roto el nexo de Narid-na-Gost con la gema del alma y lo ha dejado sin protección alguna. —Una sonrisa se dibujó en su fina boca, dándole un aspecto lobuno—. Un hecho que él todavía ignora.

Tarod sonrió a su vez.

—Debo admitir que me sorprende su astucia. Conseguir eso sin poner sobre aviso de su maldad a su padre, o para el caso sin alertarme a mí, es impresionante.

—Oh, desde luego. En otras circunstancias podría habernos hecho mucho honor —repuso Yandros, con una voz cargada de ira—. Pero ahora debemos preguntarnos cuál será su siguiente paso.

—¿Crees que tiene algo planeado?

Yandros se encogió de hombros.

—Nada de inmediato, quizás. Hasta ahora se ha contentado con esperar. Pero en su actual estado de ánimo dudo que pase mucho tiempo antes de que Narid-na-Gost compruebe su nexo con la gema. Cuando descubra lo que ha hecho Ygorla, creo que pensará que no tiene otra opción que forzar su mano. —Sus ojos cambiaron de color rápidamente hasta adquirir un inquietante rojo púrpura—. Entonces, tal vez veamos cómo ha cambiado su lealtad, como resultado de la perfidia de su hija.

—¿Deberíamos incitarlo a que hiciera esa... comprobación?

—No. Tengo motivos para no agitar las aguas a menos que me vea obligado. Perdóname, Tarod, pero también tengo una razón para no querer explicarme todavía. Deja que Narid-na-Gost llegue por sí solo a encararse con la perdición. Ocurrirá pronto, sin necesidad de que intervengamos. —Su dorado cabello se agitó al aumentar momentáneamente el brillo de su aura antes de que su imagen comenzara a desaparecer—. Sólo espero que, cuando eso ocurra, no sea antes de tiempo...

A Calvi no le apetecía asistir al concierto de aquella noche y se quedó en los aposentos que compartía permanentemente con Ygorla, atiborrándose con una bandeja de dulces y una gran jarra de vino. Aburrido, aunque sintiéndose demasiado lánguido para interesarse por nada, pasó la hora en que su amante estuvo ausente tumbado en la gran cama, entregado a pensamientos placenteros y volubles. En semejante estado, era inevitable que quedara adormecido, y, mientras dormía, soñó.

Sólo un adepto experto o alguien con poderes extrasensoriales innatos habría encontrado algo extraño en las leves perturbaciones que se produjeron en la calma de la habitación mientras Calvi dormía. Un ligero

Librodot

movimiento en los cortinajes de la cama, aunque no había corriente. Un inesperado siseo del fuego casi apagado, acompañado por una pequeña lluvia de chispas. El sonido apagado y apenas audible del vino salpicando en la jarra, como si una mano invisible la hubiera movido o agitado. Calvi musitó algo, al tiempo que abría y cerraba una mano. Luego se rió en sueños, una risa de júbilo, aunque no del todo agradable. Los sueños huyeron. Unos minutos después, se movió, abrió los ojos y parpadeó, medio aturdido, a la luz de las velas. Los cortinajes de la cama estaban inmóviles, el fuego tranquilo. Calvi bostezó y se sirvió otra copa de vino.

Acabado su trabajo por el momento, sin que su presencia hubiera sido descubierta, los elementales desaparecieron de la escena. Y, a solas en sus austeros aposentos del ala este, Ailind asintió en silencio, satisfecho...

Librodot

CAPITULO 18

Con alivio, Karuth atravesó a toda prisa la puerta principal del Castillo, dejando atrás la nieve; se paró para sacudir los pies y quitarse del pelo los copos que ya se fundían, antes de dirigirse hacia la escalera principal y a su cuarto. Estaba en mitad de la escalera cuando se encontró con Shaill, que bajaba. Los ojos de la Matriarca brillaron intensamente al verla, y con rapidez se llevó a Karuth a un lado, al abrigo de las sombras de la balaustrada.

—Querida, cuánto me alegro de haberte encontrado. —Miró en ambas direcciones, asegurándose de que nadie pudiera oírlas—. Habrá una reunión más tarde, esta noche, cuando el resto del Castillo duerma. Seremos unos pocos, y me gustaría mucho que asistieras.

Sorprendida, Karuth dejó de lado sus preocupaciones acerca del mensaje de Strann y la reacción de Tarad.

—¿Una reunión?

—Sí. Tiene que ver con Calvi; de ahí el secreto. Evidentemente, no queremos que ni él ni la usurpadora se enteren. Nos reuniremos en la biblioteca, cuando salga la segunda luna. Creemos que es lugar más seguro que los aposentos de cualquiera de nosotros; la usurpadora nunca va por allí, y, si se enterara de algo, creo que es el último lugar donde nos buscaría. ¿Podemos contar con que vendrás?

Karuth sabía que varias reuniones como aquélla ya habían tenido lugar recientemente; reuniones pequeñas, clandestinas, para discutir los problemas del Círculo y buscar soluciones. Sin embargo, era la primera vez que se le pedía que participara, y el hecho de que se la invitara ahora, después de una omisión tan prolongada y evidente, despertó su curiosidad. Podía implicar, pensó, que la actitud del Círculo de adeptos acerca de la lealtad al Caos estuviera cambiando.

—Sí —contestó. Se preguntó quién más estaría presente, pero decidió no preguntárselo a Shaill, no fuera a pensar que recelaba. Pronto lo descubriría, de todos modos—. Sí, Shaill. Allí estaré.

La salida de la segunda luna era tarde aquella noche, pero Karuth no temía quedarse dormida y perder la cita. Desde la llegada de la usurpadora y su separación obligada de Strann, le costaba mucho dormir más de una o dos horas seguidas, y aquella noche no era ninguna excepción. Se quedó adormilada un par de veces mientras leía sentada junto al fuego, pero nunca más de unos minutos y, cuando por fin la segunda luna apareció por encima de la negra muralla del Castillo, estaba bien despierta y mentalmente dispuesta.

Los pasillos se hallaban vacíos y a oscuras, y sintió alivio al ver que las nubes de nieve se habían alejado hacia el sur, dejando un cielo despejado que le permitía abrirse camino por los pasillos silenciosos a la luz de la luna. Al llegar al patio, se aseguró con cuidado de que no hubiera nadie fuera antes de pasar corriendo por la senda pisoteada bajo la columnata, en dirección a la puerta de la biblioteca.

La escalera de caracol estaba débilmente iluminada desde abajo, y, cuando entró en la biblioteca, Karuth vio que sus compañeros de

Librodot

conspiración ya estaban allí y la esperaban. Eran cuatro: Shaill, la hermana Alyssi, que era una de sus superioras y confidente íntima, Sen Briaray Olvit... y Tirand. Karuth se sorprendió al ver a su hermano. Sabía lo contrario que había sido hasta el momento a emprender cualquier acción contra el embrujo de Calvi y le costaba creer que Shaill hubiera conseguido reclutarlo para su causa. Igualmente difícil le resultaba creer que hubiera consentido en que su hermana fuera invitada, porque, aunque recientemente habían mejorado sus relaciones y la vieja pelea mostraba signos de comenzar a curarse, Karuth dudaba todavía que Tirand estuviera dispuesto a confiar en ella. Entonces la mirada de preocupada sorpresa de su hermano le dijo que él, a su vez, no esperaba encontrarla allí aquella noche, y se dio cuenta de pronto que aquello era obra de la Matriarca. Shaül había montado aquel encuentro por algún motivo inescrutable, y Karuth se volvió hacia ella, con ojos acusadores. Shaül se limitó a sonreír enigmáticamente y dio unas palmaditas en la silla vacía que tenía a su lado.

—Querida, ven y siéntate —le indicó. Estaban todos sentados alrededor de una de las mesas de la biblioteca, con dos linternas dispuestas entre ellos—. Ya estamos todos, de manera que comencemos sin más dilación. Alyssi, si eres tan amable de cerrar la puerta... Puede que sea una precaución innecesaria, pero nunca se sabe. —Se frotó las manos por encima de una de las linternas, intentando calentarlas. Hacía mucho frío en la biblioteca, y Karuth se felicitó por haber tenido la precaución de llevar su abrigo más grueso.

—Veamos —la Matriarca asintió satisfecha a Alyssi cuando ésta volvió y ocupó su sitio—, ante todo quiero daros las gracias a todos por haber dejado vuestros cálidos lechos. Lamento haber convocado esta reunión a una hora tan intempestiva y en un lugar tan incómodo; pero, como estoy segura de que todos sabréis, es esencial que ciertas personas no sospechen nada extraño. —Hizo una pausa antes de continuar—: Y supongo que es mejor que sea sincera con vosotros y que añada que al decir «ciertas personas» no me refiero únicamente a la usurpadora y a Calvi.

Sen frunció el entrecejo.

—Me pierdo, Shaill. ¿Quieres decir que hay otras personas en el Castillo que han caído bajo la influencia de Ygorla?

—No, no estoy diciendo eso, Sen. Quiero decir, sencillamente, que no quiero que nuestro señor Ailind sepa de esta discusión.

Hubo un tenso silencio. Todos, excepto la Matriarca, miraron a Tirand, esperando que reaccionara. Pero Tirand no reaccionó. Se limitó a seguir sentado, con los codos apoyados en las rodillas, contemplándose con firmeza las manos entrelazadas.

Por fin Sen dijo en voz baja:

—¿Por qué, Shaill? ¿Por qué no quieres que se entere nuestro señor Ailind?

La Matriarca le devolvió la mirada.

—Porque a pesar mío he llegado a la conclusión de que, al menos en este asunto, sus intereses y los nuestros no coinciden. —Hizo un gesto en dirección al Sumo Iniciado—. He hablado con Tirand de esto y le he explicado los motivos de mi opinión. No está del todo de acuerdo conmigo, pero... Bueno, Tirand, quizá sería mejor que lo dijeras con tus palabras.

Tirand adivinó lo que pensaban los demás y decidió ahorrarles la

incomodidad de tener que expresarlo en voz alta.

—Sé que todos conocéis mi lealtad a nuestro señor Ailind —dijo—, y por ello no me cabe duda de que os estáis preguntando si Shaill hace bien en hablar con tanta franqueza en mi presencia. Así que, antes de que prosiga, diré que le he dado mi promesa de que ni una palabra de lo que se diga aquí esta noche saldrá de esta habitación.

Viendo el intenso rubor en las mejillas de Sen y de Karuth y la manera en que Alyssi bajaba la vista, supo que su sospecha había sido acertada, y se permitió una irónica sonrisa.

—Éste no es el momento adecuado para discutir el bien y el mal de este asunto. Os diré lo que ya le he dicho a Shaill: que he suplicado tres veces a nuestro señor Ailind para que ayude a Calvi, y que cada vez se ha negado.

—¿Por qué? —preguntó Sen.

Hubo una pausa.

—No me dio razón alguna, pese a que se lo pregunté. En lugar de eso... —Tirand se encogió de hombros y pareció necesitar hacer acopio de valor antes de terminar la frase— ...se limitó a decir que no es propio que los mortales cuestionen las decisiones de los dioses. Y... yo ya no puedo seguir aparentando que me satisface ese estado de cosas.

Karuth giró la cabeza, de manera que su cabellera ocultara la expresión de su rostro. ¿Cuántas veces había escuchado, al igual sin duda que los demás, palabras parecidas salir de los labios de Ailind? Aquella actitud altiva había estado en el origen de sus primeros choques con el señor del Orden, y lo mismo empezaba a ocurrirles a un número cada vez mayor de adeptos, entre ellos Sen. Pero que Tirand reconociese abiertamente que él también comenzaba a albergar dudas era algo completamente distinto. Desde el inicio de todo aquel feo asunto había apoyado firmemente la causa del Orden y los métodos del Orden, hasta el punto de caer en la tozudez. ¿Había obrado Shaill un milagro de persuasión, o es que otra cosa había provocado aquel extraordinario, aunque todavía inseguro, cambio de ánimo?

Miró a su hermano de reojo, y de pronto encontró la respuesta. No era Shaill la causa, aunque tal vez había avivado un sentimiento que ya empezaba a nacer. La causa era Calvi. Tirand había sido siempre una persona de fuertes lealtades, y durante años no sólo había sentido un profundo cariño por Calvi sino también una cierta responsabilidad, más desde la horrible muerte de su hermano, Blis. Ahora Calvi estaba en peligro, y por primera vez Tirand se encontraba con su lealtad dividida. A un lado estaba Ailind, uno de los siete dioses a cuyo incuestionable servicio se había entregado; pero en el otro lado estaba la dura realidad de un amigo en apuros. Colocado en una situación en la que no podía seguir apoyando una causa sin renunciar a la otra, la conciencia de Tirand —y su carácter esencial— lo había obligado a tomar una decisión clara.

Tirand tomó de nuevo la palabra, y Karuth advirtió que no le resultaba fácil. Un cambio de opinión tan drástico no era algo que se reconociera así como así, y notó que en su interior se debatía todavía ante lo que debía parecerle una traición a su juramento al Orden.

—El hecho —explicó— es que no puedo aceptar la insistencia de nuestro señor Ailind de que deberíamos abandonar a Calvi a su suerte. Debemos intentar hacer algo; y, si los dioses no están dispuestos a ayudarnos, entonces debemos intentarlo solos. —Se echó hacia atrás, con

Librodot

una expresión como a la defensiva, pero que también mostraba un atisbo de alivio al haber dicho lo que pensaba. Su mirada se encontró con la de Karuth. Ella sonrió un tanto insegura, y él le devolvió la sonrisa aunque con cierta ironía.

Sen se aclaró la garganta.

—Comparto totalmente esa opinión —dijo—, y ello nos lleva al motivo de esta reunión. Sabemos demasiado bien a qué clase de criatura nos enfrentamos en cualquier trato que tengamos con la usurpadora. Sólo con nuestros poderes contra los de ella, ¿qué podemos hacer para liberar a Calvi de la trampa en que ella lo ha envuelto? —Miró a los demás uno por uno—. Sinceramente admito que no sé si es posible. De hecho no parece que Calvi sea su prisionero en contra de su voluntad; más bien todo lo contrario.

—Eso es cierto, Sen —apuntó Tirand—, pero olvidas algo. Calvi, el verdadero Calvi, es tan cómplice voluntario de Ygorla como tú o como cualquiera de los que estamos en esta sala. Está embrujado. Si se rompiera el sortilegio, la cosa sería muy diferente.

—Sí, sí, claro —repuso Sen; luego arrugó la frente—. ¿Sabes, verdad, que circulan rumores acerca de eso? Hay gente que dice que Calvi es perfectamente consciente de lo que hace, y que no es una víctima, sino un traidor.

Tirand le lanzó una mirada iracunda.

—Sí, lo sé. Y he dejado bien claro que quien sea descubierto propagando esas historias merecerá un severo castigo, ¡ya se trate de un criado o de un adepto de séptimo rango!

Sen asintió y volvió con rapidez al tema que los ocupaba.

—Bueno, sea como sea, y como ya he dicho, sólo podemos contar con nuestros recursos, y no hay ninguna probabilidad de que Calvi nos ayude. —Lanzó una mirada sombría en derredor—. Lo cual nos deja, creo yo, con dos opciones para elegir: la fuerza o la magia.

—¿La magia? —Tirand pareció consternado—. ¿Contra ella?

—No, no... ¡ni siquiera yo soy tan imprudente! —se apresuró a decir Sen—. Quiero decir contra Calvi... Encontrar un medio de romper el sortilegio que ella lanzó sobre él y abrirle los ojos.

—Eso sería lo mismo. Si lo atacas, atacas a la usurpadora también. Al menos, así lo vería ella.

Sen se encogió de hombros.

—Pero tiene que ser una de las dos. No hay tercera opción.

—Espera, Sen —intervino la Matriarca—. Antes de que sigamos con esto, quizá debería ser sincera con Tirand y con Karuth y reconocer mi motivo para convocarlos aquí esta noche. —Se apoyó en el respaldo de su silla, aspiró hondo y miró a los dos hermanos, uno tras otro—. Supongo que es tan buen momento como cualquier otro para confesar que desde el principio tenía otro motivo. Tirand, Karuth, para decirlo llanamente, mi intención esta noche es intentar enterrar los últimos vestigios de la disputa entre vosotros. Sé que ambos habéis dado pasos inseguros para curar las heridas, pero ninguno parece capaz de dar el paso definitivo. Así que he decidido darlo por vosotros, y he obligado a que Sen y Alyssi vinieran a apoyarme y, si hiciera falta, a actuar como moderadores. No me avergüenzo de mi táctica, porque creo que tenemos una causa común que va más allá de las enemistades personales o de las lealtades distintas. Esa causa es Calvi.

Por su bien, si no por el vuestro o el mío, os suplico que os reconciliéis formalmente y que deis vuestra ayuda unida y sin regateos para salvar a nuestro Alto Margrave.

Terminó de hablar y se produjo un silencio largo e incómodo. Por fin, Shaill lo rompió.

—¿Bien? ¿Ninguno de los dos tiene nada que decir?

Las miradas de los hermanos se encontraron. Karuth sintió que le ardían las mejillas. Tirand parecía inseguro, y se mordió el labio inferior.

—La disputa entre nosotros dos no debió comenzar nunca... —comenzó a decir.

—Yo no la busqué —replicó Karuth. Entonces se dio cuenta de que sus palabras podían ser malinterpretadas y añadió apresuradamente—: Quiero decir... Me gustaría que olvidáramos nuestras diferencias. —Miró indecisa a su hermano—. No puedo discutir la sabiduría de Shaill, y no quiero hacerlo. Y antes siempre habíamos sido excelentes amigos.

Shaill cogió la mano derecha de Karuth y la izquierda de Tirand.

—Ahora el Círculo os necesita a los dos. ¿No es hora de olvidar y perdonar?

Sen y Alyssi miraban al suelo. Tirand vaciló, apenas un instante, y luego dijo:

—Yo estoy dispuesto, si Karuth lo está.

Karuth, avergonzada y furiosa, sintió que las lágrimas le inundaban los ojos. Pero supo que no eran provocadas únicamente por la perspectiva de la reconciliación. Todos los otros sufrimientos y confusiones se veían enredados: su separación de Strann, los riesgos que corría cada hora que pasaba, sus propias inseguridades y miedos acerca del futuro. Parpadeó rápidamente.

—Sí —asintió—. Sí. Yo también estoy dispuesta. Y... —Tirand había hecho el primer gesto, pensó. Era justo que ella también contribuyera—. Te pido perdón, Tirand, por mis duras palabras en el pasado. No debí decirlas nunca, ni siquiera pensarlas.

La disculpa sonó vacilante, un tanto forzada, pero el alivio al decirlo fue intenso. Tirand sonrió con timidez.

—Están olvidadas —aseguró él, que también parecía incómodo—. Y retiro las mías. Fueron injustas, muy injustas.

Con el aspecto de alguien que acaba de demostrar una teoría de su invención, Shaill les unió las manos.

—Bien —dijo en voz baja—. Pero ha hecho falta una tercera persona para conseguir lo que ambos deseabais y podríais haber hecho hace mucho tiempo. Ahora, por favor, estrechaos las manos y sellad el pacto.

Se estrecharon las manos. Tirand apretó con firmeza la mano de Karuth; ella respondió, y la Matriarca puso su puño cerrado sobre las manos de ambos. Su gesto convirtió la reconciliación en algo formal y vinculante y rápidamente —demasiado rápido, sospechó Karuth, como si lo hubieran ensayado— Sen y Alyssi pusieron sus puños sobre la mesa para actuar como testigos.

Por fin la Matriarca se echó para atrás en su asiento, y Tirand y Karuth dejaron de estrecharse las manos y las apartaron. Karuth no sabía si reír, reprender a Shaill por su descarado atrevimiento, o romper a llorar. Aquello era extraño. El abismo salvado, la reconciliación formalmente ratificada;

Librodot

pero ¿había cambiado alguna cosa? No lo parecía. Tuvo la misma sensación de decepción que había experimentado tras superar sus distintas pruebas de rango de adepto o un examen del Gremio de Músicos, cuando, esperando grandes cambios en su persona, se había sentido defraudada al ver que el mundo y todo lo que contenía seguían igual que antes.

¿O no era del todo cierto? Había una diferencia. Más que un cambio era la ausencia repentina de algo que ni siquiera había notado conscientemente hasta ahora, pero que había permanecido agazapado en los rincones más oscuros de su mente, royéndola en silencio pero con insistencia. Nunca había querido pelearse con Tirand. Nunca lo había odiado como se había hecho creer a sí misma; pero, sin manera evidente de encontrar una salida, el engaño se había mantenido y la había amargado. Ahora había desaparecido y, por primera vez desde los penosos acontecimientos del pasado otoño, se sentía liberada de las cadenas que ni siquiera se había dado cuenta que la atenazaban.

Alzó la mirada y se encontró con los ojos de Tirand, y adivinó que sus sentimientos respondían a los suyos. Quería decir algo, pero no sabía qué. Pero, antes de que pudiera hablar, Shaill se le adelantó.

—¡Bien! Ahora que ese pequeño problema se ha resuelto a gusto de todos, quizá podamos ocuparnos del otro asunto de la noche.

El cambio de tema fue tan brusco, sus palabras tan rápidas y prosaicas, que Karuth y Tirand parpadearon, desconcertados por un momento, e incluso Sen y Alyssi parecieron cogidos por sorpresa. La Matriarca les dirigió a todos una lacónica sonrisa.

—No os preocupéis, todavía no he terminado con nuestros amigos recién reconciliados —declaró y su penetrante mirada fue de un hermano a otro—. De hecho, voy a poner a prueba este feliz estado de la cuestión haciéndole una pregunta a Karuth. Karuth, Tirand ya nos ha contado los resultados de sus súplicas a nuestro señor Ailind, por lo que debemos buscar la salvación de Calvi en otra dirección. ¿Qué hay de nuestro señor Tarod? ¿Crees que nos ayudaría en lo que nuestro señor Ailind nos ha negado?

Karuth la miró sorprendida. No se esperaba algo semejante, ni se lo esperaba Tirand. El Sumo Iniciado estaba totalmente perplejo. Abrió la boca para protestar, pero entonces vio las expresiones de Sen y Alyssi. Lo sabían. De hecho, Tirand comprendió que aquello debía formar parte del plan de la Matriarca desde el principio; quizás había sido el único motivo para toda su conspiración...

Cerró la boca, pero la abrió de nuevo.

—Shaill... —Su voz denotaba indignación, pero no encontró las palabras para decir lo que quería.

Shaill se aprovechó de su impotencia y le dirigió una sonrisa mordaz.

—De acuerdo, Tirand, lo reconozco. Es un complot descarado por mi parte, y aquí quería llegar. Sé que en la situación actual lo que dije suena a herejía, pero ya deberías saber que ante todo soy una persona pragmática. Es bastante sencillo, querido. Los señores del Orden no quieren ayudarnos, entonces, ¿puedes darme una buena razón por la que no debamos suplicar en su lugar a los señores del Caos?

—¡Porque sería ir descaradamente en contra del juramento de obediencia del Círculo al Orden!

—Una lealtad que incluso tú admites que es un poco unilateral —replicó Shaill—. Por favor, Tirand, aunque sea sólo por un instante, intenta dejar a un lado tus prejuicios; y no, no me mires así. Tienes prejuicios, claro que los tienes, y no lo digo con intención de denigrarte. Todos tenemos nuestras lealtades y nuestras preferencias, y nada tienen de malo. Pero deberían tener un límite. No deben llegar a causar una separación dura, amarga e innecesaria entre hermano y hermana —enarcó expresivamente una ceja al ver que lo que decía surtía efecto—, ni tampoco debe cegarnos a la urgencia de nuestras necesidades. Así que te lo pido: olvida por un momento tus prejuicios y piensa en Calvi. Debemos ayudarlo. No sólo es nuestro querido amigo, sino también nuestro Alto Margrave. Aunque odio contemplar las cosas desde una perspectiva tan fría, eso pesa más incluso que nuestras consideraciones personales. Calvi es la figura alrededor de la cual gira todo. Si lo perdemos, perderemos con él gran parte de nuestra esperanza. Por el bien de todos, no sólo por el suyo, creo que debemos utilizar todos los medios a nuestro alcance para liberarlo de la influencia de la usurpadora, y es por eso por lo que digo que, si el Orden nos ha fallado, debemos volvernos hacia el Caos.

Tirand no respondió enseguida. Se sentía de repente terriblemente desgarrado, porque, aunque lo que había dicho Shaill iba contra todo aquello en que creía, tenía que admitir que su razonamiento poseía una lógica demoledora. Los dioses del Orden les habían fallado, y el abandono era doblemente amargo por el hecho de que Ailind ni siquiera había querido considerar favorablemente sus súplicas. Se preguntó entonces si buscar en su lugar a Tarod del Caos sería un acto tan loco y blasfemo. Tan sólo un día antes, el mero hecho de pensar en esa posibilidad lo habría perturbado hasta los huesos. Pero, tal y como decía Shaill, salvar a Calvi de Ygorla no sólo era su deseo, sino también su deber. Era su Alto Margrave, y su seguridad era una preocupación esencial para todo el mundo. Y eso era lo que hacía tan difícil —no, se corrigió, no difícil, sino imposible— comprender la actitud de Ailind.

Lealtades y preferencias, había dicho Shaill, pero que no debían llegar a cegarnos ante la urgencia de nuestras necesidades... Miró a su hermana.

—Karuth..., si me mostrara favorable a un acercamiento a... a nuestro señor Tarod..., ¿crees que nos ayudaría?

Karuth había observado la silenciosa batalla de su hermano entra la conciencia y la necesidad, y, cuando le hizo la pregunta, sintió que las últimas barreras que los separaban se venían abajo. Pero, a la vez, se sintió desanimada, porque sólo podía ofrecer una respuesta. Dos días atrás, quizás hubiera visto las cosas de otra forma, pero las recientes experiencias la habían llevado a una conclusión no deseada pero inevitable. Tarod la había tratado casi como una igual y desde luego como una amiga. Le había ofrecido amabilidad y consideración, le había dado apoyo y seguridad cuando estaba en sus momentos más bajos. Pero en el fondo sabía que toda la compasión y la generosidad no iban más allá de lo que servía a los propósitos de Tarod. Había aprendido que era una locura atribuirle impulsos y emociones humanas. Los señores del Caos tal vez se mostraban más compasivos con sus fieles que los señores del Orden con los suyos, pero, cuando se trataba de elegir, sus intereses eran primero. La justicia y la imparcialidad no entraban en los cálculos. Tarod y los suyos no eran hombres,

Librodot

sino dioses, y a sus ojos los temores y esperanzas de los mortales eran demasiado insignificantes para ser tenidos en cuenta.

De repente comprendió qué era lo que de verdad había impulsado a Shaill. La Matriarca compartía sus sentimientos y sus dudas, y, al carecer de una profunda lealtad a uno de los bandos que le empañara el juicio, había previsto lo que sucedería inevitablemente cuando los intereses de los dioses y los hombres ya no coincidieran. En aquel asunto, el Círculo y sus amigos estaban solos. La Matriarca lo sabía y había seguido un arriesgado juego en el que, por medio de la reconciliación, podría abrir los ojos de Karuth y de Tirand.

Karuth vaciló un instante. Luego, con voz baja pero tranquila, dijo:

—No puedo estar segura, Tirand. Pero... no creo que nos ayude.

Tirand la miró.

—¿Por qué?

—Porque no tendrá en cuenta ningún acto que pueda poner en peligro la seguridad de la gema del alma de su hermano.

—Supongo que no podemos culparlo por eso —opinó Shaill—. Al fin y al cabo, no hay motivo para que se muestre más interesado en nuestras preocupaciones de lo que lo está nuestro señor Ailind, si dichas preocupaciones entran en conflicto con sus intereses.

Sus palabras reflejaron los pensamientos de Karuth con dolorosa exactitud, pero, aun así, Karuth intentó negar que fuera cierto.

—No, Shaill —protestó—, no lo creo...

—Pues yo creo que sí, querida —replicó Shaill, con un tono compasivo que suavizó la dureza de sus palabras, y añadió—: Hace unos minutos le pedía a Tirand que fuera sincero consigo mismo, y ahora te pido a ti lo mismo. Hemos de afrontar el duro hecho de que, en lo que a los dioses se refiere, y me refiero a todos y cada uno de los dioses, somos actores muy secundarios en el escenario de este conflicto. Somos insignificantes, nuestras necesidades y deseos no tienen importancia; y, para decirlo con crudeza, si nos interpusiéramos de alguna forma en sus planes y estrategias, no me cabe duda de que descubriríamos que también somos prescindibles. —Esbozó una sonrisa amarga y un tanto extraña—. Los dioses son buenos con nosotros de muchas maneras, pero resulta demasiado sencillo olvidar el enorme abismo que existe entre nosotros y ellos. Nuestro catecismo dice que la verdadera naturaleza del Orden y el Caos quedan muy fuera del alcance de la comprensión humana, y tengo la incómoda sospecha de que lo contrario puede ser también cierto, que los dioses a su vez no tienen idea de lo que es ser mortal. En mis momentos más negros he comenzado a preguntarme si hicimos bien en pedirles ayuda.

Sen estaba escandalizado.

—¡Shaill! ¿Preferirías que estuviéramos a merced de la usurpadora? Sabes la clase de monstruo que es. Has visto el destrozo que ha traído sobre el mundo...

—Lo sé, Sen, lo sé, y no digo que hubiera sido una elección mejor. No quería decir eso, y no encuentro forma de explicar debidamente lo que siento. Lo único que puedo decir es... —vaciló— ... que temo que podamos correr peligro de ser arrastrados por mareas que no podemos controlar y en las que no podemos siquiera influir, y que esas mareas podrían muy bien ahogarnos si no ponemos toda nuestra atención.

Los miró a todos, uno por uno, esperando su acuerdo o su disensión, pero parecía que por el momento ninguno quería hablar. Karuth, al contemplar también los rostros de sus compañeros, sintió que, tras las inquietantes palabras de la Matriarca, el tema de su discusión se había trasladado a otro plano nuevo y más peligroso. Insignificantes y prescindibles, había dicho Shaill. Peones en una partida que jugaban otros poderes más importantes. Pero Karuth dudaba que a los ojos de los dioses fuera ni siquiera eso. Los señores del Caos y del Orden estaban enfrascados en una batalla de ingenios que podía traer el desastre en todas las dimensiones del universo; ¿qué significaba entonces para ellos el destino de un simple mundo humano y sus habitantes?

Sintió de repente la necesidad de hablar, de hacer algún intento, por fútil que resultara, para apartarlos de aquel precipicio, y quizá también para calmar la sensación de terror impotente que amenazaba con adueñarse de ella.

—Shaill... —Su voz sonó extraña, y se aclaró rápidamente la garganta. Todos la miraron—. Shaill, hablaré con nuestro señor Tarod, si Tirand está de acuerdo. Poca esperanza tengo de que su respuesta sea más favorable que la de nuestro señor Ailind; pero, si Tirand lo aprueba, no perdemos nada intentándolo.

—¿Y si Tirand no está de acuerdo? —dijo la Matriarca—. Entonces, ¿qué?

Karuth comprendió que aquello formaba parte de la prueba de Shaill. La Matriarca les pedía a ella y a Tirand que confiaran mutuamente, como siempre habían hecho antes de la pelea. ¿Confiaba en Tirand?, se preguntó Karuth. Porque, si no lo hacía, todo lo ocurrido aquella noche no era más que una farsa.

Tirand la miraba con intensidad. Se dio cuenta, con un pequeño sobresalto, que había perdido la capacidad de juzgar sus pensamientos por la expresión de su rostro. Antes eso era algo que, como la confianza, daba por seguro, y de repente sintió una desesperada necesidad de la antigua seguridad, la sensación de que podía recurrir a otro ser humano, y no a un dios cuyos motivos no dejaban lugar para las limitaciones y preocupaciones de los mortales.

Miró a su hermano a los ojos.

—Si Tirand no está de acuerdo, entonces como adepto del Círculo acataré la palabra de mi Sumo Iniciado, y no haré nada.

El débil suspiro que agitó el rancio aire de la biblioteca no fue fruto de su imaginación, pero nunca sabría si escapó de los labios de Shaill, Sen o Tirand. La Matriarca miró a Tirand.

—¿Bien, Sumo Iniciado? Creo que el dado se encuentra en tu lado del tablero.

Tirand se miró las manos durante varios segundos. Luego alzó la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Habla con Tarod del Caos. Lo apruebo. Pero si tu súplica no sirve de nada... —No concluyó la base, y Sen lo hizo por él.

—Si fracasa la súplica al Caos, entonces volveremos a hacer planes por nuestra cuenta. De hecho, creo que de todos modos deberíamos hacerlos. No quiero ofenderte, Karuth, pero ya has reconocido que las probabilidades de éxito son muy remotas. —Karuth mostró su acuerdo, y el adepto prosiguió—:

Librodot

Tengo el esbozo de una idea. No es mucho para empezar, pero podríamos sacar algo de ello.

—Cualquier cosa es mejor que nada, Sen —dijo la Matriarca con una mueca—, y pareces ser el único que tiene una sugerencia que hacer. Cuéntanos.

—Muy bien. —Sen se inclinó hacia adelante y apoyó los codos encima de la mesa—. Pienso que no tenemos ninguna probabilidad de romper el encantamiento de Calvi a menos que primero lo apartemos de las garras de la usurpadora. Mientras siga junto a ella, no podemos afectarlo. Por lo tanto, me pregunto si no podríamos crear una diversión que la aparte de él y la distraiga, digamos durante una o dos horas, el tiempo justo para que destruyamos el sortilegio y lo hagamos volver a sus cabales.

—Es una posibilidad. —Tirand parecía interesado aunque cauteloso—. Pero ¿qué clase de distracción podríamos concebir que la atrajera corriendo?

—Bueno... —Sen pareció de pronto reacio a mirar a Karuth a los ojos—. Parece querer mucho a su pequena mascota rata, el traidor, Strann. —Retrocedió un tanto cuando escuchó a Karuth aspirar bruscamente, pero por lo demás no hizo caso—. ¿Y si le ocurriera un desgraciado accidente...?

Hubo un momento de silencio. Luego surgió la voz de Karuth con la fuerza discordante de la cuerda de un instrumento al romperse.

—¡No!

—Oh, dioses... —exclamó Sen en tono apagado.

La Matriarca se inclinó y cogió a Karuth del brazo.

—¡Querida, no debes permitir que los sentimientos te empañen el juicio! Piensa, te lo ruego, antes de reaccionar. Sé que todavía quieres a Strann, ¡pero debes olvidarte de ellos de una vez por todas y reconocer la verdad acerca de él!

—No se trata de... —comenzó a decir Karuth, pero Shaill no la dejó acabar.

—Karuth, escúchame con atención. Debemos considerar con todo detenimiento la idea de Sen, porque puede llevarnos a encontrar una forma de salvar a Calvi. ¿No es eso más importante, mucho más importante, que la vida de un traidor que no ha hecho más que traerte tristeza y dolor? —Miró a sus colegas para que la apoyaran. Alyssi asintió enérgicamente, pero ni Sen ni Tirand le sostuvieron la mirada.

Karuth permaneció sentada, con el rostro inexpresivo, y no dijo nada. Shaill le dio unas palmaditas maternales en la mano.

—Vamos, creo que deberíamos analizar la sugerencia de Sen. Podría muy bien ocurrir que...

—Shaill —la interrumpió el Sumo Iniciado con calma—, creo que sería una buena idea posponer las conversaciones hasta mañana.

—Pero, Tirand...

—No. —Todos conocían aquel tono de voz, por amable que fuera. Tirand les estaba recordando quién tenía la última autoridad allí—. En las presentes circunstancias, creo que deberíamos darle tiempo a Karuth para reflexionar acerca de sus sentimientos y reacciones. No es justo esperar que acepte esto sin quejas. Además, es tarde, y haríamos bien en dormir un poco antes de que amanezca, si no queremos despertar sospechas.

Shaill titubeó, pero acabó cediendo.

—Sí, supongo que tienes razón. Pero el tiempo no está de nuestra parte.

Librodot

—Lo sé. De todas formas, esperemos a que Karuth haya hablado con nuestro señor Tarod. Hay todavía una oportunidad de que no tengamos que pensar en el plan de Sen. —Se levantó de su asiento, dando la reunión por terminada—. Será mejor que no salgamos todos juntos. Sen, acompaña a la Matriarca y a Alyssi, y Karuth y yo os seguiremos dentro de unos minutos. Coge esta linterna. Yo llevaré la otra y me ocuparé de que no queden señales de nuestra presencia.

Un tanto apaciguados, dieron las buenas noches, y Karuth vio que el grupo de Sen subía por la escalera, con la linterna agitándose como una luciérnaga en la oscuridad. Le latía el corazón como si tuviera martillos bajo las costillas, y de pronto la biblioteca le pareció sofocante y cerrada. Tirand, junto a la puerta, los observó hasta que la linterna se perdió de vista; luego se volvió y, cogiendo la segunda linterna, revisó la sala abovedada para asegurarse de que nadie había olvidado una pista reveladora. Karuth lo miró mientras se movía metódicamente alrededor de la mesa, sumida en un mar de dudas. No podía hacerlo. No podía. Todo este tiempo, incapaz de confiar en él, incapaz de confiar en su apoyo... Tal vez la herida se había cerrado, pero ¿podía un pequeño gesto ritual borrar de verdad todo lo ocurrido? ¿Era suficiente?

¿Qué habría hecho hace un año? La respuesta era clara: le habría dicho la verdad, toda la verdad, y no se le habría ocurrido ni por un instante la posibilidad de que él fuera a traicionar su confianza, porque esa posibilidad sencillamente no existía. Pero ahora...

Lanzó un pequeño gemido involuntario de inquietud, y Tirand se detuvo y la miró.

—Karuth...

Dioses, pensó ella, lo sabía. Quizás ella había perdido la antigua empatia, pero él no. Lo notó en la súbita intensidad de su mirada, en cómo se tensó su rostro. No la desafiaría directamente, pero era consciente de su conflicto. Tenía que decidir cómo actuar. Y, fuera cual fuese su decisión, el riesgo era tan grande que daba miedo.

Entonces recordó algo. Un gesto que sellaría una promesa sin peligro de que pudiera ser rota. Pero pedírselo... ¿sería un insulto, una prueba de que todavía no confiaba en él? ¿Lo indispondría con ella y desharía todo lo logrado aquella noche? Karuth esperó otro momento y decidió que, con riesgo o sin él, debía hacerlo. Podía ser su única esperanza.

Habló, y su voz le pareció la de otra persona.

—Tirand..., si te pidiera que hicieras conmigo un juramento de sangre, ¿qué dirías?

—¿Un juramento de sangre? —La mezcla de sangre era la forma más solemne de sellar un pacto, y nadie, menos aún un adepto del Círculo, rompería jamás semejante juramento en ninguna circunstancia. La expresión de Tirand cambió con rapidez pasando por diferentes estados, de sorpresa a consternación y luego a incertidumbre. Por fin su rostro se tranquilizó y la miró con firmeza.

—Si tan vital es para ti, lo haré.

—Lo es —repuso ella, tapándose la cara con una mano—. Oh, lo es. Es lo que dijo Sen, antes de que dieras por terminada la reunión... pero nadie más debe saberlo, Tirand. Ni Sen, ni Shaill, nadie. —El pánico se apoderó de ella, pero lo reprimió. No podía soportar aquello sola. Y, por una tremenda

ironía, tras los acontecimientos de aquella noche, Tirand era el único en quien se atrevía a confiar.

Miró la vieja e irregular mesa donde tan sólo hacía unos minutos todos habían estado sentados.

—Tirand —dijo luego con calma—, lo que Sen ha sugerido esta noche no puede ser aprobado. Strann no me ha engañado. Hemos estado trabajando juntos, por petición de nuestro señor Tarod..., y es tan traidor como tú y como yo.

Librodot

CAPITULO 19

Tirand se quedó mirando fijamente la brillante luz de la linterna que reposaba sobre la mesa, entre él y su hermana. No fue capaz de alzar la cabeza y sostener su mirada cuando habló.

—Karuth..., quisiera creer lo que acabas de decirme. Pero no sé si puedo.

Tan sólo dos horas antes, habría saltado, pensando que quería decir que era una mentirosa. Pero ahora se limitó a decir:

—Es verdad, Tirand. No me han engañado.

—¿Puedes estar segura de eso? ¿Cómo sabes que no se trata de un doble juego?

Ella sonrió con cierta tristeza.

—Soy humana. Si tuviera que confiar sólo en mi juicio, no podría estar segura. Pero Strann no podría engañar a nuestro señor Tarod.

Tirand estuvo a punto de decir que, si Ailind se había equivocado al juzgar a Strann, también la opinión de Tarod podría ser errónea. Pero tuvo que admitir que Ailind había reconocido la verdad de la primera historia de Strann, y su lealtad al Caos. Cuando Strann pareció cambiar de bando, el señor del Orden supuso simplemente que, al ser un cobarde, había decidido apuntarse a la facción más segura. Y aquella suposición, se recordó Tirand, podía no ser demasiado equivocada.

—Si pudiera hablar con Tarod... —dijo, ahora mirándola a la cara—. No es mi intención llevarte la contraria, pero oírlo de sus labios...

—Sí, lo entiendo —repuso Karuth, e hizo un pequeño gesto para dar a entender su propia incapacidad—. Una vez me dijo que, si lo llamaba en cualquier momento, respondería; pero no me gustaría suponer...

Se detuvo. La puerta de la escalera se había abierto silenciosamente y Tarod, enmarcado por las sombras que arrojaba la linterna, apareció en el umbral.

Ambos se pusieron rápidamente en pie, Tirand con tal agitación que casi tiró su silla. Tarod sonrió a Karuth y luego se dirigió a Tirand.

—Buenas noches, Sumo Iniciado. ¿He de presumir que las relaciones entre tú y tu hermana han sufrido algún cambio desde nuestro último encuentro? —Enarcó una ceja inquisitivamente, y, al ver que Tirand estaba demasiado turbado para contestar, Karuth lo hizo por él.

—Mi hermano y yo nos hemos reconciliado formalmente, mi señor.

—Así que la Matriarca se ha salido con la suya. Pensé que no tardaría en conseguirlo. Es una mujer tremendamente decidida, y llena de sentido común.

Karuth se ruborizó y cambió de tema.

—Mi señor, queríamos hablar con vos... —Vaciló, preguntándose cuánto tendría que explicar. La aparición repentina e inesperada de Tarod cuando el deseo de verlo apenas se había formado en su mente la había desconcertado y no podía imaginar cuánto, o cuan poco, sabía ya el dios. Tirand, sin embargo, había recobrado la compostura y tomó la palabra.

—Monseñor, Karuth me ha contado que Strann no ha traicionado al Caos —dijo—. No es que dude de su palabra, pero quiero estar seguro de que

Librodot

su creencia es cierta.

Tarod pareció sorprendido y, con lo que podría haber sido un ligero ramalazo de ira, se volvió a Karuth.

—¿Qué le has contado?

Ella bajó la vista.

—Todo, mi señor. —Luego alzó de nuevo la cabeza, con una expresión que mezclaba la súplica con el desafío—. ¡Tenía que confiar en alguien! ¡Hay un plan en marcha para utilizar a Strann en un complot para rescatar a Calvi, y eso podría significar su muerte!

Los ojos del señor del Caos ardían como fuego helado.

—¿Y consideras eso motivo suficiente para confiar su secreto a uno de los servidores más fieles del Orden?

—¡Fue motivo suficiente el confiar en mi hermano! —contestó con tono suplicante—. Nadie más podía prohibir que el plan se llevara a cabo. —Recogiéndose la manga del abrigo, mostró su brazo derecho para enseñar un pequeño corte reciente, justo encima de la muñeca—. Hemos hecho un juramento de sangre. Tirand no me traicionará a Ailind.

Tarod se volvió y dirigió una feroz mirada a Tirand.

—¿Bien, Sumo Iniciado?

Tirand también se arremangó y mostró un corte parecido.

—Puedo ser un fiel servidor del Orden, mi señor Tarod, pero no hago juramentos de sangre a la ligera... ¡y no los quebranto! —declaró con dureza.

Los ojos de felino siguieron clavados en él durante unos segundos. Tirand no cedió, no desvió la mirada, y de pronto la actitud de Tarod se hizo más relajada y los fuegos de color esmeralda perdieron la furia.

—Muy bien —dijo. Había visto lo suficiente para sentirse satisfecho. A pesar de todos sus defectos, el Sumo Iniciado era estrictamente honrado, y, a menos que Ailind sospechara algo y lo obligara a confesar por la fuerza, el secreto estaba a buen recaudo—. Entonces puedes tener la seguridad, Tirand, de que lo que Karuth te ha contado es la verdad. Strann no es una marioneta de Ygorla, sino mía. —La comisura de su boca se torció ligeramente, pero por lo demás no hizo caso de la palidez que mostró Karuth al escuchar aquellas palabras—. Y no serviría a mis intereses, ni a los vuestros, que le ocurriera nada malo debido a la intromisión del Círculo.

Tirand sospechó que le estaba lanzando una amenaza apenas velada y miró hacia otro lado.

—Debéis entender nuestras prioridades, monseñor. Calvi es nuestro Alto Margrave. Hemos de encontrar la forma de contrarrestar la influencia que sobre él ejerce la usurpadora y arrebatarlo de sus garras. Ya lo ha convertido en su consorte, y si no actuamos con rapidez...

Tarod lo interrumpió.

—Sumo Iniciado, soy plenamente consciente de vuestro aprieto, y lo comprendo. Pero, si piensas que cualquier estratagema que inventéis será suficiente para rescatar al Alto Margrave de las garras de Ygorla, estás equivocado. No haríais más que empeorar las cosas y sacrificar las vidas de los adeptos implicados sin resultado alguno.

—Pero ¿qué otra opción nos queda? —Tirand parecía amargado y enfadado—. Los señores del Orden se niegan a ayudarnos, y el Caos... —Se detuvo y luego añadió—: Bueno, no sé qué pensar del Caos. Pero me parece poco probable que nos ayude. —Miró con gesto impotente a Karuth, quien

tomó la palabra.

—Mi señor Tarod, ¿no hay nada que podáis hacer para ayudarnos a rescatar a Calvi? ¿Y estaríais dispuesto, si..., si? —Las palabras, inseguras, se perdieron.

Tarod la miró.

—¿Si pudiera hacerlo sin poner en peligro la gema del alma de mi hermano? Sí, os ayudaría. Pero eso no es posible. —Vio que Karuth iba a continuar suplicando y prosiguió antes de que dijera nada—: No, Karuth. Él riesgo es demasiado grande y no lo correré, ni por Calvi, ni por Strann, ni siquiera por ti.

Ella hizo un último y desesperado intento.

—Pero si...

Se interrumpió en mitad de la frase. Tarod no había dicho nada, pero sus ojos habían adquirido de pronto un aspecto de fría y peligrosa crueldad, que la hicieron enmudecer al instante.

—Es tarde. —Una mano de finos dedos se posó sobre el pestillo de la puerta— Os aconsejo que durmáis un poco antes de que amanezca.

Hizo ademán de abrir la puerta, pero Tirand, que no había visto lo que había percibido Karuth, dijo con dureza:

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, mi señor Tarod? Si ni el Orden ni el Caos van a intervenir, ¿qué esperanza queda?

Tarod lo miró.

—Lo siento, Tirand —repuso—. Si pudiera hacer algo por Calvi, lo haría. Pero es algo imposible mientras la usurpadora siga amenazando la estabilidad del Caos. —Hizo una pausa antes de añadir—: Os aconsejo fervientemente que no hagáis nada que pueda alertar a Ygorla de vuestras actividades o del hecho de que Strann no es lo que parece. Como dije antes, no le conviene a nadie que le pase algo. —Brevemente, y con su cortesía pasada de moda, hizo una reverencia ante cada uno—. Os deseo buenas noches.

La puerta se cerró tras él. Karuth intentó escuchar el ruido de pasos perdiéndose en la escalera, pero sólo hubo silencio. Por fin se volvió hacia Tirand.

—Quizá si lo tanteara en otro momento... —dijo con voz que sonaba indecisa.

—No —replicó Tirand—. No servirá de nada. Shaill tenía razón, ¿no crees? Para ellos, no somos más que peones, para todos ellos. —Esbozó una tímida sonrisa, sin ningún humor—. Quizás ambos estemos aprendiendo lecciones acerca de nuestros señores que no nos gustan.

Ella no respondió a eso, sino que dijo en voz baja:

—¿Y qué hay del plan de Sen, Tirand? No puedes permitir que lo intenten... Por favor, no puedes.

Tirand comprendió que su súplica no surgía por lealtad al Caos, sino por algo más. El Sumo Iniciado lanzó un profundo suspiro.

—Amas de verdad a Strann, ¿no es así? Es más que un capricho o un enamoramiento pasajero.

Karuth se mordió el labio y asintió.

—Sí. Es mucho más que eso.

Tirand no entendía sus sentimientos, no podía comprenderlos. Todavía no había descubierto lo que significaba amar de esa manera, con el cuerpo y

Librodot

el alma, además de con la mente y el corazón. Y que Karuth entregara su amor precisamente a Strann... Pero la conocía lo suficiente para saber que debía de haber descubierto en el bardo cosas que sus ojos mal predispuestos no podían ver. Sobre todo, sabía que ella era lo bastante inteligente para juzgar sus propios sentimientos.

—Si hay otro camino, lo seguiremos —contestó—. Si no..., prohibiré el plan de Sen. Tienes mi palabra.

Ella nada dijo, no se le acercó. Pero la mirada de respuesta en sus ojos expresaba más que cualquier palabra o gesto, y los situó más cerca de lo que habían estado desde los días en que por primera vez se había hablado de Ygorla en el Castillo.

A pesar de las precauciones de la Matriarca, la reunión clandestina de aquella noche no había pasado totalmente inadvertida.

Un par de ojos habían visto a los participantes salir con disimulo de la biblioteca, y, cuando la vacilante luz de la linterna iluminó al primer trío que salió de la habitación del sótano para apresurarse en silencio bajo la columnata en dirección a las puertas principales, la figura que observaba desde lo alto de la torre sur tomó buena nota.

Aunque nunca se había dejado ver por los habitantes del Castillo, Narid-na-Gost había puesto especial cuidado en aprender de memoria muchos nombres y rostros, y conocía la identidad de todos los conspiradores. Pero sólo habían salido tres. ¿Dónde estaban el Sumo Iniciado y su hermana?, se preguntó. ¿Por qué se habían quedado? ¿Qué estaban haciendo y, lo que era más importante, qué planeaban hacer?

Narid-na-Gost tenía sus sospechas. Había esperado que ocurriera algo como esto, algún acto por parte de la camarilla más íntima del Castillo, una señal de que el período de aparente e impotente inactividad tocaba a su fin. El demonio estaba furioso. Aquello era culpa de Ygorla. Le había advertido, una y otra vez, contra su locura de exceso de confianza; le había advertido que aquellos mortales no eran de la misma madera que los pusilánimes de la Isla de Verano, y que no iban a someterse como dóciles ovejas. Pero Ygorla ya no escuchaba nada de lo que le decía.

Lo desdeñaba; lo ponía en ridículo. Y ya no podía controlarla.

Control. Aquél era el meollo del asunto. El demonio se levantó de su montón de cojines carmesíes, y paseó nervioso su deforme cuerpo jorobado por la habitación de la torre. Las preguntas sin respuesta le roían la mente como un depredador roe los huesos de su víctima, y tenía los ojos inyectados de ira y frustración. Se mordió una de sus uñas como garras, mientras se acercaba cojeando a la ventana y miraba con más atención el frío mundo exterior. Había perdido el control y estaba amenazado. Hacía algún tiempo que lo sabía, pero había creído que la amenaza residía en los efectos que la ciega arrogancia de Ygorla tendría sobre el Caos, y en su aparente voluntad de poner sus planes en peligro para satisfacer sus infantiles juegos. Ahora pensaba que eso había sido un grave error. La mayor amenaza no provenía del Caos, sino de Ygorla.

Incapaz de quedarse quieto durante más de unos segundos, regresó a los cojines y se dejó caer sobre su suave lujo, resistiendo apenas el impulso de destrozarlos y esparcir los jirones por la habitación. Calma. Debía conservar la calma y no permitir que los corrosivos pensamientos que le

Librodot

atacaban los nervios salieran triunfantes. Pero lograrlo era difícil, y cada vez más difícil a medida que pasaba el tiempo. ¿Qué estaría planeando ella? Ésa era la pregunta vital. ¿Qué perfidia cobraba forma en la retorcida mente de su hija, y cómo podía contrarrestarla? Las sospechas se acumulaban una encima de otra, y el cuadro se iba tornando rápidamente desagradable, sobre todo desde que ella había decidido nombrar a aquel chiquillo malcriado, el Alto Margrave, como su consorte oficial. ¿Por qué había hecho eso? ¿Qué planes tenía para Calvi Alacar?

Con otro movimiento brusco, Narid-na-Gost apartó de una fuerte patada los cojines y volvió a pasear por la habitación. Su consorte. ¿Cuáles eran las palabras que había utilizado, las palabras que la rata le había dicho? «Emperador designado.» Emperador designado. Al demonio se le erizó la piel al pensar en lo que eso podía significar. ¿Era eso lo que Ygorla planeaba hacer secretamente? ¿Había crecido su ambición hasta el punto de querer usurpar su puesto en su plan, y estaría pensando en instaurar a Calvi Alacar como gobernante de este mundo mortal mientras ella tomaba el control del Caos?

Si Narid-na-Gost hubiera sido humano, habría comenzado a sudar frío. Tenía lógica; tenía una lógica terrible y racional. ¿Quién era el actor principal en todas las peleas que habían llevado a la presente situación entre los dos? ¿Quién se había propuesto, al parecer, alejarlo deliberadamente, dejando con ello el terreno libre para que ella hiciera su voluntad sin verse molestada por su influencia? Oh, qué inteligente que era. Y él había sido un estúpido por no advertir hasta ahora la dirección que habían tomado los acontecimientos.

Siete años, pensó con furia, siete años dedicados a enseñarle, a alimentarla, a darle la capacidad de que explotase plenamente su poder. Y, ahora que se había dado cuenta, estaba a punto de volverse contra él, de reírse de la deuda que tenía y de abandonarlo para que se perdiera. Poseía los medios para hacerlo: la gema del Caos; otra muestra de su estupidez el habérsela dejado guardar a ella. Conocía el sortilegio por el cual sus vidas estaban unidas a la materia prima de la gema, protegiéndolos a ambos de un ataque por parte de los señores del Caos, y sabía cómo romperlo.

Entonces se le ocurrió el peor de todos los pensamientos: quizá ya lo había roto. Quizás en estos momentos ya no tenía defensa alguna contra sus antiguos amos y ella sólo esperaba el momento propicio para desafiarlo... o incluso para hacer saber a Tarod del Caos lo que había hecho e incluir la destrucción de su progenitor en el trato que hiciera con Yandros...

Narid-na-Gost se vio sacudido por un escalofrío y siseó como una serpiente acorralada. Tras él, uno de los cojines comenzó a arder, prendido por el relámpago de rabia y terror que su mente proyectó. Soltó un gruñido, giró sobre sí mismo, y apagó el fuego con un gesto, dejando sólo un torbellino de chispas y un olor fétido que flotó brevemente en el aire.

Debía comprobar el sortilegio, comprobar su nexo con la gema del Caos y ver si todavía existía. Siseó de nuevo, cerró los ojos, se preparó... pero se detuvo. ¿Y si ella le hubiera tendido una trampa? ¿Y si hubiera dejado deliberadamente aquel rastro y estuviera esperando a que comprobara el nexo y con ello pusiera al descubierto su miedo? No lo haría. No mostraría debilidad ni le daría la satisfacción de saber que lo había asustado. Además, se dijo con renovada furia, ella no había roto el nexo. No lo había hecho. No

Librodot

se atrevería.

Parpadeó de nuevo y regresó a la ventana. El Sumo Iniciado y su hermana no habían salido todavía de la biblioteca. ¿Qué estarían haciendo? ¿Qué plan estarían concibiendo? Sabía que hasta aquella noche apenas si se dirigían la palabra. ¿Había cambiado eso? Y, si era así, ¿qué podría significar? Narid-na-Gost sabía que allá abajo, más abajo de la biblioteca, se encontraba el Salón de Mármol y que dentro del Salón de Mármol estaba la Puerta del Caos, la llave de sus ambiciones. ¿Existía alguna relación entre la Puerta y la secreta actividad de los adeptos? Si pudiera ver a través de aquellas paredes de piedra...

El pensamiento se interrumpió cuando una débil luz apareció en el umbral, bajo la columnata. Narid-na-Gost se puso tenso, frotó la ventana empañada y tuvo que refrenar el impulso de hacer añicos el cristal. Dos siluetas, una que llevaba una linterna. Sí; Tirand Lin y Karuth Piadar, y el Sumo Iniciado cogía del brazo solícitamente a su hermana mientras se dirigían apresuradamente entre las columnas hacia la puerta principal. El demonio no había advertido la visita de Tarod a la biblioteca, pero sus sentidos inhumanos recogieron el hecho de que había una nueva aura alrededor de los dos humanos que corrían, una tensión que no era de hostilidad sino de connivencia, y de nuevo pensó en el Salón de Mármol, del cual el Sumo Iniciado tenía la única llave. ¿Era eso? ¿Tirand Lin había perdido la fe y la paciencia con su amo Ailind y se volvía ahora, gracias a los buenos oficios de su hermana, hacia el Caos? Y, si así era, ¿lo sabía Ygorla?

Tirand y Karuth subieron corriendo los escalones y desaparecieron al atravesar las grandes puertas de doble hoja del Castillo. Narid-na-Gost permaneció observando el patio quizás un minuto más; después se apartó de la ventana y se puso en cuclillas en los cojines, con las manos apretadas ante su rostro, contemplándolas.

El Círculo ya no estaba inactivo. Estaba seguro, tenía pruebas. Y se hubiera apostado lo que fuera a que Ygorla, demasiado preocupada con sus caprichos, no sabía lo que ocurría delante de sus narices. Aquello era valioso, porque le proporcionaba un arma que podría utilizar contra ella. Y si llegaban a lo peor y ella intentaba destruirle —una posibilidad que Narid-na-Gost no tenía más remedio que tener en cuenta— le proporcionaría también el medio de cambiar las tornas y salvar su vida en lugar de la de Ygorla. Porque, si bien nunca se atrevería a acercarse a Tarod del Caos para proponerle un trato, el Sumo Iniciado era algo muy distinto...

Por una vez, Calvi despertó antes que Ygorla. Creyó haber soñado de nuevo, pero no conseguía recordar sus sueños y le parecía que el esfuerzo de hacerlo era demasiado aburrido para intentarlo. De forma que permaneció en un estado de aturdida satisfacción en la media luz del amanecer, pensando qué pediría para desayunar aquella mañana, y volviendo de vez en cuando la cabeza para contemplar con lánguido orgullo y satisfacción la negra cabellera y el exquisito rostro de la mujer que dormía a su lado. La noche anterior, cuando ella había regresado del concierto, mientras disfrutaban del agradable bienestar de la lujuria saciada, le había hablado de los planes que tenía pensados para ambos. La rendición de Yandros, le había dicho, sólo era cuestión de tiempo. El señor del Caos acabaría comprendiendo que no le quedaba más remedio que hacer lo que ella exigía.

Entonces la amante de Calvi, el objeto de su adoración, la luz de su vida, sería no sólo la indiscutible emperatriz de este mundo sino que también se convertiría en la dueña triunfante del Caos. Y él estaría a su lado.

Calvi esbozó una fría sonrisa muy especial. Entonces todos bailarían a un son muy distinto, pensó, cuando llegara ese día. Ya no sería Calvi el chiquillo, Calvi el chico inexperto e imberbe, Alto Margrave sólo de nombre, al que todos trataban como si fuera poco más que un estorbo que debía ser soportado en aras del protocolo. Tendría poder; poder verdadero y no sólo las galas sin valor de un título antiguo. Lo usaría, desde luego. ¡Dioses, cómo lo usaría! Tirand Lin, Shaill Falada, Karuth Piadar y todos los demás —la lista se hacía cada día más larga en su cabeza— que lo habían despreciado, insultado, o llevado la contraria de la manera más insignificante: se ocuparía de ellos, y su imaginación ya trabajaba febrilmente ante aquella perspectiva. Sobre todo disfrutaría con la humillación de Tarod del Caos. Porque aquella noche en el Salón de Mármol, cuando Karuth lo había desafiado y había invocado a los dioses del Caos, Tarod había sido el artífice de una amarga humillación que Calvi no olvidaría jamás, y Calvi lo odiaba por eso. La verdad era que él se lo había buscado, y desde el punto de vista de Tarod no había sido nada más que una reprimenda ligera aunque necesaria. Pero nada conseguiría que Calvi viera las cosas de esa manera. Ansiaba vengarse del dios de negros cabellos, e Ygorla le había prometido concederle ese deseo.

Pero, mientras permanecía echado en la cama a su lado, acariciándole ociosamente con una mano la espesa cabellera, se dio cuenta de que incluso entonces, incluso cuando Tarod y sus antiguos compañeros hubieran pagado su arrogancia y hubieran sido hundidos, quedaría una cuenta por ajustar. De pronto frunció el entrecejo y se sentó; su cuerpo se puso tenso involuntariamente y su buen humor se vio turbado por una punzada de frustración. Por mucho que odiara a Tarod, había alguien a quien odiaba todavía más: Ailind del Orden, y con él todo lo que representaba. Ni se le pasó por la cabeza preguntarse por el hecho de que tan sólo hacía unos días era un firme aliado de la causa del Orden. Aquello pertenecía a otra vida y era del todo irrelevante. Si pudiera satisfacer una ambición, una sola, pensó Calvi, escogería ver roto el poder de Ailind y ver su arrogante suficiencia hecha pedazos sin remedio. Pero los señores del Orden estaban fuera del alcance incluso de Ygorla...

¿O no lo estaban?

La idea se le ocurrió de forma tan repentina que lo asustó. Durante varios segundos, mientras la extraordinaria idea calaba en él, no movió ni un músculo sino que permaneció sentado contemplando las colgaduras de terciopelo que envolvían los pilares de la cama. Entonces, bruscamente, saltó de la cama y se acercó a la adornada mesilla de noche de Ygorla, donde había una jarra de hidromiel y otra de vino, junto a dos copas cargadas de joyas. Llenó con las dos jarras una de las copas —el vino y la hidromiel eran un cóctel terrible que desde hacía poco le gustaba mucho— y, dejándose caer en el taburete con asiento forrado de seda, bebió varios tragos en rápida sucesión. Su reflejo lo contemplaba desde el gran espejo de Ygorla: un rostro joven y atractivo pero con nuevos rasgos duros que le conferían un aire cruel, y sombras de depravación bajo los ojos azules, que parecían contener inhumanas y frías profundidades. Tras su imagen, el espejo mostraba también la figura yacente de Ygorla, voluptuosa y de piel blanca, con el cabello

Librodot

como una cascada negra, y Calvi sintió un arrogante orgullo nacer dentro de sí a medida que la idea, la increíble suposición, comenzaba a cobrar forma en su mente. Y, cuanto más lo pensaba, y cuanto más vino e hidromiel bebía, y cuanto más contemplaba a su amante dormida en el espejo, menos increíble le iba pareciendo la suposición. Al fin y al cabo, ¿no era Ygorla invencible? Había conquistado un mundo entero sin utilizar más que una cantidad nimia de su poder. Había atrapado a los señores del Caos y los tenía impotentes, en sus garras, o casi tan impotentes que no existía diferencia. ¿Cómo iba a desafiarla cualquier fuerza del universo si ella decidía tomar el último bastión y realizar la conquista definitiva..., la conquista del mismísimo reino del Orden?

Calvi vació su copa y la llenó de nuevo, el rostro ansioso y con una extraña y codiciosa luz en los ojos.

No recordaba sus sueños. No sabía nada de las fuerzas elementales que se le habían acercado mientras dormía y que hábil pero sutilmente habían manipulado los niveles más profundos de su mente inconsciente. Nada sabía del titánico poder que había motivado a aquellos elementales, prometiéndoles la oportunidad de vengarse de su mayor torturadora si renunciaban a su existencia independiente durante un cierto tiempo y cumplían las órdenes de los dioses. Pero las semillas que Ailind y Aeoris habían sembrado en el fértil terreno de su imaginación estaban arraigando, y sus pensamientos comenzaban a desbocarse. Ygorla hablaba de una nueva era del Caos, pero ¿por qué detenerse ahí? El Caos constituía sólo la mitad de los dominios de los dioses. Y, mientras Aeoris y los suyos gobernaran en el reino del Orden, la supremacía de Ygorla no sería completa. Pero si el Orden también cayera aplastado bajo sus pies... Calvi soltó una áspera risotada de placer ante la idea de semejante cambio de situación, ante una venganza soberbia y adecuada contra Ailind y sus hermanos.

—¿Calvi? —La voz de Ygorla lo sobresaltó, y al volverse la vio despierta y sentada en la cama. Sus ojos mostraban una mirada penetrante y casi desconfiada, aunque sus labios sonreían con dulzura, como siempre—. ¿Qué haces ahí, hombre dorado?

Calvi se levantó, satisfecho al ver cómo ella paseaba su mirada, apreciativamente, por su cuerpo desnudo. Cogió la copa, se acercó a la cama y se entregaron a un largo y ardiente beso, antes de que ella lo apartara y lo mirara de nuevo, inquisitivamente.

—Estás tramando algo, querido. No intentes engañarme. Te conozco demasiado bien.

—Es verdad —reconoció él y, girando la cabeza, le lamió la muñeca y subió por el brazo hasta el codo—. Y estoy tramando algo. Una idea..., una idea increíble, magnífica, que te encantará. ¿Quieres saber de qué se trata o prefieres que me la guarde para más tarde?

Ygorla enredó sus dedos en el cabello de Calvi. Aflojó los brazos lo suficiente para permitirle que se inclinara y la besara otra vez, y entonces le mordisqueó el labio inferior cuando sus bocas se encontraron.

—Te advierto, querido, que no me gusta esperar —le susurró al oído—. Si continúas burlándote, tendré que morderte. Así que será mejor que me lo cuentes todo ahora, ¿no crees?

Calvi se rió por lo bajo, acariciando sus cabellos con la nariz. Luego, fríamente y sin rodeos, se lo contó.

Ella se sentó sobre los talones y lo miró sorprendida. Durante casi un minuto reinó el silencio. Entonces entrecerró los ojos y dijo en un tono de voz peculiarmente grave:

—¿Apoderarme del reino del Orden...?

—Sí.

Ygorla se pasó la lengua por el labio inferior.

—¿Y para qué querría hacer una cosa semejante...?

Calvi esbozó una sonrisa lobuna.

—Sencillamente, amor, porque podría ser tuyo si quisieras —respondió, cogiéndole las manos—. ¿Por qué habría de contentarse tu ambición con el dominio del Caos? Eres invencible. Lo sabes, lo has demostrado. ¿Por qué, entonces, contentarte con gobernar el Caos, sabiendo que queda un poder que se te opone? ¡Tu supremacía debería ser total!

Ygorla lo miró, mientras su mente se movía rápidamente por aquel territorio nuevo e inexplorado. Se preguntó cómo se le había ocurrido esa idea. La respuesta le vino enseguida y soltó una suave risa.

—Mi dulce Calvi, ¿realmente odias tanto a Ailind?

—¡Sí! —Sintiéndose picado por lo que tomó como un reproche, quiso justificarse—. ¡Odio a Ailind del Orden tanto como odio a Tarod del Caos! Es tu enemigo, mi preciosidad; él y sus hermanos, y su señor miserable, Aeoris. Eso ya es suficiente para que desee verlos pisoteados, y cuando pienso...

—Y cuando piensas en cómo se ha atrevido a tratarte Ailind desde que vino a este mundo, quieres vengarte todavía más —concluyó sonriente—. Oh, no pienses ni por un instante que ése es un motivo insignificante. ¡Es una razón espléndida y la admiro!

La verdad es que no sólo lo admiraba, estaba muy impresionada. Sabía que, bajo su tutela, Calvi estaba librándose con rapidez de las cadenas del pensamiento y la acción convencionales, que tanto lo habían estorbado en el pasado. Pero aquello... Ni siquiera a ella se le había ocurrido semejante posibilidad. Su mente corría desbocada, construía visiones, y de pronto sus ojos comenzaron a brillar codiciosamente a medida que las visiones se hacían claras. Controlar no sólo el Caos, sino también el Orden; hacer que el arrogante Aeoris y su hermano presumido y bobalicón, Ailind, cayeran de rodillas ante ella... sería un triunfo mayor incluso que la conquista del Caos, porque, como le había recordado Calvi, los señores del Orden eran sus enemigos de una manera en que Yandros y los suyos no lo eran. Podía subyugar a los dioses del Caos y manipularlos a voluntad, pero en el reino del Orden podría poner en práctica un juego bien distinto.

—No es sólo el odio hacia Ailind lo que me impulsa. —Calvi le apretó las manos con más fuerza y su voz adquirió un tono apremiante—. Piensa, amor mío..., piensa en lo que podría suceder si los dioses del Orden no son subyugados. Vas a iniciar una nueva era del Caos. Pero, cuando nazca esa nueva era, ¿qué harán Aeoris y sus hermanos? No se contentarán con permanecer temblando en su reino. Reunirán a todas las fuerzas del Orden contra ti.

Ella se rió.

—Querido, veo que tienes madera de excelente estratega. Pero voy por delante de ti. Claro que Aeoris hará eso. Lo sé desde el principio. Pero él y sus débiles hermanos no pueden abrigar esperanzas de derrotarme. Si controlo este mundo y el mundo del Caos, ¡se verán impotentes frente a mí!

Librodot

—Sí. Pero piensa en lo que ocurrió en los días antiguos, los días anteriores al Equilibrio. —La boca de Calvi se torció cínicamente—. ¿No nos vimos obligados durante largos y terribles años a aprender el catecismo? Los señores del Caos fueron desterrados, pero regresaron, desafiaron al Orden y salieron triunfantes. Sin el control del reino del Orden, podrías desterrar a Aeoris, igual que él desterró a Yandros, en un abrir y cerrar de ojos. Pero sólo podrías hacer eso. Pero, si además del Caos hubieras conquistado el Orden, no tendrías que pensar en la posibilidad de su regreso, ¡porque podrías aniquilarlos!

Ygorla hizo una pausa y cayó súbitamente en la cuenta de que, al menos en eso, los pensamientos de Calvi habían ido por delante de los suyos. De niña, ¿no había pasado día tras día sentada en la odiada clase de la residencia de la Matriarca, escuchando las áridas y aparentemente interminables lecciones de la hermana Corelm Simik? Calvi tenía razón. Aunque Aeoris y sus hermanos fueran expulsados muy lejos del mundo mortal, usarían todos sus trucos en un intento de regresar, tal y como había hecho Yandros un siglo atrás. Sus intentos fracasarían, claro está —desechaba con desprecio cualquier otra posibilidad—, pero sería mucho mejor eliminarlos completamente. Si pudiera derribar a Aeoris y aplastar su poder de una vez por todas, el reino del Orden incluso dejaría de existir.

Pero entonces una corriente de frío realismo atravesó su mente como si fuera la hoja de una espada. Deseaba aquello. Sentía el ansia cosquilleante de aquella nueva ambición, como un animal hambriento en su interior. Pero no era posible. Tenía los medios para doblegar al Caos, pero no tenía poder semejante sobre los señores del Orden. Aunque la idea era espléndida, no podía llevarse a cabo.

Se sintió sumida en la frustración, y, soltándose de Calvi, saltó de la cama para pasear por la habitación. Su voz sonó dura e irritada.

—¡No puede hacerse! ¡No puede hacerse!

En otra dimensión, sin que ninguno de los dos lo supiera, las fuerzas elementales se movieron y alteraron, y la sutil influencia que había dado forma a los sueños de Calvi tocó de nuevo su mente desprevenida. Calvi aspiró aire con fuerza y dijo:

—Creo que sí se puede.

Ygorla se paró en seco. Daba la espalda a Calvi y su actitud era tensa.

—¿Cómo? —Esa única palabra iba cargada de explosiva tensión. Hubo una pausa antes de que Calvi hablara.

—Haciéndoles chantaje, igual que has hecho con el Caos. ¡Apoderándote del alma de un señor del Orden!

Absorta por su hirviente frustración, Ygorla estuvo a punto de interrumpirlo y desechar sus argumentos, pero de repente lo comprendió. El alma de uno de los hermanos de Aeoris, o incluso la del mismo Aeoris... ¿Sería posible? Su pulso se aceleró y se lamió los labios en un gesto nervioso, sintiendo casi temor de desengañarse al poner a prueba la idea.

—Yo... —Se calló y reflexionó. ¿Tenían sus almas la misma forma que las de los señores del Caos? No lo sabía. Pero podía descubrirlo. Podía usar a sus esclavos elementales. Los elementales escapaban a la jurisdicción de los dioses y podían moverse en sus mundos sin despertar sospechas. Podía enviarlos al reino del Orden so pena de destruirlos, y ordenarles que hicieran lo que su progenitor había hecho en el Caos: descubrir dónde se ocultaban

Librodot

las almas de los grandes señores y volver con esa información. Podían hacerlo y no se atreverían a traicionarla.

Pero, incluso si lo conseguía (no, dijo una parte de ella, no «si lo conseguía» sino «cuando lo consiguiera»), ¿cómo podía tener esperanzas de poner las manos sobre semejante gema? Los elementales ya no le servirían. No tenían el poder para transportar objetos físicos entre dimensiones. Ygorla frunció el entrecejo, consciente de que Calvi seguía mirándola, tenso y aguardando. Calvi creía que podía hacerlo y quería que lo hiciera, que llevara a cabo la demostración definitiva de su poder y su supremacía. Ygorla también quería. Pensó en su padre acobardado y asustado, Narid-na-Gost, y pensó en Ailind con su arrogante y fingido desinterés, y pensó en todos los despreciables mortales que correteaban como ratas intentando morderse sus propias colas en sus esfuerzos por vencerla, y de pronto se percató de que nunca había deseado algo en la vida con tantas fuerzas como aquello. El Caos y el Orden. El poder absoluto, sin nada ni nadie que se le opusiera. Oh, sí, pensó. Oh, sí. Pero ¿cómo conseguir la gema...?

Y entonces, como la luz surgiendo en un horizonte oscuro, Ygorla se acordó de la Puerta del Caos.

Librodot

CAPITULO 20

El elemental comenzó a chillar en un tono agudo y suplicante.

—¡Señora, perdonadme la vida! ¡Perdonadme la vida y os serviré fielmente para toda la eternidad, del mismo modo que intento serviros ahora! ¡No puedo hacer nada más! ¡No puedo hacer nada más!

Ygorla bufó como una gata enfadada, pero, por una vez, contuvo su mano. Había puesto a prueba a la criatura hasta los límites de su resistencia y se vio obligada a reconocer que ni le mentía ni escatimaba sus esfuerzos para hacer lo que ella pedía. Los hechos simples y duros resultaban evidentes: lo que le exigía escapaba a sus capacidades.

—Debe haber alguna forma. ¡Debe haberla!

Su cabellera se agitó como una marea de negras aguas cuando giró sobre los talones y comenzó a pasear por la habitación. Al llegar a la cama se volvió, casi como si hubiera tenido una ocurrencia tardía, e hizo un negligente gesto con la mano en dirección a la temblorosa masa de llamas que flotaba en el centro de la habitación.

—Vete —le espetó en tono duro, y, con un silbido agudo y enfático de alivio, el elemental se desvaneció.

Ygorla se echó en la cama y arrojó al suelo las almohadas en un ataque de rencor. El elemental de fuego había sido su último recurso; ya había puesto a prueba a las criaturas de la tierra, del agua y del aire, y habían sido de tan poca utilidad como una plegaria ante un Warp. Su propio poder había resultado inadecuado, y sus planes se encontraban en un callejón sin salida, porque el último obstáculo se resistía a ceder.

De repente, como sucedía a menudo, el dominio de sí misma se impuso en un impulso de clarividencia, y se levantó. Lágrimas de rabia y frustración le surcaban las mejillas. Las borró con un mechón de cabello y se sentó abrazándose y contemplando la chimenea vacía con una expresión de funesta furia. No podía dejar las cosas tal como estaban. Tan cerca del objetivo, ¡no podía rendirse ahora!

Todo había ocurrido con sorprendente rapidez en el día y la noche transcurridos desde que Calvi había metido en la cabeza de Ygorla la idea de invadir el reino del Orden. Llevada por un ansioso entusiasmo ante su plan en gestación, había hecho acudir en su ayuda a las fuerzas elementales y, en un terrible ritual, les había ordenado que entraran en el reino de Aeoris y volvieran con cuanta información averiguaran acerca de la naturaleza y paradero de las almas de los señores del Orden. Y lo que descubrió la dejó aturdida. Su suposición era correcta. Al igual que sus primos del Caos, las almas de Aeoris y sus hermanos tenían la forma de gemas, siete diamantes en cuyas perfectas facetas latía la esencia vital de los dioses del Orden. Y los elementales le habían traído la noticia que deseaba escuchar por encima de todo: que en su suficiencia, en su arrogancia y confianza en su propia invulnerabilidad, Aeoris y sus hermanos no habían tomado ninguna precaución para proteger sus gemas del alma. Al fin y al cabo, ¿qué morador de otros reinos podría amenazar su fortaleza del Orden? ¿Qué poder sería capaz de desafiar su seguridad? El Orden no tenía demonios. Los seres creados por Aeoris conocían su papel y su lugar en el esquema de las cosas,

Librodot

y desafiar la voluntad de su creador era un concepto imposible para ellos. Aquello no era el Caos, con su imprevisión, su perversidad, sus maneras caprichosas y salvajes. Nada alteraba la paz del Orden. Y, según pensaban sus señores, nada lo haría nunca. La gema que Ygorla anhelaba poseer estaba dispuesta y madura para ser cogida.

Lo que no hacía sino empeorar su actual situación. Podía localizar su objetivo; podía verlo mentalmente, brillante y resplandeciente, sin nada que desafiara o estorbara el avance de su mano. Dos pasos en el reino del Orden, y podría coger la gema con la misma facilidad con que un campesino del sur cogía un melocotón maduro de su huerto. Ni Ailind ni Aeoris se darían cuenta hasta que fuera demasiado tarde para intervenir. Al ser hija de un demonio del Caos, escapaba a su vigilancia, y, como hija de una madre humana, podía entrar en sus dominios sin impedimentos ni obstáculos y luego regresar triunfante al mundo mortal con el tesoro en su poder. Resultaba perfecto.

Salvo por aquel último obstáculo…

Había comenzado su asalto poco después del amanecer, tras sacar a Calvi de su sueño, para engatusarlo, rogarle y finalmente obligarlo a que se buscara una distracción en algún otro lugar del Castillo hasta que llegara el anochecer. No quería que participara en aquello. No tenía experiencia ni siquiera con la magia más esencial e, involuntariamente, podía cometer algún error que echara a perder sus esfuerzos. Tampoco le había dicho qué pensaba hacer. Esto, según sus planes, vendría después, cuando lo recibiera tras haber alcanzado el éxito y le revelara triunfalmente el plan en todo su esplendor. Entonces anunciaría que el último obstáculo se había derrumbado ante su poder, que se había apoderado de la Puerta del Caos, había entrado en el reino del Orden en busca de un nuevo tesoro, y que ahora estaba dispuesta a atravesar una vez más el portal para convertirse a la vez en señora del Caos y del Orden.

El plan era perfecto. Pero había comenzado a torcerse desde el instante en que invocó su primera oleada de poder mágico.

Ygorla no tenía un carácter sutil. No iba con ella recurrir a un ataque subrepticio para controlar la Puerta sin que nadie más se enterara. Despreciaba semejantes tácticas, las encontraba aburridas y cobardes. Quería atacar directa y abiertamente. ¿Qué importaba si sus actos hacían acudir corriendo a Tarod del Caos? ¿Qué podía hacer él para impedir sus propósitos sin poner en peligro el alma de su hermano, un riesgo que nunca, nunca correría? Y, en cuanto a aquel ciego estúpido de Ailind, aunque observara lo que estaba haciendo, pensaría que había perdido la paciencia y que desafiaba al Caos para que diera su esperada respuesta. Ailind se quedaría sentado en su solitaria habitación, sonriendo pagado de sí mismo, esperando el resultado, sin darse cuenta de la verdad.

Sintió el poder crecer en su interior, un conocimiento vertiginoso, sensual y devastador de sí misma. ¡Podía hacer cualquier cosa! ¡Nada era capaz de interponerse en su camino! Del suelo al techo de su habitación, surgieron llamas negras y plateadas, un fuego espectral que despedía un calor abrasador, sofocante, pero que no quemaba nada de lo que tocaba. En la cabeza de Ygorla sonaron chillidos de voces; ella alzó los brazos, apretando los puños, y aulló en silencio acompañando las otras voces, como una loca, como una criatura poseída. El suelo parecía retumbar bajo sus

Librodot

pies como si enormes fuerzas estuvieran alzando el Castillo hacia el cielo. Entonces su mente salió de la habitación y se acercó a los cimientos del gran edificio, atravesó la biblioteca y avanzó por el pasillo extrañamente simétrico con su eterna y tenue luz gris. La puerta de plata, la puerta del Salón de Mármol, pareció hacerse pedazos ante ella y se encontró allí, entre las columnas y las cambiantes neblinas de colores suaves, riéndose desafiantemente de los siete colosos, severos y silenciosos en sus plintos, burlándose de las caras esculpidas de aquellos que tenían el atrevimiento de hacerse llamar dioses.

Encontró la Puerta del Caos. La atrajo con la misma certeza que un mar atrae al río, y su conciencia se centró en el círculo negro desprovisto de adornos en el suelo del centro del Salón de Mármol. Mareada de entusiasmo, hizo acopio nuevamente de su poder, concentró su voluntad en el portal, y mentalmente gritó una orden:

¡Ábrete!

¡Ábrete ante Ygorla, Emperatriz de los Dominios Mortales y señora del Caos!

¡Te lo ordeno, cede ante mí y ábrete!

En la torre norte, Tarod giró bruscamente la cabeza y sus verdes ojos adquirieron una expresión de honda concentración. En el comedor, donde su presencia había acallado las conversaciones entre los comensales, la expresión de Ailind del Orden siguió siendo tranquilamente enigmática. En la chillona habitación en lo alto de la torre meridional, Narid-na-Gost sintió el momentáneo estremecimiento de algo fuera de lo normal, pero Ygorla se había ocupado de protegerse contra sus indagaciones, por lo que no se atrevió a investigar.

Y, en el Salón de Mármol, una fuerza silenciosa pero inmensa invirtió el estallido de poder de Ygorla, y se lo arrojó a la cara con indiferencia.

Ella retrocedió, se tambaleó, chocó dolorosamente con uno de los pilares de la cama y consiguió por fin enderezarse. Sus ojos brillaban y su mente era un hervidero. Habían osado desafiarla; ¡se habían atrevido! ¡La Puerta estaba protegida contra los ataques mágicos! La saliva le manchó el labio inferior y la barbilla. Se la enjugó con un gesto iracundo y, con la respiración alterada, regresó al centro de la habitación. Lo intentaría de nuevo. Y, si la Puerta se le resistía por segunda vez, destruiría a Tarod del Caos, se lanzaría contra él y lo destrozaría...

No, pensó cuando la razón salió de nuevo a la superficie, desde las profundidades donde la furia casi la había hecho ahogarse. No, eso no. No era tan tonta como para poner al Caos en una situación en la que no tuviera ya nada que perder. Lo intentaría otra vez y, si fracasaba, encontraría otro medio. Los elementales, que podían llegar a donde otros no podían, le servirían una vez más, y tendrían éxito.

Lo intentó de nuevo, y de nuevo un enorme poder, indiferente, la arrojó atrás, y la Puerta del Caos siguió sin abrirse. Muy bien, se dijo Ygorla. Muy bien. Se permitió descansar unos minutos para que su acelerado corazón se calmara y su respiración recobrara el ritmo normal. Luego volvió a ocupar su lugar en el centro de la habitación. Esta vez no hubo ni llamas negras ni voces que chillaban. Alzó una mano, enfocó los ojos en otra dimensión, y su expresión se tornó cruel mientras en su boca aparecía una terrible sonrisa.

—Acudid, pequeños esclavos. —Su voz era de una dulzura mortífera—. Pequeñas criaturas de la tierra y el aire, del fuego y el agua, ¡acudid a mí si es que queréis ver otro amanecer!

Tarod giró sobre los talones y dijo con brusquedad:

—¡Yandros! ¡Yandros, tengo que hablar contigo!

El cuarto de la torre se oscureció como si la noche hubiera caído. La oscuridad vibró por un instante, y entonces la alta y adusta figura de su hermano apareció junto a un montón de muebles viejos, con una mano apoyada ligeramente sobre la superficie rota de una vieja mesa.

Yandros no venía solo. Tarod miró sorprendido al ver la segunda figura.

—Cyllan...

—Le pedí que me acompañara —explicó Yandros, cuyo rostro mostraba una grave seriedad—. No me preguntes por qué. No es el momento. ¿Aguantará la Puerta?

—Sí. La usurpadora puede probar todas las tácticas que desee, pero no romperá la barrera. No es eso lo que me preocupa, Yandros.

—Lo sé, lo sé. —El supremo señor del Caos hizo un gesto impaciente que indicaba su comprensión—. Es su motivo para lanzar el ataque.

—No puedo creer que intente atacar nuestro reino. No tiene sentido.

—Estoy de acuerdo. Por lo que hemos de buscar otra razón. ¿Su padre?

—Es posible. Ahora que ha roto su nexo con la gema del alma, puede que esté usando esto como una especie de reto, para obligarlo a afrontar la realidad de su posición. Pero, no sé por qué, no creo que ésa sea la causa.

—No..., no, hay algo más; lo siento. —Los ojos de Yandros pasaron del color oro al carmesí y finalmente a un color bronce duro y apagado—. No hagas nada, Tarod. No intentes nada. Ni siquiera permitas que sepa que conoces sus actividades. Hay un motivo que acecha tras esto que todavía no hemos descubierto, y hasta que sepamos qué es podría ser un grave error reaccionar.

—¿Y Narid-na-Gost? —preguntó tensamente Tarod.

Los labios de Yandros se curvaron en una cínica expresión.

—No está en condiciones de molestarnos por ahora. Estáte alerta por si hace alguna cosa, pero nada más. —Hizo una pausa e insistió—: ¿Estás seguro de que la Puerta aguantará?

—Sólo el Parlamento de la Vía podría vencer la barrera que he creado. Ni la usurpadora ni su progenitor conocen siquiera la existencia del sortilegio.

—Muy bien. Entonces vigila. Yo tengo un asunto urgente del que ocuparme aquí; si me necesitas, responderé, pero es posible que tarde un poco.

Tarod no preguntó cuál era aquel asunto urgente. No era el momento de hacer preguntas. Hizo un gesto a su hermano y luego miró a Cyllan, que había permanecido en silencio junto a Yandros durante toda la conversación.

—Espero que esto acabe pronto, amor.

—Yo también —dijo ella, y su voz sonó extrañamente entrecortada—. Tarod..., yo también.

Sus manos se tocaron; fue nada más que un breve contacto, pero él sintió las agitadas emociones de ella. Algo estaba tramándose en el Caos;

Librodot

ella también lo sabía, pero no había ni tiempo ni oportunidad de decir nada más. Los ojos de Yandros, ahora de color púrpura, se concentraron en el rostro de Tarod.

—Buena suerte, hermano mío. Buena caza.

Y Tarod se encontró solo en la habitación de la torre.

De manera que Ygorla estaba ahora sentada en su dormitorio, llena de indignación, pensando febrilmente. Sus poderes nada habían conseguido, y los elementales tampoco. A regañadientes, frustrada, furiosa, se vio obligada a reconocer el desagradable hecho de que la Puerta del Caos escapaba a su control.

La ausencia de respuesta por parte de Tarod ante sus intentos cada vez más frenéticos para hacer que la Puerta cediera a su voluntad y se abriera, confirmaba lo que había sospechado desde el principio: el señor del Caos había colocado en ella algún tipo de magia protectora. Durante unos tumultuosos minutos, le dio vueltas a la posibilidad de irrumpir en la torre norte y exigir que la Puerta se abriera, pero se impuso su sentido común. Usar la gema del alma como protección contra la ira del Caos era una cosa, pero esgrimirla en un intento de obligarlos a hacer su voluntad era otra que, sospechaba, sólo produciría una situación de punto muerto. No, debía solucionar aquello sola y encontrar la forma de resolver el enigma.

Hacía ya rato que había pasado el mediodía. Desde buena mañana había estado nevando, y el mundo exterior estaba revestido de una nueva capa de blancura que contrastaba duramente con el color gris oscuro y sucio del cielo. Le había prometido a Calvi que habría terminado su trabajo para la puesta de sol. Pero ¿qué más podía hacer?

Entonces, de improviso, pensó en su padre, que estaría escondido en su guarida de la torre.

Se sentó, y la expresión de ira malhumorada cedió ante una nueva y ansiosa luz. Claro, claro. ¡Qué estúpida no haber pensado antes en eso! La Puerta del Caos era el eje alrededor del cual giraba toda la ambición de su progenitor. Él debía de saber cómo romper la protección que Tarod había creado. Ygorla esbozó una desagradable sonrisa. Claro que nada induciría a Narid-na-Gost a ayudarla voluntariamente. Pero poseía un dominio sobre él que todavía desconocía. Quizá, pensó, había llegado el momento de que lo supiera, y de ofrecerle un trato que sería muy imprudente por su parte rechazar…

Veinte minutos más tarde, Ygorla se levantó de una mesa abarrotada de material de escritura y salió a la antecámara de sus aposentos. Strann seguía donde lo había dejado a primera hora de la mañana, tendido boca abajo en sus cojines e inconsciente. Lo contempló durante unos instantes, comprobando que el sortilegio de sueño que había lanzado sobre él seguía siendo efectivo y que no fingía. Satisfecha, anuló el sortilegio con un único pensamiento y acabó de despertarlo bruscamente propinándole una patada. Strann se agitó, lanzó un juramento y abrió los ojos; al verla observándolo, se puso en pie apresuradamente, al tiempo que musitaba abyectas disculpas.

Ygorla no hizo caso de su desliz.

—Despabílate, rata. Tengo un recado para ti.

Él miró aturdido a su alrededor.

—¿Qué…, qué hora es?

—Es media tarde y llevas durmiendo horas como una buena rata, de forma que no tienes excusa para holgazanear ahora —dijo ella; en una mano sostenía una pequeña bolsa de seda y se la tiró—. Aquí hay una carta. Llévasela de inmediato a Narid-na-Gost, espera su respuesta y ven con ella. No pierdas el tiempo y no te retrases por ningún motivo, o esta vez te quitaré algo más que la mano.

La mente de Strann se esforzaba en recuperar la coherencia mientras se desvanecían los últimos efectos del sueño inducido mágicamente. ¿Media tarde? Dioses, ¡lo había dejado fuera de combate durante casi un día entero! ¿Qué había estado haciendo? ¿Qué retorcida intriga estaría tramando ahora?

—¿Y bien? —se impacientó Ygorla, cruzándose de brazos—. Te he dado las instrucciones. ¿Tienes alguna razón para esperar o es que te fallan las piernas?

—Majestad... —Strann hizo una reverencia, sintiendo que la bolsa le quemaba la mano.

Lo observó salir y, cuando la puerta se cerró tras él, escuchó sus pasos apresurados que se perdieron en dirección a la escalera. Entonces regresó a la habitación y se dispuso a esperar.

Mientras se dirigía a las puertas principales, la carta que le habían confiado parecía quemar los dedos de Strann. Por primera vez, hizo caso omiso de las miradas de odio que le lanzaba la gente con la que se cruzó en los pasillos y escaleras. Estaba tan preocupado que ni siquiera advertía lo que lo rodeaba, porque la carta y su contenido dominaban por completo sus pensamientos.

¿Qué había estado haciendo Ygorla durante las horas en que él había dormido? Estaba tan segura de su lealtad que no se habría tomado la molestia de ocultarle sus actividades sin un muy buen motivo, pero era la segunda vez que lo hacía, en cuestión de días. Aunque todavía no había podido recibir confirmación de Tarod a través de Karuth, Strann estaba seguro de qué había hecho en la primera ocasión. Pero esto...

El recuerdo de su expresión cuando le había entregado la bolsa seguía inquietándolo. Estaba excitada, y se hubiera jugado su manzón a que lo que se veía en su rostro no era más que una parte de sus sentimientos. Sus ojos tenían un brillo antinatural, un azul sobrehumano, con un destello de fanatismo y de algo más. Triunfo. Eso era: triunfo. Como si por fin hubiera llegado un momento largo tiempo esperado. Dioses, ¿qué había hecho? Algo se estaba tramando, lo sabía. Pero ¿cómo descubrir de qué se trataba?

Llegó a las puertas principales y salió corriendo al patio, temblando, mientras la nieve se arremolinaba ante su rostro y el viento helado atravesaba su fina camisa de seda. Se dirigió con rápidos pasos a la torre meridional —el hielo hacía peligroso ir corriendo—, mientras rechazaba enérgicamente la voz interior que le decía en tono persuasivo: *Sólo hay una forma de descubrirlo, Strann. No tienes más que leer la carta.* No podía hacer eso. No se atrevía. Cualquiera de las viles creaciones elementales de Ygorla podía estar siguiéndolo invisible, observando cada uno de sus movimientos; y, si la usurpadora lo sorprendía una sola vez fisgoneando donde estaba prohibido, acabaría deseando que lo hubiera entregado a sus sabuesos felinos en la Isla de Verano.

Pero, si no lees la carta, ¿cómo vas a descubrir qué está tramando?

Librodot

Podría ser algo de vital importancia.

No podía hacerlo. Era demasiado peligroso; ni siquiera debía pensar en ello. Strann llegó a la torre, abrió la puerta y entró, aliviado al verse a salvo del viento y la nieve. La puerta golpeó a sus espaldas, y quedó ligeramente entreabierta. Penetraba luz suficiente para ver con cierta claridad. Luz suficiente para leer... Cerró los ojos e intentó decididamente alejar la tentación, pero en vez de eso en su mente apareció la imagen de Karuth. ¿Qué habría hecho ella en su lugar? ¿Habría seguido el camino seguro o aceptado el riesgo? A Strann no le gustaba, pero no le cabía ninguna duda acerca de la respuesta a aquella pregunta. Metió la mano en la bolsa, palpó el pergamino en su interior. No lo había sellado. ¿Sería una trampa? No, ella nunca sellaba las cartas que le daba para llevar, porque era demasiado arrogante para imaginar siquiera por un instante que él pudiera desobedecerla. ¿Significaba eso que podía estar bastante seguro?

Strann maldijo por lo bajo. Ahora o nunca. Debía dejar de dudar y tomar una decisión. Oh, maldita sea, ya había tocado la carta; estaba en realidad a medio camino de su perdición. Tomó aliento, sacó el pergamino de la bolsa, lo desdobló y comenzó a leerlo.

Narid-na-Gost estaba temblando. Aunque la rígida postura de Strann y sus ojos aparentemente absortos sugerían total indiferencia, observaba al demonio con intensa concentración; y en su interior se sentía aterrorizado.

Un gruñido grave y espantoso surgió de la garganta de Narid-na-Gost. Su puño se cerró sobre la carta, y sus dedos como garras apretaron el pergamino, que se evaporó con un siniestro ruido de implosión que dejó flotando en el aire una sensación de intenso calor. Después, el demonio se dio la vuelta lentamente.

Strann miró fijamente la pared, mientras rezaba en silencio a todos los dioses del Caos para no convertirse en el foco de la rabia de Narid-na-Gost. Durante lo que le pareció una eternidad, soportó la ardiente mirada carmesí, sintiendo que de un momento a otro sus tensos pulmones y su corazón desbocado iban a agotarse. Entonces, con un tono de voz tan suave que lo asustó más que un rugido furioso, Narid-na-Gost dijo:

—¿Sabes lo que dice esta carta, rata?

Strann tragó saliva.

—No, mi señor.

Silencio. ¿Le creía el demonio? Imposible saberlo. Narid-na-Gost comenzó a pasear arriba y abajo. Luego se detuvo y, dando la espalda a Strann, dijo:

—Mi hija espera una respuesta por escrito. No la recibirá. Dile... —Su voz comenzó a subir de tono; con un gran esfuerzo logró controlarla, y Strann se dio cuenta de que estaba temblando otra vez—. Dile que ésta es mi respuesta: que la maldigo, que escupo sobre sus planes, ¡y que, antes de ceder a su chantaje, la veré pudriéndose en los Siete Infiernos!

Strann aparentó convincentemente sentirse desconcertado, y repitió cuidadosamente las palabras hasta que el demonio quedó satisfecho de que las había memorizado con exactitud. Lo dejó marchar sin hacerle nada, y sus pasos se perdieron por la escalera de caracol. Narid-na-Gost fue despacio hasta el centro de la habitación. Miró el montón de cojines donde solía echarse. Un instante, pensó, un instante y estaría seguro. Esta vez no

podía engañarse y pretender no hacer caso del desafío. Tenía que comprobar el nexo.

Cerró los ojos rojos, y un sonido como el silbido de una serpiente rompió el silencio. Un aura peculiar, ribeteada con colores oscuros y tenebrosos, se manifestó brevemente alrededor de la deforme silueta del demonio, y un olor a almizcle y metal caliente impregnó de pronto la habitación cuando Narid-na-Gost invocó sus poderes.

Bastaron unos instantes. El aura desapareció de manera brusca, el olor se desvaneció, y Narid-na-Gost abrió los ojos de nuevo. Su rostro permanecía inmóvil, sin ninguna expresión, pero en lo más hondo de su ser, en el pozo más profundo de su psique, se estaba encendiendo un horno, un horno de ira, odio y amarga desesperación. El círculo se había cerrado, y no hacía falta más disimulo. Ella se había vuelto contra él, había cortado los últimos lazos que los unían y ahora estaba dispuesta para asaltar las puertas del Caos y conseguir para sí la suprema corona, dejándolo a él solo y sin protección frente a la ira de los dioses. Y no podía hacer nada para impedir que eso ocurriera.

Despacio, muy despacio, Narid-na-Gost echó la cabeza hacia atrás. Su boca se abrió, más y más, de manera imposible, y los labios retrocedieron dejando al descubierto unos colmillos blancos y tremendos, como si fuera un sabueso que aúlla a las lunas. De lo más profundo de su ser, surgiendo como el aullido creciente y ominoso de un Warp, brotó un sonido que estremeció la aislada habitación de la torre. Un grito primario, inhumano, de sufrimiento y remordimiento y, sobre todo, de implacable e inconfundible terror.

Librodot

CAPITULO 21

—Me siento tan estúpido... —Tirand hizo una mueca irónica a Karuth, mientras intentaba mantener el brazo inmóvil, como ella le había dicho, a pesar de la incómoda postura—. No habría sido tan malo si el patio hubiera estado desierto; pero, tal como sucedió, al menos una docena de personas pudieron disfrutar viendo cómo la dignidad de su Sumo Iniciado caía por los suelos.

Karuth reprimió una sonrisa al imaginárselo.

—Podía ocurrirle a cualquiera —dijo—. El hielo bajo una capa de nieve reciente es una combinación traicionera y no cabe duda de que, como siempre, ibas con prisas. Ahora quédate quieto. —Con una mano le sujetó la muñeca, mientras que con la otra le movía los dedos con suavidad, y Tirand hizo un gesto de dolor.

—¿Algo roto?

—No, no. Sólo es una torcedura. Le pondré un bálsamo de hierbas para que ayude a disminuir la inflamación y un vendaje que lo sujete. Siempre y cuando utilices el otro brazo, estarás bien en cuestión de días.

—Suerte que soy diestro —se consoló, observando cómo se dirigía al armario de la enfermería y cogía el bálsamo; luego su mirada se centró en la ventana. Faltaba una hora para anochecer, y muchas de las ventanas del Castillo ya estaban iluminadas. Y seguía nevando, una nevada continua y deprimente que no mostraba signos de aflojar. Cada invierno pasaba lo mismo, pensó Tirand. Le gustaba la primera nevada, le gustaba el silencio limpio y blanco del mundo cambiado, pero al cabo de cierto tiempo se cansaba y, pasado el Primer Día de Trimestre de invierno, ya deseaba que llegara la primavera.

Aunque qué podría depararles la próxima primavera era algo que no quería ni pensar...

Karuth volvió con el bálsamo y un gran trozo de vendaje. Al sentarse a su lado y comenzar a aplicar la loción calmante, Tirand dio gracias en silencio, y no era la primera vez, a Shaill y su tenaz determinación de verlos a él y a su hermana reconciliados. No había comprendido lo intensa que había sido la presión de su separación hasta que dicha presión desapareció de repente, y la facilidad con la que ambos habían vuelto a su antigua y familiar relación de tiempos mejores le había supuesto un tremendo alivio, sobre todo ahora que se veía acosado por tantos otros problemas. Ahora se daba cuenta de lo mucho que había echado de menos tanto su apoyo moral como, en un nivel más práctico, el valor de su aguda inteligencia y su criterio, y durante los últimos dos días había intentado, en varias ocasiones, encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía. Pero, cada vez que lo había intentado, o bien le falló la lengua o bien alguna interrupción inoportuna puso fin a sus esfuerzos, y ahora, mientras ella le vendaba hábilmente la muñeca, pensó intentarlo de nuevo. Pero, antes de que pudiera decir nada, Karuth alzó súbitamente la vista.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué? —Estaba irritado sin motivo lógico y su voz sonó más dura de lo que quería, pero ella no pareció advertirlo. Tenía el rostro

Librodot

vuelto hacia la ventana.

—Un ruido. Como si alguien rascara... Viene de fuera.

Tirand miró y vio una sombra en la ventana, borrosa debido al vidrio y a la nieve que caía. Karuth también la vio e hizo ademán de ir hacia ella, pero Tirand la detuvo.

—No, déjame a mí —la disuadió. Desde la llegada de Ygorla, se habían visto demasiados horrores en el Castillo y sus alrededores y, de forma instintiva, el Sumo Iniciado se llevó la mano derecha al cuchillo que llevaba enfundado en su cinto, al tiempo que se acercaba a la ventana y la abría de par en par.

Una ráfaga de aire helado entró en la habitación y le arrojó a la cara un remolino de nieve. Con un maullido vehemente, como si se quejara del terrible tiempo, el gato gris saltó por encima del antepecho de la ventana y aterrizó en el suelo de la enfermería.

—¿Qué...? —exclamó Karuth, pero el gato la interrumpió con otro largo maullido que fue casi un aullido y, alzándose sobre sus patas traseras, apoyó las delanteras en su falda.

Tirand cerró la ventana.

—¡Debe de estar casi congelado! ¿Qué hace ahí fuera en un día como éste?

Karuth trató de que el gato se acercara al fuego, pero el pequeño animal no quiso hacerle caso. Miraba a un humano, luego al otro, y se sintió confundido por un instante, porque el mensaje que le habían confiado era claro. *Amigo,* decía, *busca a uno de nuestros amigos;* y el humano de voz grave y cabello rizado no era uno de los dos amigos que conocía. Pero el otro sí que lo era y, con seguridad, razonó el gato, si estaba con el de la voz profunda, entonces éste también debía de ser un amigo. No podía esperar hasta que se marchara; aquella misión era demasiado urgente.

Maulló otra vez, y sus brillantes ojos se fijaron en una frenética súplica en el rostro de Karuth, mientras se concentraba e intentaba hacer llegar su mensaje. Karuth tenía los ojos muy abiertos, y se puso de rodillas, de pronto muy alerta.

—Pequeñín, ¿de qué se trata? ¡No lo veo con claridad!

El gato repitió su esfuerzo telepático y las imágenes se formaron borrosas en la mente de Karuth. La biblioteca. La primera luna flotando solitaria en el cielo sobre las murallas del Castillo. *Urgente, urgente. No se lo digas a nadie.* Y el rostro de Strann...

—Es un mensaje de Strann —dijo, poniéndose en pie y volviéndose apresuradamente hacia su hermano.

—Lo sé —repuso Tirand, que tenía la mirada fija en el gato—. La biblioteca, entre la salida de la primera y la segunda luna. Yo también he captado las imágenes. —Estaba sorprendido ante la fuerza de la mente del animal, porque era tan poco telépata como Karuth.

—Algo va mal —dijo Karuth, retorciéndose las manos nerviosamente—. Strann quiere apartarse de la usurpadora para verme en persona...

—¿Puede hacer eso?

Ella movió la cabeza.

—No lo sé. Nunca ha podido hacerlo antes; los riesgos siempre han sido demasiado grandes. Pero esta vez va a intentarlo. Debe de estar ocurriendo algo urgente y de vital y desesperada importancia para que corra semejante

Librodot

riesgo. —De pronto apretó los puños—. ¡Debo avisar a nuestro señor Tarod!

—No, Karuth, espera —la detuvo Tirand, cogiéndola del brazo cuando ya se dirigía hacia la puerta—. No creo que debas hacerlo.

Ella lo miró, y la desconfianza endureció de pronto aquella mirada.

—¿Por qué no?

—No me malinterpretes. Esto nada tiene que ver con lealtades o preferencias. Pero Strann decía «no se lo digas a nadie»; eso estaba muy claro. Y envió el gato a ti, no a monseñor Tarod. No pretendo que eso tenga ninguna importancia, pero quizá Strann tiene algún motivo para desear que Tarod no se entere.

—No puedo imaginar qué motivo puede ser ése.

—Yo tampoco. Pero quizá sería más conveniente no correr riesgos.

Ella sonrió sin ningún humor.

—Tú conoces el mensaje.

Tirand se encogió de hombros.

—Un accidente, y eso no puede cambiarse ahora. Tal como lo veo, creo que no deberíamos decir nada, como pide Strann. E iré contigo a la cita.

—Oh, no, Tirand. ¡Oh no, eso no sería acertado!

—No estoy de acuerdo. No quiero dramatizar las cosas, pero sería temerario en extremo que acudieras sola, en el caso de que algo falle en los planes de Strann... —Vio la expresión de Karuth y creyó mejor dejar la frase sin terminar.

Ella vaciló. Tenía razón. Por desagradable que resultara, debía tener en cuenta la posibilidad de que algo saliera mal. Y, en lo referente a Tarod, tampoco podía discutir. Si hiciera falta, podía llamar al señor del Caos pidiendo ayuda con suficiente rapidez, y sería más seguro seguir las instrucciones de Strann al pie de la letra.

De todos modos, no acababa de parecerle bien, y dijo con inseguridad:

—No sé... Si Strann y tú os encontráis cara a cara...

—Si me apoyas creo que puedo convencerlo para que confíe en mí. No tengo motivos para pelearme con él. Al fin y al cabo, ahora luchamos en el mismo bando, ¿no es así?

—Sí..., sí, es cierto... —Hizo otra pausa, pero sólo duró un instante—. Muy bien. No le diré nada a nuestro señor Tarod e iremos juntos. Y... gracias, Tirand.

Tirand asintió.

—No podemos saber con seguridad cuándo llegará Strann, de manera que sugiero que nos encontremos en mi estudio una hora después de la salida de la primera luna. —Sonrió con cierta timidez y comentó—: ¡Las reuniones clandestinas en la biblioteca llevan camino de convertirse en una costumbre!

Karuth le devolvió la sonrisa.

—Esperemos que ésta sea la última —dijo con énfasis.

Como un hombre que esperase su inminente ejecución, Strann se veía desgarrado entre contar sombríamente los minutos que pasaban y la espera de que sucediera un milagro. El gato gris no había vuelto, de forma que no podía saber si su mensaje había sido entregado o, si lo había sido, quién lo había recibido. A nivel personal, esperaba de todo corazón que el animal hubiera ido en busca de Karuth. Pero su lado pragmático sabía que Tarod

Librodot

sería un aliado más poderoso aquella noche. Eso, claro, si no faltaba a la cita...

Al principio pensó que sería sencillo. Había trazado su plan en el camino de regreso desde la torre, convencido de que conseguiría engatusar a Ygorla para que le permitiera dar otro concierto aquella noche, aun cuando ella no estuviera dispuesta a asistir. Pero por una vez se había equivocado. Con el rostro inmóvil, repitió sin ninguna expresión las palabras del mensaje de respuesta de Narid-na-Gost a su hija; y, por primera vez desde los horribles días de la Isla de Verano, presenció una de las grandes rabietas de Ygorla. El aire en la habitación se volvió negro —era imposible, sabía Strann, pero así ocurrió— y, de pie en medio, Ygorla dio rienda suelta a su furia, gritando, envuelta en un aura de cegadora plata, mientras latigazos de relámpagos carmesíes estallaban entre las paredes en un tumulto demencial. Aterrorizado, Strann vio que se volvía hacia él y alzaba los brazos por encima de la cabeza. De sus dedos surgió fuego, el suelo se onduló y vibró bajo sus pies tambaleantes, y ella le gritó que saliera, que saliera antes de que lo redujera a un montón de cenizas. Strann huyó a la antecámara, donde se escondió bajo la mesa y se cubrió la cabeza con una manta hasta que, quizá pasados diez minutos, los terribles sonidos de la habitación adyacente cesaron y ya no se vieron más demoníacos resplandores de luz colarse bajo la puerta ni se sintió el hedor a quemado. Entonces salió arrastrándose de su refugio; y se encontró con Ygorla, de pie en la puerta, que lo miraba.

Su rostro estaba perfectamente compuesto, frío y desdeñoso.

—El emperador designado regresará pronto —dijo—. Si eso —señaló en dirección a la habitación que tenía a sus espaldas— no está limpio antes de su llegada, habrá muertos. Empieza a trabajar. —Y, pasando junto a él, salió por la otra puerta al pasillo y llamó malhumoradamente a gritos a los criados.

El dormitorio estaba destrozado. De la hermosa cama sólo quedaba un armazón quemado y sin forma. Otros muebles habían sido reducidos a astillas, y las lujosas alfombras se habían transformado en una capa de cenizas que llegaban hasta el tobillo. Las paredes de piedra se veían surcadas por grandes manchas negras, debajo de los restos desgarrados de los tapices que las cubrían, y el marco y los postigos de la ventana parecían haberse fundido en una masa sólida, de un color gris opaco. Strann y los cinco criados del Castillo que habían acudido corriendo a la llamada de Ygorla se pusieron a limpiar los destrozos en medio de un sombrío silencio. Durante una media hora, Ygorla permaneció en el umbral de la habitación, contemplando sus esfuerzos, pero de repente se cansó del juego, los hizo salir a todos con una feroz imprecación y cerró la puerta de golpe. Cinco minutos después, cuando llamó a gritos a su rata, el dormitorio estaba exactamente igual que antes de la orgía de destrucción, y, al entrar, Strann no pudo evitar parpadear asombrado.

Ygorla, sentada en la cama, le dirigió una ácida sonrisa.

—¿Sorprendido, rata? Me has subestimado. Y eso nunca es bueno.

Strann se dio cuenta de que estaba de un humor muy peligroso, y el persuasivo discurso que había ensayado cuidadosamente de regreso de la torre no surgió de sus labios. Aquél no era el momento para rogar, ni siquiera para hacer una suave sugerencia llena de tacto, por lo que

Librodot

permaneció en silencio, con la cabeza inclinada.

—Mi consorte y yo cenaremos aquí esta noche —anunció ella—. Quiero que estés cerca, por si te necesito. Quédate sentado en tus cojines, no hagas ni un ruido y no te atrevas a quedarte dormido. ¿Entendido?

—Sí, Majestad.

Strann no adornó su respuesta con los habituales cumplidos halagadores, pues su genio era demasiado inquietante. Pero, cuando salió haciendo reverencias —al parecer, lo había hecho llamar sólo para darle aquellas instrucciones—, su mente y su pulso funcionaban a toda velocidad. ¿Qué podía hacer? Sabía perfectamente por qué quería tenerlo al lado: su cerebro trabajaba febrilmente en el siguiente paso de la mortífera partida que jugaba con Narid-na-Gost, y antes de que terminara la noche quizá querría utilizarlo de nuevo como mensajero. Arriesgarse a salir a escondidas y provocar su ira si descubría su ausencia sería una completa locura. Pero Strann tenía que comunicar a Karuth o a Tarod la noticia que ardía en su cerebro. No podía esperar, no podía retrasarse ni siquiera una noche, porque ahora sabía con exactitud qué planeaba hacer Ygorla.

La carta a su padre, que Strann había leído rápida y furtivamente a los pies de la torre, era directa y sin ambages. Narid-na-Gost, decía, ya no estaba bajo la protección de la gema del Caos. Ella había roto su nexo con la gema, y le deseaba un buen final a manos de Tarod y Yandros cuando descubrieran la verdad. Existía, sin embargo, una posibilidad de que su padre se salvara. Restauraría el nexo, y con ello la protección, si le proporcionaba los medios de abrir la Puerta del Caos. Ella sabía, decía la carta, que él tenía el secreto. Si se lo entregaba, estaría a salvo. Si se negaba, su destrucción sería simplemente cuestión de tiempo.

Para Strann, el significado del mensaje de Ygorla era evidente. Había terminado con este mundo. Había hecho sus preparativos finales y se disponía a lanzar un ataque contra el mismísimo reino del Caos. No tenía idea de cuándo y cómo se produciría el ataque, pero conocía a Ygorla lo suficiente para estar seguro de que la furiosa negativa de su progenitor a aceptar el trato no la retendría mucho tiempo. ¡Había que avisar a Tarod y a sus hermanos!

Strann pasó media tarde en un torbellino de febril y frenética actividad mental. Desde un principio, se vio obligado a reconocer que cualquier esperanza de que Ygorla aceptara un concierto debía ser descartada. Ahora no tendría en cuenta algo tan trivial, y, si él cometía la osadía de sugerirlo, seguramente recibiría otra muestra de su mal genio, como mínimo. Pero los gatos, que eran el único medio aparte de la música que tenía para comunicarse con el mundo fuera de los apartamentos de Ygorla, no podían transmitir un mensaje tan complicado y detallado, ni siquiera a Tarod, quien los comprendía mejor que cualquier ser humano.

Strann decidió que sólo le quedaba una opción. Debía correr el inmenso riesgo de comunicar las noticias a sus aliados en persona. Un encuentro, en algún lugar apartado y lo bastante tarde para minimizar la posibilidad de alboroto sin despertar sospechas, parecía ser la opción más segura, por lo que dispuso su mente para enviar una llamada telepática, que esperaba atrayese al gato gris, siempre el más fiable. Era consciente de que su plan se vendría abajo si el gato no lo escuchaba o decidía no responderle; pero, para gran alivio suyo, su llamada se vio contestada poco después con un suave y

Librodot

furtivo maullido al otro lado de la puerta exterior. Ygorla estaba encerrada en su dormitorio con Calvi y parecía decidida a distraerse. De vez en cuando, sus risas llegaban a los oídos de Strann a través de la pared, y un rato antes un grupo de nerviosos pinches de la cocina habían entrado en los aposentos con grandes cantidades de comida y bebida. Strann aprovechó la oportunidad de que no sería interrumpido y salió para entregar su mensaje al gato; poniendo énfasis en la urgencia de la misión, le dijo a la criatura que fuera en busca de Karuth o de Tarod. Después, alerta y en tensión como si fuera él mismo un gato al acecho, regresó a su rincón de la antecámara y se sentó para afrontar la dura prueba de una larga espera. La salida de la luna, pensó, nunca había parecido tardar tanto.

Calvi no tenía sueño y estaba aburrido, y, de no haber sido por los agradables recuerdos de las últimas horas, también habría estado de mal humor. Yacía entre un montón de cojines y alfombras, tumbado cuan largo era delante del fuego antinatural, que ardía cálidamente en la chimenea sin que fuera nunca necesario alimentarlo. Contemplaba las llamas e intentaba pensar en alguna nueva diversión que lo distrajera.

Aquella noche le habría gustado bajar al comedor, pues deseaba la satisfacción de ver tanto a criados como adeptos inclinándose ante él y de escuchar su nuevo título de emperador salir de sus labios. Pero Ygorla había prohibido la idea, y, cuando intentó discutir, ella se limitó a desechar sus deseos con un gesto despreocupado y le dijo que tenía un buen motivo para desear quedarse en sus aposentos. A Calvi no le habría importado tanto si ella hubiera querido explicarle el motivo, pero Ygorla se negó, sonrió con aire cómplice y dijo que ya lo descubriría cuando llegara el momento.

A pesar de aquella molestia, la velada había sido bastante agradable. Ygorla sabía exactamente cómo seducir a Calvi y sacarlo de sus enfados, y, una vez que decidió olvidarse de Narid-na-Gost durante unas horas y concentrarse en el placer, su propio estado de ánimo inquieto e irritado desapareció. Así que disfrutaron con los dulces, saciaron su apetito con vino y con licores más fuertes, y después se entregaron a una lujuriosa orgía que los dejó a ambos saciados y lánguidos y satisfizo su afán narcisista. Cuando Ygorla se durmió, Calvi pensó en hacer lo mismo. Pero los efectos de haber comido demasiado, combinados con el hecho de haber bebido bastante más de lo habitual, incluso para él, conspiraron para mantenerlo despierto, y al final se rindió y comenzó a buscar algo para pasar el rato hasta que le viniera el sueño. Pero nada captó su interés. Antes de que la influencia de Ygorla cambiara su vida, había sido un ávido lector; ahora despreciaba los libros como algo apropiado sólo para viejos estúpidos con mentes rancias. No conocía ningún juego en el que no hiciera falta contrincante y, de todas maneras, a menos que pudiera jugar con apuestas altas —como la vida de otra persona—, los juegos le parecían tremendamente aburridos. Los siervos elementales de Ygorla podrían haberle proporcionado alguna distracción, pero no sabía ni invocarlos ni controlarlos. La maldita nieve seguía cayendo, por lo que ni siquiera podía distraerse planeando un día de montar a caballo o de caza. Cuando fuera emperador de hecho, y no sólo de nombre, pensó Calvi, sería distinto. Podría pedir las distracciones que quisiera, a cualquier hora del día o de la noche, y sus secuaces correrían para obedecer su capricho.

Correrían para obedecer... De pronto sonrió al ocurrírsele que algo —o, más bien, alguien— se le había pasado por alto. Tenía la distracción en el cuarto de al lado, donde dormía la rata mascota de Ygorla.

Hubo un tiempo en que Calvi admiraba a Strann el *Narrador de Historias,* y en que éste le gustaba. Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo, antes de que sus ojos se abrieran. Ahora despreciaba a aquella criatura que no merecía el término de «hombre», y deseaba que Ygorla se deshiciera de él, en lo posible de una forma que causara a Strann el máximo de dolor y terror. Nunca se molestaba en analizar los motivos de su cambio de opinión y desde luego jamás se le habría ocurrido pensar que los celos por Karuth estaban en el origen de todo. Pero el hecho de que Ygorla pareciera sentir cariño por su mascota era algo que lo molestaba, y a menudo se imaginaba cómo trataría él a la criatura, si llegara a ser el dueño de Strann en lugar de la emperatriz.

Bueno, quizá sería divertido probar ahora algunas de aquellas fantasías. Nada que disgustara a Ygorla, claro está, pero sembrar algo de desconcierto en Strann sería una forma agradable de pasar el tiempo. Calvi se puso en pie, cogió su copa de vino e intentó llenarla con una jarra que tenía a mano. La jarra resultó estar vacía. Con un gruñido de disgusto, dejó caer la copa y la jarra y se dirigió hacia la puerta. Echó un último vistazo en dirección a la cama, y vio que Ygorla seguía durmiendo. Sonriendo, Calvi salió a la habitación exterior.

—¡Rata! —Su voz fue un áspero susurro. Se acercó al lecho de Strann, apenas visible a la luz de una única vela, y dio una patada a los cojines amontonados—. ¡Despierta, bastardo inmundo!

No hubo respuesta, ningún movimiento, ningún gruñido de queja surgió de los cojines y, lentamente, se le ocurrió a Calvi que Strann no estaba allí. Parpadeó y se tambaleó. ¿No estaba allí? Pero ¡si ella le había ordenado a la criatura que se quedara! Eso había dicho. Así que ¿dónde estaba?

Calvi hipó, se pasó el dorso de una mano por la boca y reprimió una risita. ¡La rata, la preciosa ratita había desobedecido a su dueña! ¿Qué diría Ygorla cuando se enterase? ¿Qué haría para castigar a su mascota? Calvi tenía algunas ideas, y sintió un cálido arrebato de satisfacción al pensarlo. Pero para asegurarse, sólo para asegurarse...

Dando traspiés en la penumbra, llegó hasta la puerta, la abrió y se asomó afuera. El contraste entre el calor de los aposentos de Ygorla y el frío del pasillo era tan intenso que le devolvió bruscamente un cierto grado de sobriedad; y tuvo tiempo de ver, a la luz de la única antorcha que ardía en su soporte en la pared durante la noche, a una figura conocida que se movía con lento y furtivo cuidado en dirección a la esquina por donde se iba a la escalera principal.

Calvi retrocedió rápidamente, sacudiendo la cabeza para despejar los últimos vestigios de embriaguez. No se había equivocado. La figura en las sombras que avanzaba de puntillas por el pasillo era Strann, estaba seguro. Así que ¿adonde, por todo lo maligno, se dirigía a aquellas horas y con tan sigiloso silencio? Debía despertar a Ygorla y decírselo...

No. No. No la despertaría; al menos no todavía. Sería mucho más divertido ocuparse personalmente del asunto y seguir a la rata para descubrir qué se traía entre manos. Luego volvería junto a Ygorla y le contaría la historia. Ella estaría encantada con su astucia, y él tendría la

Librodot

satisfacción de ver sufrir a Strann por su desobediencia.

Calvi volvió apresuradamente al dormitorio y cogió las primeras ropas que encontró, además de abrigo y botas, pues la misteriosa excursión de Strann podría no limitarse al interior del Castillo. Ahora estaba bastante sereno, animado y excitado por la perspectiva de la intriga, y regresó deprisa al pasillo, poniéndose las botas con un movimiento nada elegante mientras avanzaba a saltos. Cuando salió de los aposentos, Strann había desaparecido, pero Calvi sabía la dirección que había tomado, y silenciosa, rápidamente, fue corriendo hasta donde torcía el pasillo. Siguió sin ver ni rastro de una figura fugaz en la penumbra, pero se apresuró en dirección a la escalera principal y, al llegar a su inicio, se vio recompensado por la visión de la sombra de un hombre que cruzaba la sala de abajo y se dirigía a las puertas principales. Un innato instinto de cazador hizo que Calvi esperara hasta que su presa hubiera entreabierto las puertas lo suficiente para deslizarse y salir al patio; luego bajó rápidamente la escalera en pos de él.

Cuando salió a los escalones del patio, siguiendo a Strann, éste había alcanzado el refugio de la columnata. No llevaba linterna, pero el reflejo de la nieve en el cielo encapotado proporcionaba luz suficiente en el patio para que Calvi vislumbrara su tenue silueta y se diera cuenta de que iba a la biblioteca.

La biblioteca... Veamos: ¿qué buscaría la rata allí abajo a estas horas? Calvi examinó las impresionantes murallas del Castillo. Todas las buenas gentes de aquel lugar desamparado parecían dormir, porque no se veía luz en ninguna de las ventanas. Bien, bien, ¿citas secretas a media noche? Vería. Lo descubriría.

El frío intenso había acabado con los últimos efectos de la bebida, y su mente estaba tan despierta y afilada como los carámbanos de hielo que colgaban del pórtico sobre su cabeza. Strann ya había alcanzado la puerta de la biblioteca. En medio del silencio de la nevada, Calvi escuchó el ruido de los goznes sin engrasar, que crujieron. Sonrió, bajó los escalones y anduvo con cuidado por las resbaladizas losas hasta donde el camino había sido limpiado, bajo la avenida flanqueada de columnas, donde echó a correr. Strann se había dejado la puerta abierta, un olvido estúpido pero que a Calvi le vino muy bien. La atravesó y comenzó a descender con gran cautela por la escalera de caracol. Oía a Strann por delante de él; convencida de su seguridad, la rata ahora no se molestaba en avanzar en silencio. Y desde abajo llegaba luz. Alguien más ya estaba allí...

Calvi se pegó a la pared, quieto, cuando un haz de luz surgió bruscamente, iluminando la tosca obra de piedra al final de la escalera. Strann había abierto la puerta de la biblioteca. Calvi esperó a que desapareciera dentro de la sala, y luego se acercó más, con el corazón acelerado por la excitación. Llegó al último escalón, se detuvo, contuvo la respiración... y oyó las voces que comenzaban a hablar...

Librodot

CAPITULO 22

—¡Karuth! —Estaba iluminada por el resplandor de dos antorchas que ardían en sus soportes, y Strann pensó que jamás, en toda su vida, había visto algo que lo emocionara tanto—. Karuth, oh, Karuth. —Se adelantó corriendo, y casi trastabilló en su ansia por alcanzarla, y la abrazó con tal desesperación que casi la dejó sin respiración.

Entonces vio a Tirand.

—¡Yandros! —retrocedió, muy pálido, y chocó dolorosamente con el borde de una mesa—. ¿Qué...?

—¡Strann, escucha! —Karuth volvió a abrazarlo y él sintió su pasión reprimida a través de la fuerza de su abrazo—. ¡No pasa nada, no es una trampa! Tirand lo sabe todo y ya no está en contra nuestra. Él y yo nos hemos reconciliado y le he contado todo. ¡Está con nosotros, Strann, es nuestro aliado!

Strann fijó con espanto sus garzos ojos en el rostro de Tirand, y éste apartó rápidamente la mirada. El Sumo Iniciado habría deseado en aquel momento encontrarse en cualquier otro lugar, porque había visto el poder de los sentimientos que fluían entre su hermana y su amante en el instante de reunirse, y sabía bastante del mundo como para comprender que el amor que sentían el uno por el otro era profunda e inexorablemente real. Y una parte de él sintió envidia de ambos.

—Strann —dijo, intentando refugiarse en la rígida formalidad—, lo que Karuth dice es la pura verdad. Quizá no haya tiempo ahora para explicártelo todo, pero... las cosas han cambiado. No soy tu enemigo. Ahora sé que has estado trabajando para el Caos desde el principio, y estoy aquí para ayudaros a ambos si puedo. —Por fin recobró el suficiente dominio de sí mismo para mirar a Strann a los ojos—. Nuestro señor Ailind nada sabe de esto, y no lo sabrá por mí.

Strann seguía dudando. Desde el día de su llegada al Castillo —y antes, si quería ser estrictamente sincero consigo mismo—, el Sumo Iniciado había sido un antagonista y no un amigo. Sabía que la antipatía primera había surgido del amor protector de Tirand por su hermana, pero también sabía que, por mucho que quisiera aparentar lo contrario, Karuth había lamentado amargamente sus fidelidades divididas. Tirand era y siempre había sido el más fiel seguidor del Orden, la marioneta de Ailind. Ahora decía que ya no era así... ¿Podía fiarse de semejante afirmación? ¿O se trataba de un nuevo truco del Orden?

Karuth adivinó lo que estaba pensando y dijo en tono apremiante:

—¡Strann, te prometo que no hay nada que temer! Tirand y yo hemos hecho un juramento de sangre...

—¿Un juramento de sangre? —Sabía tan bien como cualquiera lo que eso significaba, y parte de su tensión temerosa cedió.

—Sí. Oh, amor, no pasa nada, ¡todo está bien! ¡Confía en mí, por favor! —Lo atrajo con fuerza, y él enterró sus dedos en su cabellera. Tirand, incómodo, se aclaró la garganta.

—Si queréis que me vaya...

—No. —Strann lo miró, y en su rostro apareció el atisbo de una

sonrisa—. No, Sumo Iniciado. Si Karuth me dice que algo es de una manera, entonces así es por lo que a mí respecta. —Hizo una pausa antes de proseguir—: Además, la idea de que hay alguien más en este Castillo que ya no me ve como un gusano que merece ser aplastado es... bueno, es... —Se encogió de hombros—. Me considero un bardo, pero no puedo expresar lo agradecido que me siento.

Tirand fijó la vista en el suelo.

—Admiro lo que has hecho, Strann. Jugar a conservar la confianza de la usurpadora, al tiempo que conspiras contra ella... Seré sincero y admitiré que no creía que tuvieras tanto valor. Me..., me alegro de haber estado equivocado.

Karuth se volvió rápidamente a la mesa que tenían detrás.

—He traído un poco de pan, carne y una pequeña botella de vino —dijo, escudriñándole el rostro—. ¿Tienes hambre, Strann? ¿Te hace pasar hambre esa perra?

Su preocupación lo emocionó, pero negó con la cabeza.

—No, amor mío. Podría tener comida suficiente para hartarme si quisiera. Aunque no rechazaré un bocado para luchar contra el frío.

Su confesión medio humorística pareció romper el hielo definitivamente, y con una risa Tirand se sentó y cogió la botella de Karuth.

—¡Me apunto a eso! —Ofreció la botella a Karuth y, cuando ésta la rechazó, se la pasó a Strann, quien la cogió y sonrió.

—Creo, Sumo Iniciado, que es la primera vez que brindamos por nuestra buena salud y seguridad. Que ambas sean duraderas.

Bebieron, uno después del otro. Tras la puerta, que Strann había olvidado cerrar, Calvi contenía la respiración y escuchaba. Y, cuando dejaron la botella y Strann comenzó a contar la historia de la carta de Ygorla y de la furiosa respuesta de Narid-na-Gost, lo que Calvi escuchó hizo que su piel se erizara de rabia contenida.

El relato de Strann de los recientes acontecimientos, y las conclusiones que de ellos había sacado, fue breve pero convincente. No le cabía duda, dijo, de que la determinación de Ygorla para conseguir el control de la Puerta del Caos sólo significaba una cosa: ya no estaba dispuesta a esperar a que Yandros respondiera a su ultimátum sino que tenía la intención de lanzar un ataque directo a su reino. Estaba claro que había sido incapaz de averiguar sola los secretos de la Puerta, de forma que ahora intentaba chantajear a su progenitor para que realizara el rito que la abriría.

Tirand sopesó pensativo aquellas noticias.

—Has visto al demonio, Strann, que es más de lo que ha hecho cualquiera de nosotros. ¿Crees que capitulará ante sus exigencias?

—Por el momento, Sumo Iniciado, no creo que lo haga —replicó Strann—. No es tonto. Debe de saber perfectamente que, si hace un trato con ella, es muy probable que Ygorla no cumpla su parte y acabe traicionándolo. Pero, por otro lado, también debe saber que sólo es cuestión de tiempo el que nuestro señor Yandros descubra que ya no tiene la protección de la gema del Caos. —Sostuvo con franqueza la mirada de Tirand—. Cuando eso ocurra, espero que no tengas que presenciar el resultado.

—Eso espero —repuso Tirand—. ¿Así que crees que Narid-na-Gost intentará ganar tiempo?

—En la medida en que le sea posible, sí. Pero Ygorla se está

Librodot

impacientando. Si él no acepta sus exigencias pronto, buscará otro camino para conseguir su objetivo. —Miró a Karuth—. El ritual que usaste para abrir la Puerta del Caos, ¿podría usarlo ella, si lo conociera?

Karuth asintió.

—Cualquiera podría hacerlo. Nuestro señor Tarod cerró de nuevo la Puerta, y sabría si se realiza cualquier intento de usarla, pero no está sellada contra el Parlamento de la Vía.

—Debemos esperar fervientemente que no descubra la existencia del ritual —dijo Tirand con aire sombrío—. Strann, escucha. Creo que deberíamos avisar a Ta... a nuestro señor Tarod quiero decir.

Strann miró de reojo al Sumo Iniciado y en su mirada asomó de nuevo una sombra de desconfianza.

—Me sorprende que todavía no lo sepa, Sumo Iniciado.

Las mejillas de Karuth enrojecieron.

—Pensamos...

Tirand la interrumpió.

—No, Karuth. Seamos sinceros. Fui yo quien pensó que era mejor no decirle nada. El mensaje nos exhortaba a no revelarlo a nadie, y yo pensé que «nadie» podía incluir a nuestro señor Tarod. —Hizo un gesto de disculpa—. Fallo mío.

El Sumo Iniciado, pensó Strann, debía de tener con sus dioses una relación muy diferente que la que tenían él y Karuth con los suyos. Pero no hizo comentario alguno.

—Hay que decírselo —se limitó a responder—. Disponemos de poco tiempo, porque sospecho que es cuestión de horas más que de días antes de que a Ygorla se le acabe la paciencia.

—Muy bien. —Tirand se levantó y enseguida se detuvo—. Yo... ah... — Se ruborizó y miró al suelo—. Si deseáis estar un rato a solas, yo...

Strann alzó la vista con rapidez.

—No me atrevería a faltar de mi puesto mucho tiempo. Pero...

Al extinguirse la voz del bardo, Tirand buscó algo en el bolso de su cinto. Sacó un pequeño objeto de plata y, sin mirar directamente a Karuth, lo puso en su mano.

—Estaréis más seguros allí —dijo—. Hay menos probabilidades de que os descubran. Te esperaré en mi estudio, Karuth, y cuando vuelvas iremos a buscar a nuestro señor Tarod.

Karuth cerró la mano en torno al objeto que le había dado. Sabía lo que era, y sabía también que, con aquel gesto, Tirand acababa de derribar los últimos obstáculos de desaprobación y que les daba su bendición a Strann y a ella. Era la llave del Salón de Mármol.

Con los ojos llenos de gratitud, hizo ademán de darle las gracias, pero él le hizo un gesto de que callara.

—No hay tiempo ahora. Te veré después. Strann... —Miró al otro hombre a los ojos e inclinó ligeramente la cabeza—. Buena suerte.

—Gracias, Tirand —repuso Strann con seriedad.

El Sumo Iniciado sonrió ligeramente al escucharlo usar por primera vez su nombre de pila, y, dándose la vuelta, salió de la biblioteca.

Cuando Tirand salió otra vez al patio, no vio la figura esbelta y solitaria que atravesó corriendo las puertas principales en el mismo momento en que él se detenía para subirse el cuello de su abrigo y protegerse de la nieve.

Librodot

Tampoco vio, al llegar al final de la columnata, el rastro de huellas, mezcladas con las que él y Karuth habían dejado antes y que todavía no había tapado del todo la nieve, que seguía escalones arriba. Cuando entró en el Castillo y se sacudió la nieve de las botas y el pelo, Calvi estaba fuera del alcance de su vista y oído, y el Sumo Iniciado se dirigió a su estudio. Con suerte, el fuego seguiría encendido, aunque sólo fuera un poco, y su mayordomo se habría ocupado de dejar leña de recambio junto a la chimenea, dispuesta para la mañana. Calentaría una jarra de vino, pensó Tirand, para cuando regresara Karuth. Seguramente la iban a necesitar los dos.

Intentando no pensar en el tema de Karuth y Strann y en sus propios y confusos sentimientos, abrió la puerta del estudio y entró.

—Sumo Iniciado. —Los extraños ojos de Ailind tenían un aspecto duro y dorado a la luz de las velas que bañaba la habitación. El señor del Orden estaba sentado en la silla de Tirand. Sonrió, y la sonrisa tenía un toque gélido—. Entra, Sumo Iniciado, y siéntate. Deseo hablar contigo.

—¡Ygorla! ¡Ygorla, despierta!

Calvi sacudió a Ygorla por los hombros con todas sus fuerzas, sin delicadeza ni ceremonias. Ella se despertó bruscamente con un grito de rabia, y, cuando abrió los ojos, Calvi vio el resplandor de furioso poder que surgió en ella instintivamente y retrocedió alarmado. Pero entonces su mirada se centró, lo reconoció y el impulso desapareció.

—¡Calvi! ¿Qué significa esto? ¿Qué hora es?

Él le cogió las manos; sus ojos estaban desorbitados y llenos de excitación.

—¡Ygorla, escucha! He estado paseando por el Castillo. ¡He hecho un descubrimiento! Hay una conspiración contra ti... ¡y tu preciosa rata mascota es un traidor!

Ygorla se quedó paralizada. No dijo nada, pero un aura oscura comenzó a brillar ominosamente a su alrededor. Con rapidez, tragándose las palabras, Calvi le contó todo lo que había pasado, desde el descubrimiento inicial de que Strann había abandonado su puesto a la apremiante conversación que había escuchado en la biblioteca.

—¡Strann siempre ha estado conspirando con esa furcia de Karuth Piadar y con su señor y amo! —dijo sin aliento—. ¡Y ahora Tirand también se ha implicado, y los tres piensan recabar la ayuda de Tarod para impedir que controles la Puerta del Caos!

Los ojos de Ygorla lanzaron destellos como duras gemas, y su rostro se torció y se volvió feo y peligroso.

—¿Quién más? —preguntó con voz ronca—. ¿Quién más participa con ellos en esta traición?

—No lo sé —contestó Calvi—. No se dijeron más nombres. Tal vez no haya nadie más implicado. ¡Pero escucha, Ygorla! La carta que Strann leyó ¿qué significa?, ¿de qué hablaba? Sé que planeas algo, pero no me has dicho de qué se trata, ¡y no lo entiendo! ¿Por qué es tan importante la Puerta del Caos?

Ella tardó algunos instantes en responder. Ahora su expresión era decidida; sus ojos estaban entrecerrados, y Calvi creyó que no había entendido la pregunta. Pero entonces ella lo miró.

Librodot

—La Puerta del Caos —siseó— ¡es la llave definitiva y la más poderosa! —Saltó de pronto de la cama, cogió su capa de pieles, se la echó por encima y comenzó a pasear por la habitación, con movimientos tensos y potencialmente explosivos, como los de un gato acorralado—. Es la llave para el dominio del Caos; es la llave para el dominio del Orden. Una vez que controle la Puerta, ¡lo controlaré todo! ¡Pero todavía no la controlo!

Entonces, con breves y concisas palabras, le contó a Calvi lo que había estado haciendo durante los dos últimos días; los elementales que había enviado a espiar al reino del Orden, y el descubrimiento de que las almas de los señores del Orden se guardaban todavía menos que la gema del Caos. Le explicó que, a través de la Puerta, podía entrar en la fortaleza de Aeoris y apoderarse del tesoro que le daría el poder para aplastar al Orden. Y por último le habló de la única cosa que se le había escapado: el poder de doblegar la Puerta ante su voluntad y abrirla.

—Si consiguiera romper esa barrera, tan sólo un momento —dijo furiosa, al tiempo que hacía un gesto violento con un brazo—, entonces la controlaría ¡y nada se interpondría en mi camino! ¡Pero cada vez me veo frustrada!

Calvi, todavía arrodillado en la cama, la miró.

—Por los Siete Infiernos, Ygorla, ¿por qué no me lo dijiste?

Ella se volvió, con ojos iracundos.

—¿Decírtelo? ¿Y de qué habría servido? ¿Que habrías podido hacer?

—¡Podría haberte dicho dónde encontrar la llave que te falta!

Hubo un largo silencio. Luego, en un tono de voz grave y amenazador, Ygorla dijo:

—¿Qué?

Él saltó de la cama y se le acercó.

—Karuth Piadar sabe los secretos de la Puerta. Llevó a cabo el ritual que la abrió y permitió a los señores del Caos entrar en este mundo.

La agitada respiración de Ygorla se escuchó desapacible en la silenciosa habitación.

—¿Estas seguro?

Los labios de Calvi se torcieron ante el amargo recuerdo.

—¡Estaba allí cuando lo hizo! Estuve a su lado, tan cerca como ahora lo estoy de ti. Me obligó a presenciar la ceremonia.

A Ygorla nunca le habían interesado especialmente los acontecimientos de la vida de Calvi antes de que su influencia lo cambiara. Para ella su pasado carecía de importancia. Pero si hubiera sabido esto, si lo hubiera sabido...

Lentamente, una nueva y fría luz comenzó a brillar en su mente. El primer atisbo de una sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca, y era una sonrisa de enorme diversión y completa crueldad. Oh, sí; era perfecto. Casi podía creer que el destino lo había previsto así y no de otra manera...

—Calvi —de pronto su voz se transformó en pura dulzura—, ¿has dicho que Strann y Karuth se quedaron cuando el Sumo Iniciado salió de la biblioteca?

—Sí —contestó Calvi con aire cínico—. Les ofreció... ¿cómo lo dijo?..., les ofreció un rato juntos.

—Muy noble por su parte. Entonces es probable que sigan allí. Creo que les haremos una visita, querido —anunció sonriente—. Una pequeña

sorpresa para que su felicidad sea completa.

Calvi comprendió. Le devolvió la sonrisa, mostrando los dientes. Entonces, suavemente y con un tono desagradable, se echó a reír.

Desde su sillón en la gran sala de perfectas proporciones en el corazón de su reino, Aeoris, supremo señor del Orden, contemplaba la naturaleza de los hilos.

Había muchos hilos distintos en los acontecimientos que actualmente tenían lugar en el mundo mortal, y el dibujo que habían ido formando estaba casi acabado. La paciencia, el cuidado y la tenacidad habían rendido fruto como Aeoris esperaba, y ahora las distintas hebras de lo fortuito, la coincidencia y la cuidadosa manipulación estaban a punto de converger al fin. De las muchas hebras surgiría un trenzado, íntegro y completo. Semejante simetría complacía a la mente fría y meticulosa de Aeoris, y en su severa boca apareció una sonrisa cuando alzó la cabeza para contemplar los pequeños plintos elevados que se alzaban al lado de cada uno de los siete tronos y los artefactos que sobre ellos reposaban.

Aeoris había puesto especial cuidado en que aquellos nuevos añadidos no mancillaran la pura y exacta perspectiva de aquel lugar santo. Aunque su función fuera de corta vida, las consideraciones estéticas eran, como siempre, esenciales, y estaba satisfecho con el resultado de su trabajo. Sólo haría falta un breve instante. Y el instante casi había llegado.

Los ojos dorados, sin pupilas, contemplaron las facetas de las joyas sobre los plintos, y las joyas captaron la luz de aquellos ojos y la reflejaron en deslumbrantes arcos iris. Aeoris sonrió de nuevo, y su imagen desapareció de la estancia.

Aunque creía que no tendría ojos ni mente para nada que no fuera Karuth, el Salón de Mármol redujo a Strann a un asombrado y aturdido silencio. Sólo los adeptos de mayor rango del Círculo podían entrar en el Salón sin el consentimiento expreso del Sumo Iniciado, y la tremenda escala de la gran cámara, con sus paredes y techo invisibles en la distancia, desafiando toda lógica espacial, lo dejó sin aliento. Karuth, que le cogía la mano con fuerza, lo condujo entre el bosque de columnas hasta que se encontraron ante los siete grandes colosos, las imágenes de los dioses del Caos y del Orden, que se alzaban fantasmales y en la penumbra, en medio de las neblinas de color pastel.

—Yandr... —Strann reprimió apresuradamente la exclamación antes de pronunciarla del todo. Le faltaban las palabras, y la terrible sensación de su propia insignificancia subió reptando desde algún lugar muy profundo dentro de él y lo atenazó con garras aceradas.

Karuth sonrió, comprensiva, al recordar su propia reacción ante las estatuas la primera vez que las había visto, hacía casi treinta años. Se detuvieron a los pies del séptimo y último coloso, y Strann tembló al alzar la vista y ver las dos caras esculpidas en lo alto. Ambas le resultaban de una familiaridad desconcertante, y, en un tono de voz que no era más que un susurro, dijo:

—Ver esto... y luego pensar cuántas veces he estado cara a cara con los dioses que representan...

Ella le apretó aún más la mano.

—Lo sé. A veces resulta difícil acomodarse a esto. —Entonces el esfuerzo de aparentar normalidad resultó demasiado para ella; se giró y lo miró a la cara—. Oh, Strann..., ¡te he echado tanto de menos! ¡Y he temido tanto por ti!

Él la abrazó fuertemente, y sus cabellos se enredaron mientras se besaban.

—Tenemos sólo unos minutos, amor. No me atrevo a quedarme más, no vaya a ser que Ygorla descubra que me he ido.

Karuth asintió, luchando por recobrar la compostura.

—Pronto, espero... y ruego, esto habrá terminado. Cuando suceda, yo... —Tragó saliva—. Habrá tanto de qué hablar...

—Y tanto tiempo perdido que recuperar —repuso él, sonriendo—. Sé que no ha pasado tanto tiempo desde que nos separamos, pero me parece toda una vida. —De pronto sus garzos ojos se pusieron muy serios—. Te quiero, Karuth. Nunca lo has dudado, ¿verdad? No importa lo que me haya visto obligado a aparentar, ¿nunca has dudado?

—No —dijo ella, sin saber si reír o llorar—. Nunca, Strann, nunca.

Y a sus espaldas, procedente de la puerta de plata, se oyó una voz fría y burlona.

—¿Así que bajo esa triste apariencia hay un corazón, querida? ¡Qué sentimental!

Pegaron un respingo como si los hubieran golpeado físicamente, y los dedos de Karuth se clavaron involuntaria y dolorosamente en los brazos de Strann.

Ygorla había entrado en el Salón con Calvi en completo silencio y, como había esperado, los había cogido totalmente por sorpresa. Estaba a menos de diez pasos, una figura pequeña, oscura y mortífera en la neblina cambiante, y sonreía. Strann ya había visto antes esa sonrisa, y apartó rápidamente la mirada.

—¿Qué ocurre rata? ¿Es que no te alegras de verme? —Ygorla se adelantó un paso. Detrás de ella, Calvi había adoptado una postura despreocupada, y sus ojos mostraban una arrogante autosatisfacción—. ¿O es que mi inesperada llegada ha echado a perder vuestro pequeño y agradable encuentro?

Strann supo en su interior que la causa estaba perdida, pero instintivamente hizo un esfuerzo desesperado para salvar la situación.

—¡Dulce majestad! —Apartó rápidamente a Karuth, e hizo ante la usurpadora su acostumbrada reverencia—. Vuestra presencia es...

—¡Silencio! —Las palabras restallaron con aspereza y levantaron ecos en el Salón. Un aura ominosa comenzó a brillar alrededor de la silueta de Ygorla y su tono de voz se hizo letal—. No te atrevas a hablar, traidor. No te atrevas a hablar, ni a mover un solo músculo, y ni siquiera a pensar en mirar a la criatura que tienes al lado. Porque, si lo haces, entonces, antes de que puedas volver a aspirar aire, te habré convertido en un montón de cenizas.

Karuth gritó irritada:

—¿Cómo te atreves...?

—¡Y tú! —Ygorla hizo un gesto despreocupado con una mano, y Karuth se vio arrojada contra los pies de la estatua. La usurpadora la contempló con ojos duros, casi enloquecidos—. Ya te utilizaré cuando llegué el momento.

Hasta entonces, mantén la lengua callada si quieres que el cuerpo de tu amante siga intacto.

Karuth se quedó pegada a la fría piedra. Miró a Ygorla pero no dijo nada más.

Con indolente gracia que daba a entender que disfrutaba de aquel momento, Ygorla se encaró con Strann una vez más. Strann se había cubierto el rostro con las manos y permanecía tieso, mientras maldecía lo que consideraba una descuidada e imprudente estupidez suya. Había llevado a Karuth a aquel peligro. Se había embarcado en un juego demasiado arriesgado; y, a menos que en los próximos minutos ocurriera un milagro, había firmado la sentencia de muerte de ambos.

—Así que, rata —con su aterrador comportamiento caprichoso, Ygorla había pasado de la furia a la dulzura empalagosa—, tus patitas siempre han estado marchando al son de otro dueño, mientras aparentabas ser un roedorcillo obediente. Me has defraudado. Estoy muy disgustada, rata. Y creo que tendré que castigarte de la forma más severa.

Con tal rapidez que cogió desprevenido incluso a Calvi, Ygorla alzó un brazo y lo bajó bruscamente. Se escuchó un sonido como de relámpago centelleando entre nubes, y una cuerda al rojo blanco surgió de sus dedos en dirección al cuerpo desprevenido de Strann. Éste aulló cuando la cuerda se enrolló alrededor de su cuello y se apretó en un ardiente nudo, y Karuth, incapaz de contenerse, se puso en pie de un salto.

—¡No! ¡Serpiente maligna y asesina...!

—¡Atrás!

La cuerda ardiente se soltó de la garganta de Strann y cortó el aire a unos centímetros del rostro de Karuth, haciéndola retroceder tambaleándose. Cuando cayó sobre el suelo de mosaico, la cuerda desapareció; Ygorla se rió con voz aguda.

—¡Vamos, valiente Karuth! ¡Levántate y acércate a tu querido maniquí! Corre a su lado y abrázalo... ¡si es que puedes!

Karuth se puso en pie, impulsada por el pánico y la furia. Avanzó dando tumbos hacia Strann con los brazos extendidos...

Y un muro de llamas negras surgió a su alrededor, atrapándolo en un círculo cerrado y llameante.

—¡Vamos, Karuth! —la animó Ygorla con maligno júbilo—. ¡Tócalo! Seguro que una adepto de alto rango como tú no le tendrá miedo a mi pequeño fuego.

Karuth, con los pulmones a punto de estallar, los dientes apretados y el corazón lleno de odio, estiró los brazos en dirección a las llamas. Pero no pudo tocarlas. No ardían con calor sino con frío; un frío terrible e imposible que, si la hubiera tocado, la habría petrificado, convirtiéndola en un instante en frágil polvo que se desharía.

—Strann... —dijo con voz ronca—, no te muevas. ¡Y no se te ocurra tocar ese fuego!

—Ah, por fin un atisbo de sabiduría —comentó Ygorla, juntando las manos en un gesto teatral—. Creo que ha llegado el momento de que cerremos un pequeño trato.

Karuth la miró horrorizada.

—¿Un trato? ¡Antes haría un trato con un Warp que contigo!

—Pues yo creo que lo harás. —La usurpadora sonrió dulcemente—. Eso

si amas a ese maniquí tanto como tu comportamiento parece dar a entender. ¿Sabes?, él será la mercancía sobre la que tú y yo discutiremos.

El color abandonó el rostro de Karuth, e Ygorla volvió a reír.

—Oh, sí. Mi querido y fiel Calvi tenía razón, ¿no es así? ¡Amas a la ratita, desde su nariz bigotuda a la punta de su rabo!

—¿Calvi? —Sin entender, Karuth lanzó una rápida mirada al joven, que seguía con su actitud indiferente detrás de la usurpadora. La boca comenzó a temblarle—. ¿Nos has traicionado? Pero ¿como ibas a...?

Su voz se apagó al cruzarse su mirada con la de Calvi. La profundidad del desdeñoso resentimiento en los ojos del joven la estremeció hasta los huesos.

—Deberíais poner más cuidado con los lugares en que tú y tu hermano concertáis vuestras citas secretas, Karuth Piadar —dijo él con malicia—. Ni siquiera cerrasteis la puerta de la biblioteca. Muy estúpido por vuestra parte. Claro que vuestra perdición es nuestro triunfo, te lo aseguro —añadió con una sonrisa—. Disfrutaré viéndoos sufrir a todos por vuestra estupidez.

Siguieron mirándose durante varios segundos. Entonces, con voz temblorosa, Karuth dijo con amargura:

—¿De verdad que te has convertido en esto, Calvi? ¿Una criatura sin sentido y sin compasión? ¿Te ha corrompido hasta tal punto que eres una cascara vacía? —Vio en sus ojos el deseo de venganza y aspiró con fuerza—. Me das asco. ¡Ya no mereces llamarte ser humano! —Y, en silencio, su mente lanzó una fervorosa súplica: *¡Mi señor Tarod! Si podéis escucharme, si podéis intervenir, ¡por favor, ayudadnos!*

Calvi soltó una breve risa cargada de acritud.

—Tus insultos no me conmueven. —Se volvió hacia Ygorla e hizo un lacónico gesto en dirección a Karuth—. Díselo, amor mío. Dile qué queremos ¡y que lo haga! Estoy cansado de perder el tiempo con ellos.

La usurpadora sonrió y le dio una palmadita en la mano.

—No te preocupes. No perderemos más tiempo, querido. Bien, Karuth..., nuestro trato. Es bastante claro. Tengo entendido que sabes el ritual que abre la Puerta del Caos. El Parlamento de la Vía, ¿no es así como se llama?

Karuth se quedó helada.

—¿Quién te ha dicho...? —Entonces vio la expresión triunfante de Calvi y supo la respuesta.

—Querida —prosiguió Ygorla—, creo que, gracias a nuestra mutua mascota encerrada en la jaula de fuego, ya conoces mi intención; y, dado que mi amado consorte escuchó cada palabra de vuestra pequeña conspiración, podríamos evitarnos las cansinas protestas de ignorancia. —Una ceja perfecta se enarcó ligeramente—. Conoces el ritual; quiero que se lleve a cabo. De manera que a todos nos convendría que lo realizaras para mí. Porque, si no lo haces, me veré obligada a enseñarle a Strann unas cuantas lecciones. —Su expresión cambió de pronto de la dulzura a una mirada letal de depredador que sabe que tiene a la presa acorralada y atrapada sin remedio—. La elección es sencilla, querida Karuth. Obedéceme, o Strann sufrirá los tormentos que sólo yo sé infligir.

El círculo de llamas se agitó con violencia y Strann gritó:

—¡Karuth, no! No la escuches, ¡no hagas lo que quiere! ¡No lo hará!

Ygorla se miró las uñas.

—Creo que empezaré con sus ojos. Conozco un ser que tiene su hogar

Librodot

en los Siete Infiernos. Una criatura diminuta, pero le encantan los... digamos, los bocados más suculentos del cuerpo humano.

Karuth se dio la vuelta. Lo que dijo resultó inaudible.

—Karuth, ¡ni se te ocurra! —gritó Strann—. ¡Sería traicionar a nuestro señor Tarod y a nuestro señor Yandros! De todas formas nos matará, ocurra lo que ocurra, ¡y esto sólo empeorará mucho más las cosas!

Karuth no se atrevía a mirar a través del resplandeciente muro de llamas negras. Sólo tenía clara una cosa: haría lo que fuera con tal de salvar la vida de Strann. Pero ¿lo conseguiría? ¿Lo conseguiría?

Hizo un esfuerzo y se encaró de nuevo con Ygorla. La usurpadora sonreía otra vez, y había vuelto la dulce expresión. A Karuth se le encogió el estómago.

—Si accedo...

—¡Karuth!

No hizo caso de la nueva protesta de Strann.

—Si accedo, ¿qué garantía tengo de que no lo matarás de todos modos?

Ygorla se encogió de hombros.

—Ninguna que para ti sea válida, querida. Pero no veo motivo para no cumplir mi parte del trato. Al fin y al cabo, podríais serme de utilidad en el futuro.

Karuth se dio cuenta de que no obtendría nada más. Por muy fino que fuera el hilo de la esperanza, tenía que confiar en él. Su silenciosa súplica a Tarod, que había repetido frenéticamente, no había servido de nada. El Salón de Mármol había resultado ser demasiado seguro, demasiado protegido del mundo exterior, y el señor del Caos no podía escuchar su súplica.

—¡Karuth! —Strann volvió a llamarla a gritos—. ¡Karuth, te lo prohibo! ¡Te lo prohibo!

Por fin, ella lo miró. Al otro lado de las llamas traslúcidas, parecía un fantasma, su figura tenue e insustancial. Karuth sonrió, y en aquella sonrisa estaba todo el amor que por él sentía.

Luego dijo en voz baja a Ygorla:

—Dices que tengo una opción. Te equivocas. No hay opción, para mí no. Haré lo que pides.

Librodot

CAPITULO 23

Narid-na-Gost paseaba arriba y abajo por su aguilera. De la puerta a la ventana, de la ventana a la puerta, y de vuelta a la ventana. No podía permanecer quieto ni siquiera un instante, porque, cada vez que se paraba, comenzaba de nuevo a darle vueltas la cabeza: la inquietud, el nerviosismo, la terrible certeza... y la indecisión.

Lo había visto todo desde su mirador en lo alto de la torre. El Sumo Iniciado y su hermana, juntos otra vez, acudiendo a toda prisa a una nueva cita en la biblioteca subterránea. Media hora después Strann, la rata, que seguía sus pasos... y detrás de Strann, furtivo también como una rata, con su cabello rubio característico, el arrogante cachorro que se había convertido en consorte de Ygorla. Inquieto y lleno de curiosidad, el demonio observó la puerta de la biblioteca hasta que Calvi primero y luego Tirand Lin regresaron al edificio principal del Castillo.

Narid-na-Gost no le veía la lógica, pero sus huesos le decían que aquella última agitación anunciaba algo. Entonces, tan sólo minutos después de la salida del Sumo Iniciado, aparecieron dos nuevas figuras en el patio.

Al principio, el demonio intentó convencerse de que se equivocaba. Pero sabía que sus ojos no lo engañaban; y sabía, también, al ver a su hija andar sobre la nieve con su capa de pieles reluciente echada sobre los hombros, y Calvi cogido de su brazo, que el momento que tanto temía había llegado.

De pronto, las diminutas figuras allá abajo se pararon. Narid-na-Gost vio que Ygorla se daba la vuelta y miraba a la ventana donde él permanecía agazapado observando. Y con su visión inhumana, para la que nada eran ni la distancia ni la nieve que caía, que habrían impedido la visión a unos ojos mortales, la vio esbozar una sonrisa de completo triunfo antes de alzar una mano y dedicarle un burlón saludo de despedida.

Aquel gesto sarcástico acabó de confirmar los más profundos terrores del demonio. Cómo lo había logrado no lo sabía ni le importaba; ahora la situación era demasiado crítica para que importaran los porqués. Pero lo había hecho, de eso estaba seguro. Había encontrado el modo de abrir la Puerta del Caos.

De manera que andaba arriba y abajo: ventana, puerta, ventana, puerta. La habitación de la torre se había visto reducida a una ruina de jirones y desgarrones escarlata, destruidos todos los opulentos muebles en un momento de pánico salvaje e incontrolado. Había sido, reconocía ahora Narid-na-Gost, un gesto inútil y, en la calma que siguió a la tormenta mental, intentó tomar una decisión. Sabía que sólo le quedaba una opción, una esperanza —aunque muy tenue— de salvar su pellejo. Debía renunciar a todo, a todos sus planes y ambiciones, e ir en busca de Tarod en la torre norte para suplicar la piedad del señor del Caos y ofrecerse a ayudarlo contra Ygorla. Pero dar ese paso, sabiendo que tenía todas las probabilidades de ser destruido por Tarod, o algo peor, antes de ni siquiera poder contar su historia... Narid-na-Gost no sabía si sería capaz de hacerlo. Era una tremenda ironía, después de todas las pullas que Ygorla le había lanzado, pero no estaba seguro de tener el coraje suficiente. Volvió de nuevo junto a la ventana y se paró de repente. No se veían más señales de actividad

Librodot

alrededor de la puerta de la biblioteca, pero había un resplandor de luz en el Castillo, que por lo demás estaba a oscuras, y procedía de la ventana del estudio del Sumo Iniciado. El demonio inhaló aire en un agudo silbido. ¿Podría ser ésa la respuesta? Tarod podía matarlo en un abrir y cerrar de ojos. Tirand Lin, en cambio, era otro asunto. Si conseguía convencer al Sumo Iniciado para que escuchara su historia, si conseguía convencerlo de que intercediera ante los dioses...

La resolución que Narid-na-Gost intentaba alcanzar llegó con una oleada de alivio. No había tiempo que perder. Se concentró en el cristal de la ventana, y la luz de sus ojos carmesíes creció por un instante hasta parecer líquido fundido. Sin hacer ningún ruido, la ventana se desintegró y el aire helado de la noche penetró, trayendo consigo remolinos de nieve. Sin hacer caso de los copos de nieve que le azotaban el rostro, el demonio se subió al antepecho y salió. Echó un vistazo al patio, a una vertiginosa distancia allá abajo, y, con movimientos de cangrejo jorobado, comenzó a bajar rápidamente por la negra pared de la torre.

—Pareces nervioso, Sumo Iniciado. ¿Hay algo que te inquiete?

La pregunta devolvió bruscamente a Tirand a la realidad, y sintió que un sudor frío le cubría el rostro. Había estado pensando en Karuth, preguntándose cuánto tardaría, esperando que no regresara antes de que pudiera deshacerse de su indeseado visitante, y, al mirar a Ailind, tuvo la terrible convicción de que la culpabilidad y el engaño estaban escritos con claridad en su rostro. Musitó con premura que nada iba mal y que sencillamente estaba cansado, y el señor del Orden sonrió de una manera que lo hizo amedrentarse de nuevo.

—Son días agotadores. Pero no me cabe duda de que encontrarás algo de alivio en un vino de tan buena cosecha —dijo, alzando la jarra que descansaba sobre la mesa, junto a él—. ¿Otra copa?

—No... No, gracias, mi señor. —Tirand se estremeció por dentro cuando vio que Ailind llenaba de nuevo su copa. ¿Qué intentaba hacer el dios? No parecía tener un verdadero motivo para ir en busca de Tirand a aquellas horas, sólo para charlar sobre cosas sin importancia y compartir un par de copas de vino; dos cosas que no iban con su carácter, porque Ailind siempre había despreciado lo primero y ni necesitaba ni deseaba lo segundo. Tirand sabía que debía de existir una razón más profunda, y temía que Ailind hubiera descubierto de alguna manera la verdad acerca del cónclave secreto de Shaill y lo que de él había salido. Si era así, ¿por qué no abandonaba aquella fría charada y dejaba que se desencadenara la inevitable tormenta?

Ailind se llevó la copa a los labios y bebió, tomándose todo el tiempo del mundo para paladear el vino apreciativamente.

—Un año particularmente bueno en Chaun Meridional —comentó en tono reflexivo—. Me pregunto qué nos deparará el verano próximo... —Se interrumpió y sus ojos se clavaron con repentina intensidad en la puerta. Sorprendido, Tirand miró y vio que el pomo se alzaba lentamente.

Karuth... Alarmado, se puso en pie, pero Ailind lo detuvo con un rápido gesto.

—Espera, Sumo Iniciado.

Tirand se volvió a sentar, con el corazón latiéndole desbocado. El pomo dejó de moverse, y, por un momento lleno de esperanza, pensó que Karuth

Librodot

había advertido la presencia de Ailind y se había ido. Pero entonces se escuchó un débil golpeteo, un clic, y la puerta se abrió.

Al ver aquello, Tirand saltó de la silla, con un juramento de sorpresa en los labios. Como los demás habitantes del Castillo, nunca había visto a Narid-na-Gost y, al contemplar por primera vez en el umbral la jorobada figura de piel blanca del demonio, las manos y pies como garras, y la maraña de pelo carmesí, su reacción inmediata fue pensar que se trataba de otra de las creaciones de Ygorla. Instintivamente alzó una mano en un gesto protector, con la intención de maldecir y hacer desaparecer a aquella cosa deforme; pero, antes de que pudiera hablar, Narid-na-Gost se le adelantó.

—¡Sumo Iniciado! —La voz era áspera e inhumana, pero encerraba una temible inteligencia—. Soy Narid-na-Gost, progenitor de la usurpadora, ¡y tengo que hablar contigo urgentemente!

Tirand, aturdido, se quedó mirando al demonio.

—¿Eres Narid-na-Gost...?

El demonio hizo una mueca llena de amargura.

—Si mi nombre es al menos conocido por el Círculo, eso puede ahorrarnos algo de tiempo. Y el tiempo es esencial. Yo...

—Oh, todos conocemos tu nombre, amigo mío. Algunos lo conocemos muy bien.

Narid-na-Gost siseó sobresaltado. Ailind había quedado oculto por la puerta entreabierta, pero ahora el señor del Orden se puso en pie y cruzó la habitación para pararse ante él. Sus ojos tenían una mirada venenosa, y su sonrisa era cruel.

—Me pregunto qué es lo que ha hecho que el gusano salga por fin de su agujero —dijo Ailind—. ¿No será que se encuentra en apuros?

El demonio volvió a sisear, y surgieron llamas de su lengua.

—¡No me das miedo, Orden! ¡No puedes hacerme nada!

—Cierto —reconoció Ailind—. Pero hay otros que sí, y lo harán.

—¡No! —Con un atrevimiento y una decisión que sorprendieron al dios, Narid-na-Gost cerró la puerta de golpe y se plantó con las piernas separadas, al tiempo que lanzaba una mirada furibunda a su adversario—. ¡Tengo que hablar con Tirand Lin, no con el Orden o el Caos o cualquiera de sus malditos señores supremos!

Los ojos de Ailind lanzaron un peligroso destello.

—¡Te arriesgas, demonio! Una palabra a mi primo del Caos...

Narid-na-Gost escupió una llamarada. Al ser de materia opuesta a Ailind, no consiguió tocarlo; pero la alfombra a sus pies crepitó brevemente y, antes de que el señor del Orden pudiera reaccionar, el demonio se volvió hacia Tirand.

—¡Sumo Iniciado, escúchame! —Su voz sonaba agresiva, pero Tirand creyó detectar un punto de súplica—. Si quieres a tu hermana...

—¡Gusano, cállate! —gritó Ailind.

Pero Tirand dijo con dureza:

—¡No, mi señor, quiero escucharlo!

—¿A un mentiroso, a un impostor, a un demonio del Caos? —replicó el señor del Orden con desdén—. Tirand, te ordeno...

—¡No! —Tirand nunca había usado aquel tono de voz con el dios. Pero Narid-na-Gost lo había puesto en estado de alerta, lo había empujado más allá de los límites de su arraigada obediencia. «Si quieres a tu hermana...» Y,

aunque no era consciente de ello, Tirand tenía en el fondo la sensación de que Ailind no quería que supiera lo que Narid-na-Gost había venido a decirle.

Durante un par de segundos su mirada y la de Ailind chocaron. Entonces, con un gesto despreocupado pero irritado, el dios cedió.

—Escúchalo entonces, si eso deseas. No ganarás nada. Es demasiado tarde.

¿Demasiado tarde? Con el corazón desbocado y el pecho a punto de estallar, Tirand miró al demonio.

—¿Qué tiene que ver esto con Karuth? ¡Dime!

Los ojos carmesíes se fijaron fugaz y astutamente en Ailind, y Narid-na-Gost le contó lo que había visto, desde la silenciosa persecución de Calvi tras Strann, hasta el momento en que Ygorla, al cruzar el patio, le había enviado un sarcástico saludo de despedida a él en su torre.

—En estos momentos mi hija intenta atravesar la Puerta del Caos —terminó— Y tu hermana está con ella en el Salón de Mármol. Corre peligro, Sumo Iniciado. Grave peligro. Te ayudaré a salvarla, ¡pero debes interceder por mí ante el Caos!

Tirand se quedó aturdido. Su primera reacción fue pensar que el demonio mentía, pero enseguida lo asaltó un razonamiento lógico que le heló la sangre. Si, como le había contado Karuth, Narid-na-Gost había sido abandonado por Ygorla y ya no contaba con la protección de la gema robada del Caos, entonces su única esperanza de salvación era volverse en contra de su hija y ayudar al Caos a vencerla. No se atrevería a acercarse directamente a Tarod; necesitaba un mensajero humano. Y, si sabía que Tirand y Karuth se habían reconciliado, era natural que hubiera acudido a él.

Una imagen se formó de pronto en su mente: Karuth y Strann juntos en el Salón de Mármol. Calvi debía de haber escuchado todo lo que se dijo en la cita y debía de haberle contado la verdad a Ygorla acerca de las mañas de su rata mascota...

—¡Dioses! —Olvidando el decoro, escupió el juramento—. ¡Debo ayudarlos!

—¡Llama a Tarod, Sumo Iniciado! —lo apremió Narid-na-Gost—. ¡Invócalo y solicita su ayuda! Dile que soy tu aliado. ¡Dile que estoy ayudándote!

—Sí..., sí, yo... —La confusión siguió de pronto a la claridad y el pánico amenazó con apoderarse de Tirand, que se volvió para suplicar a Ailind—. Mi señor, ¡debe haber algo que podáis hacer! Si la usurpadora descubre a Karuth... —Entonces su voz se perdió al ver la expresión del señor del Orden.

Ailind contemplaba al Sumo Iniciado con fría indiferencia.

—No hace falta que te pongas así, Tirand. Te aseguro que todo marcha exactamente según lo planeado, y que no hay de qué preocuparse.

Tirand lo miró con incredulidad.

—Pero...

—Sumo Iniciado —lo interrumpió el dios con voz que denotaba impaciencia—, el asunto es bastante sencillo. La usurpadora abrirá la Puerta del Caos, pero es precisamente lo que queremos que haga. Lamento la necesidad de implicar a Karuth, pero puedes encontrar alivio en el hecho de que tiene un papel principal colaborando con la causa del Orden, que es la

Librodot

tuya.

La incredulidad comenzó a convertirse en indignación en la mente de Tirand.

—¿Queréis decir que vos..., que vos sabíais lo que estaba ocurriendo? ¿Y habéis dejado que Karuth se meta en la trampa?

El dios pareció sorprendido de veras.

—La trampa es para Ygorla, no para tu hermana. Nuestro plan se preparó hace mucho tiempo. Sólo nos faltaba la forma de mostrar a la usurpadora cómo abrir la Puerta del Caos sin ponerla sobre aviso de nuestra participación, y ahora Karuth lo hará por nosotros cuando la usurpadora la obligue a llevar a cabo el ritual. —Sonrió compasivamente—. Entiendo tus sentimientos. Karuth sigue siendo tu hermana, aunque sea una traidora, y es normal que sientas compasión por ella. Pero debes reconocer que no puede permitirse que una vida humana se interponga en el camino de nuestra causa.

Tirand, tenso e inmóvil, se dio cuenta por primera vez de lo poco que Ailind comprendía la naturaleza de los mortales. En un instante regresaron, todos los incidentes, desde los más importantes a los más insignificantes, que durante los últimos días habían ido minando su lealtad, su sentido del deber y, sobre todo, su conciencia.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Tirand con voz ronca.

Ailind hizo un gesto como si no se tomase el asunto en serio.

—Vamos, Tirand, esta niñería...

Tirand explotó.

—¡Maldición, respondedme!

Los ojos del dios lanzaron destellos de ira.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono?

Las últimas barreras de la costumbre y el miedo que habían retenido a Tirand se vinieron abajo. En aquel instante Karuth podía estar muriendo, y aquel ser, aquella criatura, no se preocupaba lo más mínimo por su suerte y esperaba sencillamente que él doblara la rodilla y aceptara lo inevitable. No lo haría. ¡No lo haría!

Lanzó una mirada furibunda a Narid-na-Gost, quien estaba agazapado junto a la puerta, temblando con impaciente agitación. Entonces, antes de que Ailind pudiera detenerlo, Tirand concentró toda la energía psíquica que pudo y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Tarod! ¡Mi señor Tarod..., ayudadme!

Hubo un momento de sofocante quietud mientras los ecos de su voz resonaban en el estudio. Los ojos de Ailind se volvieron de metal fundido, y el señor del Orden dio un paso adelante...

Procedente de la chimenea se escuchó un ruido breve y estridente, como de un portazo, y la figura de Tarod se interpuso entre ambos.

Tirand retrocedió trastabillando, conmocionado por una repentina punzada de frío y de calor. Los ojos esmeralda del señor del Caos lo miraron, miraron a Ailind, y luego se fijaron en Narid-na-Gost.

—Tú... —La palabra pareció una sentencia de muerte. El valor de Narid-na-Gost se esfumó. Lanzó un grito de terror y desapareció, dejando sólo un hedor metálico. Tarod alzó la mano, como si fuera a hacer estallar el lugar donde había estado, pero Tirand intervino.

—¡Mi señor! —exclamó, cogiendo la manga del señor del Caos—. Karuth

corre peligro... La usurpadora ha descubierto el doble juego de Strann. Ahora está en el Salón de Mármol y quiere abrir la Puerta del Caos; y Karuth y Strann están allí, y Karuth sabe el ritual... El Orden está detrás de todo esto, lo planearon...

Balbuceaba, su mente estaba demasiado agitada para que pudiera resultar coherente, pero Tarod captó lo esencial de sus frenéticas palabras. De pronto, muchas cosas comenzaron a encajar en la mente del señor del Caos. Giró sobre sus talones... y se encontró con Ailind, que sonreía con frialdad.

—Es demasiado tarde para intervenir, Caos. No puedes cambiar lo que ya ha sucedido, ¡y en cuestión de minutos tendremos a la usurpadora y el alma de tu hermano!

Los ojos de Tarod ardieron de furia.

—¡No podéis hacerle nada a la gema!

—Olvidas las leyes que nos gobiernan a todos. Si cualquier artefacto o ser del Caos entrara en nuestro reino, podríamos controlarlo y, si quisiéramos, destruirlo. —El señor del Orden se rió con suavidad—. Pero la usurpadora no conoce ese simple hecho. De manera que nos resultó fácil plantar ciertas semillas en su mente, por medio de los servicios, útiles aunque inconscientes, del Alto Margrave, que es un joven muy impresionable, y así hacerle creer que podría robarnos a nosotros lo que ya os quitó a vosotros. En estos momentos Ygorla se dispone a usar la Puerta del Caos para entrar en nuestro reino, segura de que al hacerlo conseguirá dominar tres mundos en lugar de sólo dos. Pero pronto descubrirá su error, aunque en ese instante ya habrá puesto en nuestras manos la gema del alma. ¡Entonces, amigo mío, veremos algunos cambios que hace bastante tiempo deberían haber ocurrido!

Tirand se quedó mirándolo, y de pronto todo el cuadro quedó completo y todas las aparentes anomalías en el comportamiento del Orden quedaron explicadas: la indisposición de Ailind con Calvi y su negativa a liberarlo del encantamiento de la usurpadora; su renuencia a revelar su estrategia al Círculo; su insistencia en que los habitantes del Castillo aparentaran capitular ante Ygorla y que no la empujaran a actuar, de forma que el plan del Orden tuviera tiempo para dar fruto. Para los dioses, Ygorla sólo era el medio para conseguir un fin. Lo que querían, y habían querido desde el principio, era ver destruida la gema del Caos y con ella el Equilibrio. Todo encajaba; y el sentimiento abrumador y amargo de Tirand era que Ailind lo había utilizado con toda premeditación y se había aprovechado de su lealtad para conseguir sus propios fines. Tirand había creído en la justicia de la causa del Orden, había creído que el mundo sería mejor sin la influencia del Caos. Pero la fría indiferencia de Ailind ante los apuros de Karuth y Calvi le demostraban que aquella creencia era mentira.

—Shaill tenía razón —dijo con voz insegura—. No os preocupamos nada. Nos utilizáis y luego, cuando hemos conseguido lo que os proponéis, ¡nos desecháis!

Ailind hizo una mueca sarcástica.

—¿Y esperas algo más del Caos, Sumo Iniciado? ¿Eres tan ingenuo que crees que existe alguna diferencia entre ambos?

Cuando Tirand abría la boca para responder, la mano de Tarod se posó en su brazo.

—Tirand, estamos perdiendo el tiempo. Si hay que ayudar a Karuth y a Strann...

—¡Es demasiado tarde para eso, Caos! —lo interrumpió Ailind.

—No lo creo. Pero tienes la esperanza, ¿no es así?, de distraer al Sumo Iniciado hasta que sí sea demasiado tarde. —La momentánea expresión de desconcierto de Ailind le reveló al señor del Caos que había dado en el blanco, y se volvió rápidamente hacia Tirand—. Voy al Salón de Mármol. Ven conmigo o no, como quieras, pero decide ahora.

Tirand alzó la vista, atormentado por la tensión y el sufrimiento.

—Iré.

Tarod no dio tiempo a Ailind para que hablara o interviniera. Tirand vio lo que parecía ser un vórtice negro que se abalanzaba sobre él. Entonces la mano que todavía le sujetaba el brazo apretó su presa, causándole una punzada de dolor, y la visión y el oído se borraron mientras el estudio se desvanecía.

Librodot

CAPITULO 24

—Me presento ante vosotros en este lugar, y camino hacia vosotros por esta vía. —La voz de Karuth estaba a punto de quebrarse. Temblaba como si fuera presa de la fiebre, y las palabras del ritual apenas resultaban audibles cuando las pronunciaba—. El camino es largo, pero el camino es antiguo y el camino es la vía de poder. He sido elegida y... —miró de reojo a Ygorla, que sonreía con jubilosa expectación, luego a la parpadeante jaula de fuego detrás de ella— ... y estoy dispuesta. Con los pies que son mi carne, piso entre las dimensiones y pronunciaré la Vía.

Oh, dioses, —pensó—, *está empezando.* Sentía una débil y pulsante vibración a través del mosaico de mármol del suelo, y, aunque podrían haber sido imaginaciones suyas, le pareció que los colores de la neblina se hacían más densos, y que palpitaban al unísono con el silencioso ritmo. No se atrevió a mirar al círculo negro, del que la separaban unos pocos pasos, porque le daba demasiado miedo ver que cambiaba, que se abría al vórtice que anunciaba la manifestación de la Puerta del Caos. Había rezado para que el ritual no funcionara, para que, sin la total entrega que la había animado la primera vez que lo llevó a cabo, el poder que controlaba la Puerta se negara a responder, pero la esperanza resultó ser vana. Se acercaba. Lo sentía; estaba segura.

Prosiguió, aunque la garganta pareció cerrársele de manera que tuvo que forzar las palabras para que surgieran.

—Igual que fue en los días anteriores a mí, así volverá a ser. Escuchadme, ¡escuchadme y que el sello se rompa! —Ahora venía la declaración final, la orden que derrumbaría las barreras. Karuth lanzó una mirada de impotente remordimiento en dirección a Strann, una mirada atormentada, y aspiró profundamente—. Digo la Vía. Y la Vía está abierta.

Esta vez estaba preparada para el sonido más allá del sonido que estalló en su mente como una gigantesca ola al romper. Vio a Calvi que retrocedía, vio a Ygorla, con la boca abierta de asombro. Luego el enorme estampido se desvaneció, la neblina quedó inmóvil, y en el Salón de Mármol reinó el silencio. Sintiendo el cuerpo como una pesada concha que aprisionaba su conciencia, Karuth se volvió a contemplar el círculo negro.

De él se elevaba lo que parecía ser una corriente oscura de niebla que, como una columna brumosa, flotaba hacia el invisible techo del Salón. Puntos de luz bailaban en ella como remolinos en una corriente; y en el centro de la oscuridad, todavía fantasmal pero a cada instante más nítida y más sólida, se veía el perfil de una puerta enorme y negra.

Karuth escuchó un sonido a sus espaldas, un jadeo, bruscamente cortado. Entonces, de repente, se produjo un movimiento agitado y la usurpadora se adelantó corriendo.

—¡Calvi! ¡Calvi, la tengo, la controlo! —gritó Ygorla, al tiempo que cogía a Karuth y la empujaba a un lado—. ¡Fuera de mi camino! ¡Aparta!

Un fuerte empujón lanzó a Karuth al suelo, y su cabeza golpeó dolorosamente contra el suelo de mosaico, al tiempo que la luz resplandecía alrededor de Ygorla, negra y púrpura, con estrías plateadas, cuando corrió al círculo y se enfrentó a la espectral imagen. Alzó y extendió los brazos, y su

Librodot

aura monstruosa latió con energía desencadenada.

—¡Soy el poder y esgrimo el poder! Obedéceme, te lo ordeno... ¡Ábrete!

Se escuchó un sonido profundo, procedente del fantasmagórico portal dentro de la oscura nube, como si una antigua llave girara; y lenta, inexorablemente, la Puerta del Caos comenzó a abrirse. Más allá había oscuridad, silencio, un vacío que aguardaba ser llenado, y se escuchó la risa embriagada de Ygorla. ¡Oh, sí, oh, sí! ¡La controlaba! ¡La Puerta era suya! Sin dejar de reír, concentró su voluntad y sintió que un poder renovado fluía a través de ella. Entonces alzó una mano, señaló a la Puerta, y en su mente pronunció un violento decreto.

La oscuridad más allá de la Puerta vibró una vez y luego se hizo pedazos. Una luz dorada y fría se derramó, iluminando de manera espectacular la silueta de la usurpadora y ahogando el aura que pulsaba a su alrededor. Tenue y pálido dentro de la luz, un camino dorado y perfectamente regular se extendía ante ella: el camino que la llevaría al reino y fortaleza del Orden.

Ygorla miró atrás, sólo una vez. Mareada y aturdida por el golpe en la cabeza, Karuth atisbó su rostro sólo un momento, pero fue suficiente para espantarla. Los ojos de la usurpadora brillaban con alegría infernal, y tenía la boca abierta, mostrando los dientes en una mueca que mezclaba el orgullo, el triunfo y la codicia en una especie de éxtasis demencial. Parecía completamente desquiciada. Entonces su mirada enloquecida se centró en Calvi.

—Mátala, querido —dijo—. Ya no nos sirve.

Como una serpiente que cambiara de piel, se despojó de su capa de pieles, la arrojó al suelo y, en un remolino de cabellos negros y túnica azul, entró en el círculo y con ello en la Puerta del Caos. La luz dorada alcanzó un brillo insoportable, que cegó a Karuth. En el momento antes de volver la cabeza con un grito de asombro, vio la silueta de Ygorla perfilada en el resplandor, oyó su risa que parecía venir de un lugar a miles de kilómetros de distancia...

Un movimiento la puso alerta, y alzó la cabeza a tiempo para ver que Calvi se encaminaba hacia ella. En sus gestos había una peligrosa deliberación, un propósito determinado sin prisas. Su mano derecha jugaba con frialdad y despreocupación con el pomo de un cuchillo de horrible hoja.

Karuth se colocó en una postura defensiva. No tenía arma alguna, nada con qué defenderse. Y, cuando contempló el rostro de quien en tiempos había sido su amigo, supo que nada conseguiría intentando razonar. La emperatriz de Calvi había dado una orden; Calvi obedecería. Y cometer aquel acto no haría más que proporcionarle placer...

Se paró a dos pasos de ella y sonrió. Aquella sonrisa hizo que la bilis subiera a la boca de Karuth. Ya ni siquiera parecía humano.

Calvi dio otro paso y comenzó a alzar el cuchillo. Karuth sabía que sólo tenía una posibilidad, y que ésta era infinitamente pequeña. No poseía habilidad ni adiestramiento; sólo tenía la feroz voluntad de sobrevivir, y quizás eso no fuera suficiente. El cuchillo se elevó... y Karuth se puso en pie en el mismo instante, cerró el puño izquierdo y lanzó un puñetazo contra el sonriente rostro de Calvi. La desesperación y el instinto la hicieron poner todo su peso en el golpe. Cogido por sorpresa, Calvi intentó esquivarlo ladeando la cabeza, pero no fue lo bastante rápido, y los nudillos de Karuth

chocaron contra su mejilla derecha. Calvi soltó un ronco jadeo de dolor, soltó el cuchillo, y cayó al suelo, donde quedó aturdido e inmóvil, mientras que el impulso hacía trastabillar a Karuth; se quedó balanceándose, de pie, sin aliento y casi tan aturdida por su éxito como lo estaba Calvi por el golpe. Él había olvidado que era zurda; había esperado cualquier ataque por la derecha... Oh, dioses, se sentía mareada. Los nudillos le dolían; creía tener toda la mano dislocada. Quería sentarse, desplomarse como Calvi...

Se sobresaltó violentamente cuando, desde el otro lado del Salón de Mármol, una voz frenética pero conocida gritó su nombre.

Habían llegado todos juntos, Tirand, Tarod y Ailind, y Karuth parpadeó aturdida al ver que las tres figuras surgían de entre la neblina. Tirand ya la había visto y, sin hacer caso de la dura advertencia de Tarod, el Sumo Iniciado se adelantó a la carrera.

—¡Karuth! Dioses, estás a salvo, ¡estás a salvo! —La cogió por los brazos, intentando sostenerla, abrazarla y mirarla, todo a la vez. Tarod avanzó tras él. Tras detenerse lo suficiente para comprobar que Karuth no estaba herida, giró sobre los talones e hizo un rápido gesto en dirección a la jaula de fuego que todavía aprisionaba a Strann. Las llamas negras implosionaron y se desvanecieron y, tambaleándose como un borracho, Strann cayó cuan largo era a los pies del señor del Caos. Al oírlo blasfemar con fuerza entre jadeos entrecortados, Tarod comprendió que su mente seguía intacta y se agachó rápidamente para ponerlo en pie.

—Strann, ¿dónde está Ygorla? ¿Donde está?

A Strann le castañeteaban los dientes.

—Ella... ¡Es demasiado tarde, mi señor! Ha..., ha atravesado la Puerta...

Tarod musitó una respuesta que quedó oculta por la suave pero sonora carcajada de Ailind. Ambos alzaron la vista y vieron a unos pasos de distancia al señor del Orden, que contemplaba la confusión que tenía ante sí con diversión distante.

—Como dice la rata, Caos, es demasiado tarde. La trampa se ha cerrado, y en este preciso instante la usurpadora se entrega a sí misma y a la gema del alma de tu hermano a la custodia de Aeoris.

Strann miró a Ailind completamente desconcertado.

—Pero ella... —Miró de nuevo a Tarod—. Creí que quería...

—¿Atacar el reino del Caos? —Ailind terminó la pregunta por él—. Oh, no, rata. Quiere más que eso. Mucho más. Y se le ha hecho creer, de forma bastante errónea, que puede conseguirlo.

Strann seguía sin entender, pero alguien más sí que lo hizo. Se habían olvidado de Calvi, quien yacía en el suelo a la sombra de uno de los colosos. Aún se sentía aturdido por el puñetazo de Karuth, que le había dejado todo el rostro ardiente, pero no estaba inconsciente ni mucho menos. Había escuchado las palabras de Ailind y, a través de la niebla de desorientación y náusea que lo envolvía, comprendió su significado. «La trampa se ha cerrado...» No, pensó con sensación de vértigo, no podía ser, no podía ser. Tenía que detenerla, tenía que avisarle...

Con un salto convulso, se puso en pie, dio la vuelta y se abalanzó hacia la Puerta del Caos, que seguía pulsando en el círculo negro.

—¡Ygorla! —Su voz era histérica, a medio camino entre un grito de miedo y un lamento de dolor—. ¡Ygorla, vuelve! Es una trampa... ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Librodot

—¡Calvi, no lo hagas! —le advirtió Tirand, llevado por el instinto y la antigua lealtad. Más allá de la Puerta, la luz dorada que procedía del reino del Orden comenzó a adquirir un maligno tono verde, y, cuando Calvi alcanzó el círculo, la voz de Tarod tronó:

—¡Alto Margrave, no...!

—¡Calvi! —Tirand se lanzó hacia adelante cuando se vio asaltado simultáneamente por la intuición y el terror por Calvi. Dio tres pasos, pero Tarod lo interceptó y lo sujetó con fuerza. Tirand iba a gritar quejándose... pero el grito se convirtió en un aullido de horrorizado sobresalto cuando una explosión de cegadora luz blanca surgió de la Puerta del Caos. La alta figura de Tarod protegió a Tirand de lo peor de la explosión, pero Karuth y Strann, que habían seguido los pasos de Tirand, vieron la silueta de Calvi corriendo, recortada de repente en fuego plateado, y escucharon su grito de terror y agonía cuando el estallido de energía lo alcanzó de lleno. Salió despedido, girando sobre sí mismo en un demencial remolino de piernas y brazos, y luego, con un demoledor estampido que sacudió el Salón de Mármol de una punta a la otra, la Puerta del Caos se cerró de un portazo, expulsando a Calvi de su portal y arrojando su cuerpo destrozado al suelo.

Los ecos de la Puerta del Caos al cerrarse se apagaron lentamente, y ni una de las cinco figuras en el Salón se movió. Tirand, Karuth y Strann estaban los tres helados, contemplando con incredulidad el cadáver de Calvi. Tarod miraba a un lado, con expresión desolada, mientras que Ailind... Ailind contemplaba al joven Alto Margrave, sin sonreír, pero aparentemente sin ninguna emoción.

Entonces, débilmente, pero sin lugar a error, los dedos de Calvi se movieron.

—¿Calvi...? —La voz de Karuth era un susurro temeroso. No estaba muerto...—. ¡Oh, dioses! —Olvidó todo lo sucedido en los últimos días, olvidó que hacía sólo unos minutos había intentado matarla. Ahora nada importaba, sólo el hecho de que, una vez, había sido su amigo querido.

Corrió hasta donde yacía y se arrodilló a su lado. A primera vista no parecía herido, no se veían golpes. Pero, cuando lo tocó con la mano, sintió en su piel un helor mortal y advirtió un terrible vacío bajo la máscara de su rostro. Supo entonces que lo que tocaba no era más que una cascara fina y frágil, que la carne y los huesos y el alma del ser humano que se encontraba debajo habían sido consumidos por la energía de la Puerta del Caos y no podían ser restaurados. No estaba muerto todavía, pero agonizaba. Y cuando sus párpados se agitaron y abrió los ojos débilmente, vio en ellos ese mismo conocimiento.

—Calvi... —susurró de nuevo su nombre y le cogió la mano, consciente con desolación y desesperanza de que lo único que podía hacer ahora era consolarlo. Strann había avanzado en silencio hasta quedar de pie a su lado. Se agachó, y Karuth sintió que le pasaba un brazo por los hombros en un esfuerzo por consolarla a su vez. Tirand también estaba cerca. Podía escucharlo murmurar, una y otra vez, con voz rota:

—Intenté detenerlo... dioses, lo intenté...

Los ojos de Calvi no conseguían ver con claridad, pero su mirada vidriosa iba de uno a otro de los miembros del acongojado trío que lo rodeaba. Intentando no hacer caso del hueco vacío que veía tras aquella mirada, Karuth se dio cuenta de que su aspecto era de tranquilo y casi

Librodot

infantil desconcierto. Quería sonreír a Karuth pero no tenía fuerzas. Y no parecía saber quién era ella.

—Calvi, no pasa nada. Todo va bien. No pasa nada, nada está mal. Estás a salvo. —Apenas se daba cuenta de lo que le decía, y no importaba. Las palabras bastaban, cualquier palabra con tal de que fuera amable.

Los labios de Calvi temblaron y se entreabrieron.

—¿Es..., es por la mañana?

Tirand lanzó un sonido ahogado y miró a otro lado, y Strann dijo en voz baja:

—Sí, Calvi, casi ha amanecido.

Esta vez reunió fuerzas suficientes para sonreír.

—Hoy vamos de caza. Blis y yo. En el parque.

Karuth miró a Strann, con el rostro atormentado.

—Lo ha olvidado todo. Cree que está en la Isla de Verano, en los días antes...

—Calla —le indicó Strann, llevándose un dedo a los labios—. Deja que crea eso. ¿De qué serviría defraudarlo ahora?

Como si el bardo hubiera sabido el momento, o como si sus palabras lo hubieran conjurado, Calvi lanzó un suave suspiro. Y, cuando Karuth lo miró, sus azules ojos se habían cerrado y su cuerpo estaba totalmente inmóvil.

Karuth se puso en pie muy lentamente. No sentía nada. La emoción vendría después, pero ahora sólo era una distante sensación de pena por el desperdicio de una vida tan joven. Strann le cogió la mano y se la apretó; ella no respondió. Miraba fijamente a Ailind, y Ailind la miraba a su vez.

—Podríais haberlo impedido —Era una afirmación clara; no una acusación, sino el sencillo reconocimiento de un hecho.

La expresión de Ailind no cambió.

—Lamento la muerte del Alto Margrave —dijo—. Había esperado que no acabara así. Pero no podía poner en peligro nuestra causa.

—Vuestra causa... —Ahora la acusación estaba presente, y con ella un desprecio punzante—. Usasteis a Calvi. De no ser por vos y por vuestros planes, ¡podría haberse salvado!

—Karuth. —Una mano delgada pero poderosa se posó en su hombro. Alzó la vista y se encontró con Tarod a su lado—. Nada ganarás con esto. El Alto Margrave está muerto, y su muerte fue un desgraciado accidente que nadie podía prevenir. Sencillamente, fue lo bastante temerario como para intentar seguir a Ygorla a través de la Puerta del Caos, y fue atrapado por la reacción de energía creada por el camino que ella había trazado. No es relevante. Ahora están en juego asuntos más importantes.

—¿Más importantes? —repetió; dio la vuelta y se encaró con él, escandalizada por sus palabras, pero se detuvo al ver sus ojos. Eran tan fríos como los de Ailind, igual de inhumanos, con el mismo desinterés por la lamentable situación de Calvi o por su sufrimiento. Oh, había intentado avisar a Calvi; sí, al menos había hecho eso. Pero había sido un acto reflejo, nada más. La vida de Calvi le importaba tan poco al Caos como al Orden.

En su mente escuchó de pronto la voz de la Matriarca y vio su rostro, serio e infeliz a la luz de la lámpara en la helada biblioteca. «Somos actores secundarios en el escenario de este conflicto», había dicho Shaill. «Somos insignificantes; somos prescindibles. En mis más negros momentos he

Librodot

comenzado a preguntarme si hicimos bien al pedir la ayuda de los dioses...»

Pero, como también había dicho Shaill, ¿qué opción les quedaba? ¿Qué otra cosa podrían haber hecho?

—Karuth... —Tarod la miraba con cierta curiosidad, quizás adivinando sus pensamientos. Ella sacudió la cabeza, se apartó de él y se acercó a Strann.

—Comienza a dudar, creo —dijo Ailind—. Quizás ello esté bien, porque el Caos tendrá poco que ofrecerle cuando haya acabado esta noche.

Los ojos de Tarod lanzaron un destello de ira.

—¡Tú y tu hermano todavía no habéis ganado esta batalla, Ailind!

—Creo que sí, primo —repuso sonriente Ailind.

Tras ellos se oyó un sonido; débil, pero bastó para ponerlos a todos sobre aviso. Tarod se dio la vuelta. Los tres mortales, al ver su súbita alarma, se volvieron también. Y Karuth lanzó un juramento de sorpresa.

La Puerta del Caos seguía siendo visible dentro de la columna oscura que lanzaba destellos sobre el círculo de mosaico. Y lentamente, por segunda vez aquella noche, el gran portal negro comenzaba a abrirse...

Cuando Ygorla se paró a la entrada del santuario de los dioses, se vio rodeada de luz por todas partes. Una luz suave, hermosa y cálida, que entraba por las ventanas de la estancia, como el sol del atardecer que se filtraba por los cristales coloreados de su palacio de la Isla de Verano. El suelo bajo sus pies era suave, sin manchas, sin dibujos; las paredes, de blanco puro, y las proporciones de la estancia, sin defectos. El aire —ni demasiado fresco ni demasiado cálido— traía un aroma a flores, y en algún lugar lejano se escuchaba el canto de los pájaros. Todo aquí era un modelo de tranquila perfección.

Ygorla no hizo ningún caso de la perfección. Su único pensamiento, su única obsesión que no dejaba sitio para nada más, era la sensación de triunfo. Estaba aquí; y Aeoris y su exangüe prole, tan complacidos con su propia seguridad, nada sabían.

Los elementales habían hecho bien su trabajo. Aquel lugar era la estancia de los dioses, le habían dicho, y se encontraba en el corazón mismo del reino del Orden. Pero la Puerta del Caos no conocía fronteras. Sólo con desearlo, le habían dicho los elementales, ocurriría. De manera que lo había deseado, y en el espacio de un suspiro había entrado en el corazón de la fortaleza de sus enemigos. No había guardianes que le cerraran el paso, ni centinelas que dieran la alarma: nada que la estorbara. Sólo la gran estancia vacía, los siete tronos de los señores del Orden... y el tesoro que había venido a reclamar.

Se le escapó un suave suspiro, como el suspiro de un amante que contempla el objeto de su adoración. Pero en sus ojos brillaba otro tipo de ansia y susurró:

—Oh, estúpidos.

Allí estaban. Los frutos colgaban del árbol, listos y maduros. Siete elegantes plintos, revestidos limpiamente y sin adornos, colocados ante los siete tronos. Y, en el centro exacto de cada plinto, un diamante enorme de múltiples facetas resplandecía claro y brillante. Ygorla contempló las joyas una por una. Luego su ávida mirada se fijó en el plinto central y en la gema más grande de todas. Oh, sí. Oh, sí. Aquélla era. Había rastros de oro que

Librodot

resplandecían en su interior, y veía los colores del arco iris en la luz que desprendía, como si en su interior ardiera una estrella. ¡Aquélla no podía ser otra que la gema del alma de Aeoris en persona!

Sus pies no hicieron ruido al correr a través de la estancia, pero su sombra avanzó con ella, en duro contraste con la limpia blancura de las paredes y las columnas. Ygorla se detuvo delante del plinto, y la risa pugnó por salir de su interior. Su mano derecha se cerró sobre el gran zafiro de la piedra del Caos, que seguía colgando de una cadena sobre su pecho. Y su mano izquierda avanzó y cogió el diamante de destellos dorados.

Latía en su mano, como un corazón arrancado de un cuerpo vivo. Sus labios se curvaron en una sonrisa de devastador triunfo...

Y detrás de ella, suave, amablemente, unos dedos esbeltos le tocaron el hombro.

—Ygorla... —La voz de Aeoris era meliflua, tranquila, casi benigna—. Bienvenida a mi estancia.

Ygorla giró violentamente y sus ojos de intenso azul se abrieron mucho al contemplar el severo rostro del supremo señor del Orden. El choque silencioso duró sólo un instante, antes de que la confianza de Ygorla acabara con su sorpresa.

—¡De modo que tú eres Aeoris! —dijo, riendo con voz aguda—. ¡Por todo lo que es maligno! ¡Qué inesperado premio adicional!

El dios sonrió enigmáticamente.

—Y para mí.

—Oh, eso lo dudo —replicó ella; sus nudillos palidecieron al apretar con más fuerza el gran diamante—. Has llegado un instante demasiado tarde, monseñor Aeoris. ¡Demasiado tarde para impedir que te arrebate algo que creo que aprecias!

Aunque los ojos de Aeoris carecían de pupilas y de iris, y eran simples esferas de luz dorada, Ygorla creyó advertir que su mirada se posaba fugazmente en su mano.

—No, criatura —dijo con despreocupación—. Estás equivocada. Muy equivocada.

Algo se encogió en las tripas de Ygorla, y su mirada se tornó feroz.

—¡No intentes fingir conmigo, diosecillo! Sé lo que es esto..., ¡sé qué tengo en la mano!

—¿Lo sabes?

La suficiencia con que formuló la pregunta provocó una punzada de desconfianza en Ygorla. Era su gema del alma, lo sabía. No se equivocaba; los elementales no podían equivocarse... El corazón comenzó a latirle de forma dolorosa.

—¡Sé qué es esto! ¡Y podría destruirlo ahora mismo! —Aeoris siguió sonriendo, y la voz de Ygorla se elevó hasta convertirse en un estridente chillido en el que el miedo de repente tenía su parte—. Podría aplastarla, y morirías...

Aeoris rió con suavidad.

—Me temo que eso no es verdad, Ygorla. ¿Crees que somos tan estúpidos como nuestros primos del reino del Caos? Te aseguro que no lo somos. Ese precioso objeto que tienes en la mano no es más que una chuchería, un juguete sin valor para tentar la mano codiciosa de una niña.

Ygorla lo contempló con creciente horror, mientras la confusión la iba

Librodot

ganando. Entonces, como si se burlara de su gesto favorito, Aeoris chasqueó los dedos. La joya que Ygorla tenía en la mano se convirtió en brillante polvo que se escurrió entre sus dedos y cayó al suelo.

—¡Ahhhh! —gritó ella y retrocedió, chocó con el plinto y casi perdió el equilibrio al rebotar contra él. Aeoris la miró con indiferencia mientras intentaba recobrarse, y su voz fue como un cuchillo que se le clavara entre las costillas hasta alcanzar su corazón.

—Deberías aprender que no puedes confiar siempre en aquellos a quienes torturas, Ygorla. ¿Nunca se te ocurrió que los elementales podían estar esperando la oportunidad de confundirte y ponerte en mis manos?

—No pueden..., no lo han hecho...

Sus dientes entrechocaron mientras intentaba recuperar el dominio de sí misma. Le habían mentido, la habían engañado... ¡pero todavía no estaba acabada! Tenía poder, más poder del que nadie imaginaba. Se vengaría; ¡demostraría a aquella criatura lo que era verdaderamente!

—¡Maldita sea tu arrogancia! —gritó—. ¡No puedes nacerme nada, soy del Caos y te destruiré! ¡Te destruiré! —Conjuró hasta la última gota de su poder, lo cogió, lo centró en un único y tremendo rayo de energía pura y lanzó el rayo directamente al sonriente rostro del señor del Orden.

—¡Oh, criatura confundida! —La estancia formó delicados ecos a la voz del dios y los devolvió cómo un débil coro—. ¿De verdad entiendes tan poca cosa?

Ygorla se llevó la mano a la boca y mordió con fuerza su propia carne. Por encima de la mano, sus ojos parecían enloquecidos.

—No puedes... Tengo poder, tengo poder...

Aeoris negó con la cabeza.

—Aquí no. El Caos no es nada aquí, y toda tu hechicería y todas tus habilidades resultan inútiles. ¿No te diste cuenta de eso, Ygorla? Cuando el Caos entra en el reino del Orden, su poder queda roto. Y tú perteneces al Caos, criatura. —Alargó una mano hacia ella—. No pienses en intentarlo de nuevo; es inútil. Ahora eres mía, y haré contigo lo que me plazca.

Ella era incapaz de moverse. Una parte de su ser aullaba y se resistía contra aquel momento en que el triunfo se convertía en ruina y perdición. Pero otra parte comprendía que no podía luchar contra él. Se había terminado, se había acabado... y estaba indefensa.

La mano de Aeoris se cerró alrededor de la cadena que sostenía la piedra del Caos. Se oyó un sonido, débil pero notorio, al romperse los eslabones. Y el tesoro de Ygorla, el alma del hermano de Yandros, cayó en la palma de la mano del señor del Orden.

Si Aeoris hubiera sido capaz de sentir compasión por semejante criatura, podría haber compadecido a Ygorla en aquel momento. Ella cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos, aunque no en actitud de súplica o de lamento, porque era demasiado orgullosa para eso y sabía que de todas formas no conseguiría nada. Se enfrentaba cara a cara con la destrucción y había perdido toda esperanza.

—Bien, hija del Caos —Aeoris se mostró implacable, impasible—, ¿qué haré ahora contigo?

—Mátame —contestó ella con voz ronca y apagada—. Maldita sea, no pierdas más tiempo del necesario. ¡Hazlo!

Incluso en aquel momento, reflexionó Aeoris, no le tenía miedo

realmente, y en cierta manera ello le resultó divertido. Pero su destino no le interesaba. Su fin, había decidido, era asunto de otros. Un pequeño regalo para un antiguo adversario...

—No, Ygorla, no te mataré —declaró.

Ella alzó la vista, esperanzada, pero al mismo tiempo sospechando algún nuevo truco. Aeoris sonrió otra vez.

—¿Por qué habría de importarme lo más mínimo tu destino? Puedes regresar, intacta, por el camino por el que viniste. Creo que hay alguien que te espera al otro lado de la Puerta.

Por un momento no lo entendió. Luego la comprensión llegó.

—Oh, no... —Su voz tembló—. No, eso no..., eso no..., ¡eso no! ¡No, no, no, por favor...!

Librodot

CAPITULO 25

Antes de verla, la oyeron gritar. Aullando, chillando incoherentes súplicas, exhortaciones y maldiciones, su voz resonó a través de la Puerta del Caos, cada vez más fuerte, cada vez más cerca. Se vio un movimiento borroso en el portal, un vívido resplandor azul... y apareció la figura de Ygorla. Luchaba, intentando al parecer agarrarse a algo, pero el poder que la impelía era demasiado grande para resistirse, y con un agudo grito cayó a través de la Puerta al mundo mortal, y quedó tumbada sobre el suelo del Salón de Mármol.

Durante algunos segundos reinó el silencio. Todos la contemplaban; incluso Karuth, que había vuelto a arrodillarse junto al cuerpo de Calvi. Entonces, Tarod, que era quien más cerca estaba de la usurpadora caída, dio dos pasos lentos y mesurados hacia ella. El sonido de sus pisadas tuvo una cualidad ominosa e Ygorla se movió convulsivamente, sacudió la cabeza para apartarse el cabello de los ojos, y se alzó sobre las manos. Tarod se detuvo y se miraron a los ojos. El señor del Caos vio los dos extremos rotos de la cadena que colgaba alrededor de su cuello, donde Aeoris le había arrancado la gema del alma, y su mente se vio invadida por una ola de rabia ciega e infernal. No podía controlarla, ni siquiera lo intentó; sólo supo que la usurpadora había sido entregada en sus manos, pero que el momento había llegado demasiado tarde.

Aspiró con un sonido que hizo que su público humano se estremeciera, y las neblinas del Salón de Mármol se volvieron de un color azul púrpura, como una magulladura. Tarod no hizo caso de eso ni de ninguna otra cosa, pendiente sólo de la criatura que tenía ante sí en el suelo, y toda la apariencia humana lo abandonó, como una máscara que se hiciera pedazos. Su rebelde cabello negro se transformó en humo, su rostro se convirtió en huesos blancos y feroces, y sus ojos ardieron como estrellas de color esmeralda en su cráneo. La oscuridad se agolpó a su alrededor, y, al alzar la mano izquierda, una cegadora luz blanca cobró vida por encima de su corazón y adquirió la forma de una estrella de siete puntas, el emblema del Caos. La estrella comenzó a latir con un ritmo firme, inexorable, y Tarod sonrió...

—¡Atrás, rápido! —Strann se abalanzó hacia Karuth y la puso en pie antes de que ella pudiera decir nada. Tirand también retrocedió a toda prisa, con la mirada fija con horror hipnótico en Tarod, e incluso Ailind retrocedió un par de pasos, asombrado por el aura de violencia desencadenada que ardía en torno a la figura del señor del Caos. E Ygorla...

Los humanos que presenciaron su final no sabrían nunca qué vio Ygorla cuando sus azules ojos se encontraron con la mirada ultraterrenal de Tarod. Pero su rostro se deformó y cobró un aspecto que desafiaba la cordura, y la inteligencia huyó de ella cuando el poder del señor del Caos se tragó toda la razón, toda la esperanza, dejando sólo un terror animal, primario. Entonces, detrás de sus ojos desorbitados llameó una aterradora luz plateada. Un fuego..., un fuego sobrenatural prendió en su cráneo y comenzó a arder. Ygorla emitió un sonido horrible e inconexo y, mientras la agonía iba volviendo su voz cada vez más aguda, comenzó a retorcerse como

Librodot

una serpiente en una trampa. La saliva, mezclada con sangre, le manchó los labios. Entonces abrió la boca, y las llamas plateadas aparecieron en su garganta, consumiéndola desde dentro, quemando la carne, los huesos, los músculos y nervios. Sus miembros se agitaron con violencia y el fuego atravesó su piel y lamió su vestido, su cabello, silbando y crepitando, mientras sus gritos enloquecidos, ahora borboteantes porque su garganta y su lengua se fundían, desgarraban el Salón de Mármol. Sin piedad, Tarod la observó quizá durante un minuto; luego extendió la mano una vez más y pronunció una palabra en un idioma extraño e inimaginablemente antiguo. Los restos del hermoso rostro de Ygorla se volvieron negros, y su cuerpo, que seguía retorciéndose, pareció hacer erupción en una masa de estrías plateadas. Una oleada de oscuridad surgió de la estrella que pulsaba en el corazón del señor del Caos, y cubrió a Ygorla, la inundó, y se convirtió en una columna que giraba sobre sí misma, totalmente negra…

Se oyó un leve ruido, casi lastimero, como si, a lo lejos, una criatura diminuta apenas hubiera encontrado las fuerzas para lanzar un gemido. La oscura columna que giraba como un torbellino comenzó a desvanecerse, y al fin desapareció. Y los restos de la cosa que había sido Ygorla, Hija del Caos y Emperatriz de los Dominios Mortales, desaparecieron con ella del mundo.

Tarod bajó la mano. A la luz de la estrella de siete puntas, su rostro parecía ojeroso, y durante un minuto quizá permaneció inmóvil. Entonces, como si algo fuera del alcance de percepciones menores lo hubiera alertado, alzó la vista y miró directamente a la Puerta del Caos. Del portal surgía un aire helado, que le agitó el cabello en una negra ola.

—¡Tú! —dijo con voz cargada de amargo odio.

Dentro del marco resplandeciente de la Puerta, Aeoris del Orden le sonrió con serenidad.

Karuth, Strann y Tirand estaban juntos, agazapados al pie del séptimo coloso, y, al aparecer el señor supremo del Orden, Karuth oyó que su hermano emitía un sonido grotesco, ahogado rápidamente. El Sumo Iniciado temblaba de forma incontrolada mientras el instinto y la educación lo urgían a caer de rodillas ante aquel ser, el mayor de sus dioses. Pero no podía hacerlo. La lealtad imbuida se veía frenada por otras emociones más poderosas, y, tapándose el rostro con las manos, se dio la vuelta.

Aeoris ni se dignó a mirar a los tres humanos aterrorizados. Parecía no saber que estaban allí, o no importarle que estuvieran; miró a su adversario el señor de Caos.

—Ah, Tarod. —Su voz era exquisita. La oscuridad que atenazaba el Salón de Mármol comenzó a disminuir—. Creo que nos encontramos en circunstancias más felices que en la última ocasión.

Tarod torció los labios, pero no habló, y los extraños ojos dorados de Aeoris parecieron concentrarse en el lugar donde Ygorla había encontrado la muerte.

—¿Te ha proporcionado alguna satisfacción su final? Parece que no ha sido así con tus desagradecidos amigos mortales.

Tarod miró a Karuth, Strann y Tirand. Por un instante, al ver cómo lo contemplaban ellos con rostros horrorizados y asombrados, sintió desprecio, pero esa sensación se transformó enseguida en algo más cercano a la compasión. Su furia estaba ahora bajo control, y cedía a una sensación de desolada inevitabilidad que casi reflejaba las emociones de los humanos. Lo

Librodot

que habían presenciado les había arrebatado las últimas ilusiones que pudieran albergar acerca de los dioses que adoraban. Se sentían indefensos, solos, perdidos. Y en aquel momento Tarod estaba más cerca de su situación de lo que jamás ellos pudieran imaginar.

Consciente del camino que tomaban sus pensamientos, el señor del Orden extendió una mano.

—¿Hay una pregunta que te resistes a hacer, Tarod? Déjame que te responda y alivie tu aprensión. Sí..., tengo el alma de tu hermano —dijo y, abriendo la mano, mostró en la palma el gran zafiro. En el incierto resplandor que llenaba la Puerta del Caos, su propio brillo se veía reducido a una sombra, y Tarod entrecerró los ojos con dolor, al obligarse a contemplarlo.

—Ofrecemos una opción al Caos —prosiguió Aeoris—. Podéis abandonar este mundo, renunciar a tener cualquier influencia aquí y aceptar el exilio al que os condenamos ya una vez. Pero esta vez no volveréis, porque si lo hacéis... —Palpó la gema con ligereza, sin necesidad de decir nada más, y en su boca se dibujó una sonrisa desdeñosa—. O podéis presenciar la destrucción de esta joya, y con ello la destrucción de vuestro hermano demonio. Sabéis que tengo el poder para hacerlo. Mientras la joya se encuentre en mi reino, es y será vulnerable. Y, si los siete pasan a ser seis, como sucederá, el Caos no tendrá la fuerza para enfrentarse a nosotros. Así que ya ves: hagáis lo que hagáis, os hemos vencido. —La sonrisa adquirió un tinte de frío triunfo—. Pensad vuestra respuesta. Volveré para escucharla.

Un dulce sonido musical invadió el Salón de Mármol, y la imagen de Aeoris se desvaneció.

Durante largo rato, Tarod no se movió, sino que permaneció frente a la Puerta, con la cabeza inclinada. Seguía envuelto en el aura oscura, pero la luz de la estrella sobre su corazón se había extinguido. Ailind, que desde el momento en que Ygorla había sido arrojada de nuevo al mundo de los mortales no había tomado parte en los acontecimientos, seguía observando a cierta distancia. Karuth se soltó de la mano de Strann y, sin hacer caso del aviso musitado por Tirand, se adelantó despacio hacia el dios del Caos.

Se detuvo a seis pasos de él.

—Mi señor...

Tarod giró la cabeza, y por un instante apareció en sus ojos un eco del fuego mortífero, antes de ceder a una mirada indiferente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Si podemos... —Vaciló y comenzó de nuevo—. Si hay algo que podamos hacer...

—¿Hacer? —Su voz tenía un tono de acritud, pero, una vez más, pareció contenerse—. No, Karuth. No hay nada que hacer.

Ella bajó la cabeza.

—Me siento responsable, mi señor. Si no hubiera cedido ante ella... Pero era...

Tarod sabía lo que intentaba decirle, y suspiró.

—No te culpo por la decisión que tomaste —replicó, encogiéndose de hombros en un gesto peculiarmente humano que resultaba desconcertante después de cuanto había sucedido—. La usurpadora habría descubierto el secreto de una manera o de otra, y no podías saber cómo tenía intención de usar la Puerta. —Su mirada se hizo reflexiva—. Ninguno de nosotros lo

Librodot

sabía. Con una excepción. —Miró por encima del hombro a Ailind, con tal odio que Karuth no pudo evitar un estremecimiento.

Ailind le devolvió la mirada impasible.

—Pierdes el tiempo, Caos —declaró—. Mi hermano espera la respuesta, y retrasarla no cambiará lo que es inevitable. —Su voz denotaba júbilo. Karuth nunca había oído antes aquel tono, y tuvo un feo presentimiento de lo que ella, y cualquiera que hubiera dado apoyo al Caos, podría esperar si los dioses del Orden se salían con la suya.

Pero Tarod no se inmutó ante el regocijo de Ailind. Toda su rabia se había consumido en la destrucción de Ygorla, y ahora sólo le quedaba la desolación. Se sentía fuera del alcance incluso de la ira. Y en un sentido Ailind estaba en lo cierto: el momento no podía retrasarse para siempre, y había que hacer la elección. Pero él no podía hacerlo. No tenía el permiso, ni le habría gustado asumir semejante responsabilidad.

—Regresa junto a Strann y tu hermano, Karuth —le indicó, volviéndose hacia ella—. Esto no ha terminado todavía. —Miró una vez más a Ailind, y luego a los dos hombres que esperaban inquietos y en silencio junto a la estatua—. Si lo deseáis, podéis iros ahora.

—Prefiero quedarme, mi señor. Y creo que Strann y Tirand piensan lo mismo. Si nos dais vuestro permiso...

—Como queráis. No hay ninguna diferencia. —La observó volver lentamente junto a sus compañeros; entonces, bruscamente, desechó sus pensamientos y se encaró con la Puerta del Caos otra vez. Su aura latió de pronto con renovada energía y, con una voz gélida que se escuchó en todos los rincones del Salón, pronunció una única palabra, un nombre:

—Yandros.

Al otro lado de la Puerta del Caos, tenues colores se movieron como un heraldo espectral de un Warp, y contra su tenebroso fondo apareció recortada una figura. Unos ojos estrechos y felinos, cuyo color cambiaba constantemente, contemplaron durante unos momentos la escena que tenían ante sí; luego Yandros, hermano y señor de Tarod, entró en el mundo de los mortales.

Karuth vio la mirada de sorpresa en los ojos de su hermano, aunque éste no dijo nada, y Strann, que también lo había observado, reprimió una sonrisa irónica. Caprichoso como siempre, Yandros había decidido prescindir de cualquier demostración de su verdadera naturaleza y había adoptado el mismo aspecto normal con el que se había dado a conocer a Strann en la Isla de Verano. Sólo aquellos ojos extraordinarios, y el antinatural brillo dorado de sus largos cabellos, desmentían la imagen que presentaba. Pero, a pesar de su aspecto, Strann intuyó con certeza que su estado de ánimo era muy peligroso.

No hubo salutación formal entre los dos dioses. Tarod dijo sencillamente:

—Hemos perdido, Yandros.

—Sí. —La voz de Yandros sonaba tranquila, pero bajo aquella calma había una calidad inquietante—. Lo sé, Tarod. No hay nada que hacer —declaró; alzó la mirada para observar a Ailind, quien sonreía a cierta distancia, y sus ojos se volvieron escarlatas—. Llama a tu cobarde hermano, criatura del Orden. Acabemos de una vez.

Sólo Strann se apercibió del rápido estremecimiento de sorpresa de

Librodot

Tarod ante una rendición aparentemente tan fácil. Y también vio el ligero movimiento de la mano de Yandros, que indicó a su hermano que guardara silencio. Strann hizo ademán de volverse hacia Karuth, pero lo pensó mejor y decidió, al menos por el momento, no decir nada. Volvió a concentrar su atención en la escena, ahora doblemente alerta.

Ailind se acercó a la Puerta del Caos y, al llegar a ella, hizo una profunda reverencia.

—¡Hermano Aeoris! —Su voz tronó de manera que contrastaba duramente con la ausencia de ceremonia del señor del Caos—. ¡Aguardamos tu presencia!

De nuevo se sintió una ráfaga de aire frío mientras los colores apagados al otro lado de la Puerta cedían a una luz más clara y brillante. Entonces Aeoris apareció en el portal, mostrando la gema del Caos en una mano.

Los dos antiguos enemigos se miraron, y Aeoris fue el primero en romper el silencio.

—¿Bien, Caos? Conoces mi ultimátum. ¿Qué escoges? ¿El exilio o la destrucción de tu hermano?

De pronto, de manera sorprendente, Yandros se echó a reír. Fue el sonido más maligno y feroz que sus oyentes humanos habían escuchado jamás, y, cuando se extinguió, respondió a Aeoris con abrasador desprecio.

—¡Un siglo de Equilibrio y no has cambiado ni pizca! La misma ampulosidad y arrogancia de siempre, ¡y ahora tienes el descaro de pensar que puedes forzarme a hacer algo! ¡Desprecio tus exigencias, Aeoris, porque eres un mentiroso y un hipócrita, y siempre lo has sido!

La expresión de Aeoris se hizo tenebrosa.

—No pongas a prueba mi paciencia, Yandros. Ya he esperado bastante. ¡Decide, o yo decidiré por ti!

—¿Lo harás? —Los ojos del señor del Caos lanzaron siniestros destellos—. Lo dudo. No destruirás la gema del alma de mi hermano. —Sus labios se curvaron en un gesto despreciativo antes de añadir—: No tienes el valor. ¡Y, antes que doblar mi rodilla ante ti, prefiero vernos a los dos en los Siete Infiernos!

Aeoris reflexionó sobre las perversas palabras de Yandros durante unos segundos, como si las sopesara en su mente.

—Muy bien —dijo luego con calma—. Si te niegas a razonar, no me dejas elección. —Su boca esbozó un gesto burlón de lástima—. Eres más estúpido de lo que pensaba.

Por un instante, vertiginoso y feroz, Karuth tuvo la certeza de que el señor del Orden no lo haría. Era una pretensión, un farol. No podía estar ocurriendo, no era posible.

La mano de Aeoris se cerró sobre la gema del Caos. El rostro de Tarod mostró incredulidad. Gritó, saltó hacia adelante…

Y una miríada de fragmentos de zafiro resplandeciente cayeron de la mano de Aeoris.

Durante el lapso de un latido de corazón hubo una calma total. Entonces, sin previo aviso, el Salón de Mármol se vio sacudido por un colosal estallido de energía. Karuth retrocedió tambaleándose, tapándose los oídos con las manos al tiempo que gritaba una protesta incompleta; una lanza de relámpago azul surgió entre las columnas y alcanzó una de las siete estatuas con un gigantesco chasquido. La estatua se partió, se balanceó

Librodot

precariamente... y uno de sus dos rostros se hizo pedazos, que cayeron al suelo en una avalancha.

Tarod echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito de horror, de pena y desesperación; su voz se escuchó por encima del estruendo de la mampostería que caía. Ailind se adelantó, con expresión exultante. Los tres humanos no pudieron hacer otra cosa que permanecer pegados a la base del séptimo coloso, mientras los escombros caían alrededor de ellos y levantaban una capa de polvo sofocante y cegador. Aeoris reía triunfante y mostraba su mano vacía... y sólo Yandros, de todos ellos, no hizo nada. El señor del Caos permaneció inmóvil, cubriéndose los ojos con una mano, y parecía aislado y repentinamente vulnerable.

Los ecos de la enorme explosión, y de la destrucción de la estatua, disminuyeron y por fin quedaron reducidos a nada. El polvo se posó. Un fragmento del tamaño de una roca se balanceó un par de veces con un ruido áspero y luego se quedó inmóvil. Desde la Puerta del Caos, los dorados ojos de Aeoris contemplaron la figura quieta de Yandros.

—Tu hermano ha muerto, Yandros —declaró y, cruzando las manos sobre el pecho, salió serenamente del portal y entró en el Salón. A su alrededor brillaba una luz que era como la suave luz del sol de verano y que parecía bañar sus sencillas vestiduras blancas. Su capa de oro barrió el suelo de mosaico con un débil susurro. Se dirigió con decisión pero sin prisas hasta Yandros y se detuvo a dos pasos de él.

«Debes reconocer que hemos vencido. El Equilibrio ha terminado. La balanza se ha inclinado a nuestro favor, y no podrá cambiar nunca más, porque seguimos siendo siete, pero tú y los tuyos sólo sois seis.

Lenta, muy lentamente, Yandros alzó la cabeza. Sólo Aeoris y Strann vieron su rostro, porque Tarod y Ailind estaban detrás de él y Karuth había apartado la mirada y apretaba la mejilla contra el hombro de su hermano, paralizada por la impresión y la tristeza. Lo que vio Strann lo hizo aspirar aire agitadamente entre los dientes apretados. Los ojos de Yandros estaban llenos de pena, y mezclada con la pena había un odio que escapaba a la comprensión. Un diabólico deseo de venganza ardía en su mirada, como hierro fundido en un crisol; pero en sus labios se dibujaba una sonrisa. Una sonrisa vieja, vieja más allá de toda medida, una sonrisa de descarada confianza, de letal sabiduría.

—Te equivocas, viejo amigo. —La voz del señor del Caos sonó como un cuchillo en el cerebro de Strann—. Somos siete —dijo, y señaló a la Puerta del Caos, a espaldas de Aeoris.

La imagen de la Puerta vibró. De su corazón surgió una violenta llamarada de resplandor verde dorado, y un recién llegado apareció en el portal. Strann reprimió un juramento involuntario al ver la figura delgada, casi de chiquillo, los cabellos casi blancos, los extraños ojos de color ámbar, la boca sensual. Iba vestida con un traje de severa sencillez casi tan blanco como su cabellera, y la capa que caía desde sus hombros era un reflejo perfecto del color esmeralda de los ojos de Tarod.

Strann clavó los dedos en el brazo de Karuth, intentando que mirase, que viera. Pero fue la voz de Tarod la que la sacó de su ensimismamiento. Aturdido, rígido, el señor de cabellos negros dijo con incredulidad:

—Cyllan...

Ella salió de la Puerta. En su pecho brillaba una estrella de siete

Librodot

puntas, un topacio oscuro con destellos rojo sangre. Sus ojos ardían cuando se volvió para contemplar a Aeoris, y su expresión era de repugnancia asoladora. Sin hacer caso del asombro del señor del Orden, Yandros se inclinó ante ella de una manera que indicaba un saludo entre iguales. Entonces miró a su hermano.

—Era la única manera, Tarod. Y tu consorte será una valiosa y distinguida adición a nuestras filas.

De pronto, Aeoris exclamó:

—¡Yandros!

Yandros se dio la vuelta y lo miró.

—¿Qué significa esto? —Aeoris hervía de indignación—. ¿Qué artimaña intentas perpetrar?

—No se trata de ninguna artimaña, viejo amigo —respondió Yandros, con una sonrisa casi agradable. Cogió a Cyllan de la mano y la condujo hacia adelante—. Permíteme que te presente a mi hermana en espíritu, recientemente elevada por decreto mío a los tronos del Caos; la séptima de nosotros.

El rostro de Aeoris adquirió una palidez mortal.

—¡Intentas burlarte de las leyes que nos gobiernan a todos! Uno de vuestros señores ha muerto y su lugar no puede ser ocupado por ningún otro... ¡Las leyes son irrevocables!

—Desde luego que lo son —admitió Yandros con frialdad—. Pero, aunque no puede sustituirse a un dios muerto, tú y yo tenemos el poder para degradar a un señor viviente y elegir a otro que ocupe su lugar. Eso, mi querido amo del Orden, es lo que he hecho yo. —Dio la espalda a su adversario y miró a Tarod y Cyllan, que estaban juntos. Su sonrisa era triste, pero debajo de la tristeza se advertía el orgullo que sentía por ambos.

—Habría hecho cualquier cosa que estuviera a mi alcance para salvar la vida de nuestro hermano —dijo en voz baja a Tarod—. Pero sabía que, si las cosas se ponían en contra nuestra, ello podría resultar imposible. Por eso ideé este plan de emergencia. Esperé no tener que llegar a usarlo, pero cuando esta criatura —hizo un gesto despreciativo en dirección a Aeoris— se apoderó de la usurpadora y nos dio su ultimátum, yo... —Se encogió de hombros y fingió una despreocupación que no engañó a nadie—. No tuve elección. Ritualmente expulsé a nuestro hermano antes de que Aeoris pudiera destruir su alma, y elevé a Cyllan al puesto que antes había sido de él. —Giró sobre los talones, y contempló de nuevo a Aeoris con ojos que resplandecían de un color plateado—. Cuando destruíste el zafiro, no destruíste el alma de un dios. Simplemente mataste a un ser que ya no tenía ninguna importancia para nosotros.

Situado a una cierta distancia, Ailind habló por primera vez.

—Hermano mío, ¿es cierto? —Su voz denotaba furia y angustia—. ¿Es posible?

Aeoris le lanzó una mirada furiosa que mostró con claridad su desagrado ante la pregunta.

—Es cierto —contestó con sequedad. Luego miró otra vez a Yandros; su rostro mostraba odio sin disimulo—. No pensé que harías semejante sacrificio. Caos. ¡Creí que incluso tú tenías más lealtad!

—La necesidad plantea sus exigencias —replicó Yandros, con una expresión glacial—. Y creo conocer a mis hermanos lo suficiente para estar

Librodot

seguro de que cualquiera de ellos preferiría la muerte antes que una eternidad de sumisión a ti.

Los ojos de Aeoris lanzaron un destello de ira, pero antes de que pudiera decir nada, Yandros alzó una mano.

—Se acabó, Aeoris. Acéptalo —dijo, con una voz fría y distante—. Conseguiste tu gran objetivo al asesinar a mi hermano, y el precio que he tenido que pagar para impedir que se cumpliera el resto de tu plan es más alto de lo que nunca sabrás. No has ganado esta batalla por completo, pero tampoco has perdido... y lo mismo sucede con nosotros. Vuelve a tu reino, señor del Orden, y muéstrate satisfecho con lo que has conseguido con tus maquinaciones. No tengo nada más que decirte.

Aeoris guardó silencio. Luego su severa boca se torció en una sonrisa irónica y sin humor.

—Supongo que debo rendir homenaje a tu ingenio, Yandros —reconoció; alzó la cabeza, y barrió el Salón de Mármol con una mirada altanera que acabó posándose con cierto veneno en Tirand. El Sumo Iniciado desvió rápidamente la mirada, y Aeoris prosiguió—: Por una vez estoy de acuerdo contigo: nada más tenemos que decirnos. Nos despediremos, al menos por ahora. Pero habrá otras ocasiones y otros medios... ¡Y hay algunos mortales que harán bien en tener en cuenta el hecho de que sus dioses tienen buena memoria! —Su mirada se posó otra vez en Yandros—. Volveremos a encontrarnos pronto, Caos. ¡Esperaré ansiosamente ese día!

Hizo un brusco gesto a Ailind para que acudiera a su lado, y ambos se dirigieron a la Puerta del Caos y atravesaron el portal. La luz parpadeó más allá de la Puerta, como un lejano relámpago de verano; se escuchó un sonido dulce y tintineante, casi demasiado alto para que lo escucharan oídos humanos, que llenó el Salón de Mármol brevemente, y los dos señores del Orden desaparecieron.

Reinó el silencio. Yandros, Tarod y Cyllan permanecían juntos, observando la Puerta. Yandros sonreía, aunque la sonrisa era triste y conmovedora. Tarod apoyaba una mano en el hombro de Cyllan; sus ojos ardían como brasas. Y a cierta distancia, olvidado y abandonado y ya parte de un pasado que parecía perderse en las neblinosas imaginaciones de una pesadilla, yacía el cuerpo de Calvi Alacar, primero Alto Margrave y luego Emperador Designado, pero ahora nada más que un cuerpo sin vida, quieto y silencioso en medio de los restos de la estatua destrozada.

Karuth sintió que una mano cogía la suya y la apretaba, y, como en un sueño, giró la cabeza. Strann estaba junto a ella, y Tirand tras él. Tenían miradas de obsesos y los rostros muy pálidos. Parecían haber vivido cinco crueles vidas en el espacio de poco más de una hora, y, aunque el pensamiento era horriblemente incongruente, Karuth dio las gracias por no tener un espejo en el que ver su propio rostro.

De repente, Strann se llevó la mano libre a la boca en el momento en que la tensión, como una cuerda demasiado tensa, saltó. Miró a Karuth, una mirada que contenía todo lo que nunca sabría si sería capaz de expresar: su amor y su miedo, los horrores e inseguridades de los meses pasados... y, por encima de todo, una sensación de aturdido e incrédulo alivio.

—Oh, dioses... —Su susurro irreverente pareció llenar el Salón de Mármol—. Creo que necesito sentarme.

Librodot

CAPITULO 26

Strann se asomó a la ventana al ver las primeras luces del amanecer que iluminaban el cielo y pensó: *Esta noche los supremos dioses estuvieron entre nosotros. Quizás algún día en el futuro lograré convencerme de que todo esto ocurrió tal y como lo recuerdo. O quizá nunca acabaré de creerlo.*

Lo sucedido tras la partida de Aeoris y Ailind lo había hecho volver a la realidad de manera tan brusca que, cuando lo recordaba, casi le daban ganas de reír, aunque la risa hubiera estado muy cerca de una crisis nerviosa. Todo había parecido tan normal... El estudio del Sumo Iniciado, cálidamente iluminado con lámparas y con el fuego todavía encendido... Tirand había puesto vino en una vasija de barro y, tras añadir especias, lo colocó en la chimenea para que se calentara, y los dioses bebieron la mezcla calentada con especias por el Sumo Iniciado como si fueran tan humanos como cualquier adepto del Círculo. Pero Strann sabía que Yandros había tenido algo que ver con ello. Había hecho algo a sus mentes, algo que hizo que los horrores que habían presenciado se desvanecieran como humo llevado por el viento y que los dejó en un estado de tranquila aceptación. La reacción podría llegar más tarde, pero al menos tendrían algún respiro, y Strann se sentía profundamente agradecido por eso.

Como dijo Yandros, no fue necesario despertar a los habitantes del Castillo. Lo que había que decir, podía ser dicho sin otros testigos, y lo ocurrido podría ser revelado en un momento más adecuado. Sólo quedaba por resolver un pequeño asunto... y Strann recordó con un intenso escalofrío la expresión de los ojos de color ámbar de Cyllan, cuando ésta se había vuelto hacia su señor supremo y, tranquila pero enfáticamente, le había pedido que dejara ese asunto en sus manos. Cyllan... Ahora no debía pensar en ella de manera tan irrespetuosa, se recordó Strann. Ya no era sencillamente una remota figura de la historia, celebrada tan sólo en una epopeya musical. Nuestra señora Cyllan; igual que nuestro señor Yandros y nuestro señor Tarod; una de ellos, y un dios —una diosa— del Caos de pleno derecho. Aquella noche había hecho el trabajo de una diosa. Él había oído el único grito devastador que resonó procedente de la torre sur, y para distraerse de lo que su imaginación intentaba evocar, se había concentrado en maravillarse ante el hecho de que aquel grito no despertara a los muertos, por no mencionar a todo el Castillo. No hubo piedad para Narid-na-Gost, no en las manos de Cyllan. ¿Se habría reunido el demonio con su hija en los Siete Infiernos?, se preguntaba Strann. ¿O, sencillamente, ambos habían dejado de existir? No conocía la respuesta y deseaba con fervor no saberlo nunca. Era asunto de los dioses, y ya había tenido bastante con sus asuntos.

Pero, terminado aquel disgusto, y con Cyllan de vuelta en el estudio iluminado por lámparas, se habían dicho muchas cosas. Un rubor frío y acalorado a la vez inundó a Strann al recordar cómo Karuth y él habían estado ante Yandros, y las palabras que el gran dios les había dirigido.

—Strann *Narrador de Historias...* —Hacía tanto tiempo que nadie usaba el viejo epíteto que, a pesar suyo, Strann encontró el valor para alzar la vista sorprendido. Los inhumanos ojos de Yandros se mostraban reposados, sus

Librodot

colores de arco iris apagados, y Strann tuvo la sensación de que el dios se reía de él, aunque no de manera cruel—. Eres un extraño campeón, pero has demostrado ser muy valioso. Te doy las gracias. Y no olvidaré ni tu valentía ni tu lealtad.

Strann enrojeció hasta las raíces de los cabellos y musitó un rechazo balbuceante. La mirada de Yandros se fijó en Karuth.

—Nunca cambiará —comentó, y un destello de humor negro apareció en las comisuras de sus labios—. Quizá tú consigas que reconozca unas cuantas verdades acerca de sí mismo, Karuth... aunque, si lo haces, ¡habrás conseguido más de lo que fuimos capaces Tarod y yo!

—Mi señor... —Karuth bajó la mirada, pero Strann pudo ver el placer que bañaba su rostro. Entonces Yandros alzó la mirada y se fijó en Tirand, que se encontraba al otro lado de la habitación, junto a la chimenea. El Sumo Iniciado tenía una expresión desolada. Apenas había pronunciado palabra desde su regreso del Salón de Mármol, y ahora, al sostener la mirada de Yandros, no pudo evitar acobardarse.

—Tirand... —La inesperada compasión que mostraba la voz del señor del Caos sorprendió a Strann y cogió totalmente desprevenido a Tirand—. No te mantengas apartado, Sumo Iniciado. Tenemos una deuda contigo; aunque sospecho que podrías estar incluso menos dispuesto que Strann a aceptar el elogio. —Su expresión de humor se tornó ligeramente malévola al añadir—: ¿Es una traición tan grande a tus principios el aceptar el agradecimiento del Caos?

El rostro de Tirand se puso escarlata y movió de manera espasmódica la mandíbula antes de conseguir proferir una respuesta.

—Señor Yandros, yo..., yo... —no pudo acabar.

—Tú actuaste siguiendo los dictados de tu conciencia. ¿Qué hay de malo en ello, Tirand? Para nosotros es sencillamente una suerte que tu conciencia demostrara ser más fuerte que la educación que tus predecesores te habían imbuido.

Si el estímulo fue deliberado o no, sólo Yandros lo sabría, pero Tirand alzó la cabeza repentinamente.

—Nunca he estado en contra de los principios del Equilibrio, mi señor Yandros.

—No, no lo has estado —corroboró Yandros, y luego se rió con suavidad—. Aunque imagino que hubo ocasiones en que te viste tentado...

Los recuerdos de pasadas entrevistas con Ailind en aquella misma habitación llenaron la mente del Sumo Iniciado.

—Yo... Sí, es cierto. Pero...

—Pero al final decidió escuchar a su mente y a su corazón —interrumpió Tarod, alzándose de la silla que había ocupado cerca de la puerta—. No lo atormentes más, Yandros. Todos han sufrido ya bastante. Esta noche —prosiguió, volviéndose hacia el Sumo Iniciado—, Yandros y yo perdimos a un hermano, Tirand; y, pase lo que pase, la cicatriz nunca cerrará del todo. Pero tú ayudaste a evitar que perdiéramos más que eso. —Miró a Cyllan, que había permanecido sentada y en silencio, junto a él, desde que había regresado de la torre sur—. He hecho unas cuantas comparaciones desfavorables en el pasado. Pero hay algo en él que me recuerda a Keridil.

Los ojos de color ámbar de Cyllan lanzaron un pequeño destello, casi

Librodot

feroz, pensó Strann.

—Hay diferencias, pero no son necesariamente en descrédito de Tirand.

Al escuchar aquella observación, el Sumo Iniciado había desviado rápidamente la vista, recordó Strann; y recordó también que de niño, Tirand había conocido a Keridil Toln, su ilustre antecesor y el artífice —aunque a su pesar— de los cambios que devolvieron el Caos al mundo. Strann tuvo la sospecha de que Cyllan le dedicaba un cumplido a Tirand que éste no se sentía capaz de aceptar totalmente.

—Bien —dijo Yandros—. ¿Y ahora qué, Sumo Iniciado?

Tirand le dirigió una mirada inquieta.

—¿Ahora, mi señor…?

—Sí. Creo que tienes que tomar algunas decisiones. —El señor del Caos no pudo evitar otro toque de malicia. Podía ser que Tirand se hubiera absuelto ante los ojos del Caos, pero Yandros no iba a permitirle que pensara que el pasado quedaba totalmente olvidado—. Acerca de las lealtades del Círculo en general, y de las tuyas en particular.

Tirand se pasó la lengua por los labios resecos, y alargó una mano hacia la copa de vino que no había tocado, pero lo pensó mejor.

—¿Queréis decir, mi señor, que... —eligió cuidadosamente sus palabras— ... que se ha terminado el Equilibrio?

Yandros pareció sorprenderse.

—¡Oh, no! —exclamó; cogió su copa, la hizo girar y soltó una breve risa—. Aprendí hace mucho tiempo que la vida sin una cierta cantidad de conflicto carece de sabor y de acicate, y no tengo la intención de desear una existencia tan aburrida a los mortales. Tienes toda la libertad que desees para decidir tu lealtad, Tirand, aunque creo que te resultará más difícil de lo que crees recuperar el favor de Aeoris. Como él mismo dice, tiene muy buena memoria.

Karuth alzó la cabeza rápidamente.

—¿No irá a hacer algo para perjudicar a Tirand?

—No, no. El juramento que lo obligué a proferir hace cien años, no interferir en los asuntos humanos a menos que fuera llamado, sigue en pie, lo mismo que para nosotros. —Sus ojos adquirieron un tono verde anacarado y brillaron con malicia—. Como siempre fue.

Tirand bajó la cabeza.

—Reconozco mi error, mi señor Yandros.

—Ya sé que lo reconoces. Y lo repararás cuando dirijas a tus adeptos en un ritual que deshaga el anatema pronunciado contra nosotros, y les devuelvas la libertad de elección. —Hizo un gesto negligente y añadió—: No es necesario, claro está. Pero me satisfará ver que se cumplen las formalidades.

Tirand asintió en señal de conformidad. El tono de voz de Yandros había sido normal, casi amable, pero el Sumo Iniciado supo captar la advertencia que contenía.

—Reconstruiremos la estatua —dijo Karuth, ansiosa por complacer al supremo señor—. Llamaremos a los mejores escultores del mundo para que rehagan la escultura... —Vaciló y su mirada se desvió insegura hacia su izquierda—. Eso si..., si nuestra dama Cyllan da su consentimiento.

Cyllan le devolvió la mirada, y una sonrisa le iluminó el rostro, como si aquella idea no se le hubiera ocurrido hasta aquel momento.

—Consiento satisfecha, Karuth —repuso con su voz ronca—. Y te doy las gracias por el cumplido.

Yandros bebió un sorbo de vino.

—Es una buena idea, Karuth, pero sospecho que tendréis asuntos más urgentes de los que ocuparos durante algún tiempo. La usurpadora causó grandes estragos en las provincias, y restaurar las tierras echadas a perder, y las vidas, para no mencionar la moral, debe ser, creo, vuestra principal preocupación. No será una tarea fácil —añadió mirando a Tirand—, y mucha gente acudirá al Sumo Iniciado en busca de inspiración y consejo.

Tirand hizo ademán de contestar, pero luego cambió de opinión y se quedó con la mirada fija en el suelo.

—¿Nos ayudaréis, mi señor Yandros? —preguntó Karuth.

—No, no lo haré —repuso el señor del Caos; vio la sorpresa y el disgusto en los ojos de Karuth, y prosiguió antes de que ella pudiera decir nada—. Sólo teníamos una preocupación, y sólo una, cuando vinimos a vuestro mundo, Karuth: derrotar y destruir a la usurpadora. Ahora que eso se ha conseguido, nuestra participación ha terminado. —Hizo una mueca y agregó—: Si os ayudáramos a restaurar lo que habéis perdido, Aeoris se consideraría justificado para participar. ¿Deseas eso?

—No —respondió Karuth, desviando la mirada—. Pero quizás otros sí. Y si, como decís, cada uno puede elegir su lealtad...

—¡Entonces, mi querida Karuth, os veríais atrapados por segunda vez entre dos poderes opuestos que estarían demasiado ocupados en sus propios conflictos para preocuparse por la suerte de los humanos! A pesar de las lealtades, ¡estoy seguro de que estarás de acuerdo en que ningún mortal en su sano juicio desearía que eso volviera a sucederle al mundo! —A Karuth se le ruborizaron las mejillas de vergüenza y también porque se sintió estúpida, y Yandros se apiadó de ella—. Vuestro mundo no debería ser el campo de batalla de los dioses, Karuth. Nosotros y los señores del Orden tenemos otras maneras mejores de perpetuar nuestra guerra eterna. Es mucho mejor para vosotros, y para nosotros, que se os deje solos para que resolváis vuestros problemas con vuestro ingenio y vuestras capacidades. —De pronto sonrió—. Aunque espero que nunca olvidéis que seguiremos vuestros esfuerzos con gran interés. Y si surgiera alguna vez otra Ygorla...

—¡Que los dioses lo impidan! —exclamó Strann sin poder contenerse. Tarod se rió y Yandros lanzó una penetrante mirada al bardo.

—Strann, posees el extraordinario talento de expresar un punto interesante en un momento inoportuno —dijo con sequedad—. Nosotros no impedimos nada. Ése es todo el sentido del Equilibrio, aunque empiezo a desesperar de que los mortales comprendan alguna vez verdaderamente la idea. Así que, como iba diciendo, si alguna vez otra Ygorla intenta hacerse con el poder en este dominio, espero que el Círculo considere su posición con un poco más de cuidado antes de decidir si es el Caos o el Orden el que está mejor preparado para tratar el asunto. ¿No estás de acuerdo, Tirand?

Tirand no respondió enseguida, y, cuando por fin alzó la vista, Strann advirtió inmediatamente un cambio. Había una nueva resolución en los ojos del Sumo Iniciado, una nueva certeza, y su boca era un gesto de determinación. Strann miró con disimulo a Karuth, pero ella parecía no haberlo observado.

—Estoy de acuerdo, mi señor Yandros —contestó Tirand—. Pero, si

Librodot

semejante situación vuelve a repetirse, no seré yo quien deba tomar la decisión.

Yandros soltó otra de sus risas secas y mordaces.

—Resulta que eres un optimista, Tirand. ¡Jamás lo habría pensado!

Tarod se inclinó hacia adelante, con expresión súbitamente seria.

—No creo que fuera eso lo que quería decir el Sumo Iniciado, Yandros —intervino; su mirada felina de color esmeralda se clavó en Tirand—. ¿Me equivoco?

Tirand se volvió y sus miradas se encontraron. Sí, pensó Tirand; Tarod sería el primero en comprenderlo. Él había conocido muy bien a Keridil Toln: en los primeros años de su gobierno aquí y luego, durante los días monumentales del Cambio; y, cuando terminaron aquellos días y comenzó una nueva era, había observado la lucha de Keridil para lograr que él mismo y su mundo aceptaran el Equilibrio. Tarod sabía cuál era la carga que Keridil había soportado. Él, de entre todos ellos, comprendería por qué Tirand no se sentía a la altura del ejemplo dado por Keridil.

Desvió la mirada, para fijarla de nuevo en Yandros.

—Mi señor —dijo, y de pronto su voz sonó rígidamente ceremoniosa—, creo que es justo que deje claras mis intenciones en este momento, ante... los más elevados testigos. —Tomó aliento y anunció—: Pienso renunciar al cargo de Sumo Iniciado.

Un espeso silencio cayó sobre la habitación. Karuth abrió la boca, pero estaba demasiado aturdida para decir nada. Tarod y Cyllan intercambiaron una mirada muy personal, y Strann no pudo hacer más que mirarse los pies. Por fin, con voz muy sosegada, Yandros habló:

—¿Por qué?

—Porque... —Tirand se mordió el labio. No era fácil admitirlo—. Porque no me considero digno de ocupar semejante cargo.

Karuth hizo ademán de protestar, pero Yandros se volvió hacia ella rápidamente.

—¡Silencio, Karuth! —Parecía irritado—. Deja que tu hermano hable. Continúa, Tirand.

Tirand se ruborizó.

—Es bastante sencillo, mi señor Yandros. He faltado a mi deber en dos aspectos. Primero, intenté ir contra los principios del Equilibrio tal y como fueron establecidos hace un siglo; y al hacerlo quebranté tanto mi juramento de toma de posesión como la confianza que Keridil Toln depositó en sus sucesores. Segundo, permití que los ciegos prejuicios me nublaran el entendimiento y me cerraran los oídos a la sabiduría de otros. Esas cosas no son propias de un digno Sumo Iniciado, mi señor.

Yandros reflexionó durante unos instantes; luego movió la cabeza.

—Te juzgas demasiado duramente, Tirand. Nadie puede alcanzar la perfección... y nadie lo espera, ni siquiera de ti.

El rostro de Tirand adquirió aquella expresión tozuda que Karuth conocía tan bien, y en ese momento se dio cuenta de que ni siquiera Yandros iba a hacerlo cambiar de opinión. Se había decidido.

—Admito eso. Pero, aunque la perfección sea inalcanzable, el Sumo Iniciado más que ningún otro debe esforzarse por ser todo lo perfecto que sea posible. Debe esforzarse al máximo, siempre.

—¿Y no lo has hecho tú lo mejor posible, tal y como te juzgas?

Librodot

—Me gustaría que fuera así. Pero sólo demuestra que lo máximo de lo que yo soy capaz no es bastante. No soy digno de ocupar este cargo, y por lo tanto tengo la intención de renunciar. —Su mirada fue inquieta de uno a otro de los silenciosos rostros que lo rodeaban—. Nos esperan tiempos difíciles, tanto para el Círculo como para la Hermandad y los Margraviatos. La gente necesitará ayuda de todos nosotros, y en particular buscarán en la Península de la Estrella consejo y liderazgo; y la seguridad de que los dioses siguen cuidando de ellos. —Su mirada se volvió dura—. No pueden tener verdadera confianza en un hombre que, con su testaruda estupidez, ha ofendido por igual al Caos y al Orden.

—No lo verán de esa manera, Tirand —dijo Tarod.

—Quizá no, mi señor. Pero yo sí, y mi conciencia no me permitirá tomar otro camino. —Alzó la vista con rapidez y se enfrentó a la mirada de Yandros con una sinceridad que pareció sorprender al señor del Caos—. Ya me resultará bastante difícil vivir con el conocimiento de mis errores y debilidades. Por favor, no agravéis mi incapacidad obligándome a permanecer en el cargo.

Hubo una larga pausa. Karuth contemplaba el fuego, con expresión desolada. Al final, Yandros rompió el silencio.

—¿Estás realmente seguro de que es eso lo que deseas, Tirand?

Tirand asintió con convencimiento.

—Estoy seguro, mi señor Yandros. Haré cualquier cosa que esté en mi mano para ayudar a la labor de reconstruir el mundo después de los estragos llevados a cabo por Ygorla. Pero no como Sumo Iniciado. —Casi consiguió soltar una risa vacilante, aunque no del todo—. Preferiría dedicar mis esfuerzos a restaurar tierras de cultivo o a reconstruir hogares destrozados. Quizá descubriría que poseo talentos ocultos.

Yandros suspiró.

—Será como deseas, Tirand. Muy bien, acepto tu decisión en este asunto... aunque debo reconocer que nunca imaginé que sería yo quien escucharía y aceptaría tu declaración. —Esbozó una sonrisa, repentinamente lobuna, ante aquella ironía, Pero enseguida su expresión se tornó seria otra vez—. Pero, claro, queda la cuestión de quién te sucederá. Debes saber que tienes el derecho a nombrar a tu sucesor.

—Sí, mi señor. Ya he pensado en eso y he tomado una decisión. —Tirand hizo una pausa; luego, de manera repentina e inesperada, se volvió hacia su hermana— Nombro a Karuth.

Karuth discutió con él, intensamente, a veces casi con violencia. No quería ser Sumo Iniciado, dijo. Y, aunque quisiera, ¿qué le hacía pensar que ella estuviera tan preparada para el cargo como él, o incluso más? Tirand se rió de eso —la primera risa sincera, advirtió Karuth más tarde, que le había escuchado en muchos días— y le recordó, aunque sin rencor, que no hacía tanto tiempo Karuth pensaba una cosa bien distinta. Ella se ruborizó ante el recuerdo de las amargas palabras pronunciadas durante una de sus más duras peleas, y cambió de argumento, diciendo en vez de eso que no había precedente de que el cargo de Sumo Iniciado fuera ocupado por una mujer. Pero Tirand desechó esa protesta. ¿Qué importaban los precedentes? La tradición no era una ley inmutable. Y, añadió, ¿no había puesto su propio ejemplo Yandros aquella misma noche, al elevar a nuestra dama Cyllan a los tronos del Caos? Al escuchar aquello, Tarod se rió sin trabas, y su evidente

Librodot

aprobación y la de Yandros acabó por derribar las últimas defensas de Karuth. Temblando de inquietud, sin atreverse a pensar todavía en lo que aquello significaba y qué podría depararle el futuro, aceptó. Y el cálido, agradecido abrazo de Tirand cuando dio su aceptación, hizo que Strann mirara a otro lado, súbitamente conmovido.

Antes de que los dioses partieran, todos tuvieron una palabra en privado con cada uno de los tres mortales. Lo que Yandros dijo a Strann fue algo que éste nunca revelaría a otra persona, sino que guardaría siempre en sus pensamientos más íntimos; y, cuando hizo su última reverencia ante el señor supremo, sintiendo un cosquilleo de calor y frío en la piel, Cyllan se puso a su lado en silencio.

—Adiós, Strann *Narrador de Historias* —se despidió; sus ojos brillaban traviesos, recordándole que ella también había conocido las inseguridades de una vida de vagabundo cuando no era más que una chica que conducía ganado—. Quizás algún día escribas una epopeya en honor del Caos, algo comparable con «Equilibrio».

Strann recordó la fiesta de la boda de Blis Alacar, hacía tiempo en la Isla de Verano: su primer encuentro con Karuth, cuando habían interpretado el dúo llamado «Cabellos de Plata, Ojos Dorados»... Sonrió e hizo ante ella la más respetuosa de las reverencias.

—Nunca podría haceros justicia, dama Cyllan. Nadie podría.

Cyllan habló a continuación con Karuth, junto a Tarod. Strann se retiró discretamente, consciente de que su conversación no era para que la escuchara nadie más. Pero vio que Tarod le cogía las manos y se inclinaba para besarle la mejilla en un saludo que era... ¿fraternal? No, eso no. Pero sí sincero. Luego, Cyllan también la besó y le susurró algo al oído. Karuth se puso tensa, pero enseguida esbozó una sonrisa de agradecimiento y comprensión. Y, unos momentos después, Strann, Karuth y Tirand se quedaron a solas.

Tirand miró a ambos. Una extraña calma parecía haberse apoderado de él y sonrió, inseguro, pero con calor.

—Casi debe de estar amaneciendo —dijo en voz baja—. Habrá mucho que hacer mañana, así que será mejor que durmamos mientras nos sea posible. Os deseo buenas noches a los dos.

Lo vieron subir la escalera, y ellos fueron detrás cuando lo perdieron de vista. En su dormitorio, Karuth no encendió ni lámparas ni velas. Las cortinas estaban entreabiertas y la luz de las lunas era suficiente para mostrar los muebles de la habitación como confusas siluetas. Cuando se taparon con las mantas, Karuth tembló por el contraste entre las sábanas frías y el cálido cuerpo de Strann.

—¿Qué te ha dicho Cyllan? —preguntó él con suavidad.

En la oscuridad, no veía el rostro, de Karuth, pero el tono de voz de ésta traicionó sus sentimientos.

—Dijo: «No tengas miedo del futuro. Por muy negra que sea la oscuridad, siempre hay esperanza de luz». —Se apretó contra Strann—. Nunca olvidaré esas palabras. Nunca.

Strann no supo qué responderle, pero no hubo necesidad, porque, mientras hablaba, los ojos de Karuth se iban cerrando y un cansancio que iba más allá del agotamiento físico y mental y le llegaba al alma la venció. Al cabo de unos instantes se había dormido.

Ahora Strann estaba sentado, igual que había permanecido sentado las restantes horas de oscuridad, esperando junto a la ventana a que llegara el amanecer y armándose de valor ante el conocimiento de lo que traería la mañana. Porque, cuando llegara, cuando ella despertara, debía decirle que iba a abandonar el Castillo.

Strann no quería que fuera así, pero le había dado vueltas y vueltas en la cabeza y sabía que no había otra opción. Si de verdad amaba a Karuth, entonces debía partir, por su bien. Permanecer allí, como su consorte o amante, o amigo, o lo que ella deseara, sería una cruel injusticia para ambos. Antes de la llegada de Ygorla, podría haber sido distinto, pero ahora el mundo había señalado a Strann el *Narrador de Historias* como un traidor, y era impensable que un traidor se sentara al lado del Sumo Iniciado. Karuth ya tendría que vencer muchos prejuicios e inseguridades sin eso. Quizá sería capaz de vencerlos; quizás en su nuevo papel despertaría el suficiente respeto y afecto para que no importara. Pero, en contra de la actitud que había adoptado durante casi toda su vida, Strann tenía su orgullo, y nunca podría vivir con la idea de que su reputación mancillada se había limpiado únicamente gracias a Karuth. Deseaba —necesitaba— redimirse sólo mediante su propio esfuerzo y por sus propios méritos. Entonces, y sólo entonces, podría regresar junto a Karuth, si ella todavía lo deseaba, y sentir que realmente se había ganado su estima y su amor.

¿Lo querría ella todavía? No lo sabía, pero debía aceptar el riesgo. Y, aunque ahora representaba poco alivio, tenía un propósito que cumplir. Tenía la intención de volver a su vida de vagabundeo, de provincia en provincia, llevando noticias, canciones y, sobre todo, ayudando a impartir la comprensión. El sanguinario reinado de Ygorla había destrozado la confianza de la gente junto con muchas cosas más. Muchos seguirían pensando que la usurpadora había estado aliada con el Caos, mientras que otros temerían que sus dioses los hubieran abandonado para siempre. Strann contaría la verdadera historia, la historia de la traición del demonio, de la codiciosa ambición de una mujer medio humana, y por último del gran conflicto entre los dioses que había llevado a la caída de Ygorla y a la muerte del señor del Caos. También escribiría nuevas baladas, porque, así como los discursos y las oraciones se olvidaban con rapidez, la música permanecía en los recuerdos de sus oyentes. Una elegía al hermano muerto de Yandros; y una nueva canción en honor a Cyllan, aunque esta vez como dama del Caos. No, claro, no podría hacerle justicia. No haría justicia a ninguno de los decisivos acontecimientos que habían dado nueva forma a tantas vidas. Pero al menos lo intentaría, y al intentarlo esperaba recuperar el sentido de su amor propio y con ello su antigua posición en los afectos del mundo.

Miró de nuevo por la ventana y vio que una luz tenue pero vívida bañaba las cimas de las torres del Castillo. Fuera o no un presagio, y fuera o no algo que tuviera que ver con Yandros, parecía que las nubes de nieve se habían marchado y que el sol comenzaba a salir. Abajo en el patio, sin huellas a aquella hora temprana, el manto de nieve centelleaba como si alguien hubiera esparcido una espesa capa de gemas por él. Entonces el suave resplandor de una lámpara apareció de pronto en una ventana de la planta baja, y el sonido de una puerta al cerrarse resonó en el silencio.

Strann se apartó de la ventana. A la creciente luz del día, podía ver a Karuth con claridad. Dormía tranquilamente, el cabello esparcido sobre la

Librodot

almohada que sujetaba con fuerza contra su mejilla. Se puso en pie y regresó a la cama; poniendo especial cuidado en no despertarla al meterse entre las sábanas, la rodeó con sus brazos, y la apretó contra sí.

Se marcharía; se redimiría. Pero todavía no. No hasta que llegara la primavera y que los desfiladeros estuvieran despejados. Hasta entonces —si ella quería— se quedaría, y quizá juntos podrían comenzar a curar las heridas. Y, fueran cuales fuesen sus futuros, ya fuera que los lazos que habían forjado se mantuvieran o se rompieran, en su mente y en su corazón ella siempre sería su Karuth.

Sus labios encontraron el camino a través de su oscura cabellera hasta la cálida piel, y la besó con suavidad. Su voz susurró cerca de su rostro durmiente:

—Mi Karuth. Siempre, amor. Siempre.

Librodot

EPILOGO: SOLSTICIO DE VERANO

Los últimos días habían sido tan cálidos que apenas hacía falta un fuego encendido en el estudio del Sumo Iniciado, pero los troncos en la chimenea añadían una dimensión extra a la luz de las lámparas y velas, mientras caía la breve noche veraniega septentrional. Karuth se echó para atrás en su silla, se quitó las lentes con montura de oro, y se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice para aliviar la tensión de su frente. Los papeles amontonados en el escritorio se volvieron borrosos, aunque su visión a distancia siguió siendo buena, y lanzó un suspiro que era medio triste, medio divertido al preguntarse una vez más qué pensaría Strann de su nuevo atavío. Le había costado admitir el hecho de que su visión de cerca necesitaba ayuda, porque eso era un signo de la edad —de la madurez, como había dicho Sanquar con mucho tacto— y, aunque había muchos adeptos más jóvenes que ella que usaban aquellos molestos artilugios, Karuth tenía la suficiente vanidad como para que no le gustara usarlos. Pero Sanquar insistió, y Sanquar era ahora el médico jefe del Castillo, de manera que cedió a su voluntad.

De todas maneras ya había leído bastante aquella noche. Informes, despachos, listas de diezmos... Desde que los desfiladeros habían vuelto a quedar abiertos tras las nevadas del invierno, las caravanas habían ido llegando desde cada provincia. El incipiente verano había triplicado el tráfico, y cada nueva llegada significaba más papeleo y más exigencias de su tiempo. No es que le importara. Siempre había tenido condiciones para la administración, por mucho que le costara admitirlo, y las señales crecientes de que el mundo recobraba un cierto aspecto de normalidad compensaban de sobra el tedio de su trabajo.

Y hoy habían llegado dos aves mensajeras con cartas que fueron especialmente bienvenidas.

Cogió una de aquellas cartas y la manoseó, como si, de un modo mágico, el contacto con el pergamino pudiera acercarla físicamente a su autor. Querido Tirand. ¡Escribía con tanto entusiasmo de su trabajo en la provincia de Han! Karuth se alegró de que por fin se hubiera dejado convencer por los esfuerzos combinados de la Matriarca y del Margrave de la Tierra Alta del Oeste para ocupar allí, temporalmente, el cargo de regente. Pasaría bastante tiempo hasta que los habitantes de Han se recobraran de los horrores que Ygorla había infligido a su provincia, en particular los horribles asesinatos del Margrave y su familia. Tirand contaba con el respeto y la confianza de aquellas gentes, y, hasta que se dieran por finalizadas las largas formalidades de establecer un nuevo Margraviato, mantendría la provincia unida y les daría un motivo para el optimismo.

Estaban también sus noticias acerca de Ilase... Karuth sonrió de una manera muy personal. No conseguía recordar el rostro de Ilase, pero la recordaba vagamente como una chica bonita, morena, pero tremendamente tímida, en quien Tirand se había fijado en la boda del Alto Margrave, hacía unos cuantos años. Parecía que habían vuelto a encontrarse por casualidad en un acto oficial en el que participaba el padre de Ilase, y que el romance embrionario pero interrumpido había florecido. Tirand apenas hablaba de

Librodot

ello de pasada, pero Karuth conocía lo bastante a su hermano para sospechar que el anuncio de su compromiso se haría antes de que terminara el año. La familia de Ilase era de cultivadores de viñas, vinateros, ricos y respetados en la sociedad de Han. Ese tipo de vida le iría muy bien a Tirand. Sobre todo, sería una vida tranquila, lo más alejada posible de las responsabilidades de los viejos tiempos. Karuth sabía que Tirand ya había tenido suficiente de aquellas responsabilidades. Antes de su partida habían conversado largo y tendido, y él le había confesado que los últimos días del reinado de terror de Ygorla habían significado para él cambios que iban mucho más allá de lo que había pensado al principio. A pesar de los acontecimientos que habían acabado por impulsarlo a ponerse de parte del Caos, no podía jurar fidelidad a Yandros, porque los viejos lazos de toda la vida seguían estando presentes. Pero ¿cómo seguir adorando a sus dioses del Orden cuando aquellos dioses mostraban un desprecio tan cínico por sus seguidores y los habían utilizado como simples peones en un juego más importante?

Karuth lo entendía, porque su fe también había sido sometida a una dura prueba. Pero, a medida que pasaba el tiempo y los recuerdos se suavizaban, iba aceptando lentamente la verdad: los dioses, como los mortales, eran egoístas. Ella esperaba la perfección de sus deidades, la omnisciencia y la omnipotencia y, al descubrir su error, aprendió que los dioses no existen para servir a sus seguidores, sino para servirse a sí mismos. Antes se había reprendido a sí misma por investirlos —especialmente a Tarod— con cualidades humanas. Ahora, irónicamente, eso parecía no haber sido un error tan garrafal. Era duro asimilar semejante revelación, y Karuth ya no podía rendir homenaje a los dioses de la manera que le habían enseñado en el catecismo. Pero algo había ocupado el lugar de la ciega obediencia y la confianza incuestionable, algo que estaba más próximo a un sentimiento de camaradería y de comprensión; y de libertad. Fueran cuales fuesen sus motivos, los dioses habían liberado al mundo del yugo de Ygorla, y sólo por eso sus adoradores siempre les estarían agradecidos. Pero, quizá sin quererlo, también habían concedido otra libertad: la liberación de la tiranía del miedo. Su misma falibilidad le había demostrado a Karuth que no era necesario que la humanidad tuviera miedo de sus dioses. Y le había demostrado el verdadero valor del Equilibrio. No importaba qué pudiera deparar el futuro: siempre debía haber una oportunidad para la humanidad. Cualquier otra cosa resultaba impensable. Y, como Sumo Iniciado y avatar designado de los señores tanto del Caos como del Orden, Karuth cumpliría con su deber y rendiría homenaje por igual a Yandros y a Aeoris.

Su mano cogió la segunda carta, y sus sombríos pensamientos se esfumaron ante su sonrisa al sentir la delgada aspereza del papel. La economía era una costumbre innata que Strann seguramente nunca dejaría, incluso si... No «si», se corrigió; «cuando». Cuando volviera por fin. Lo haría. Estaba tan segura de eso como lo estaba de que el sol saldría a la mañana siguiente, y estaba aprendiendo a tener paciencia. Él estaba ahora en algún lugar de las Grandes Llanuras del Este, y su chistoso relato de sus recientes viajes la había hecho reírse sola. Se los estaba ganando, lenta pero seguramente. Sus nuevas canciones llegaban a un numeroso público, y cumplían bien su propósito. Strann estaba haciendo el trabajo de Yandros...

Librodot

De todos ellos, él, pensó Karuth, había conservado su fe en los dioses. Y el mensaje de hoy contenía las partituras de dos nuevas piezas. Una era una elegía al señor del Caos muerto; la otra... bueno, la otra era un asunto privado y no sería interpretada hasta que pudieran tocarla juntos.

A Karuth le habría gustado que Strann estuviera con ella el día siguiente, para compartir la fiesta del Primer Día de Trimestre de Verano. Habría una gran reunión en la Península de la Estrella, al igual que en todas las capitales de provincia, para festejar la mitad del año; y, aunque no sería su primer acto oficial como Sumo Iniciado, sería la primera prueba verdadera para su popularidad. Sen y el Consejo de Adeptos decían que su desasosiego era una tontería, e incluso había recibido un mensaje de hermandad y buena voluntad por parte del nuevo Alto Margrave, el lejano primo de la familia Alacar que había accedido con silenciosa y triste dignidad al trono de la Isla de Verano tras la muerte de Calvi. Pero, a pesar de todas sus amables garantías, Karuth no sabía si estaba preparada para una ocasión como aquélla. Un día de regocijo, un gran día de acción de gracias por la liberación del mundo de los estragos causados por la usurpadora. Y en medio de todas las risas y placeres, ella se sentiría completamente sola, porque aquellos a quienes más quería, humanos e inhumanos, se habían ido. Calvi había muerto, y su alma descansaba; confiaba en que así fuera y rezaba a diario por ello. Tarod, señor del Caos, ya no paseaba por los pasillos del Castillo, y la habitación en lo más alto de la torre norte estaba fría, vacía y abandonada. La Matriarca, Shaill, se encontraba ocupada en su Residencia de Chaun Meridional, dirigiendo la Hermandad en su labor de llevar alivio y socorro a los afligidos habitantes de las provincias. En cuanto a Tirand, ahora que su antigua relación se había restablecido aunque aún quedaban muchas cosas de que hablar, estaba en Han, trabajando duro, y quizá más feliz de lo que lo había sido nunca en su vida. Otros, muertos, perdidos, o sencillamente demasiado inmersos en el trabajo de restauración que había que hacer, para tener tiempo de viajar hasta el norte y estrecharle la mano.

Y Strann...

Strann. Las lágrimas corrieron de pronto por las mejillas de Karuth, pero eran más lágrimas de alivio que de pena. Strann, el héroe a regañadientes, increíblemente fiel, el único cimiento sólido en su vida a pesar de lo que pudieran sugerir las apariencias. No volvería este año, pero el año que viene quizá sería distinto. Quizás el año que viene se habría ganado el derecho, en su opinión, de estar junto a ella. Entonces, pensó, ¡habría una jornada de regocijo que haría retumbar la Península de la Estrella!

Sorbió y se frotó los ojos con impaciencia. ¿Qué pensarían si la vieran Sen y los otros adeptos superiores, si vieran a su Sumo Iniciado sumida en tal exceso emocional? Había trabajado demasiado: ése era el problema. Shaill la habría puesto en su sitio y habría prescrito una buena noche de sueño y un buen desayuno. La Matriarca era una ferviente creyente del desayuno. Al día siguiente tendrían lugar las ceremonias y los cantos y los bailes, y gentes de todos los estratos sociales, desde Margraves, nobles y mercaderes a tenderos, conductores de ganados y buhoneros, todos acudirían para unirse al Círculo en la celebración del verano, la cosecha y el nuevo estado de ánimo optimista que inundaba el mundo. Estúpida; era una

Librodot

estúpida, al pensar que estaría sola.

El pestillo de la puerta chasqueó. Karuth levantó la vista y parpadeó, sorprendida ante la inesperada intrusión, esperando ver a Sen o a uno de sus mayordomos, que venía a recordarle que era tarde y que necesitaba dormir. Eran todos tan solícitos...

Pero, cuando la puerta se abrió en silencio, no vio a Sen, ni a un mayordomo ni a ningún otro ser humano. El gato gris se detuvo en el umbral, envuelto en el halo de la luz procedente de las antorchas del pasillo y la sala. Y sólo por un instante, un momento fugaz de ensueño y seguramente irreal, Karuth creyó ver detrás de su inescrutable mirada los ojos de color ámbar de Cyllan, dama del Caos, que había sabido lo que era nacer mortal y que había aprendido lo que era amar y temer y aceptar ambas cosas. En su mente, una voz argentina pareció hablar, pronunciar unas palabras que, tal y como le había dicho a Strann una vez, la acompañarían mientras viviera: *Por muy grande que sea la oscuridad, siempre hay esperanza de luz...*

La imagen momentánea desapareció. De manera ilógica y absurda, Karuth se dijo que no sabía si el gato tenía nombre, pero que ahora no importaba. Estaba allí; eso era lo que contaba. Todos estaban allí en espíritu, ya que no en carne y hueso.

Se inclinó hacia adelante y extendió la mano; el gato gris corrió hacia ella, saltó a su regazo y se acomodó como si jamás hubiera conocido otro hogar. Apretó su cabecita con cariño contra su mano mientras ella le acariciaba la piel, y, satisfecho y confiado, ahogando el débil crujir de los leños que ardían en la chimenea del estudio, el pequeño animal comenzó a ronronear.

Librodot